

ALEJANDRA BENEYTO

Era diciembre



Era diciembre

Alejandra Beneyto

© Alejandra Beneyto
1ª edición, noviembre 2019
ASIN: B081838VJY

Fotos de portada: Fotolia
Diseño de cubierta: Cherry Chic

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para Susana y Lorena,
porque sin vosotras no sería diciembre.*

Índice

[Prólogo](#)

[1 de diciembre](#)

[2 de diciembre](#)

[7 de diciembre](#)

[8 de diciembre](#)

[Julien](#)

[9 de diciembre](#)

[10 de diciembre](#)

[11 de diciembre](#)

[12 de diciembre](#)

[Julien](#)

[13 de diciembre](#)

[14 de diciembre](#)

[15 de diciembre](#)

[16 de diciembre](#)

[Julien](#)

[17 de diciembre](#)

[18 de diciembre](#)

[19 de diciembre](#)

[20 de diciembre](#)

[21 de diciembre](#)

[22 de diciembre](#)

[Julien](#)

[23 de diciembre](#)

[24 de diciembre](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Emi juró que no volvería.

Emi aún sufre al pensar en lo que ocurrió.

Emi no está preparada para afrontar lo que dejó atrás.

Y, sin embargo, Emi tiene en la mano un billete de avión.

Al otro lado del océano, Julien no ha superado el pasado.

Julien aún tiembla cuando escucha su nombre.

Julien no puede ni pensar en volver a tenerla cerca.

La hostilidad de él es lo primero que Emi encuentra cuando pone un pie en la que fue su casa. Por delante tiene pocos días para averiguar a dónde fueron a parar los recuerdos y también para entender por qué su vida parece haberse escrito sobre algo que no pasó como ella imaginaba.

Una pista de hielo que ya no brilla. Una ciudad que aún encierra sus pasos. Y un nuevo diciembre para demostrarse que decir adiós no es sinónimo de olvido; que hay historias que se congelan en la memoria, que por mucho que quieras huir siempre te atrapan. Y que, tal vez, la suya sea una de ellas.

Prólogo

Una Navidad años atrás...

Era diciembre. Faltaban diez días para Navidad, pero la ciudad ya llevaba semanas iluminada.

Las fiestas siempre aparecían en Chicago salpicando de luces blancas los edificios, las farolas y los árboles. Quizá tratando de que el frío glacial pasara desapercibido o que su intensidad aumentara; nunca nadie lo ha sabido.

Millennium Park solía estar especialmente bonito en esa época del año. Pero esa tarde, en la que el termómetro marcaba tres grados bajo cero, parecía estarlo incluso más.

O eso les parecía a ellos.

A él y ella, que patinaban en la pista de hielo con el estómago lleno de ilusión.

Él y ella, que sentían que cada terminación nerviosa había despertado por la presencia del otro.

Él y ella, que jugaban a algo muy peligroso que hacen de vez en cuando aquellos que se aman: imaginar cómo sería el futuro si la realidad no se impusiese.

Él y ella, a los que se les agotaba el tiempo.

—Caminar por la playa en verano —había empezado diciendo él.

—Pasear en las noches de primavera para ver las estrellas —sugirió ella.

—Ir al cine los domingos por la tarde.

—Recoger manzanas en otoño.

—Disfrazarnos en Halloween.

—Comer algodón de azúcar en la feria.

—Maratón de películas de terror.

—Viajar y que me abrace cuando despegue el avión.

—Hacer el cambio de armario en cada estación y reírnos de prendas pasadas de moda.

—Tener un vestidor para que toda la ropa quepa en un mismo lugar.

—Decorar un hogar —acabó diciendo él, y la voz casi se le extinguió en la noche.

Ambos se quedaron callados. Quizá porque la velocidad a la que patinaban les había cortado el aliento, quizá porque justo en ese momento se dieron cuenta de que soñaban un imposible.

Que los días se habían consumido.

Que habían quemado más estrellas de las que los alumbrarían de ahí en adelante.

Que la vida real los estaba esperando unas pocas horas más tarde.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó él de pronto, acercándose a ella, cogiéndola de las manos y respirando su aliento.

—¿Qué tienes que hacer para qué?

—Para que se haga realidad todo lo que imaginamos.

Ella se calló. Se mordió el labio y miró hacia arriba. El cielo de Chicago era oscuro. No había estrellas. Pero para ella estaba plagado de partículas de magia invisible.

¿O no era el cielo? Tal vez... ¿era él?

—No podemos hacer nada —susurró. Tenía el estómago encogido—. Mi vuelo sale en setenta y dos horas. Se nos acaba el tiempo.

Él respiró hondo. ¿Qué le pasaba? Nunca se había sentido tan lleno y tan vacío al mismo tiempo. Nunca se había sentido tan cerca de nadie. Ella se había convertido en hogar. En casa. En ese lugar al que querría regresar siempre.

—¿Es una locura que con solo siete semanas sienta que te voy a querer para siempre? —le preguntó.

—Es una locura que con solo siete semanas sientas que te has enamorado de mí. —A ella, el corazón le latía con fuerza. Siempre se había considerado tan libre... ¿Cómo, de pronto, se sentía ligada a un lugar que no era suyo?

—¿Es que tú no me quieres todavía?

Ella desvió la mirada. Si veía la vulnerabilidad en los ojos de él jamás conseguiría apartarse.

—Si contesto a eso no podré irme —dijo.

—¿Por qué?

—Porque sentiría que me traiciono a mí misma.

Entonces él lo supo. Y sonrió. Por supuesto que lo quería. Era imposible que él estuviera tan enamorado de ella y que ella no sintiera exactamente lo mismo.

No era posible.

Pero fue justo ese sentimiento el que le arrugó las vísceras, porque ¿cómo iba a perderla?

Ella era lo que siempre había buscado; lo que no sabía que quería.

Era sueños, noches enredados, seguridad; era sentirse comprendido, era alguien que se asomaba a su interior y no se asustaba por los huecos, sino que buscaba llenarlos con esas partes que le entregaba de su alma.

Ella era la chica de su vida.

Y no podía perderla.

—Cásate conmigo —le pidió, con el corazón de pronto en la boca.

—¿Casarnos? —El pulso de ella enloqueció. Lo sentía en todas partes. Creyó que perdería el equilibrio—. Estás loco.

—No. Sé que con veintiún años no puedo darte muchas cosas, pero puedo comprarnos tiempo.

—Pero... ¿dónde viviríamos?

—En la casa que mi familia tiene en las afueras. Podríamos arreglarla —dijo sin dudar.

—¿Y de qué viviríamos?

—Somos jóvenes. Podemos buscar trabajo.

—Yo no tengo papeles para trabajar —le recordó.

—Si te conviertes en mi esposa los tendrás.

Ella parpadeó. ¿Iba en serio? Oh, sí. Iba en serio. Lo veía en sus ojos; en la manera en la que se había curvado su boca.

—Estás loco. —Le faltaba el aire.

—Di que sí —le suplicó él—. Prometo que construiremos una buena vida; prometo que tú serás mi vida.

Ella quiso llorar. Era él. Lo sabía. Él era su él. Lo que siempre pensó que guardaba la vida. Alguien que la hiciera sentir especial tal cual era. Alguien a quien ella admirara por los detalles más sencillos. Alguien con quien se veía pasando el resto de su vida, porque siempre habría un matiz que descubrir, una carcajada por robarle, un anhelo que confesarle...

Era él. Y dejarlo ahora significaba perderlo para siempre.

Entonces sonrió para ella. Lo miró a los ojos.

Empezaba a notar las lágrimas deslizándose por su garganta cuando cogió aire para decir:
—Sí.

1 de diciembre

Una Navidad justo ahora...

El teléfono echa humo.

Está en la mesa del comedor, pitando, brillando, agotando su batería mientras yo lo ignoro.

Sé lo que hay dentro. Conozco la insistencia de Carrie. Sé que no parará hasta que le dé una respuesta afirmativa.

Miro por la ventana, que me devuelve el sonido relajado de las palmeras moviéndose. El sol se está extinguiendo en el cielo de Tenerife y el frío se anuncia con fuerza mientras la ciudad empieza a salpicarse de luces de todos los colores.

La Navidad, un año más, está cerca.

Cuando por fin me decido a coger el teléfono, no lo hago para abrir la aplicación de WhatsApp, sino para llamar a mi mejor amiga.

Contesta al segundo tono.

—¡Por fin! Un adulto con el que intercambiar un par de frases coherentes. —De fondo, en casa de Paula, se escuchan vocecitas infantiles.

—No tengo claro que sea muy adulta ahora mismo, estoy teniendo una regresión a los diecinueve años —reconozco.

—Ah, ya. Carrie sigue insistiendo, ¿no?

Suspiro.

—Dice que me paga los vuelos. Que hará lo que sea. Pero que tengo que estar.

—Es que tienes que estar, Emi. Es tu amiga. Y le debes mucho.

—Lo sé, pero..

Hace una exhalación que distorsiona durante unos segundos la claridad del sonido al otro lado del teléfono. No puedo verla, pero imagino el gesto de impaciencia que se dibuja en el rostro de Paula cuando me interrumpe:

—A ver, chiqui, ¿cuántos años han pasado?

—Ocho.

—¿Y qué es lo peor que puede ocurrir?

—Ya lo sabes —contesto.

Escucho a través de la línea cómo mi amiga baja un poco el volumen de la televisión. Sus hijos, de tres y cinco años, se quejan. Pero ella los manda callar con lo que imagino que será una de sus miradas letales.

—Vale. —Vuelve conmigo—. A ver, ¿cuántos días serían?

—Una semana.

—¿Y por qué crees que no eres capaz de soportarlo?

Recapacito unos segundos. La distancia, dicen, hace el olvido. Y el tiempo. Y yo he tenido ocho años y miles de kilómetros a mi favor.

Pero a veces no son suficientes.

—Supongo que sí sería capaz. Pero va a ser raro. Y difícil.

—Difícil va a ser soportarte si te pierdes uno de los días más importantes de la vida de tu amiga. Y más cuando ya te perdiste su boda en su momento. Te vas a arrepentir, chiquitina. Lo sé yo. Y lo sabes tú.

Cierro los ojos un segundo, recapacitando.

Odio que tenga razón.



Después de mi breve conversación con Paula, me pongo a ver la tele. En las noticias no dejan de anunciar el típico encendido del árbol de Navidad del Rockefeller Center en la ciudad de Nueva York, que tendrá lugar esta noche.

Es un hecho que la que fuera mi época del año favorita está cerca. Ya está en las calles. En los anuncios. En el catálogo de películas de Netflix.

En los recuerdos.

Fue el escenario de lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida.

Y parece que la historia está condenada a repetirse.

Son las diez de la noche cuando me hago el ánimo de coger mi móvil. Está plagado de notificaciones de grupos de WhatsApp —mis compañeros de trabajo, mis primos, el grupo con las chicas—, pero las ignoro todas y abro directamente el chat con Carrie.

Hay un montón de mensajes pidiéndome lo mismo de un millón de maneras distintas.

También hay un audio.

Le doy a reproducir.

Y su marcado acento americano lo llena todo:

—*Hola. Han pasado dos días y no sé nada de ti. No sé si eres consciente de que este es el proyecto de mi vida. Por el que me he dejado el culo durante años. Nena..., ¡que vamos a hacerle la competencia al jodido Drake! Del bebé que llevo dentro ni te hablo, aunque es un hecho que me gustaría hacerme una foto contigo pareciendo una ballena. A gastos pagados, Emi, por el amor de Dios. Si dices que no, acabaré contigo.*

La voz de mi amiga suena desenfadada en su mensaje, pero sé perfectamente que esto es importante para ella.

Miro la hora y calculo que en Chicago serán las cuatro de la tarde. Desconozco las rutinas de Carrie, pero aun así me arriesgo a hacer una videollamada.

En pocos segundos tengo su imagen reflejada en la pantalla de mi móvil.

—Ey, tú, pequeña traidora —me dice.

—Carrie... —lloriqueo—. No me hagas sentir mal.

—Escúchame, Emanuelle Vela, si no estás en siete días montada en un avión de American Airlines trayendo tu culito isleño a la inauguración de mi hotel, olvídате de que existo.

—Es un momento muy complicado para mí.

—Me dijiste que te quedaban vacaciones de este año. Y que pensabas cogerlas en enero.

—Sí. Pero es que no es solo eso, es que estoy arruinada.

—Gastos pagados, Emi. ¿Tan oxidado está tu inglés que no sabes lo que significa?

—Me sabría fatal que gastaras tanto dinero en mí.

—No seas ridícula, por favor te lo pido. No es un gasto. Es una inversión en mi felicidad. Te necesito ese día a mi lado. —La pantalla me devuelve la imagen de Carrie sentándose en un sofá negro de cuero. Se nota lo avanzado que está su estado, puesto que se mueve con bastante torpeza

—. Aunque ya sé la respuesta, necesito oírtelo decir. Es por él, ¿verdad?

Uf. Él.

—Sale... ¿con alguien?

—No. Hace un par de semanas que lo dejó con la última princesita que llevaba del brazo. Me consta que vendrá solo al evento.

—¿Está muy involucrado en los preparativos?

—Por la cuenta que le trae, sí, lo está.

—O sea, que me cruzaría con él a menudo, ¿no?

—Sí, pero ¿dónde está el drama? Han pasado siglos. Ambos tenéis una vida en lugares opuestos del planeta. Por separado sois bastante razonables. No tiene por qué haber problema.

—¿Está tan guapo como parece en las fotos?

—¿Qué fotos?

—Las que decides subir a Facebook cada fin de semana.

—Ah. —Se ríe—. Te las estudias, ¿no?

—No exactamente. Las paso por encima —miento—. Pero no me has contestado.

—Ay, nena, siento decírtelo, pero sí. Sigue igual de guapo. Tu exmarido es un bombón.

Cierro los ojos y los recuerdos son como un fogonazo en mi cerebro. Su risa. La cicatriz de su labio inferior que disimulaba con la barba. Su pelo casi rubio. Su ojos azules. Su aspecto de chico malo.

Lo mucho que nos queríamos...

Verlo puede ser una locura.

Pero perderme un acontecimiento así por evitar encontrarme con él sería un gesto de inmadurez de cuyo arrepentimiento no podría recuperarme.

—Está bien, Carrie. En el caso de que aceptara... ¿qué datos necesitarías?

2 de diciembre

—Emanuelle, *cherie*... ¿Vas a volar a Chicago aunque juraste que no volverías?

—Sí, mamá, es la inauguración del hotel de Carrie. No puedo perdérmelo.

Mamá da una última calada a su cigarrillo antes de apagarlo en una papelera de la avenida del centro por la que estamos paseando. Ya hay luces por todas partes. La llegada de la Navidad empieza a convertirse en un hecho en cuanto la fachada del Corte Inglés se ilumina.

Se suponía que esta sería una tarde de compras tranquila. Tenía que contarle a mamá que en mi bandeja de entrada tenía un correo electrónico con el número de localizador de mi vuelo con destino Chicago. Pero me lleva loca. Ya hemos entrado como a siete tiendas distintas.

—No, hija, si a mí me da igual que vayas. No te tienes que justificar. Es solo... Creí que te dolería verlo. Porque vas a verlo, ¿no?

—Supongo.

—Ay, los maridos siempre son criptonita, Emanuelle, tú hazme caso a mí.

—Julien no es mi marido. Es mi exmarido. Y no es mi criptonita.

—Venga, por favor. Que te conozco. Te pirraste por él a los diecinueve y aún te tiembla la voz si dices su nombre con ventiocho. —Me mira de reojo con su amplia sonrisa de dientes blancos —: Crip-to-ni-ta.

Entramos en Tezenis porque estoy recopilando camisetas interiores de abrigo. El frío de Chicago en diciembre no es el mismo que aquí, en Tenerife.

También quiero ver algunas bragas monas por si...

Yo qué sé. Por si acaso.

Veo que mi madre se dirige a la parte de lencería. Ya está todo decorado con motivos navideños. El consumismo en las grandes superficies es aún más evidente en esta época del año.

Observo con un poco de distancia cómo mamá empieza a mirar el precio de algunos saltos de cama bastante sugerentes.

No es que me sorprenda, Larisse, mi madre, es una mujer de cuarenta y seis años que lleva nueve divorciada. Entiendo que, de vez en cuando, quiera verse sexi.

—Emi, hija, ¿puedes venir? —La escucho llamarme justo cuando estoy mirando calcetines de lana.

—Dime, mamá.

—A ver —comienza a decir cuando llego a su lado—, ¿tú cuál ves mejor, rojo o negro?

—Supongo que rojo. —Evalúo ambos conjuntos de lencería con la mirada.

—¿Sí? ¿Seguro? Es que el negro dicen que te hace parecer más delgada. Y yo con esto de la menopausia precoz estoy echando tripita.

—Vale, pues negro.

—Pero es que el rojo lleva *push-up*. Y no me viene mal una ayuda extra para que estos pechitos, que te dieron de mamar, parezcan los de una treintañera.

—Mamá —la corto—. Me encanta que seas tan moderna. Siempre me ha encantado. Gracias a ti soy como soy. Pero prefiero no pensar en tus pechitos desafiando a la gravedad.

—Ay, Emanuelle, hija, cómo eres...

—En fin. Voy a coger otro par. —Le enseño los calcetines que llevo en la mano y empiezo a alejarme.

—¡Emi, no olvides pasarte por los tangas! Hay una oferta de dos por uno.



Salimos de la tienda quince minutos después. Mi madre ha comprado más que yo y ha hecho levantar una ceja de confusión a la cajera: ella ha gastado unos cincuenta euros en lencería y yo solo he cogido un par de bragas; el resto lo he invertido en camisetas interiores y calcetines de niña de doce años.

—¿Me lo vas a contar? —le pregunto.

Ahora estamos en una cafetería. Ella ha sido la que ha insistido en invitarme a un batido con *cupcakes* de colores.

Aquí la decoración navideña también está en auge. Hay luces, espumillón y un pequeño árbol de Navidad montado al fondo.

Miro a mi madre. Sé que esconde algo. Siempre que lo hace se toquetea su largo pelo moreno.

—¿El qué?

—Pues, para empezar, por qué no paras de mirar el móvil. Y para continuar por qué me invitas a ingerir calorías a las siete de la tarde y tú te limitas a pedirte un té con limón. Por no hablar del tema de los picardías que te has comprado...

—Ay, Emi, tú siempre pensando mal...

Me río. Yo nunca pienso mal. Me da exactamente igual lo que haga mi madre con su tiempo libre. Pero cuando sé que oculta cosas me pongo alerta. Mi madre ha hecho muchas tonterías en los últimos nueve años.

—Ya. Venga. Dispara.

El camarero deja nuestras bebidas en ese momento. Nos sonríe. No sé si a mi madre o a mí en especial. Creo que es un hecho que podríamos pasar por hermanas.

—Vale. —Empieza a remover la bolsita de té en la taza mientras trata de camuflar una sonrisa —. Me estoy viendo con alguien.

—Lo sabía. ¿Alguien especial?

—Sí. Sin duda es especial.

—¿Lleváis mucho tiempo quedando?

—Pues... no sabría decirte. Más del que parece, supongo. Al principio eran encuentros sin importancia. Pero me da la impresión de que se está convirtiendo en algo serio.

—¿Y cómo es?

—Ay, Emi, no me preguntes más. Queremos ir con cuidado. A esta edad es lo más sensato. Ya no somos niños. Te lo contaré cuando sea el momento.

Cuando quiere, mi madre es muy dramática. Y misteriosa.

Misteriosa también.



—Ten cuidado, Emanuelle, por favor.

—¿Cuidado con qué, papá?

—No sé. Los americanos no son de fiar. Y la última vez que pusiste un pie en ese país decidiste quedarte allí.

—Tenía diecinueve años. Quiero pensar que he madurado desde entonces.

—Sí, ya... Pero eres hija de tu madre. Y os conozco a las dos: sois demasiado libres. E irreflexivas cuando os lo proponéis.

Pongo los ojos en blanco, aunque papá no puede verme al otro lado del teléfono.

—Lo dices como si fueras el más centrado de los tres. Te recuerdo que dejar embarazada a una menor cuando tenías veinte años es la primera de la larga lista de cagaditas del señor Vela.

—No me hables así, que soy tu padre.

Me río. Mi padre no puede ponerse serio conmigo ni intentándolo.

—Tranquilo, papá. ¿Crees que con Trump en el poder voy a hacer uso de mi permiso de residencia?

—Espero que no.

—Tú estate tranquilo, ¿vale? Iremos hablando.

—Vale, pero prométeme que llevarás cuidado con ese exmarido tuyo. Los maridos y las mujeres siempre son criptonita.

—Ay, Dios. Hablas como mamá.

—Por fin sale algo coherente de la boca de esa mujer. —Sé que lo dice curvando los labios, aunque no pueda verlo. Mamá siempre fue su punto débil.

—Hablamos pronto, papá. Cuídate, ¿de acuerdo?

—Eso tendría que decírtelo yo.

—Ya me lo has dicho.

Y, sonriéndole al teléfono por última vez, cuelgo.

7 de diciembre

—¿Lo llevas todo? ¿Pasaporte, papeleo, el ESTA, tu antiguo permiso de residencia...?

—Sí.

—Genial. Ya sabes cómo son los americanos. ¿Has cogido algún libro para el avión?

—Sí.

—¿Y has activado el *roaming*?

—También.

—Vale. ¿Me avisas cuando hayas embarcado en Madrid?

Pongo los ojos en blanco ante las múltiples preguntas de Paula.

Hoy es el día. Estamos en el aeropuerto diciéndonos adiós antes de que cumpla mi promesa de cruzar el charco para darle todo mi apoyo a Carrie.

A nuestro alrededor hay muchas familias y parejas despidiéndose. Algunos se van de puente. Otros aprovechan para irse a pasar las navidades a otra parte del mundo. Y unos pocos, como yo, van camino de reencontrarse con su pasado.

—Si hubiera venido con mi madre el proceso de despedida habría sido más sencillo —bromeo.

—Ay, es la oxitocina. Desde que tuve a Marcos tengo el sentido de protección demasiado alerta.

—¿Qué es la *oquitotina*, mami? —pregunta el pequeño de cinco años que, agarrado a la pierna de su madre, observa el árbol de Navidad gigante que han montado frente a los mostradores de facturación.

—Nada, cariño. —Paula le acaricia la cabecita—. Venga, decidle adiós a la tita Emi, que se va muy lejos.

—¿Vas a volver, tita Emi? —Sus ojitos verdes, escondidos tras unas pequeñas gafas redondas, me miran con preocupación.

—Claro que voy a volver.

—No les prometas nada a los niños, chiqui —interviene su madre.

—Pero es que voy a volver.

—Yo no pondría la mano en el fuego, que lo sepas.

Me despido de todos. A Javi, la pareja de Paula, ya le he dicho adiós en el coche. Él ha conducido hasta aquí y se ha quedado dando vueltas para evitar meterse en el *parking*.

Le doy muchos besitos a Marcos y le pido que me mande mil fotos de la función de Navidad, que este año voy a perderme.

Después abrazo al pequeño Santi, que no parece estar enterándose demasiado de lo que ocurre.

—Recuerda traerme bragas si vas a Victoria's Secret —me dice mi mejor amiga.

—Será el objetivo principal de mi viaje.

—Y ten cuidado, Emi.

—¿Por qué todo el mundo me dice que tenga cuidado? Voy a la inauguración del hotel en

Chicago, no a un simulacro en Texas de indios y vaqueros.

—Tú ya sabes por qué te lo digo. —Me mira muy seria—. Si dejas que te toque estarás perdida. Tenlo presente.

—Sí, vale.

—Pásalo bien, chiqui. Te esperamos.

—Adiós.



El vuelo Tenerife-Madrid es tranquilo.

El trayecto que me saca del país para llevarme al pasado no lo es tanto.

Y no es culpa de las turbulencias.

Ni tampoco del hombre que, sentado a mi lado, intenta ligar conmigo durante buena parte de las horas que pasamos aquí dentro.

Son los recuerdos.

La incertidumbre por saber qué diferencias habrá dibujado el tiempo en él.

La expectativa sobre cuál será su reacción.

Y mis ganas por probarme a mí misma, por saber si sabré mostrarme madura, elegante, si conseguiré mantener mis impulsos a buen recaudo...

La espera.



No me hace falta salir del aeropuerto para saber que estoy en la que un día creí que sería para siempre mi casa.

Hay millones de diferencias con España.

Los americanos lo hacen todo a lo grande.

Hay más gente. Más tiendas. Más luces. Más decoración navideña. Más música típica de la época sonando por los altavoces. Más seguridad. Más colas para el control de pasaportes.

Tardo aproximadamente una hora en conseguir mi maleta.

Cuando la tengo, la subo a un carrito y empujo por toda la terminal de llegadas hasta que atravieso una puerta doble de cristal, donde decenas de personas esperan con carteles en la mano para ver aparecer a sus seres queridos.

Tardo algo así como sesenta segundos en localizar a Carrie.

Lleva una pancarta en la que luce mi nombre pintado de muchos colores.

Pero no es eso lo que llama mi atención. Es su barriga prominente escondida tras un abrigo de paño negro. Es su expresión de felicidad al verme llegar.

Ahora mismo hace dos años que no nos vemos. La última vez fue en una escapada que ella y su marido hicieron a Ibiza para conocer la isla y encontrarse conmigo.

Es fácil catalogar las diferencias incluso desde esta distancia. Pelo más corto. Ojos más vivos. Sonrisa más radiante.

—Emi... —empieza a decir cuando estoy cerca.

Corro hacia ella. La abrazo.

Carrie. La razón por la que he roto la promesa de no volver a pisar Chicago. La que fue hermana, amiga, mi roca en los peores momentos que viví aquí.

La única por la que recorrería medio mundo aunque el solo planteamiento sea una mala idea.

—Dios, estás enorme. —Me separo, sonriendo para mirarla.

—¡Lo sé! Y aún me quedan diez semanas. No sé cómo voy a acabar. Ya llevo ocho kilos de más, ¿sabes? Mi ginecólogo dice...

Se pone a parlotear durante minutos de todas los detalles de su periodo de gestación. Lo que pesa la niña, lo que mide, las pruebas que le han hecho, sus rutinas...

Yo la escucho, pero soy incapaz de ignorar lo que me ocurre por dentro. El estar aquí. La manera en la que la gente habla, con ese acento tan marcado que parece que estén cantando. Las prisas. La multiculturalidad. La gente tomando café mientras camina.

—¿Emi? ¿Emi? ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—¿Qué pasa? —Intenta leerme la mente, frunciendo el ceño.

—No, nada, intento asimilar que estoy aquí después de ocho años.

—Tranquila, que te he preparado una terapia de choque que hará que lo asumas rápidamente.

Me detengo con el carrito para observarla. Veo que se muerde el labio y cómo sus ojos me miran con reserva.

—¿Qué se supone que significa eso? —le pregunto.

—Pues... Que Freddie no podía traerme, y...

—¿Y...? ¿Vamos a tu casa en taxi?

—No exactamente. He pedido un favor...

—¿Un favor a quién?

—A un amigo...

Y, de pronto, lo sé. Su mirada culpable la delata. Y a mí el pulso se me acelera en la garganta.

—No...

—Lo siento, nena. Pero bueno, tarde o temprano tenía que pasar. Esto va a ser como quitarse una tirita. Tan rápido que no te dará tiempo a procesar el dolor.

—¿Es que estás loca? ¿Cómo se te ocurre traerlo hasta aquí? ¡Que acabo de llegar! ¡Estoy hecha un asco! Joder, esto ha sido una mala idea.

¿Ver a mi exmarido? ¿Hoy? ¿Ahora? ¿Sin haber pasado por la ducha, sin haber estudiado mi pose de mujer segura de sí misma? Que lo soy, no digo que no, pero en este momento me siento demasiado descolocada como para mirarlo a la cara y poder mantenerme impasible.

—Emi —dice mi amiga—. Emi, relájate.

—¿Que me relaje? Estoy que echo humo. ¡Yo te mato!

—No puedes hablarle así a una embarazada. —Dibuja un pucherito—. Nena, que esto es por tu bien.

—Tendrías que haberme avisado.

—¿Para qué? ¿Para que te tiraras todo el vuelo comiéndote la cabeza o para que a última hora decidieras no subirte al avión?

—Pero, Carrie, es que...

Su móvil empieza a sonar de pronto. Es un tono clásico, como de teléfono analógico de los años noventa.

Ve el nombre de quien llama y su expresión culpable se intensifica.

—Enseguida vamos, cielo —dice.

—...

—No, mi amiga solo viene con una maleta. No necesitamos ayuda.

—...

—Estamos enfrente del Dunkin Donuts.

—...

—¿Ah, sí? Bueno, vale. Te esperamos aquí.

Cuelga el teléfono y lo mete en su bolso gigante de Carolina Herrera.

Después me mira con una sonrisa muy poco inocente.

—Carrie... —empiezo a decir. Tengo un mal presentimiento.

—¿Sí?

—¿En serio a él le ha parecido bien venir a recogerme?

—Ah, sí, sobre eso...

No le da tiempo a explicarme nada. Tampoco hace falta, porque la expresión de mi exmarido cuando me ve parada junto a nuestra amiga apenas un minuto después habla por sí sola.

Se queda petrificado. Quieto. Completamente pálido. Perdido.

Eso durante los primeros diez segundos. Después su expresión se desfigura. De la estupefacción al horror y de ahí a la comprensión.

Cierra los ojos.

Yo aprovecho para mirarlo. Me arrepiento de hacerlo tan directamente casi al instante, porque es complicado asimilar que estemos tan cerca después de ocho años.

El estómago me da un vuelco.

Dirijo la vista al fondo de la terminal en el mismo momento en el que él abre la boca y su voz ronca lo llena todo.

—Me cago en la puta, Carrie, me la has jugado —dice.

—Cielo, tranquilo, lo he hecho por tu bien.

—Dijiste que no iba a venir.

—¿Cómo? —intervengo yo, mirándolos de nuevo a uno y otro—. ¿Él no sabía que veníais a recogerme a mí?

Sus ojos se me clavan como dos puñales. Algo se retuerce dentro de mí.

—¿Recogerte? Es lo último que se me pasó por la cabeza porque Carrie dijo que no vendrías a la inauguración.

Miro a mi amiga con reprobación durante un par de segundos. Después vuelvo a mirar a mi exmarido y tomo la decisión de dirigirme a él por primera vez en toda una vida.

—¿Y tú... te lo creíste?

Él me observa unos segundos. Al principio con intensidad, seguidamente con indiferencia. Y con algo un poco más dañino.

—¿Qué motivos tenía para no hacerlo? Ni siquiera tuviste el valor de venir a su boda.

Eso me escuece. Me escuece más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Tuve mis razones para tomar esa decisión.

—No te estoy pidiendo explicaciones. Me importa una mierda el motivo que te llevó a perderte la boda de alguien que fue importante en tu vida. Aunque tampoco me sorprende. Tú no eres leal ni a tu sombra.

—Jules, por favor, no empieces.

—No, Carrie, que diga lo que tenga que decir —digo—. Al parecer el orgullo sigue figurando entre sus principales virtudes.

—¿Qué sabrás tú.

—¡Oye! Ya basta. Los dos. No me hagáis quedar como una idiota. Todo el mundo dijo que juntaros era una mala idea, pero yo creí que sabríais comportaros.

—Es que es una mala idea —dice él.

—En eso estoy de acuerdo —añado yo.

—Vale. Sé que ahora mismo me odiáis, pero también sé que me queréis, así que os pido que

me perdonéis esta encerrona y que intentéis llevaros bien los próximos siete días.

—¿Siete?

—Julien, basta.

Y él se calla. Así, sin más. Solo hace falta una mirada letal de Carrie. Julien siempre la ha respetado. Es la hija de una prima de su madre, por lo que se han criado juntos y desde que era pequeño ha sido como una hermana mayor para él. La adora. Besa el suelo que pisa. Por eso ella se ha visto con el suficiente margen como para organizar nuestro reencuentro, a sabiendas de cuál sería su reacción.

Él parece enfadado. ¿Por mi presencia aquí? ¿Por no ser capaz de manejar su reacción al verme? No lo sé.

El caso es que empieza a andar directo hacia el exterior. Yo sigo empujando el carrito y Carrie me recomienda que me abrigue.

—El frío de Chicago sigue siendo infernal. No sé si lo recuerdas.

Lo recuerdo. O eso pensaba hasta que abandonamos la terminal y ponemos un pie en la calle.

Me ajusto el gorro de lana y la bufanda. Hay hielo en el aire, cortando la piel. No nieva, pero estoy segura de que estamos bajo cero.

—No tengo todo el día —nos grita Julien a Carrie y a mí. Veo cómo aprieta el botón de un mando y cómo al instante un coche se enciende.

—Relájate, fiera —dice mi amiga—. La niña viene con un jodido tráiler como equipaje.

—¿Para qué? ¿No son solo siete días?

Me paro a su lado con el carrito y hago un esfuerzo para bajar la maleta. Él ni se inmuta. Menos aún se ofrece a ayudarme.

—¿Puedes abrirme el maletero, por favor? —le pido con expresión circunspecta.

Él me mira. Me mira como si no estuviéramos hablando el mismo idioma, pero sí lo hacemos. Por la falta de costumbre de hablar en inglés se me traban algunas palabras, pero sé que me entiende.

Julien suspira con fuerza mientras levanta el capó y después coge mi maleta del asa. La deja en el hueco del maletero y vuelve a cerrar.

Yo me quedo quieta, en silencio, mientras escucho que Carrie se mete en el coche.

Entonces lo miro. Lo miro a la cara por primera vez en los últimos quince minutos; en los últimos ocho años.

Lo miro y Julien me mira a mí.

Nuestros ojos juegan a buscar las señales del paso del tiempo en el rostro del otro. Lo hacemos durante segundos enteros. Hasta que él aparta la mirada, incómodo.

—No pretenderás que lleve también eso a su sitio, ¿verdad? —dice de repente.

Miro hacia donde señala su barbilla. El carrito que traía la maleta. Reacciono, separándome de él.

—No, claro. Enseguida vengo.

Y camino, empujándolo hacia el lugar al que debo devolverlo.



El trayecto a casa de Carrie es incómodo. Básicamente es ella la que habla. Julien mira al frente, atento a la carretera, aunque en ocasiones me parezca encontrar su mirada buscándome a través del espejo retrovisor.

—Entonces, nena, ¿el trabajo bien? —se interesa mi amiga.

—Sí, muy bien. Aunque esta época es especialmente dura.

—¿Por qué?

—Separar a niños de sus padres cuando se acerca la Navidad... es complicado.

—Claro, cielo, tiene que ser muy difícil. —Carrie se gira hacia su izquierda y pone la mano en el brazo de mi exmarido para llamar su atención—. Julien, ¿sabías que Emi es trabajadora social?

—¿Por qué iba a saberlo? ¿Acaso sabe ella a qué me dedico yo?

—Eh..., supongo que no.

—Pues ya está.

No puedo verla, pero de alguna manera sé que Carrie está reprimiendo una mueca.

—Tranquilo, Jules, solo estoy buscando un tema de conversación neutral —le dice en tono conciliador.

—Pues haber hecho una lista si planeabas meterme en un coche con ella.

Carrie se calla. Mira hacia fuera, donde la carretera de Chicago está siendo engullida por la oscuridad. Son las ocho de la tarde. Prácticamente noche cerrada.

La hostilidad de Julien es palpable. Supongo que es de esperar. Posiblemente me guarde rencor por cómo acabó todo. Por las decisiones que tomé. Por el hecho de haber abandonado el que fue mi hogar.

Pero ¿y él? Él no peleó. No me buscó. No hizo nada por salvarnos. Yo también tengo derecho a sacar las uñas.

Pero no lo hago. No lo hago porque he tenido unos días para entrenarme. Para meditar bien la decisión de venir hasta aquí.

No lo hago por Carrie, que no se merece que la pongamos en la tesitura de sentirse incómoda estando sola con los dos.

—Mañana hay una cena —dice de pronto mi amiga.

—¿Una cena de qué? —contesta Julien—. No me habías dicho nada.

—Algo informal. En mi casa. Como una especie de cena de ensayo antes del gran día.

—¿Va mucha gente?

—No. Solo los de siempre.

—Ya. Los de siempre.

Sin más, Julien vuelve a enfurruñarse.

Quiero pensar que actúa así porque está descolocado; porque no esperaba volver a verme nunca más en su vida y, de pronto, aparezco en su territorio.

Pienso que es la realidad, soplando entre sus recuerdos, desenterrando esos primeros instantes que compartimos; la manera en que conseguimos llegar al otro con solo unas miradas.

Apoyo la cabeza en el asiento del coche y cierro los ojos. Para mi cuerpo son más de las tres de la madrugada, por lo que empiezo a notar los primeros efectos del *jet-lag*.

Relajo un poco la mente aprovechando que el silencio ha llenado el coche, y entonces los veo. Los siento.

A ese Julien y esa Emi que se cruzaron una vez hace nueve años.

A los culpables de todo lo que nos pasó después.

Y lo felices que consiguieron ser.

Todo empezó en un autobús.

Era noviembre y hacía solo una semana que había llegado a Chicago para realizar un curso intensivo de inglés.

Por mi visado de turista, tenía pensado estar únicamente un par de meses. La idea era

volver a casa por Navidad, aunque, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas por allí, cualquier alternativa era bienvenida.

—Quisiera comprar un billete —dije cuando llegué a la estación de autobuses de Chicago.

—¿Adónde desea viajar?

—A San Luis.

Mi idea era pasar el fin de semana en casa de Maddie, una chica que había conocido el verano anterior en mi viaje de interrail por Europa. Pensaba que no volvería a verla nunca más, pero la vida, a veces, te da sorpresas.

Tomé asiento en el siguiente autobús que salía hacia allí. Era un vehículo de dos plantas cuyos asientos, sin duda, habían conocido tiempos mejores.

Viajaba con esa mochila destartada que me acompañaba a todas partes, con un iPod que había heredado de mi primo Felipe y con aquella locura mía por ver mundo. La Emi de diecinueve años era así: libre, con ganas de moverse, buscándose la vida; sobreviviendo al encuentro de su camino.

No reparé en el chico que había sentado justo al lado de mi asiento. Llevaba una gorra tapándole la totalidad de la cara y, salvo que se movía constantemente tratando de encontrar la postura adecuada, no me fijé en nada más.

El viaje a San Luis duraba cinco horas.

Tardé aproximadamente dos en hablar con él.

—¿Qué escuchas? —me preguntó de pronto, en algún punto entre Illinois y Missouri. Con la cabeza señalaba mis auriculares.

—¿Me dices a mí?

—Creo que eres la única persona por debajo de los setenta años con la que comunicarme, así que... sí. Te hablo a ti.

Sonrió. Sonrió como siempre sospeché que sonreían los chicos americanos que se veían en las películas.

—Estoy escuchando Aerosmith —dije.

—Eso me había parecido. ¿Me dejas ponerme uno?

Cogió con sus largos dedos el cable blanco de mis auriculares. Yo cedí.

—Eh..., sí. Claro.

En ese momento sonaba Fly Away From Here, la que era mi canción favorita del grupo.

Empecé a cantar la letra entre dientes y me di cuenta de que, a mi lado, el chico hacía lo mismo.

Cuando acabó la canción, nos miramos con vergüenza y nos sonreímos. Nunca me había pasado. Qué extraño fue compartir un momento cómplice con un completo desconocido.

—No eres de aquí —dijo de pronto, haciendo alusión a mi entonces patético acento.

—No. No lo soy.

—¿Latina?

—Más o menos. Soy de España.

—Guau, Europa. Estás lejos de casa.

—Sí.

—¿Y qué te trae por aquí?

Pensé en contarle la realidad —que estaba huyendo del caos que era mi familia en esos momentos— o la versión oficial: que estaba siguiendo un plan.

—Necesitaba un cambio de aires —dije para evitar dar detalles—. Y perfeccionar mi inglés.

—Tu inglés es bastante bueno.

—Gracias.

—¿Te estás quedando en Chicago?

—Sí.

—¿Hasta cuándo estarás por aquí?

—Más o menos hasta mitad de diciembre. —Pasé a la siguiente canción y aproveché para bajar un poco el volumen de la música. Después volví a mirarlo—. ¿Y tú? ¿Vas a pasar el fin de semana a San Luis? ¿O estás de vuelta?

—Pues ni una cosa ni la otra. Voy a San Luis, no sé si por unos días o quizá para siempre.

—¿Y eso?

—Tengo una misión, aunque no sé si lograré llevarla a cabo —dijo con una sonrisa—. En función de si lo consigo o no permaneceré allí más o menos tiempo. Igual decido no volver nunca.

Asentí.

Nada de esa situación me parecía raro. A la Emi de diecinueve años también le encantaba conocer a diferentes tipos de gente sin opinar ni juzgar.

El resto del viaje lo pasamos hablando de todo. De música, cine, el pasado.

Puede decirse que conectamos.

Él era un par de años mayor que yo y acababa de dejar la universidad. Yo había decidido no empezarla porque desconocía qué especialidad iba a hacerme feliz. Me dedicaba a trabajar en una tienda de ropa a media jornada y el resto del tiempo estudiaba inglés y participaba como voluntaria en una asociación para familias en riesgo de exclusión social.

Hablamos el resto del viaje de una manera liberadora, como solo lo haces con desconocidos, mientras el paisaje iba mutando del sobreedificado Chicago hasta las pintorescas calles de San Luis.

Nos despedimos horas después pensando que no volveríamos a vernos. Pertenecíamos a diferentes puntos del planeta. Ninguno teníamos un rumbo fijo en la vida. Coincidir había sido un capricho del destino que nos había juntado para que las palabras del otro pusieran en perspectiva algunas preguntas que nos hacíamos.

Pero solo durante unas horas.

Por eso nos dijimos adiós.

Un hasta nunca que lo englobaba todo salvo aquel corto espacio de tiempo que habíamos compartido.

Por eso, cuando volví a subirme al autobús un par de días después, lo último que esperaba era verlo a él.

Esa vez no me tocó a su lado, pero me las arreglé con otro pasajero para acabar ocupando el asiento de delante.

Dejé mis cosas y me giré, asomándome por encima del respaldo, para poder verlo de cara.

—¿Julien? ¡Hola! Soy yo, Emi. ¿Me recuerdas?

Me miró a los ojos. Estaban rojos. La boca torcida. Y apestaba a cerveza.

—Hoy no tengo ganas de hablar —dijo sin más. Apenas había percibido un mínimo de reconocimiento en sus pupilas.

No sé por qué, pero me dolió su actitud. ¿Es que él no contemplaba que la vida nos estaba dando una segunda oportunidad? Tal vez en algún sitio estaba escrito que debíamos volver a coincidir; quizá conocernos a fondo.

Sin embargo, lo que hizo fue ajustarse la gorra y ponerse a dormir, ignorándome.

Decepcionada, volví a sentarme mirando al frente.

Así transcurrió la primera hora y media de viaje, hasta que empecé a escuchar que se movía, como si estuviera incómodo.

Decidí volver a girarme.

—Estoy escuchando a Extreme. ¿Quieres uno? —Señalé el auricular que llevaba enganchado en la oreja.

—No tengo ganas de nada. Ni de hablar, ni de escuchar nada.

—Vale. ¿Te apetece jugar a algo? Podemos buscar formas en las nubes o...

—Mira, no quiero ser borde, Amy, pero ¿por qué no te metes en tus propios asuntos?

—Me llamo Emi, no Amy. —Lo miré. Mucho más intensamente de lo que lo había hecho un par de días atrás cuando el destino me sentó a su lado. No sé si el dolor que encontré al fondo de sus ojos estaba ahí el otro día, pero en ese momento gritaba. Y quise averiguar por qué—. No has conseguido completar tu misión, ¿verdad?

—Joder..., ¿siempre eres tan molesta?

—El sitio que hay a mi lado se ha quedado libre —le informé—. Ven conmigo. Te hablaré de la misión que yo misma estoy llevando a cabo.

Me observó durante unos cuantos segundos hasta que cedió. Por qué lo hizo es un misterio. Pero acabó sentado a mi lado, con las piernas cruzadas y la gorra tapando buena parte de sus ojos. Mirándome como se mira a aquel que te supone un incordio de entrada, pero en cuyas palabras empiezas a creer pasados unos pocos minutos.

Así le conté mi historia. El porqué de mi viaje a Estados Unidos. Que mis padres se estaban divorciando a las malas en España. Que siempre habían tenido una relación tormentosa, llena de terceras personas por ambos lados, y que se habían cansado.

Que se habían visto con un bebé en brazos cuando mi madre, una joven francesa que solo pasaba las vacaciones en España, ni siquiera había cumplido los dieciocho.

Que los había visto pelearse mucho más que besarse. Que lo único en lo que se ponían de acuerdo era en aquello relacionado conmigo. Que habían apoyado mi decisión de retrasar mi entrada en la universidad hasta que supiera a ciencia cierta a qué quería dedicar mi vida, pero que en cambio eran incapaces de escucharse el uno al otro.

Había huido a Estados Unidos para no tener que ver cómo vaciaban la casa en la que habíamos vivido toda la vida para llenar dos nuevos apartamentos carentes de recuerdos. Todo porque no se habían puesto de acuerdo sobre quién se la debía quedar.

Cuando acabé mi relato, toda la atención de Julien se había centrado en mí. En mi rostro. En el sonido de mi voz. En la manera en la que me retorció las manos.

—Fui a ver a mi padre —dijo entonces—. Nos dejó hace años. Se fue vivir a Brasil y acaba de volver a San Luis. Fui con la esperanza de que se alegrara de verme, de que quisiera tener algún tipo de relación conmigo, de que quisiera... no sé. Hablar, aunque fuera. Pero no. Lo he visto un total de dos horas en tres momentos diferentes y lo único que he sacado en claro es que a ese tío no le importo lo más mínimo. No quiere saber nada de mí.

Nos quedamos callados después de su declaración. La noche empezaba a filtrarse por las ventanas del autobús y alguien había subido la calefacción al máximo.

Aun así, veía sus manos temblar.

—Lo siento, Julien —dije.

—Si vas a decir eso de «estás mejor sin él», prefiero que te lo ahorres.

—No iba a decir eso. Solo que me parece que en esta historia el que pierde es él, no tú.

Al escuchar mi punto de vista, sus ojos azules volaron a los míos castaños. Parecía perdido. Confuso.

—Me conoces de unas pocas horas —susurró.

—A veces no hace falta mucho más para ver dentro de alguien.

Mis palabras le llegaron. No sé cómo, pero lo hicieron.

Segundos después, sus dedos, tímidos, que descansaban en su muslo, tomaron la decisión de moverse hacia los míos.

Así fue como nuestras manos quedaron entrelazadas.

Y con ellas nuestras vidas. El presente. Y el camino.

8 de diciembre

No he podido dormir. Quisiera culpar al *jet-lag*, pero lo único que veía cuando cerraba los ojos era la mirada azulada de Julien tratando de asimilar mi presencia en su terreno

Quizá, y solo quizá, por esa razón las pocas horas que he conseguido descansar se han llenado de imágenes de tiempos pasados. Algunas felices, otras crudas y otras irreales.

Irreales en el sentido de que nunca ocurrieron.

Pero en todas salía él.

Ese él que se cruzó en mi vida cuando aún era demasiado joven para asimilar lo que significaba pertenecer a algo y a alguien.

Aún me inquieta pensarlo.

Aunque parte de mí se encuentra frustrada por no ser capaz de pensar en otra cosa desde ayer —en realidad, desde los últimos ocho días—, la otra grita: pero, Emi, ¿cómo hacerlo?

Julien no es cualquiera.

Es mi talón de Aquiles. Mi criptonita. El que fue mi marido. Por quien me quedé en un país extranjero, adopté un apellido diferente al mío y a quien juré querer para siempre.

Supongo que es totalmente natural estar algo confusa tras haberlo visto, y más cuando ver su rostro supuso encontrarme de frente con mi pasado. Solo que en sus ojos ya no quedan ecos de su risa, sus «te quiero» y los futuros que me prometía. En ellos solo encontré la huella del tiempo, el vacío que deja el rencor y ciertos reflejos del olvido.

Y eso que solo fui capaz de mirarlos directamente durante dos segundos enteros.

Tras un rato dando vueltas en la cama, miro el reloj. Son las siete de la mañana, hora local. A pesar de las pocas horas de sueño, para mi cuerpo es pasado el medio día.

Bajo por las escaleras y sonrío mientras observo todo a mi alrededor. Cada rincón está decorado por la llegada de la Navidad. Todo es blanco y precioso, y los adornos y el árbol que hay al fondo del salón hacen que la estancia se vea aún más como un hogar.

Hacía siglos que no pisaba esta casa. Está diferente pero igual al mismo tiempo. Está llena de fotografías de ella y Freddie, su marido; de viajes, de proyectos y sus caras sonriendo a la cámara.

Carrie y Freddie son la típica pareja que se conoció muy joven y que, durante años, hicieron vidas separadas mientras conseguían sus metas.

Hace muchos años, tuvieron una crisis porque llevaban toda la vida juntos y se sentían estancados. Ella creyó que era una señal para emprender caminos opuestos; a él le dominó el miedo a perderla. Por ello, solo unos días después le puso un anillo en el dedo.

No han vuelto a dudar desde entonces.

—¡Pero bueno! —exclama Carrie cuando me ve entrar en la cocina—. ¿A dónde vas tan temprano?

—Ya ves, el maldito *jet-lag*. No he podido pegar ojo en toda la noche. —Me dejo caer en una silla que hay frente a la isla de la cocina—. ¿Y tú?

—Hace ya semanas que no puedo descansar. Esta niña se activa en cuanto sale el primer rayo

de sol. —Se acaricia el vientre—. Por no hablar de su costumbre de apretarme la vejiga cada veinte minutos...

Me río.

—¿Y Freddie?

—En la ducha. Enseguida se va a trabajar. —Empieza a trastear por los armarios y se gira hacia mí con una cápsula de Nespresso en la mano—. ¿Café?

—Por favor.

Carrie y yo desayunamos, poniéndonos al día hasta que llega su marido, que se une a nosotras.

Los tres conversamos animadamente sobre los preparativos del gran día, que cada vez está más cerca.

—¿Qué planes tenéis hoy? —nos pregunta Freddie.

—Pues, si a Emi le parece bien, tenemos que ir a ver a un par de proveedores y después pasarnos por el hotel para ver cómo va el tema del sonido.

—Julien está en ello, ¿no?

—Sí, él está supervisándolo todo. Pero tengo que ir a darle el visto bueno sobre algunas cuestiones.

Guardo silencio. La sola mención del nombre de mi exmarido me eriza la piel. Y no me gusta.

—Vale —dice Freddie—. Pues intentaré salir pronto para recoger el postre y que me dé tiempo a ayudaros con la cena.

—No te preocupes, cariño. Lo tengo todo controlado. Además, ahora tengo refuerzos. —Mi amiga me sonrío.

—Yo de ti no repetiría esa frase delante de Julien —bromea su marido—. Va a creer que lo has sustituido.

—Julien sabe que en mi corazón hay sitio de sobra para él y para Emi.

—Ya. —Freddie sonrío. Lo hace como si supiera más que el resto—. Aun así, no le quites tareas estos días. Es mejor tenerlo de buen humor.

Eso me hace sonreír a mí. Por lo visto, el humor agriado del que fue mi marido no ha cambiado en absoluto.

Poco después, Freddie se despide de nosotras; un beso en la cabeza para mí y uno en la boca y en el vientre para su mujer.

Carrie y yo nos quedamos solas. Ella me mira mientras da vueltas a su taza de café descafeinado, ya vacía. Me percato enseguida de que esconde una sonrisa.

—¿No hay nada que quieras preguntarme? —Alza una ceja en mi dirección.

—¿Como qué?

—Como algo acerca de ese rubio que un día te trajo loca...

Trago saliva unos instantes. Hay tanto que quiero saber... Pero me limito a empezar por lo básico.

—¿Por qué te ayuda con el sonido? —Aunque parezca la pregunta más aséptica que puedo hacer, en el fondo es una de las más significativas.

—Porque tiene una empresa de audiovisuales.

—¿Una empresa? ¿Suya?

—Pues sí —corrobora con orgullo y una sonrisa—. Suya.

Desvió la mirada, algo incómoda. No sé cómo tomarme esa revelación.

—Y... ¿le va bien?

—Sí, cielo. La verdad es que le va muy bien.

—Ya... Supongo que me alegro.

—Sé que te alegras, Emi. Siempre quisiste lo mejor para él. Y también sé que, aunque no lo demuestre, él también se alegra de que las cosas te vayan bien a ti.

Asiento despacio mientras doy un bocado a lo que me queda de *croissant*. Mastico con lentitud, saboreándolo. Había olvidado el sabor de la bollería en esta parte del charco.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Sabes que puedes preguntarme lo que quieras.

—También es algo sobre él.

—Vaya, eso es una novedad. Durante ocho años he esperado a que me traspasaran tus dudas acerca de Julien y no lo hiciste ni una vez. Y en menos de tres minutos disparas dos preguntas seguidas.

—Ya... Comprenderás, mi querida Carrie, que verlo cara a cara ha despertado mi curiosidad. Mi amiga sonrío.

—Contaba con ello, nena. Me habría preocupado mucho que no hubiera sido así. —Carraspea, con cierta tensión acumulándose en su labio superior—. En cualquier caso, espero que entiendas que no voy a poder dar respuesta a todo lo que me plantees. Él es... mi niño bonito, por muy amiga mía que seas tú.

—Sí, sí, lo sé. Solo quería saber por qué no le dijiste que venía.

—Ah. Eso... —Sus labios se curvan—. Sinceramente, conociéndolo como lo conozco, y teniendo en cuenta cómo se tortura con ciertas cosas y su carácter a veces amargo..., no sé. Creo que intenté quitarle margen para que hiciera alguna tontería.

—¿Por qué iba a hacer una tontería?

—Porque se trata de ti. Para Julien, todo lo que tenga que ver contigo se magnifica.

—¿A pesar de que haya pasado tanto tiempo?

—Sí, Emi, a pesar de ello. —Mi amiga me coge de las manos y, de una manera menos casual de lo que parece, acaricia el dedo anular de mi mano izquierda, donde hace ocho años lucía un anillo de casada—. Supongo que cuando Julien pronunció las palabras «para siempre»... iba en serio.



Carrie y yo pasamos buena parte de la mañana de recados. Vamos a ver a su abogado para firmar los últimos acuerdos relacionados con la licencia de venta de bebidas alcohólicas. También visitamos la empresa de *catering* que llenará la cocina del hotel, al DJ que ha contratado para amenizar la inauguración, al responsable del equipo de limpieza...

Vamos como locas, pero así es más fácil para mí asimilar que estoy de vuelta en la ciudad.

Por mucho tiempo que pase, por muchos recuerdos agridulces que construí en sus calles, Chicago siempre será especial para mí.

Sus grandes avenidas. La vida en explosión. La gente corriendo por la calle. Esa paradoja resultante de mezclar el gris y el verde...

Es impresionante. Sobre todo en Navidad. Hace que todo aquello que guarda mi memoria brille más.

Millennium Park. Su pista de hielo...

—¿Estás preparada para ver el hotel? —Carrie, sentada a mi lado en el taxi, me saca de mis ensoñaciones.

—Sí. Me muero de ganas.

El edificio que Carrie ha elegido para montar su negocio soñado está en una de las avenidas más importantes del centro de la ciudad.

Llegamos unos minutos después y enseguida me doy cuenta de que rivaliza con los más altos de la zona. Es moderno. Majestuoso y, según me explica ella, construido con materiales sostenibles.

Entramos en su interior y mi respiración se entrecorta.

Se huele la clase, el lujo. Y también la Navidad, como en cada rincón de Chicago.

A pesar de que le cuesta un poco moverse por el lumbago, Carrie me enseña el hotel de arriba abajo. La recepción. La cocina. Los restaurantes —hay dos—. Los diferentes salones. Las habitaciones. Las suites. El *spa*. La zona de la piscina.

Todo es impresionante.

Dejamos lo mejor para el final: el ático y la terraza donde tendrá lugar la inauguración en solo tres días.

Es un espacio grande, con una barra de bar al fondo, luces, varios jardines verticales y una pérgola a la que han enredado cientos de *leds* diminutos.

También hay una pantalla gigante y un sistema de sonido, que es donde encontramos a Julien.

—¡Jules! ¡Estamos aquí! —Carrie llama la atención de su amigo, y él deja de dar órdenes a un par de empleados para centrar su mirada en nosotras.

A mí me observa durante dos segundos. Dos segundos intensos pero demasiado fugaces. A ella, en cambio, le sonrío. Yo noto mi corazón encogerse ante el gesto.

—¿Cómo están mis chicas favoritas? —Le da un beso a Carrie en la cabeza y después le acaricia la tripa. Parece de buen humor. Pero solo lo parece. Lo conozco. Es una pose—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Me duele un poco la espalda. —Ella le sonrío ante el gesto de preocupación de su amigo. Se adoran, siempre lo han hecho—. ¿Todo controlado por aquí?

—Ya te he dicho antes que sí. No tienes que preocuparte, en serio. Tampoco hacía falta que vinieras hoy.

—Quería enseñarle el hotel a Emi.

Él asiente, pero ni siquiera ante la mención de mi nombre hace el amago de mirarme de reojo. Su indiferencia flota en el aire.

—Ya que te has acercado, ¿quieres que probemos cómo se ve el vídeo?

—Claro.

Julien coge la mano de Carrie y la lleva a un rincón, donde una mesa auxiliar sujeta un portátil. Empiezan a hacer pruebas. Mi amiga está tan concentrada en atender a las instrucciones de Julien que ni siquiera se percató de que no los he seguido.

Yo, en cambio, soy hiperconsciente de cada movimiento que ellos hacen. En especial él. Lo miro trabajar y me parece mentira que sea el mismo chico a quien no lo motivaba nada en el pasado. Con quien discutía cada vez que abandonaba un trabajo porque no lo llenaba lo suficiente.

Supongo que esa es la cuestión. Julien ya no es ese chico. Ni siquiera es un chico en el sentido estricto de la palabra: ahora es un hombre. Un hombre que se dedica a algo que visiblemente lo apasiona. Un hombre en todos los sentidos. Mirada más dura, brazos más fuertes, facciones más marcadas. Aunque intuyo que el joven inseguro que fue aún vive ahí dentro. También sé que podría tirarme horas, días enteros, catalogando las diferencias que ha experimentado —no solo por fuera — la persona que me convirtió en su esposa en una sala del ayuntamiento.

Pero parece que en esta realidad no hay sitio para eso.

—Emi, ¿vienes? —La voz de Carrie, una vez más, interrumpe el flujo de mis pensamientos.

Camino hacia ella, sintiendo la manera en la que Julien evita mirarme de frente. Yo tampoco lo hago. No sé cómo lo consigo, pero logro no hacerlo.

—Es todo increíble —comento, y en el fondo se lo digo a los dos. A ella por todo lo que está preparando para su gran noche y a él por... no sé por qué. Por todo lo que me he perdido, en general.

—Pues espera y verás. Mira el vídeo que ha montado Julien. —Mi amiga coge el ratón y empieza a buscar algo en una carpeta, pero Julien la interrumpe con cierta brusquedad.

—No, Carrie. Mejor ya lo vemos el sábado.

—Pero has dicho...

—Déjalo.

Carrie guarda silencio. Creo que está comunicándose con él sin palabras, tratando de entender por qué no quiere que forme parte de este momento.

Noto que sobre y de pronto siento la necesidad de volver a poner distancia. Hago un primer movimiento para alejarme, pero Carrie me sujeta con el brazo.

—¿Por qué no vienes a comer con nosotras y te relajas un poco? —le pregunta a Julien.

Él parpadea, incómodo.

—Qué va, tengo mucho que hacer.

—Pero tendrás que comer, ¿no?

—Me he traído un sándwich.

Carrie lo mira con reprobación. Es obvio que él quiere evitarme.

—Bueno, pues ¿nos vemos esta noche en mi casa?

—No sé, Carrie, yo...

—Vale. —Carrie extiende un brazo y lo apoya en el pecho de Julien—. No quiero excusas. No era una pregunta. Nos vemos esta noche en mi casa, Julien Vancamp. Más te vale ser puntual.

Sin añadir ni una palabra más, Carrie tira de mí y nos dirigimos al ascensor.

Yo intento no mirar a mi exmarido ni una sola vez, aunque su presencia me llama como la luz atrae a la polilla.

Finalmente no lo hago. Solo cierro los ojos para escuchar cómo resuenan esas letras dentro de mí.

Vancamp.

Su apellido. Nuestro apellido.



—¿Seguro que estás bien quedándote sola?

—Sí. Seguro. Viví un año en esta ciudad. La conozco bastante bien.

Después de comer en un restaurante cerca del hotel, Carrie anuncia que necesita echarse una siesta. Yo estoy demasiado aturdida aún por el cambio horario, por lo que prefiero cansar a mi cuerpo para caer rendida cuando llegue la noche.

Carrie insiste en quedarse conmigo si lo necesito, pero le pido que deje de preocuparse. Ella necesita descansar y a mí me apetece pasar un rato a solas con la ciudad.

Empleo el resto de la tarde en reencontrarme con mis rutinas.

El puesto de la esquina, cerca del Instituto de Arte, donde siempre cogía a toda prisa mi café para llevar, el bar donde compraba la comida en los descansos esas ocasiones en las que no me daba tiempo a prepararme nada, aquella librería en la que pasaba las últimas horas del día mientras esperaba a que Julien saliera del trabajo...

Todo sigue igual y diferente. Creo que es parte del encanto de Chicago: su atemporalidad. Siempre encuentras los mismos hábitos, el mismo encanto en los escenarios, la mezcla de diferentes culturas conviviendo en sus calles...

Quizá por ello los recuerdos no han sido diluidos por los pequeños cambios que se han apoderado de la ciudad.

Paseo por una de las avenidas principales llenas de gente y tiendas. Todo está preparado para invitarte a comprar. La Navidad siempre te fuerza de manera indirecta a hacerlo, y en una tarde fría de diciembre, con las luces encendidas y la decoración en pleno auge, es imposible no caer en la tentación.

Yo, al menos, lo acabo haciendo. Sé que ciertas marcas salen mejor al cambio si las compras aquí, así que, a pesar de que mi tarjeta de débito está, literalmente, temblando, aprovecho la coyuntura para comprar los regalos de Paula, los niños y mis padres.

Me cuesta gastar este dinero que podría venirme bien para pagar la factura de la luz los dos meses siguientes, pero en realidad ya lo tenía reservado contando con el gasto de las fiestas, así que decido no darle más vueltas.

Empieza a nevar justo cuando salgo de la última tienda.

Llevo las manos cargadas de bolsas con juguetes, ropa interior picarona para Paula, un par de polos para cuando papá quiera parecer serio y un vestido de firma, desvergonzadamente rebajado, para mamá.

Mientras me planteo coger el autobús que lleva a la zona residencial donde vive Carrie, me suena el móvil.

Es ella.

—¿Emi?

—Dime.

—¿Por dónde estás?

—Iba a coger un autobús justo ahora. —Sujeto el móvil con el hombro como puedo para conseguir escucharla—. Está empezando a nevar.

—Lo sé. Freddie acaba de llamarme para decirme que por el sur de la ciudad hay retención y que va a llegar tarde. ¿Podrías pasar tú a recoger lo que he encargado para el postre?

—Eh... ¿Son muchas cosas? Porque la verdad es que voy un poco cargada.

—Pues... unas cuantas, pero... Bueno, vale, no te preocupes. Te mando refuerzos, ¿de acuerdo?

—¿Qué refuerzos? —inquiero, inquieta. Dadas las artimañas de Carrie, ya me figuro yo a quién tiene en mente.

—Enseguida te mando también la dirección del sitio. Mil gracias, Emi.

Y cuelga.

Dos segundos más tarde me llega un mensaje con la ubicación de la pastelería. Por suerte, solo está a un par de calles de donde me encuentro.

Minutos después, entro decidida en el lugar. Maldito Chicago. Todo es Navidad en cada esquina. Hasta el último rincón de la pastelería está decorado con guirnaldas, luces y pequeños Papá Noel ciertamente inquietantes. En el hilo musical suena un clásico disco de Mariah Carey contándonos qué quiere para Navidad.

Sin perder tiempo, me dirijo a la joven dependienta a la que he pillado limándose las uñas.

Me cuesta que me den la reserva que ha realizado Carrie porque no tengo ningún papel. Acaban llamando a mi amiga, que es clienta habitual. La chica me sonrío cuando cuelga el teléfono y me pide que espere unos minutos mientras va a la trastienda.

Me quedo sola junto al mostrador de cristal y aprovecho para perder la vista por la cantidad de galletas que tienen preparadas con formas navideñas: palitos de caramelo, muñecos de nieve, árboles decorados...

Me quedo absorta mirándolos, hasta que escucho la campanita de la puerta que anuncia que alguien acaba de entrar y me giro.

Entonces aparece él. Y el establecimiento se llena con su presencia.

Camina despacio, despreocupado, como si no fuera dueño de cada paso que da. Analizo su pose distante, y me resulta imposible no recordar a aquel chico que medía mis piernas con los besos que cabían en ellas.

Se acerca al mostrador y es cuando apoya los antebrazos en el cristal que me mira. Son apenas dos segundos, pero veo el rencor brillar como acero en sus pupilas.

La dependienta sale justo en ese momento de la trastienda con el pedido. Ve a mi acompañante y sus orejas mutan a un color escarlata. Él, como siempre, es consciente de su magnetismo y se dedica a sonreír a la chica. La pobre incauta tartamudea al recitar de nuevo el contenido de las bolsas.

Julien no deja de sonreír. Y yo, como viene siendo habitual, siento mi corazón encogerse ante el gesto, especialmente cuando las comisuras de sus labios decaen de nuevo al girarse hacia mí.

—¿Has pagado? —me pregunta.

—Sí.

Sus ojos, franqueados por unas escépticas cejas alzadas, analizan las bolsas que llevo.

—¿Te quedaba dinero en la tarjeta después del despliegue?

—El suficiente —contesto, seca.

—Bien.

Julien se hace cargo de las bolsas que nos da la chica. Le sonrío por última vez y después abre la puerta de la tienda; evita que se cierre con un pie para permitirme pasar.

Camino delante de él y casi lo siento escaneándome con aquellos ojos que en el pasado me parecían cálidos, pero que ahora se han convertido en dos piedras de hielo.

Fuera, la tormenta de nieve se ha intensificado. Las aceras ya están blancas y el contraste que ofrecen las luces de Navidad que decoran las farolas consiguen que la imagen sea la propia de una estampa de felicitación de las fiestas.

Me quedo quieta unos instantes embebiéndome del escenario.

—Que pretendas morir congelada no es mi problema, pero Carrie me matará si no te devuelvo sana y salva.

—¿Cómo? —Me giro hacia Julien, que ya ha abierto la puerta del conductor.

—Que subas al coche, Emi. No tengo todo el día. Y hace un frío de pelotas.

Lo miro unos instantes y, a continuación, lo hago. Camino unos pasos hasta el mismo vehículo que me recogió del aeropuerto ayer y abro la puerta después de dejar mis trastos en el maletero. A continuación ocupo el asiento del copiloto y veo cómo, nada más sentarse, Julien empieza a toquetear unos botones hasta que el interior del coche se caldea.

Apenas un minuto después nos incorporamos al tráfico del centro de Chicago.

Él, por supuesto, no me dirige la mirada. De hecho, su pose es recta, incómoda, como si mi presencia le resultase insoportable.

—¿Por qué estás siendo tan desagradable conmigo? —le pregunto de pronto. Puede que esta sea una de las pocas oportunidades que tenga de estar sola con él y debo aprovecharla.

Julien dirige la mirada hacia mí unos breves instantes antes de contestarme.

—Básicamente porque no figuras entre mis personas favoritas del planeta.

—Vale. —Asiento—. Eso lo entiendo, pero no veo la necesidad de que seas tan... arisco. Van a ser solo unos días, Julien. ¿Por qué te empeñas en crear un ambiente hostil entre los dos?

—No me sale hacerlo de otra manera.

Observo los signos de tensión que se evidencian en su cuerpo. Los hombros levemente contraídos, la rigidez de su mandíbula... Que yo lo incomodo parece un hecho.

—Está bien —digo—. Pues redoblaré yo mis esfuerzos para que todo sea lo menos tenso posible.

—Vaya. Eso sí que es una novedad. Emanuelle Vela mostrándose altruista con otro ser humano.

—No te creas que sabes tanto de mí —me defiendo—. Tú ya no me conoces.

—Claro que te conozco. He visto tu peor cara. No hay nadie mejor que nuestros enemigos para saber hasta dónde somos capaces de llegar.

—Yo no soy tu enemiga, Julien.

—¿Ah, no? ¿Y qué eres?

—Solo soy tu exmujer.

—Juraste quererme para siempre y me dejaste como a un perro. Me traicionaste. Eso te convierte en mi enemiga.

Me encojo un poco en mi asiento.

—Siento que lo veas así.

—Y yo siento haber sido en tu vida un simple daño colateral.

Me muerdo la lengua. Quiero rectificarle, decirle que eso no es cierto, que él fue mucho más que eso que afirma. Que lo quise de verdad. Que parte de mí aún late por él. Pero está demasiado cerrado; está demasiado cabreado.

Me guarda demasiado rencor.

Y no lo culpo. Yo también estoy enfadada con aquel Julien de veintiún años que me fue decepcionando día tras día y que no supo luchar en el momento de la verdad.

Pero estamos en el presente. El tiempo ha pasado y yo estoy tratando de ser adulta. Estoy conteniendo cada impulso que me susurra que debo contestarle, gritarle, cualquier cosa menos mostrarle esta falsa pose benevolente que llevo días ensayando. Mantener mi instinto al margen durante los siete días que nos vamos a ver obligados a interactuar me parece lo más acertado, para mi salud mental y también para la tranquilidad de la gente que nos rodea; en especial Carrie.

No volvemos a hablar en todo el camino hacia la zona residencial donde vive mi amiga.

El aire dentro del coche es tenso, me cuesta respirar con normalidad y creo que a Julien le pasa lo mismo. Es imposible rebajar la intensidad eléctrica que provocamos estando juntos, solos y a tan pocos centímetros de distancia.

Mientras continuamos con el camino, pierdo la vista por las ventanillas, observando la decoración de las casas: las luces en jardín, la decoración de los porches, las coronas de Navidad adornando las puertas y la nieve cubriendo levemente las aceras.

Todo es increíble. Muy de película. Siempre pensé que todas estas cosas solo eran reales en el cine, pero después de vivir en Chicago un año me di cuenta de que todo lo que proyecta Hollywood no es más que un retrato de la realidad.

Llegamos a casa de Carrie y Freddie cuando la tormenta está en su punto álgido. El acceso al jardín está parcialmente cubierto de nieve y a Julien le cuesta estacionar el coche en un lugar cercano y despejado.

Bajamos los dos cargados con las bolsas y avanzamos todo lo rápido que podemos para no resbalar y caer de bruces contra el pavimento mojado.

Julien camina delante de mí y en un par de ocasiones me parece ver que se gira para asegurarse de que no necesito ayuda.

Pero supongo que me lo he imaginado.

Por él, podría estampar la cara contra una montaña de nieve que ni siquiera haría el amago de ayudarme a que me pusiera en pie.

—¡Estamos en casa! —Julien abre con la cadera, como si supiera que Carrie mantiene la puerta sin pestillos cuando espera invitados.

De fondo suena una melodía que anuncia la llegada de Santa Claus a la ciudad.

—¡Por fin! Empezaba a preocuparme. —Carrie aparece en el recibidor con una sonrisa—. Sois los últimos. Hasta Freddie ha llegado antes que vosotros.

Mi amiga nos ayuda a colocar las cosas en la nevera. La cocina está impoluta, como si en esta casa no se estuviera preparando una cena para diez personas.

Julien y yo la ayudamos a emplatar algunas cosas. A pesar de que en este espacio podemos respirar mejor que en el coche, lo cierto es que seguimos incómodos si el otro está cerca. Nos hemos traído ese ambiente tenso hasta casa de Carrie. Tras un simple roce saltan chispas; las miradas que cruzamos nos congelan una expresión agria en la cara.

Supongo que es inevitable que nuestra amiga se dé cuenta. Porque lo hace, y al tratar de intervenir pone los brazos en jarras y nos lanza una mirada suspicaz.

—Ey, ¿estáis bien? —nos pregunta.

Julien y yo cruzamos la vista unas milésimas de segundo. Yo no puedo hablar, porque ¿qué decir? ¿Que, por alguna razón, me resulta insoportable que mi exmarido me odie? ¿Que me duele el rechazo que percibo en sus ojos? ¿Que me apetece pegarle dos gritos, pero que me estoy conteniendo para no hacerlo?

Él, en cambio, parece tener una respuesta para todo. Suspira profundamente unos segundos y después se pone su máscara. Esa que yo siempre he sabido que no es más que una maldita pose.

—Todo genial, Carrie. —Le guiña un ojo, y hasta ese gesto resulta poco creíble—. Va a ser una velada de puta madre.

Dicho esto, sale de la cocina.

Carrie se gira hacia mí con el ceño arrugado. Ella también es capaz de ver a través de su disfraz.

—¿Qué ha pasado en el camino aquí?

—No ha pasado nada, pero creo que deberías dejar de forzar la situación. Meternos a los dos solos en un mismo coche no es la mejor idea que has tenido en tu vida.

—¿Habéis discutido?

—No creo que podamos llamarlo discusión. Él, simplemente..., me considera su enemiga.

Carrie chasquea la lengua mientras coge una fuente con salsa de arándanos.

—Mi querido Julien, con la mente de un hombre brillante y el corazón de un niño pequeño.

—Me odia, Carrie.

—Es una forma de verlo.

—Es la única forma. No es capaz ni de mirarme a la cara.

Carrie suspira; veo su pecho subir y bajar a la par que su prominente barriga.

—Vas a tener que hacer un esfuerzo extra, nena.

—Lo sé.

—Ya sabes cómo es Julien, cuando se pone a la defensiva hay que tener paciencia con él.

—Es difícil para mí. Tengo la sensación de que no tengo margen para defenderme. Me dan ganas de mandarlo a la mierda, si no lo hago es por ti.

—Lo sé, y te lo agradezco. Estás haciéndolo mucho mejor que él. Solo... ten un poquito más de paciencia.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien. Lo intentaré.

Salimos al salón con lo que quedaba de comida. Las luces del árbol están encendidas y suenan los grandes éxitos de Sinatra, versión Navidad Deluxe.

Antes de tomar asiento, me pongo a saludar a esta gente que en otro momento de la vida fueron parte de mi día a día.

Rosie y Jack, la hermana y el cuñado de Freddie.

Suzanne, la íntima amiga de Carrie de la universidad y Paul, su marido.

Megan, amiga de la familia, quien en mi opinión siempre ha estado enamorada de mi exmarido y Charlie, el mejor amigo de Julien, quien fue testigo de nuestra boda junto con Carrie; el que deduzco que recogió sus pedazos cuando me marché y, aun así, todavía es capaz de mirarme con una sonrisa cuando me ve acercarme.

—Ey, Vancamp, qué alegría verte después de toda una vida.

Ni siquiera detecto rencor en la voz de Charlie.

Él siempre ha estado por encima de estas cosas. Es fiel a Julien hasta la médula, pero nunca me tratará mal a mí por ello. Lo sé. Y, en este momento rodeada de extraños que un día no lo fueron, me tranquiliza bastante.

—En realidad es Vela ahora. —Le sonrío.

Casi puedo escuchar los parpadeos de mi exmarido, observándome mientras defiende mi nombre actual.

También soy consciente del momento exacto en que aparta la mirada.

—Bueno —dice Charlie con una expresión afable—, en cualquier caso es V. Está bien.

Yo vuelvo a sonreírle, aunque siento cierto temblor en el pecho ante el comentario.

—Me alegro mucho de verte —le digo.

—Y yo a ti también. Estás... diferente.

—¿Vieja?

—Adulta.

Nos damos un breve abrazo del que todo el mundo es testigo y a continuación nos sentamos cada uno en nuestro sitio para empezar con los mil variantes de entrantes que Carrie ha preparado.

La conversación en la mesa se centra, por supuesto, en la inminente inauguración del hotel. Todo el mundo en este salón está involucrado de una manera u otra, aunque solo sea expandiendo la noticia por sus círculos inmediatos.

Hablamos de todos los pormenores que está habiendo con la organización, del *dress code* y del horario adecuado para presentarnos en el evento.

Carrie intenta ocultarlo, pero está nerviosa. Su vida está a punto de cambiar en varios aspectos. Para una mujer como ella, que está acostumbrada a tenerlo todo bajo control, tener que lidiar con los imprevistos la pone en permanente estado de alerta.

Durante toda la cena no cruzo ni una sola mirada con Julien. Está enfrascado la mayor parte del tiempo en una conversación con Megan. Recuerdo que en el pasado discutimos un par de veces por la excesiva atención que ella le dedicaba. Me pregunto si en algún momento habrán acercado posiciones una vez salí del mapa.

Me resulta algo incómodo verlos interactuar. No sé si son celos o es simplemente ser testigo de que la hostilidad de Julien no es un estado permanente, sino algo que únicamente le despierto yo.

Después de los postres y antes de pasarnos a las copas, Carrie se pone en pie.

Anuncia que quiere decir unas palabras

—Bueno... Ya sabéis que estoy preparando un discurso para el sábado, pero no quería dejar

pasar la oportunidad de hablaros en un ambiente más íntimo a todos vosotros, que sois los que más cerca estáis viviendo esta aventura —empieza a decir. Veo cómo sonrío mientras se acaricia la barriga en un gesto descuidado pero lleno de ternura—. Os estoy inmensamente agradecida a todos. De corazón. En especial a mi marido, que está aguantando no solo que esté a punto de tener mi propia empresa, sino las hormonas locas de este embarazo. También quiero aprovechar para darle las gracias a Emi por haber venido hasta aquí a pesar de todas las complicaciones. Estoy feliz de tenerte aquí, nena. Sabes que esta será siempre tu casa.

Se hace el silencio en la sala. Todo el mundo es consciente de que entre esas «complicaciones» se encuentra volver a un lugar que abandoné sin mirar atrás. Los invitados apenas reaccionan, más allá de un par de parpadeos comprensivos. En cuanto a mí... no consigo contestarle con palabras. Me limito a sonreírle, porque ¿cómo explicar que esto solo podría haberlo hecho por ella? Dejar mi trabajo en una época tan delicada, emprender un viaje cuando mi cuenta corriente está temblando, enfrentarme al pasado y los recuerdos...

Este viaje es una locura que solo podría haber asumido por Carrie.

No soy capaz de decírselo con palabras. Así que me limito a mirarla con ese brillo que guardo para ella.

—Y bueno... —sigue diciendo. Sus labios dibujan una risita pícaro mientras dirige la vista a mi exmarido—. También gracias a mi niño, a mi Julien, por las horas extra no remuneradas. Por tu apoyo... y por todo. Eres oro, cielo.

Él le sonrío. Lo hace de esa forma que reserva para los suyos; esa forma en la que me miraba a mí en el pasado antes de dormir o cuando pronuncié mis votos en voz alta.

—Todo por ti y por tu familia, Carrie —susurra él entonces, alzando su copa en dirección a su amiga.

El ambiente es intenso durante unos segundos, hasta que Charlie lo deshace con una risotada de las suyas:

—De lo que se va a facturar la empresa de Vancamp no hablamos, ¿no?

Julien niega con la cabeza, divertido.

—Eres un listo, Charlie.

—Tú sí que fuiste listo al diversificar tu negocio —le contesta su amigo—. Nadie daba un duro por lo de los videojuegos, pero te lo montaste bien. De algo tenía que servirte tener un cociente intelectual superior a la media, ¿no?

—¿Videojuegos? —pregunto yo de pronto. No he podido evitarlo.

Noto todos los ojos de la sala clavarse en mí. Incluso Julien se gira en mi dirección. De no saber que él no tiene nada de fanfarrón, su mirada prepotente me cabrearía.

A Julien se le detectó una capacidad especial de aprendizaje cuando solo tenía seis años. Es lo que comúnmente se conoce como ser «superdotado».

Cualquiera podría pensar que, debido a ello, su vida profesional ha sido un camino de rosas. Pero la realidad es que fue el germen de muchos de nuestros problemas.

—Sí. ¿Te acuerdas de cuando te ponías furiosa al verme jugar? —pregunta—. Pues ya ves, es lo que me da de comer a día de hoy.

Me quedo perpleja, sin habla, e incómoda por todo: por saber tan poco de él, porque todos los presentes me miran con extrañeza por la acusación escondida en las palabras de Julien y porque indirectamente está dando a entender que nunca creí en él.

—Julien ha conseguido un montón de cosas en los últimos años —interviene Megan, apretándose a él y jugueteando con el vello de su brazo izquierdo con demasiada confianza—. Le han dado varios premios y certificados. Tiene a diez empleados a su cargo, ¿lo sabías?

—Pues... no.

—Claro que no lo sabe —corroboraba Julien, con los ojos entrecerrados fijos en mí.

Trago saliva. Me siento muy observada.

—Entonces..., ¿tienes varias líneas de negocio? —me animo a preguntar en un intento de entablar una conversación neutral.

—Pues sí —responde de nuevo Megan, en lugar de Julien—. Tiene toda la parte de iluminación y sonido para eventos y espectáculos y otra de edición de videojuegos que...

—Le estoy preguntando a él —la interrumpo.

—Vas a obtener más información de ella que si te lo tengo que contar yo —dice entonces mi exmarido, con cara de pocos amigos.

—¿Y eso por qué?

—Pues, básicamente, porque este es mi logro. Y los logros los comparto con la gente que me importa. Y tú ya no me importas, Emi. No eres nada para mí.

Me quedo callada. Todo el mundo en el salón lo hace. Su tono ha sido duro, lleno del desprecio que al parecer le despierto.

Creo que tragar un puñado de cristales no me habría dolido tanto. Retrocedo un poco en mi asiento, pálida y como si me hubieran dado una bofetada.

—Julien... —Escucho a lo lejos la voz de Carrie reprendiendo a su amigo por su ataque verbal hacia mí delante de todos los invitados. Sé que quiere intervenir. Pero la detengo a tiempo.

—No, Carrie. Tiene... tiene razón.

Carraspeo. Nunca me había sentido tan incómoda. Tan fuera de lugar. Me estremezco porque este ya no es mi sitio, esta no es mi gente y yo no soy capaz de contenerme más tiempo. Quiero gritarle. A Julien. Quiero decirle tantas cosas que apenas puedo soportarlo. Pero sé que debo hacerlo. Se lo prometí a Carrie. Me lo prometí a mí misma. Y ahora me siento a un paso de estallar. Y sé que lo mejor es alejarme antes de que se me vaya de las manos.

—Creo que lo mejor es que me vaya a mi habitación —anuncio, poniéndome en pie. Los nueve pares de ojos que me acompañan siguen el recorrido de mis pasos mientras me dirijo a la escalera decorada con guirnaldas—. Tengo *jet-lag* y me duele la cabeza.

—Emi... —De nuevo, Carrie susurrándome. Con culpabilidad. Mordiéndose el labio mientras empieza a sentirse mal por mí.

—Disfrutad de la velada. —Dibujo una sonrisa pequeña que nadie cree y empiezo a subir escalones—. Buenas noches a todos.

Desaparezco en el largo pasillo que lleva a las habitaciones y me encierro en la mía, sintiendo un peso incómodo en el estómago.

Ni siquiera me quito la ropa. Me dejo caer en la cama y cierro los ojos.

Todo lo que veo es a Julien. Pero hasta su imagen es nublada por el dolor.

Julien

El hielo, casi derretido, baila en el interior de la copa. El sabor añejo del *whisky* me llena la boca y confunde el sabor amargo que baña mis papilas gustativas desde hace algunas horas.

Aparte de eso, no siento mucho más. Ni siquiera el frío intenso moviendo el aire que se percibe en el porche trasero de casa de Carrie.

Pierdo la vista a lo lejos, en el rosal sin flores que hay al fondo y que apenas se distingue en la penumbra. Justo cuando me pregunto en qué momento volverá a brillar escucho la puerta abrirse.

Un chasquido. Y el casi maullido de la mosquitera a continuación.

Freddie sale abrigado hasta las cejas y con una manta que me lanza sin cruzar palabra. En la otra mano lleva una botella medio vacía del *whisky* que estoy tomando.

—¿Sigue muy enfadada? —le pregunto cuando él se sienta a mi lado en el banco de madera. Me refiero a Carrie, claro.

—Siento decirte que sí. Quizá mañana se le haya pasado, pero ahora mismo no figuras en su lista de personas favoritas.

Suspiro. Me paso una mano por los ojos. Y doy otro trago a mi copa.

—¿Crees que debería subir a disculparme?

—¿Realmente lo sientes, chaval? —Freddie alza una ceja. Le encanta llamarme chaval. Lo ha hecho siempre, desde que me conoció cuando yo tenía nueve años y él, diez más.

—No lo sé.

Y ese es el problema. Que no sé si estoy arrepentido. O por lo menos no sé si lo estoy solo por haber disgustado a Carrie o también por haberla herido a ella.

—Tienes que intentar controlarte —me dice mi amigo—. No lo hagas más difícil de lo que ya es. Si no lo haces por ti ni por ella, al menos hazlo por Carrie.

—Es por ella que estoy en este lío —contraataco—. Si me hubiera dicho que Emi venía en un avión de camino hacia aquí, al menos habría...

—¿Habrías qué? ¿Macerado tu odio hasta empantanarnos a todos? ¿Buscado una excusa para alejarte lo máximo posible?

—Me habría preparado mentalmente —digo—. ¿Nadie se ha parado a pensar lo que supone para mí tenerla cerca después de ocho años? No soy capaz de mirarla a la cara, mucho menos de hablarle con amabilidad. Lo siento, pero no sé cómo afrontarlo.

—Mira, tío, no digo que esté de acuerdo con cómo ha hecho las cosas Carrie. Ya le dije que no era buena idea que lo planteara así, pero ya sabes cómo es cuando se le mete algo en la cabeza. Y tengo que reconocer que ella te conoce mejor que nadie. El caso es que tienes que estar por encima de las circunstancias.

Miro un segundo al cielo, negro, oscuro, sin luna. Y recapacito. Sé que Carrie tiene razón. Si me hubiera avisado de que Emi iba a venir me habría dado tiempo a hacer alguna tontería. Como conseguir una acompañante que hiciera la situación más tensa. Como llenarme a mí mismo la cabeza de mierda hasta boicotear su llegada. Como soltarle un discurso nada más pusiera un pie en la ciudad para amargarle la estancia...

Lo sé. Y lo entiendo. Pero no puedo evitar sentirme como un animal acorralado cada vez que ella habla o me clava los ojos. Sus malditos ojos castaños en los que una vez condensé mi futuro.

—Siento haberle hecho daño a Carrie —susurro como idea en sí misma. No sé si lo digo a Freddie, a mí o simplemente a la noche.

—No puedes joderle esta semana, Julien. No te lo perdonará. Esto es muy importante para ella. Que Emi estuviera aquí era muy importante para ella. No sabes cuánto le costó convencerla.

—¿En serio? —Desvió la mirada hacia el rostro de Freddie, camuflado parcialmente entre las sombras.

—Pues sí.

—¿Y eso por qué?

—Ya lo sabes. Para ella es difícil venir hasta aquí, enfrentarse al pasado, a ti...

—¿Por qué iba a resultarle difícil? Nada le importa lo suficiente.

—Estoy seguro, Julien, de que en el fondo no crees eso.

Suspiro. No sé qué creo sobre nada que tenga que ver con ella. Supongo que es cierto eso de que ya no la conozco. La chica que bajó ayer del avión no es la Emi a la que le puse un anillo en el dedo. La encuentro contenida. La persona a la que recuerdo me hubiera mandado a la mierda a la primera salida de tono. Era libre. Salvajemente suya. Esta versión con la que acabo de reencontrarme parece que esté interpretando un papel. Me tiene confundido. También un poco loco.

—No puedo soportar ni mirarla —reconozco en voz alta.

—Lo sé. Pero tienes que intentarlo.

—Me entra una cosa aquí, Freddie. —Me pongo un puño en la boca del estómago—. Me cuesta mantener el control de mis emociones.

—Sabes por qué, ¿no?

—No. No tengo ni puta idea. ¿Es por el rencor?

—Es porque no lo has superado. Emi aún es importante.

—No seas ridículo. Han pasado años. He tenido mil relaciones después de ella.

—No, Julien. No has tenido relaciones. Te has acostado con chicas, las has paseado por ahí y les has prometido adorarlas durante una estación entera, pero no te has comprometido.

—¿E insinúas que es por ella?

—Total y absolutamente.

—Eso es absurdo. —Me cabreo en el acto, y no sé por qué—. Yo... apenas pienso en ella.

Cojo la botella y relleno mi copa. Ya no hay hielos, pero me da igual. Necesito adormecer mis emociones un poco más, porque sé que lo que acabo de decir es una mentira. Claro que pienso en ella. Cada vez que la melancolía me encuentra en una noche solitaria, cada vez que alguna mujer se acerca a mí demasiado y veo la esperanza de ese más que no voy a poder darle, porque ni siquiera me pertenece a mí. Cada vez que pienso en esos futuros que no voy a poder compartir con ella...

Por supuesto que pienso en Emi. Ella fue el punto de inflexión en mi vida. Cambió mi manera de entender la realidad y todo tiene su huella desde entonces.

—Supongo que vas a tener que aprender a convivir con ese sentimiento durante unos días —dice Freddie, sacándome de mis reflexiones.

—Supongo que sí. No quiero manchar el recuerdo de este momento.

—Sé que podrás conseguirlo, chaval.

—Gracias por tener más fe en mí que yo mismo.

Freddie sonrío. Sonríe mientras me da unas palmadas en el hombro y se pone en pie.

—Voy a recoger un poco la cocina. Si subes en menos de diez minutos, ella seguirá despierta. Puedes entrar a disculparte.

—¿Ella Emi?

—No. —Vuelve a sonreír—. Ella Carrie.

Me deja solo, pensando que durante unos segundos me he imaginado con el permiso suficiente para entrar en la habitación de mi exmujer. Casi me he visto arrodillándome a los pies de su cama, hablándole despacio, y diciéndole que lo sentía, sin llegar a hacerlo del todo.

Porque, aunque siento haber importunado a Carrie, lo cierto es que no se me ocurre otra manera de actuar respecto a Emi. Verla es demasiado impactante. Demasiado doloroso. Está demasiado diferente, demasiado preciosa, y yo siento cada cambio que se ha impreso en ella y que yo me he perdido.

Paso unos minutos más torturándome con la idea de mi exmujer de vuelta en mi vida, aunque sea de paso. Hasta que tomo la determinación de ser maduro los días que quedan por delante. Ya tendré tiempo de volver a la seguridad de esos sentimientos nocivos que despiertan al pensar en ella.

Para empezar, sé que debo disculparme con Carrie.

Subo por las escaleras y toco la puerta de su habitación. Está en la cama, con la lámpara de la mesita de noche encendida, mientras revisa algo en su iPad.

—¿Puedo pasar? —le pregunto.

Ella suspira, dándose por vencida. Soy su niño, su punto débil. Y es consciente de que no puede negarme nada. Yo también lo soy.

Sin mediar palabra, señala el hueco que queda libre en su cama. Me dejo caer ahí unos segundos después.

—Siento estar siendo un capullo —le digo.

—¿Eso significa que vas a dejar de serlo?

—Voy a intentarlo. Te lo prometo.

—Que Emi viniera no era un complot contra ti, Jules. Era un deseo mío. Ella siempre ha sido importante para mí.

—Lo sé. Solo me hubiera gustado estar preparado.

—Pensé que era lo mejor. Ahora veo que me equivoqué, pero no merezco que me castigues de esta manera.

—Perdóname —le digo, apoyando mi cabeza en su hombro.

—No me pidas perdón a mí, tonto. Tienes que disculparte con ella.

—Carrie...

—Julien, Emi ha hecho un gran esfuerzo por venir. No sabes lo que me costó que aceptara los billetes.

—¿Los pagaste tú?

—Pues sí, su situación financiera no es buena.

Esa revelación, por alguna razón, me preocupa. Sé que la situación de su familia nunca ha sido estable. Y la estabilidad, en el fondo, era algo importante para ella. No me gusta pensar que pasa apuros económicos.

—Es... ¿algo grave? —le pregunto a Carrie.

Chasquea la lengua.

—Tendrás que preguntarle a ella.

—No creo que quisiera contestarme.

—Te sorprenderías de lo que podrías obtener de Emi si te esforzaras por relajarte un poco al

dirigirte a ella.

Me incorporo en la cama. Esta conversación me hace sentir incómodo. Miro el reloj. Es tarde. Y sé que debo marcharme.

—Prometo portarme mejor a partir de mañana. —Le doy un beso a Carrie en la cabeza y me pongo en pie.

—De acuerdo.

No cruzamos ninguna palabra más. Ya nos lo hemos dicho todo. Salgo de la habitación, sintiéndome extraño, y camino unos pocos metros por el pasillo.

Me detengo en la habitación de invitados, que está cerrada, en la que sé que Emi descansa.

Durante unos segundos tormentosos pienso qué ocurriría si tuviera el valor de tocar la puerta; de atreverme a acercarme a ella, observarla, prometerle dejar el pasado atrás para conocer a la persona que es ahora.

Aunque sea durante siete días.

Pero no lo hago.

Camino por los escalones hasta la planta de abajo, imaginándome a la única mujer que he querido en mi vida descansando en esa habitación que, hace ocho años, fue testigo de cómo me rompía por dentro en millones de pedazos que nunca volvieron a juntarse.

9 de diciembre

Me despierta un zumbido. Un zumbido insistente sobre mi cabeza. Abro los ojos y me cuesta unos segundos entender dónde estoy.

Chicago. Casa de Carrie.

El zumbido continúa y, al incorporarme un poco, comprendo que es mi móvil sonando. Lo cojo y veo la imagen de mi madre en un atardecer en el puerto. Descuelgo la videollamada.

—Emanuelle, *chérie*, buenas tardes.

—¿Buenas tardes? —baluceo—. Aquí son las ocho y media de la mañana, mamá.

—¡Ay! ¿Te he despertado?

—Pues sí.

—¡Perdona! Es que no he sabido nada de ti desde que llegaste y quería saber cómo estás.

Mi madre dibuja su sonrisa infalible, que resulta convincente incluso a través de una pantalla de móvil.

Ante la familiaridad de su gesto, me desinflo en el acto.

—Pues, la verdad..., ¿cuánto crees que podría costarme un billete de última hora a España?

—Oh, *mon Dieu*, Emanuelle. ¿Qué ha ocurrido?

Suspiro. Me paso la mano por mi pelo revuelto. En algún momento de la noche me puse el pijama; la ropa que llevaba ayer está tirada por el suelo.

—Está siendo peor de lo que imaginaba —confieso.

—¿Por qué? ¿Julien?

—Sí. No estaba preparada para verlo, eso es un hecho, pero lo estaba mucho menos para enfrentarme a su hostilidad.

—¿Os habéis peleado?

—No exactamente, pero porque yo no estoy entrando al trapo.

—Uy, quizá deberías. Así lo pondrías en su sitio.

—No te creas que no lo he pensado. Me estoy conteniendo por Carrie, pero no sé cómo voy a responder la próxima vez que me hable mal.

—¿Te habla mal? —Mi madre abre los ojos alarmada.

—No en plan insultos, solo... —Hago una pausa. No sé cómo explicarlo. Entre otras cosas porque no lo entiendo—. No le gusto, mamá. Nada. Y no se esfuerza en disimularlo.

Mi madre dibuja una mueca de preocupación.

—¿Crees que ese es el problema, Emanuelle? ¿No crees que, quizá, le gustas demasiado?

—Dudo mucho que sea eso.

La sabia Larisse, experta en hombres, alza una ceja y a continuación empieza a darme un sermón sobre los misterios de la mente masculina: el ego, las contradicciones y las heridas que más les duelen, que son aquellas que dejaron cicatriz en su amor propio.

—Ignóralo a partir de ahora —me aconseja—. Verás qué poco tarda en buscar tu atención de otras maneras.

—Sí, bueno, ya te contaré cuando vuelva... Solo quedan unos días.

—Ah, sí, sobre eso... —Compone una mueca pícaro, más propia de una adolescente que de una mujer cercana a los cincuenta—. Quería comentarte que no estaré en Tenerife cuando vuelvas.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¡Me voy de viaje! —exclama.

—¿Qué? Mamá, no tenemos un chavo. ¿Cómo vas a irte?

—Pues gratis, Emanuelle, hija. ¿Te acuerdas que te comenté que me estaba viendo con alguien?

—Eh..., sí.

—¡Pues ha habido un sorteo en su empresa y ha ganado un viaje para dos! ¡Y me lleva con él!

A continuación mi madre empieza a soltar gritos como una colegiala ante su primer concierto.

Ella es así. Tan niña que a veces olvido que ella es la madre.

Sigue gritando cosas sinsentido durante unos minutos más: que si el destino al que van es sorpresa, que si quiere comprarse algo de ropa, que si le da tiempo a una de esas dietas milagro...

Colgamos minutos después y, aunque no soy la típica hija demasiado apegada a sus padres, acabo echando de menos mi casa al decirle adiós a mi madre. Quizá se debe a que, muy en el fondo, siempre pensé que en Chicago aún quedaba algo a lo que podía llamar hogar. Y todo apunta a que me equivocaba.

Bajo a la cocina momentos después con el pijama, una bata y mi pelo negro desordenado en un moño. Tengo el maquillaje corrido desde anoche, pero no me molesto en arreglarlo demasiado cuando hago la parada de emergencia en el baño.

Freddie y Carrie están preparando el desayuno. Ambos me miran con cautela cuando entro. Creo que están preocupados por si decido salir huyendo del país.

—Buenos días —digo—. ¿Hay café?

—Claro, cielo —se apresura a contestar Carrie. La veo coger una cápsula del armario y ponerla en la cafetera antes de sentarse junto a mí frente a la isla de la cocina—. ¿Has podido descansar?

—Pues la verdad es que sí. Estaba agotada. Física y emocionalmente.

—Ya... —Carrie se muerde el labio—. Emi, sobre lo que pasó anoche, yo...

Antes de que diga más, extendiendo el brazo entre las dos en un intento de inhibir sus disculpas.

—No digáis nada, por favor —les pido—. No fue culpa vuestra. Solo Julien es responsable de la manera absurda en la que está actuando. Ahora bien, os digo una cosa, dudo mucho que la próxima vez pueda callarme.

—Claro, cielo, lo entendemos.

—Lo he intentado, pero él no me está dejando muchas alternativas.

Carrie asiente.

En ese momento, Freddie deja una taza humeante delante de mí y me mira con una sonrisa cálida.

—Tienes nuestro apoyo si quieres ponerlo en su sitio —dice—. Posiblemente sea eso lo que le hace falta, puesto que nadie lo ha hecho en años.

Asiento despacio, preguntándome, no por primera vez desde que me reencontré con mi exmarido, si en algún momento ha llegado a rehacer su vida. Si alguien le ha cogido la mano en su camino de logros o ha habido quien haya sostenido sus miedos en momentos de desbordamiento.

Pero no es una cuestión que me apetezca plantear en voz alta. No me ha apetecido en ocho años, mucho menos ahora.

Decido desviar la atención sobre mí preguntándoles cómo terminó la velada.

—No se hizo demasiado tarde —dice Freddie—. La anfitriona estaba cansada.

Le sonrío a su mujer y, justo cuando voy a preguntar si alguien comentó algo sobre mi repentino abandono del salón, tocan al timbre.

Sea quien sea pulsa el botón un total de tres veces, hasta que Carrie se pone en pie. La escucho caminar hacia el recibidor y abrir la puerta principal.

Oigo pisadas. Después susurros. Hasta que pocos segundos después vuelve a la cocina acompañada de Julien.

Se queda parado en la puerta, dando los buenos días sin dirigirse a nadie en particular. Lleva unos vaqueros viejos, un jersey que aún recuerdo de la época en la que mi ropa convivía con la suya y unas deportivas.

Diría que está guapo, pero creo que sería la apreciación subjetiva de una mujer que un día compartió cama con él. La realidad es que su pelo rubio no tiene control alguno y que unos círculos oscuros enmarcan su mirada. Tampoco se ha afeitado. Luce desaliñado, lo cual me consuela en parte, porque yo tampoco tengo el aspecto que me gustaría tener para poder enfrentarme a él con dignidad.

—¿Quieres café, chaval? —le pregunta Freddie, tratando de normalizar la situación.

—No, gracias. Ya me he tomado uno.

—¿Tostadas?

—Eh..., no.

—¿Entonces qué haces aquí a la hora del desayuno? —Freddie arquea una ceja, mirándolo con diversión, como si él de antemano conociera la respuesta.

—En realidad, yo... —Se detiene. Se pasa las manos por la frente y, desde el umbral de la puerta, veo cómo Carrie lo anima a hablar—. Venía... a ver a Emi.

Se hace el silencio. Parpadeo un par de veces antes de comprobar que he entendido bien:

—¿A mí?

—Sí. —Traga saliva, clavando la vista en la mía por primera vez—. A ti.

—¿Por qué?

—¿No puede un hombre invitar a desayunar a su exmujer? —Intenta sonar bromista, desenfadado, pero sé que solo es una pose.

—Bueno, un hombre normal supongo que sí —contesto—. Uno que declara delante de un montón invitados que su exmujer está muerta para él, pues... permíteme extrañarme.

Julien camufla una sonrisa, concretamente la versión que conocí hace casi una década y que no había tenido la ocasión de ver en estos pocos días de reencuentro con mi pasado.

—Ya sabía yo que era raro que me lo quisieras poner fácil —dice.

—¿Qué puedo decir? —Compongo una fina línea con mis labios a modo de sonrisa—. No te ha costado tanto agotar mi paciencia.

Me observa durante un par de segundos que parecen eternos. Freddie y Carrie no dicen nada, se limitan a ser meros espectadores de la escena.

—Bueno. —Se revuelve incómodo—. ¿Vas a venir o no?

—Con educación, Julien —interviene Carrie con un susurro al percibir la tensión en su voz.

—Eso, con educación —repito yo con recochineo.

Julien pone los ojos en blanco. Sé cuánto lo irrita que le digan lo que tiene que hacer.

—Está bien. —Carraspea—. Querida Emi, ¿me concederías el honor de aceptar mi invitación para desayunar?

Me mantengo en silencio unos segundos, siendo testigo de la tensión que se acumula en su barbilla hasta que respondo:

—Ya he tomado café.

—Pues te pides un zumo —resuelve, volviendo a ese tono cortante que lleva empleando conmigo los últimos días.

—Jules... —De nuevo Carrie, la voz de su conciencia.

Julien vuelve a poner los ojos en blanco antes de forzar una sonrisa en la que me enseña todos sus dientes.

—Por favor, Emi —sisea, y parece que solo ese puñado de sílabas le cuesta un mundo.

Vuelvo a manejar el silencio a mi antojo para torturarlo antes de darle una respuesta, porque realmente parece que esté haciendo un esfuerzo al estar aquí, pidiéndome un rato de mi tiempo, pero yo no encuentro el espacio para apiadarme de él.

—Me temo que tendrás que esperar a que me cambie —le digo.

—Hombre, tampoco tengo todo el día...

—Pues tú verás cuánta paciencia puedes llegar a tener con tal de «desayunar con tu exmujer». —Dibujó las comillas con los dedos y me pongo en pie—. Voy arriba.

Camino por la cocina con gracia y logro captar en un parpadeo la sonrisa orgullosa de Carrie y la de Freddie.

Subo las escaleras con toda la parsimonia que llevo dentro. Va listo si piensa que voy a acatar sus órdenes. ¿Desayunar con él? Vale. Pero será cómo y cuándo yo diga.

Ni siquiera pienso arreglarme.

Me pongo unos *jeggins* oscuros, una camiseta, una rebeca de lana, la cazadora y unas botas con pelo por dentro.

Parece que la nieve ha remitido, pero al mirar por la ventana veo que el cielo luce gris y que el ambiente se intuye húmedo.

Tardo unos veinte minutos en volver a bajar.

Cuando llego al salón, Carrie está arreglando los adornos del árbol, Julien está sentado y con las manos perdidas en su pelo y Freddie se ríe de él.

—¿Ya está lista la señora? —Mi exmarido se pone en pie al verme llegar. Sus ojos me escanean a través de un parpadeo tan rápido que no sé si lo he imaginado.

Yo, simplemente, asiento.



El trayecto en coche es incómodo. Culpa mía, posiblemente. Julien ha intentado entablar conversación sobre temas neutrales en un par de ocasiones y yo me he limitado a contestar con monosílabos.

Salvo por eso, no he abierto más la boca.

La cafetería a la que me lleva sigue estando en las afueras, bastante cerca de la zona residencial en la que vive Carrie.

Como es habitual en cada rincón de Estados Unidos en esta época del año, el establecimiento está totalmente decorado. De fondo suenan villancicos infantiles y en la barra hay una hucha para una campaña navideña de niños sin hogar. Inmediatamente dejo en ella algunos billetes arrugados.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Julien.

—Pídeme un zumo de moras. Y un par de tortitas con sirope de arce.

Alza las cejas, divertido, pero sin decir nada más.

Tomo asiento mientras lo observo hablar con el camarero. Mientras espero a que regrese me pongo nerviosa, porque no sé qué esperar de este encuentro entre los dos. Ni siquiera el ambiente familiar que se respira en el local consigue que me tranquilice.

Supongo que, cuando se trata de mi exmarido, nada puede hacerlo.

Julien vuelve unos minutos después con una bandeja entre las manos. Él se ha pedido un zumo de naranja y unos gofres con una pinta increíble.

El silencio nos sobrevuela a los pocos segundos de que él se deje caer en la silla y estemos sentados, frente a frente, compartiendo una mesa con la distancia simbólica de un campo de fútbol.

A mí me gustaría alzar la voz. Gritarle y preguntarle: ¿por qué somos incapaces de interactuar con normalidad? ¿Por qué el tiempo ha erosionado la forma de los recuerdos y ahora solo queda vacío? Pero no consigo materializar los sonidos en palabras. Solo me veo capaz de esperar a que sea él quien inicie la conversación.

Y lo hace. Tras unos cuantos minutos incómodos, lo hace.

—No te he traído aquí para pedirte perdón. —Esas son sus primeras palabras, y automáticamente siento cómo me pongo alerta.

—Vale. Entonces ¿qué es lo que quieres?

—No quiero empeorar las cosas. Por Carrie, principalmente.

—¿Y en qué crees que puedo ayudarte yo? Desde que llegué no he hecho más que intentar ser amable y correcta contigo.

Coge un pedazo de gofre con los dedos y se lo lleva a la boca, para a continuación masticar mientras me mira. Parece reflexionar durante unos segundos antes de volver a intervenir:

—Tú no eres así —dice.

—¿Cómo?

—Tú no eres correcta y amable. Tú, cuando alguien te toca las pelotas, te rebelas.

Esa insinuación me duele. Es como un fogonazo mediante el cual la Emi que él conoció se manifiesta en mi cabeza. La impulsiva, valiente, la que cogió una mochila, se subió a un avión y decidió unir su vida a la de alguien a quien apenas conocía.

La que desapareció un diciembre años atrás.

—Ya no tengo veinte años, Julien. He madurado. Soy adulta. Y hay cosas que ahora son diferentes.

—¿Como cuáles?

—Como la paciencia. Y la perspectiva. ¿Sabes lo que es?

—Si nos ponemos hostiles no vamos a llegar a ninguna parte.

—Tiene gracia que digas eso —digo con ironía, mientras doy un trago a mi vaso de zumo.

—Te he dicho que quiero mejorar las cosas.

—En realidad lo que has dicho es que no quieres empeorarlas.

Alzo una ceja y Julien suelta el aire con resignación, como si este diálogo lo estuviera irritando.

—Joder, Emi... —Chasquea la lengua.

—Joder, Julien... —digo yo, empleando el mismo tono.

Él suspira para a continuación pasarse una servilleta por la boca y apoyar los codos sobre el mantel.

—Vale. —Se aclara la garganta—. Pongamos las cartas sobre la mesa.

—Muy bien. —Me cruzo de brazos y le hago un movimiento con la barbilla, señalándolo—. Adelante.

Se suceden un par de segundos silenciosos en los que él parece coger aire para hablar:

—No me gusta tenerte aquí —dice.

—Está bien. Yo no quería venir.

—Hace mucho que decidí dejar de pensar en ti, odio tener que verte en persona.

—Yo odio que seas un capullo conmigo.

—Me resulta insoportable la simple idea de tratarte como si nada.

—¿Quién te ha pedido que me trates como si nada?

—¿Y cómo quieres que te trate? No sé cómo hacerlo. Conocí a una chica. Estuve con ella siete semanas. Nos casamos y, doce meses más tarde, se fue. Ahora me reencuentro con ella después de ocho años y no hay manera de saber qué tipo de comportamiento es el correcto. Créeme, lo he buscado en Google y no viene ninguna explicación que me sirva.

—¿No puedes actuar por instinto?

—Es lo que he estado haciendo hasta ahora. Mi instinto me dice que te desprecie. Pero parece que no es la mejor opción, ¿no?

Ni siquiera espera una respuesta de mi parte, porque apenas un instante después de pronunciar esas palabras desvía la mirada y la esconde de mí.

Dedico los segundos siguientes a pensar el porqué de ese odio que siente. Es cierto que lo nuestro fue intenso, enloquecedor y, al final, destructivo. Pero el tiempo ha pasado. Cada vez que pienso en él siento muchas cosas: tristeza, melancolía, dolor, miedo a que mis emociones me dominen, ganas de viajar en el tiempo... Pero se me desgastaron las emociones para convertirlas en odio. Quizá porque me sequé por dentro o quizá por todo lo que lo quise, no lo sé.

—¿Por qué me desprecias, Julien? —le pregunto.

—¿Tengo que explicártelo?

—Sí. Yo me quedé sin fuerzas hasta para eso cuando lo nuestro acabó. Estaba muerto e hicimos lo único que podíamos hacer: lo terminamos. ¿Por qué tú sigues odiándome?

Su mirada se pierde en el vacío unos instantes.

—Supongo que lo que ocurrió no fue igual para ti que para mí —susurra.

—¿En qué sentido?

—No quiero hablar de nosotros, Emi. De verdad que no.

—¿Y qué es lo que quieres? Porque has dicho que tampoco pretendías disculparte.

Alza la vista y me sorprende ver sus ojos azules vulnerables. No con ese brillo de acero de los últimos días, sino con un reflejo más nuboso y frágil.

—Quería pedirte que me dieras otra oportunidad, por Carrie. Que siguieras en la línea que llevabas en estos días, aunque no la merezca después de mi comportamiento. Yo prometo que lo haré mejor. No es que vayamos a hablar demasiado, pero tienes mi palabra de que si nos vemos obligados a interactuar seré amable.

Hago un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Y todo esto lo haces por Carrie, ¿no?

—Sí.

—¿No hay ni una sola parte de ti que quiera estar bien conmigo?

Exhala despacio, tratando de mantener el control de sus emociones. El silencio es tan espeso en nuestra mesa que la melodía que llega desde el hilo musical nos alcanza amortiguada, como si saliera de un lugar lejano y escurridizo.

La expresión de Julien, mientras por su mente cruza Dios sabe qué, es demasiado ambigua para poder ser procesada. Ni siquiera el tono de sus palabras corresponde a un estado de ánimo concreto.

—Emi, por favor, no hagas las cosas más difíciles de lo que ya son.

—Me fui hace ocho años y no hemos vuelto a hablar —digo, sintiéndome cargada de razón—. Igual no nos viene mal cerrar algunos temas.

—No sabes lo que dices.

—Creo que es lo sano, aprovechando que la vida nos ha juntado en el mismo lugar años después.

—Lo sano... —repite con ironía.

—Sí, lo sano.

—Emi, no me toques los cojones. Lo sano habría sido hablarlo en su momento. Haber actuado como personas responsables. Pero cogiste un avión y te fuiste.

—Nos habíamos roto, Julien. Nos precipitamos casándonos sin tener solucionado nada más de la vida. Y la realidad nos engulló.

—La realidad no nos engulló. Lo que pasó es que todo te vino grande. Punto.

—¿Grande a mí? ¿Y qué hay de ti? No fuiste el colmo de la madurez, precisamente.

—Emi, te he dicho que no quiero hablar de nosotros. Hazme caso y deja las cosas como están.

Hay tal dureza en su voz que casi me encojo en mi asiento. Casi. Porque sé que Julien ladra con furia, pero nunca muerde.

No obstante, sus palabras me cabrean. Me hace sentir como aquellas veces en el pasado en que, en vez de enfrentarnos a los problemas, los enterrábamos bajo una capa de invisibilidad demasiado opaca como para esconder la realidad. Por eso, quizá, mi respuesta a todo esto es enfurruñarme como la Emi de entonces.

Me cruzo de brazos, mastico en silencio y evito mirarlo directamente a la cara.

De pronto, lo escucho suspirar con irritabilidad.

—¿Y ahora qué te pasa? —pregunta.

—Nada, estoy dejando las cosas como están.

—Puf... —Se frota los ojos—. Lo de que habías madurado no se aplica a todas las facetas de tu vida, ¿no?

—¿Qué estás queriendo decir?

—Ahora sí que te reconozco. —Me señala con el dedo—. Estás actuando como la Emi de veinte años.

—¿Y te molesta? Te recuerdo que con esa Emi te casaste.

—¿Y eso tiene alguna relevancia en este momento?

—Supongo que no. A fin de cuentas, también fue a la Emi que dejaste marchar.

Julien cierra los ojos unos segundos y, cuando los abre, encuentro algo en ellos que solo puede ser definido como dolor. Parece afectado.

Y no lo entiendo.

—No vayas por ahí, Emi. Te advierto que no vayas por ahí.

—¿Qué? ¿Por qué no? Me echas en cara que nuestra relación se desgastara, que me fuera de casa y que acabara subiéndome a un avión. Y por eso me guardas rencor durante años. Como si no fueras tú culpable de nada de ello.

—Por supuesto que tengo mi parte de culpa. Pero te recuerdo que la que lo dejó todo atrás fuiste tú. Eso es cortar el problema de raíz, sin dar opción a nada.

—¿Sin dar opción a nada? Nos di espacio para recapacitar. Estuve dos semanas en casa de Carrie. Lloré cada maldita noche porque no venías a buscarme. Perdona si me harté de estar en un país extranjero, sin mi familia y con un marido que no quería pelear por mí.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando. Y deberías callarte de una vez, Emi.

—¿Por qué?

—Porque puede que tus palabras se vuelvan en tu contra.

—¿Por qué? —sigo insistiendo. No lo hago con ganas de pelea, es, simplemente, que hay preguntas que se te enquistan dentro. Y a veces salen a la luz sin pedirte permiso para hacerlo—.

Los hechos hablan por sí solos. Yo me marché. Pero siempre supiste dónde buscarme.

—Que te calles —dice una vez más.

—¿Por qué?

Y, a pesar de que mis últimas palabras salen de la mano de un simple hilo de voz, como si parte de mí fuera demasiado frágil para imprimir fuerza más allá de mis letras, él se tensa. Se tensa como si ese simple susurro lo hubiera golpeado, como si hubiera metido el dedo en su herida más secreta y me hubiera dedicado a apretar sin piedad.

—Porque quizá lleves años equivocada y tu marido, ese que tú dices que no quería pelear por ti, sí fuera a buscarte —dice con los dientes apretados. Las pupilas le arden. Y yo siento que empalidezco porque en ellas encuentro una verdad a la que no esperaba enfrentarme.

—¿De qué estás hablando, Julien? —Las palabras me salen escarchadas.

—¿Sabes qué? —En su rostro se dibuja una mueca que ni siquiera soy capaz de identificar—. Olvídalo. No tiene importancia.

Empieza a palparse los pantalones y, acto seguido, llama con la mano al camarero.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Pido la cuenta. Este desayuno ha sido una mala idea.

—Julien —pronuncio su nombre con claridad, y solo cuando sus ojos vuelan a los míos soy capaz de hacer la pregunta—. ¿Qué quiere decir que sí fuiste a buscarme?

—He dicho que no tiene importancia. Se acabó el tema, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿qué vas a...?

—Voy a ser correcto contigo —dice—. Intentaré que interactuemos lo menos posible, pero puedes estar tranquila. No volveré a atacarte delante de nadie. Ni siquiera aunque coincidamos solos unos minutos.

Lo noto nervioso. Está inquieto y tenso. Y no me gusta. No me gusta verlo perder los papeles de esta manera, porque me hace pensar que nunca consiguió dejar atrás a aquel chico frágil que fue.

Recuerdo todas esas veces que sus demonios lo vencían y que la frustración le trepaba por las paredes del estómago enredada con otras emociones a las que no sabía poner nombre. Recuerdo que yo solía deslizar las manos por la piel de su estómago, por su antebrazo o su cuello, y dejaba que mi calor le dijera que había sensaciones capaces de neutralizar al miedo. Que el amor vence al odio y que en toda noche oscura suele haber un punto de luz.

No sé por qué lo hago. No sé si es un instinto que guardé a buen recaudo en mi sistema o si el impulso es demasiado feroz como para dominarlo al ver cómo la máscara de mi exmarido se cuarteaba.

O puede que solo quiera causar un impacto en él con el objetivo de que siga hablando. Necesito saber a qué se estaba refiriendo con esa frase que parecía esconder demasiado.

Alargo el brazo. Lo hago despacio, casi temblando, y justo cuando mi piel lo roza las palabras brotan con esa cadencia con la que en el pasado intentaba llegar a él.

—Julien.

—No me toques. —Se separa—. Te lo pido por favor.

—Pero...

—Ya está, ¿vale? Te llevo a casa de Carrie.

Y sin más se pone en pie. La distancia se multiplica y mi confusión se llena de huecos a los que no sé si podré dar sentido.



El trayecto en coche es tenso. Más que el que nos ha traído aquí, más que el de ayer de camino a casa de Carrie y más que el del día del aeropuerto.

Julien se ha ido. Está dentro de esa cabeza suya, llena de conexiones nerviosas que solo él entiende, a pesar de que durante un año soñé con zambullirme en ellas y poder darle forma con mis manos y mis deseos.

No me atrevo a hablar. Algo me dice que me falta información, una información que podría redimensionar el pasado como lo recuerdo y que en este momento decir de más o de menos puede hacer explotar a mi exmarido sin remedio.

Así que me callo.

Dejo que las palabras se me diluyan dentro hasta que se difuminan los sonidos y las letras se deshacen.

Para cuando llegamos a casa de Carrie, ni siquiera recuerdo qué quería decir.

Bajo del coche dándole las gracias por el desayuno y él simplemente asiente, con la vista al frente y sus manos agarrando el volante con fuerza.

Cierro la puerta mientras siento que la cabeza me pesa y que todas las dudas se me acumulan en los párpados.

Camino entre los charcos que ha dejado la nieve y, cuando entro en casa de mi amiga, la encuentro en la alfombra, con las manos sobre el vientre donde crece su hija mientras de fondo suena la voz de Dylan Carbonell cantándole a la Navidad. Ni siquiera escuchar a mi cantante favorito hace que me tranquilice.

—Hola, nena. Qué pronto has vuelto, ¿no? Me pillas practicando las respiraciones. —Carrie sonrío al verme, pero su expresión cambia de manera radical cuando mira mis ojos—. Eh..., ¿qué ha pasado?

—¿Por qué Julien ha insinuado que vino a buscarme?

—¿Cómo?

—Te puedes imaginar que permitirnos estar a solas es como darnos la libertad de sostener en la mano una granada que acaba explotando. Eso hemos hecho nosotros. Hemos discutido, nos hemos echado en cara ciertas cosas y él ha dejado caer que en algún punto entre que dejé nuestra casa y volví a España vino a buscarme. Necesito saber a qué se refiere.

—Emi, ¿por qué no te sientas y...?

—¡No! Joder, Carrie. Abandoné a mi marido y he pasado años convencida de que fue lo mejor que pude hacer porque él nunca me quiso lo suficiente como para pelear por lo nuestro. ¿Y si he estado equivocada? ¿Y si...?

Respiro. Centro mi atención en mi respiración mientras mi mente vuela a aquella noche de diciembre que abandoné nuestra casa. También era Navidad. Me vienen a la mente las semanas tirada en el sofá de casa de Carrie, esperando algo de su parte que nunca llegó, y el momento horrible en el que tomé la decisión de volver a casa con mis padres, aunque ya no existiera un hogar que nos pudiera dar cobijo a los tres.

Pasé meses deprimida. Años. Hasta que me convencí de que había sido la mejor opción. De que por muy enamorada que hubiera estado de Julien, de la mirada de Julien, del cerebro de Julien, de los brazos de Julien y de la idea de que el futuro llevara su nombre, lo nuestro fue un error. Un acto irreflexivo de dos jóvenes perdidos que quisieron encontrarse en los ojos de otra persona tan a la deriva como ellos.

—Carrie, por favor —le suplico—. Necesito saberlo.

—Cielo..., no es mi papel en esta historia.

—Creo que me lo debes. —Y aunque no quiero que sienta que le echo en cara su propuesta de

venir a Chicago, solo ella es responsable de que el pasado esté a punto de explotarme en la cara.

Carrie exhala con profundidad y se incorpora un poco, apoyando la espalda en los bajos del sofá.

—Está bien. Pero siéntate, ¿de acuerdo? Respira un poco.

Lo que hago es dejarme caer justo enfrente de ella, sobre esa alfombra de pelo en la que ella practica el tipo de respiración que deberá seguir durante la llegada de su hija.

Ahí me encuentro con su mirada verde, un poco nublada, con tanto cariño condensado que me estremezco levemente bajo la rebeca de lana que me cubre.

—Carrie, habla, por favor...

Ella asiente despacio. No tarda ni dos segundos en darle voz a esa verdad que emborriona mi percepción del pasado.

—Julien sí fue a buscarte, Emi.

—Pero... ¿a buscarme a dónde?

—A España; a tu casa.

Noto mi corazón coger fuerza para a continuación saltarse un par de latidos. Después el movimiento se ralentiza; casi se detiene.

—¿Cuándo fue eso? —La voz apenas me sale.

—Unos días después de que te fueras.

—Pero ¿cómo no lo he sabido hasta este momento? No lo entiendo. ¿Se plantó en mi ciudad y no se acercó a mí? No lo comprendo, de verdad.

—Chss..., tranquila —me dice, acariciándome los muslos para tratar de calmarme. Es un hecho que me estoy alterando por momentos—. Si me dejas, te cuento exactamente cómo pasó.

Y Carrie empieza a hablar. De las dos semanas que estuve en su casa, sin noticias de Julien, hasta que decidí marcharme sin mirar atrás. De cómo, apenas un día después de mi partida, Julien apareció en el portal de nuestra amiga pidiendo hablar conmigo. El hecho de que me hubiera ido sin siquiera despedirme de él fue un golpe encajado directamente en la boca de su estómago que lo dejó sin aire durante segundos, o así lo describe Carrie.

Se marchó a su casa y estuvo días sin dar señales de vida, porque la vida se le había escapado entre los dedos, y acabó subido a un avión rumbo a Tenerife para reclamarla.

Allí me esperó, en el portal de la que él sabía que era la casa de mi madre, hasta que me vio aparecer acompañada de Marc, mi exnovio.

Carrie guarda silencio tratando de que yo misma saque mis propias conclusiones. Y yo, lentamente, lo hago.

Camino bajo la piel de Julien, mi chico inseguro, lleno de dudas y con esa manera confusa de manejar sus emociones. Recuerdo nuestras discusiones, la manera en la que deterioramos todo aquello que nos unió, la rabia contra uno mismo tan mal gestionada que su única escapatoria era reflejarla contra el otro.

Mi abandono del hogar.

El silencio.

La espera.

El orgullo.

La desolación.

Mi necesidad de que fueran los kilómetros los que nos acercaran, y cómo él les dio sentido eliminándolos, para encontrarse de frente con una imagen que rompió su esperanza en muchos pedacitos pequeños.

Por fin, las piezas encajan en mi cabeza.

—Por eso me odia, ¿verdad?

—No te odia, Emi.

—Él sí vino a buscarme. —Me llevo una mano al pecho. Los latidos de mi corazón son serenos pero contundentes.

—Sí, cielo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque me lo ocultó. No lo supe hasta muchos años después.

—¿No te lo contó?

—Se sentía demasiado dolido como para compartirlo. Me lo confesó en mi boda.

—¿Hace solo tres años?

—Sí. —Me sonrío despacio—. Pensé que revelarte esa información con tanto retraso iba a hacerte más mal que bien. Perdona si me lo callé.

Cierro los ojos mientras asiento. Siento la necesidad de esconderme bajo la alfombra y también de desaparecer. Tengo el corazón hundiéndose en mi pecho. Y también tengo la necesidad de salir corriendo en busca de Julien y exigirle que me lo cuente todo. Lo que vivió, lo que calló, lo que sintió.

Quiero decirle que lo quise tanto que es probable que nunca haya dejado de hacerlo.

Especialmente hoy, que siento que he construido mi vida adulta sobre los ecos de una realidad que no fue.

10 de diciembre

—Emi. Emi, despierta.

—¿Mmm?

—Es importante.

Abro los ojos de golpe, sorprendida por encontrarme a Freddie inclinado sobre mi cama. El corazón me late deprisa por el susto.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Son más de las nueve.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las cortinas siguen echadas, pero entra bastante claridad a través de la tela.

—¿Dónde está Carrie?

—Está en el salón. Pero nos vamos al hospital.

—¿Al hospital? —Me incorporo de golpe, nerviosa y aturdida—. ¿Qué ha pasado?

—Está con molestias. Parecen contracciones.

Miro al marido de mi amiga y veo su rostro crispado por la preocupación. Lleva el pelo alborotado y traga saliva con dificultad.

—¿Contracciones? Pero... ¿cómo es posible? Aún está de treinta semanas.

—Lo sé. —Aprieta los dientes—. Nos vamos corriendo al hospital.

Salgo de la cama a toda prisa y me pongo la bata por encima para acompañar a Freddie al salón, donde encontramos a Carrie respirando hondo sentada en el sofá.

Está pálida. Una fina capa de sudor le cubre la frente y respira con dificultad.

—Carrie —susurro.

—Emi. Es tan pronto...

—Tranquila. —Camino hasta arrodillarme frente a ella. Le cojo las manos. Están frías y tiemblan—. Va a ir todo bien.

—Sí, pero la licencia...

—¿Qué licencia?

Noto la presencia de Freddie detrás de mí y me giro para mirarlo. Lleva la bolsa del bebé en una mano y unos papeles en la otra.

Carraspea antes de hablar.

—Ayer por la tarde llamó el abogado. El ayuntamiento ha denegado la licencia para bebidas alcohólicas en el hotel.

Los miro, sintiéndome un poco culpable por haberme perdido los acontecimientos del día anterior.

Tras mi desayuno con Julien y la posterior conversación con Carrie, pasé la tarde perdida por la ciudad, buscando en cada rincón de Chicago alguna pista que me ayudase a descifrar ese pasado que perdimos.

Volví cerca de la medianoche, cuando Carrie y Freddie ya se habían acostado. Ni siquiera le escribí a mi amiga para decirle que estaba bien. Y ahora... ahora todo parece haberse torcido sin

que yo me haya enterado.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto.

—Hay que reunirse con el abogado esta mañana y acompañarlo a hablar con el responsable del ayuntamiento que ha denegado la licencia. La necesitamos con urgencia para la inauguración.

—Pero vosotros... tenéis que ir al hospital.

—Sí. —Freddie asiente—. Por eso Julien irá en nuestro lugar.

—¿Y yo? Yo también puedo ayudar.

—¿Tú? —Carrie me mira, mientras sus manos se aprietan el vientre—. Cielo, estoy segura de que Julien puede con todo.

—Estoy acostumbrada a pelearme con ayuntamientos y abogados —explico—. Es parte de mi trabajo. Seguro que hay algo que pueda hacer.

—Carrie, deberíamos irnos. —Freddie tiende una mano a su mujer para ayudarla a levantarse—. Hay que dejar estos papeles en la oficina de Morris, y...

—Yo los llevaré —resuelvo. Le quito los documentos de la mano y empiezo a echar un vistazo a lo que hay escrito en ellos. Está lleno de términos legales con los que estoy bastante familiarizada—. En serio, no os preocupéis. Vosotros id al hospital.

—¿Estás segura? —A Carrie parece que le cuesta un mundo pronunciar unas pocas palabras—. Julien estará allí, en el despacho con Morris.

—No importa. Creo que puedo enfrentarme a él.

Tanto Freddie como Carrie asienten. Creo que en su cabeza el lío de la licencia no es una prioridad en estos momentos; mucho menos lo somos Julien y yo.

Veo cómo mi amiga intenta ponerse en pie con la ayuda de su marido mientras, con determinación, deja el asunto en mis manos.

—Intentaremos deciros algo tan pronto nos vea un médico —dice Freddie—. No os asustéis si no tenéis noticias. Igual va todo un poco lento.

Carrie se pone el abrigo con cuidado y camina hacia la puerta. Antes de que abra, me acerco a ella y le doy un abrazo.

—Seguro que sale todo bien —le digo. A continuación me giro hacia Freddie—: Cuida de ellas.

—Lo haré. —Él también se despide de mí antes de salir de casa—. Te he mandado la dirección de Morris a tu teléfono, ¿vale?

—Vale. Olvidaos de ese tema. Lo importante ahora son Carrie y la niña.

Freddie asiente y echa un vistazo a su mujer, que sigue abrazándose a sí misma en un intento de calmarse.

Me muerdo el labio, despacio, mientras los veo marchar por el porche principal en dirección a su coche.

Después subo corriendo a mi habitación a cambiarme de ropa y prepararme para coger un taxi.



El despacho de Morris está ubicado en un edificio de oficinas cerca de la Torre Willis. Hace solo un par de días que estuve aquí con Carrie. Todo el mobiliario sigue una línea moderna y elegante, lo que me hizo deducir al instante que los servicios que ofrecen vienen asociados a unos honorarios elevados.

La recepcionista, una chica rubia muy mona, me indica dónde puedo encontrar al abogado de Carrie.

—Adelante —dice una voz cuando toco un par de veces a la puerta de madera brillante.

El espacio en el que pongo un pie a continuación es amplio, presidido por un escritorio tras el que se encuentra el tal Morris. Justo al otro lado, sentado en una silla de aspecto ergonómico, encuentro a Julien.

—¿Qué haces tú aquí? —Los ojos de mi exmarido se abren de par en par al verme.

Yo doy un paso al frente, observándolo sin decir nada. No estaba preparada para verlo con traje, esa es la verdad. Julien siempre ha sido un chico de vaqueros, sudaderas y zapatillas. Nunca de trajes. Y hoy lleva una camisa blanca que se tensa a la altura de su estómago y unos pantalones negros a juego con una americana del mismo color que lo hacen parecer más serio e inalcanzable.

Y luego están sus ojos, como una franja pintada de azul que me observa sin ocultar que mi presencia en este instante le ha pillado por sorpresa y que eso lo desestabiliza.

—Carrie y Freddie han ido al hospital. Tenía que traer estos papeles. —Les enseñé los documentos que me ha entregado Freddie antes de salir de la casa.

—Buenos días —dice Morris de pronto—. ¿Usted es...?

—Soy Emanuelle Vela. —Le tiendo una mano por encima del escritorio y él la estrecha—. Estuve aquí con Carrie hace un par de días. ¿Me recuerda?

—Ah, sí —dice con una leve expresión de reconocimiento—. ¿Es usted amiga de los Anderson? ¿Familia?

—Es mi exmujer —explica entonces Julien—. No sé si eso le sirve como explicación.

El abogado carraspea.

—Por supuesto, señor Vancamp. —Con su mano de uñas perfectamente cortas señala la silla al lado de Julien—. Señorita Vela, tome asiento, por favor. Le estaba explicando al señor Vancamp cuáles son las opciones de la señora Anderson.

Hago lo que me dicen y me dejo caer en la silla al lado de Julien. Durante la siguiente media hora, Morris nos explica dónde está el problema con la licencia de alcohol para el hotel de Carrie. Al parecer, al asesor del negocio se le pasó sellar unos documentos antes de entregarlos al ayuntamiento. Sin esa firma de la agencia de control de bebidas alcohólicas del Estado de Illinois es imposible que el ayuntamiento lo apruebe.

—¿Y no podemos ir a la agencia, presentar los papeles y que nos lo sellen? —pregunto yo.

—No es tan fácil, señorita Vela. La agencia debe conocer a fondo el negocio en cuestión, comprobar que cumpla con todos los requisitos legales y revisar los contratos con los proveedores.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo se le ha podido pasar esto al asesor?

—La cosa está en que existen diferentes tipos de licencias: para taberna, para cerveza y vino y para restaurantes. Las dos primeras se tramitaron sin ningún tipo de problema, puesto que son las relacionadas con la venta de bebidas de poca graduación y no suelen pedir muchos requisitos. En cambio, los trámites de la tercera se pasaron por alto por alguna razón que desconozco. Es esa la que permite servir licores más fuertes.

—¿Y cuáles son las opciones de Carrie si no conseguimos la licencia a tiempo? —pregunta Julien.

—Por el seguro de responsabilidad civil del restaurante, la señora Anderson tiene totalmente prohibida la venta de aquellos productos para los que carezca de licencia. Podría servir cerveza y vino durante su fiesta de inauguración, pero entiendo que esto podría acarrear ciertos problemas para la imagen del negocio.

—Definitivamente sí. ¿Entonces?

—Supongo que debemos agotar todas las vías. Podemos ir a la agencia de control de bebidas alcohólicas y convencerlos de que hagan una revisión de emergencia de nuestro caso.

—¿Podemos presentarnos ahí sin más?

—En principio no, señorita Vela.

—Yo tengo contactos —dice Julien de pronto.

Me giro hacia él con las cejas arqueadas.

—¿Tú?

—No sé de qué te sorprendes tanto. Tengo una empresa que gestiona eventos. Conozco a gente.

—Eso sería de gran ayuda, señor Vancamp —dice Morris—. ¿Cree que podría llamar?

—Enseguida vuelvo.

Julien se levanta y abandona la sala, dejándome sola con el abogado. Pasamos los siguientes minutos analizando todos los escenarios a los que podría enfrentarse Carrie, hasta que mi exmarido vuelve con el ceño fruncido.

—No va a ser fácil —anuncia—. Pero puede que tengamos una opción. Van a intentar colarnos.

—Bien. No hay tiempo que perder.

Una carrera por un taxi, varias avenidas en hora punta y quince pisos en ascensor después, Julien, Morris y yo estamos sentados enfrente del señor Crowe, director de sección en la agencia de control de bebidas alcohólicas. No sé qué hacer ni decir. Julien me había dicho que volviera a casa, que mi presencia no era necesaria, pero lo he mandado callar con un movimiento de cejas. Yo tengo tantas ganas como él de ayudar a Carrie. Y si no puedo estar en el hospital a su lado mientras el médico de urgencias la examina, puede tener por seguro que negociaré con quien haga falta para conseguirle la licencia.

—Así que conoce a Jennifer, ¿no? —El tal señor Crowe se dirige a Julien.

—Sí. Es una buena amiga.

—Ya... Ya entiendo.

Me revuelvo incómoda en el asiento. Tengo un pálpito. ¿Hemos conseguido sentarnos con este hombre porque Julien se ha tirado a alguien bien relacionado?

—Sí, bueno, en fin. —Julien hace un gesto indiferente con la mano—. ¿Cree que puede ayudarnos?

—Es complicado, señor Vancamp. La revisión de los parámetros para emitir una licencia es un proceso que lleva tiempo. La apertura, si no me equivoco, es mañana, ¿no?

—Sí.

—¿Entiende entonces dónde está el problema?

—Le pido que hagan una excepción. Ha sido un fallo que puede costarle muy caro a la propietaria del hotel. Tiene todos los papeles en regla, solo le falta esa licencia. Entienda que no puede servir solo cerveza en una fiesta de inauguración.

El señor Crowe parece pensárselo unos segundos. Según nos ha contado Morris, el tema de las licencias es un mundo complicado. Existe una especie de límite de cuotas por ciudad, por eso es difícil encontrarse con agentes que estén conformes con levantar la mano.

Sin embargo, Julien no parece dispuesto a obtener un no por respuesta. Sigue apretando al señor Crowe durante minutos hasta que él acaba accediendo.

—Está bien. Mandaré a Joseph, uno de mis chicos, a que haga la revisión. Pero me da igual cómo de cercano sea usted a Jennifer, no vamos a pasar ninguna irregularidad por alto. —Coge un documento de la impresora y garabatea una firma con su estilográfica dorada antes de cederle el papel a Julien—. Tienen tres horas de su tiempo.



—¿Cuánto queda? —le pregunto a Julien. Estamos comiendo algo en el restaurante que hay enfrente del hotel de Carrie mientras esperamos a que Joseph, el hombre confianza del señor Crowe, revise todo el papeleo del hotel. Morris tenía un juicio a primera hora de la tarde y no podía acompañarnos.

—Cincuenta minutos. Vamos contrarreloj. Van a cerrarnos el ayuntamiento.

—No te agobies. No vamos tan mal.

—Pero tampoco bien. Pensaba que nos firmarían esos papeles sin necesidad de pasar por todo este procedimiento.

Pincha un pedazo de pollo que hay en su plato mientras revisa el teléfono. No para de mirarlo. Algo me dice que está hablando con la tal Jennifer, la mujer que nos ha conseguido más de lo que habríamos podido conseguir por nuestros propios medios.

—¿Cómo de cercano eres a la sobrina del señor Crowe? —me atrevo a preguntar.

Julien alza las cejas para mirarme, aunque lo hace apenas unos segundos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Tengo curiosidad por saber por qué han tardado tan poco en recibirnos. Debéis de conoceros bastante. Solo quiero... saber cuánto.

—Desconocía que mi vida sentimental fuera asunto tuyo.

—O sea, que estás afirmando que te une algo *sentimental* a esa chica, ¿no?

—¿Por qué te importa? A mí me da exactamente igual a quién te tires tú.

Reprimo una mueca, tratando de pasar por alto la dureza del comentario.

—En realidad... no hay mucho que saber en ese sentido. Hace siglos de mi última relación. Últimamente entre el trabajo y la asociación en la que soy voluntaria mi única vía de conocer gente es una aplicación de citas.

Los ojos de Julien se abren ligeramente, con cierta incomodidad. Carraspea un poco mientras vuelve a centrar la vista en su plato de comida.

—¿Qué pretendes? —me pregunta, volviendo a mirarme.

—¿En qué sentido?

—Que qué pretendes contándome todo esto. Yo no soy tu amigo ni tampoco me interesa serlo.

—No sé. Tenemos que matar el tiempo, ¿no? Es un tema de conversación como cualquier otro.

—No como cualquier otro.

Vuelve a quedarse callado. La tensión se instala sinuosamente en la mesa. En realidad no sé por qué he sacado el tema. No quiero saber qué camas ha conocido mi exmarido. No quiero que sepa cuántas veces me acosté con otro pensando en él. Supongo que desde que ayer descubrí su gran secreto desconozco cuál es la manera adecuada de actuar. Quiero acercarme y no sé cómo. Quiero construir un ambiente de confianza en el que hablar de lo que fuimos y las decisiones que tomamos no nos tense las vísceras por dentro.

—Vale. Pues hablemos de otra cosa. ¿Cómo creaste tu negocio? —le pregunto.

—¿No te cansas de forzar las cosas? —Resopla.

—No quiero forzar nada. Solo quiero...

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que actuemos con normalidad.

—Emi, tú y yo no somos normales. No lo fuimos nunca por separado, menos aún cuando estamos hablando de algo que nos incluya a los dos.

—Quiero saber... cosas.

Niega un par de veces mientras chasquea la lengua.

—Joder... —masculla.

—Cuéntame algo. Lo que sea.

—Mira, no pretendo ser aún más gilipollas, pero yo no quiero saber nada que tenga que ver contigo.

—Vale. No hablaré yo. Solo tú.

—Tampoco quiero que sepas nada de mí.

No sé qué contestar a eso, así que guardo silencio. Él me imita y se concentra en remover las patatas fritas que acompañan a su plato. Yo frunzo el ceño mientras me devano los sesos intentando buscar una manera de hacer esto fácil. Quiero acercarme, esa es la verdad. Sé que no tiene demasiado sentido. Sé que es tarde, sé que no se puede cambiar el pasado y sé que no debería afectarme tanto, pero la realidad es que lo hace. Para mí, descubrir que Julien vino a buscarme cambia la perspectiva sobre la que he construido los últimos ocho años.

Y a veces, la vida es solo eso: perspectiva.

El sonido del teléfono de Julien me saca de pronto de mis reflexiones. Su voz se me cuelga dentro cuando deshace el silencio.

—¿Freddie?

—...

—Vale.

—...

—¿Braxton-Hicks? ¿Qué mierda es eso?

—...

—Vale.

—...

—Sí, más o menos controlado. Tranquilo.

—...

—Sí, está conmigo.

—...

—Ahora se lo digo. Mantenedme informado. Un beso a Carrie.

Julien cuelga y se masajea las sienes con los dedos índice y pulgar. A continuación se guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Carrie tiene algo denominado contracciones de Braxton-Hicks. Tranquila, no es grave ni tampoco está de parto —aclara al ver la preocupación en mi rostro—. Pero tiene la tensión un poco alta, así que estará todo el día en observación.

—Pero ¿la niña está bien?

—Sí.

—Vale. De acuerdo.

Ninguno sabemos qué añadir, así que volvemos a guardar silencio. Los minutos se suceden arañando todo aquello que pasa por nuestra cabeza. En su caso, el rencor, los recuerdos envenenados y aquel acto de valentía que no llegó a nada. En el mío, las mentiras que me conté a mí misma, la realidad que interpreté y el despertar de un pasado paralelo.

No hablamos, pero no resulta incómodo. Quizá porque, de vez en cuando, su mirada caza la mía posada en sus pestañas. O por la sombra de esa sonrisa que se me dibuja sola si siento que sus parpadeos me persiguen.

El caso es que no hablamos, pero sí nos comunicamos. Porque gran parte del proceso de conocer a Julien en su día se desarrolló en silencio. Y hay ciertos rincones en mi interior que aún recuerdan qué signos en su mirada indican que está cansado, melancólico, que lucha o que

sobrevive. Y ahora mismo puedo reconocerlos todos.

—Disculpen, les traigo la cuenta. —El camarero deja de pronto el platillo sobre la mesa. Julien y yo seguimos mirándonos incluso cuando él se aleja.

Echo un vistazo de reojo el recibo y arrugo un poco la nariz al ver el importe.

—¿Pasa algo? —pregunta Julien.

—No. Nada.

Metó la mano en mi bolso, saco el monedero y me dispongo a contar los dólares que me quedan. No cambié mucho dinero y todo apunta a que la mitad de mis reservas van a irse con esta comida.

No sé qué expresión luce en mi cara mientras hago cuentas, pero Julien percibe que algo no va bien. Solo eso explica sus siguientes palabras:

—Pago yo —dice.

—¿Cómo?

—Que yo me encargo de la cuenta. —Llama al camarero mientras hace una seña indicándole que pagará con tarjeta.

—No tienes por qué, Julien.

—Ya lo sé. Pero sé que a Carrie no le gustaría que todo lo que estamos haciendo hoy por ella suponga un gasto para ti.

El chico que nos ha atendido le entrega el datáfono a Julien y él realiza el pago de parte de los dos. Permanezco observándolo durante unos cuantos segundos, hasta que caigo en la cuenta.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —le pregunto cuando nos quedamos solos.

—¿El qué?

—Carrie. Mi situación.

La manera en la que su mirada se entorna me indica que sí.

—Lo siento. No pretendía inmiscuirme en tu vida. —Parece algo incómodo por tener una información tan delicada acerca de mí.

—¿Cuánto ha sido? —le pregunto abriendo de nuevo mi cartera—. Pienso devolvértelo.

—Ya está pagado, Emi. Olvídate del tema.

—Lo último que quiero es tu compasión.

—¿Puedes no ser extremista? No es cuestión de compasión. A ti no te viene bien gastarte tanto dinero en una comida y a mí, en este momento, no me importa hacerlo.

—¿Intentas demostrarme algo?

—Sí, que puedo ser adulto e invitarte a comer sin rencores, a pesar de todo.

Su respuesta me hace resoplar. Guardo de nuevo el monedero y me entretengo en desatascar la cremallera de mi bolso.

—¿Es grave? —La voz de Julien me hace elevar la vista hacia él de nuevo. Cuando lo hago, percibo la intensidad de su mirada centrada en mí.

—¿El qué?

—Tu... situación.

Por la tensión que refleja su mandíbula, sé que ha luchado contra sí mismo para no realizar la pregunta.

—¿De verdad te importa?

—Supongo que no debería —dice, apartando la mirada en dirección al ventanal que hay a nuestro lado.

Yo mantengo la vista fija en él, y quizá sea por su lenguaje corporal o por la manera en la que deja escapar el aire, pero distingo una grieta en esa coraza que se ha puesto para mantenerme

lejos.

—No es tan tan grave —empiezo a decirle—. Al menos no lo sería si volver a vivir con mi madre no fuera una de mis peores pesadillas.

La sombra de una sonrisa se deja ver en los labios de Julien.

—Carrie dijo que eres trabajadora social. —Hace una pausa, como si le fuera complicado indagar más—. ¿Fuiste a la universidad?

—Fui a la universidad. —Asiento—. Me saqué la carrera mientras trabajaba en una academia de inglés. Después me preparé una oposición.

—¿Oposición?

—Es un examen mediante el que accedes a una plaza de empleo público. Trabajo para el Estado.

—¿Y el sueldo...? Es decir, ¿no es...? —Se rasca la cabeza—. Nada. Da igual.

—Si lo que me ibas a preguntar es si el sueldo es bajo, la respuesta es que en condiciones normales no lo es. Es un buen sueldo. Pero yo no tengo plaza todavía. Estoy cubriendo un tercio de una jornada de una vacante que hay en el ayuntamiento. Eso son pocos euros al mes. Lo combino con clases particulares de inglés y lo poco que me dan en la asociación en la que colaboro.

Él asiente, incómodo una vez más. No sé si por mis palabras o porque el querer saber de mí le produce sentimientos encontrados. El caso es que la siguiente vez que mis ojos encuentran los suyos, él vuelve a estar lejos. No quiere seguir escuchando, por lo que carraspea un par de veces y anuncia que va un momento al aseo.

Cuando vuelve, ni siquiera hace el amago de sentarse a la mesa. Me indica con una mirada que vayamos yendo al hotel y yo obedezco, aunque me decepcione poner fin a este rato los dos solos.

Nos encontramos a Joseph en la oficina de Carrie. Nos indica que todo parece estar en orden, pero que aún le queda un poco para acabar.

Julien y yo tomamos asiento en la sala de reuniones que hay al otro lado del pasillo. Pasamos la siguiente media hora trabajando codo con codo, organizando papeles y trazando una ruta de acción de cara a nuestra comparecencia en el ayuntamiento.

—Todo esto está muy bien, Julien, pero acabo de caer en una cosa.

—¿En qué?

—No tenemos poderes para firmar por Carrie.

Él sonríe con cierto aire de suficiencia.

—Yo sí los tengo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Hace unas semanas, Carrie me pidió que me encargara de unos trámites con unos proveedores. Ella estaba muy liada con los retoques de las últimas obras y Freddie estaba fuera de Chicago por trabajo, así que... hicimos el documento.

—¿Y lo llevas encima?

—Sí. —Julien rebusca algo en la carpeta que carga con él y me enseña un folio color crema con las firmas de los dos impresas.

—Vaya —digo mientras echo un vistazo a la hoja—. Nunca dejará de sorprenderme lo estrecha que es tu relación con Carrie.

—Carrie es la hermana que nunca he tenido. Deberías saberlo.

—Sí, lo sé. —Sonríe con tristeza para mí y ni siquiera sé por qué.

—Yo haría cualquier cosa por ella. Y sé que ella también por mí.

—Ya. Cualquier cosa menos avisarte de que tu exmujer viene en un avión de camino —comento con ironía.

—Excepto eso, claro.

—No entiendo por qué lo hizo —digo con aire pensativo—. Es decir, me lo ha explicado, pero sigo sin verlo del todo.

—¿El qué?

—Por qué no te avisó de que venía.

—Creo que hay que conocerme al nivel que lo hace Carrie para poder entenderlo. Posiblemente por eso solo lo haga ella.

—¿Tú no lo entiendes?

—No al principio. Quizá ahora sí lo hago en parte.

—¿Podrías... explicármelo?

Julien duda. Lo hace durante un par de segundos. Hasta que se encoge de hombros.

—La cosa podría haberse puesto fea si hubiera tenido demasiado tiempo para reflexionar sobre lo que iba a suponer tenerte de vuelta.

Me mira a los ojos, despacio, y a mí de pronto me falta el aliento.

—¿Más fea?

—Mucho más fea.

—¿Habrías contratado un sicario? —bromeo—. ¿Algún detective que siguiera mis pasos y encontrara mis puntos débiles?

—Eso o una señorita de compañía a cuya cintura poder agarrarme en tu presencia.

—Vaya. ¿Es que te hace falta contratar esa clase de servicios? Pensaba que con tu nuevo estatus todo eso no te hacía falta.

—No quieres que conteste a ese comentario con sinceridad —dice con condescendencia.

—¿Por qué no?

—Porque he follado con muchas para olvidarte. No quieres saber con cuántas.

Me quedo pálida al registrar sus palabras. Trago saliva con fuerza. Escuece. Mucho. No por la información que él me ha revelado, sino porque su tono está estudiado para hacerme daño.

Me desestabiliza.

Él se da cuenta. Claro que se da cuenta. Nunca he sido el tipo de chica que sabe esconder el impacto de las palabras en su órbita cerebral.

Su nuez hace un movimiento brusco y sus dedos se crispan sobre la carpeta que sostienen.

Justo cuando creo que va a hablar, quizá incluso para disculparse, la puerta de la sala se abre y Joseph entra con un *dossier* en sus manos.

—El hotel es apto para recibir la licencia —anuncia—. Ahora solo falta que lleguéis a tiempo al ayuntamiento.

Mi cabeza se gira con decisión hacia él. Por el rabillo del ojo veo que Julien sigue con la vista clavada en mí. Aun así, toma la palabra:

—Déjalo todo sobre la mesa. Salimos enseguida para allá.



Julien y yo no volvemos a cruzar ni una sola mirada hasta que llegamos al ayuntamiento. Bueno, quizá la manera más concreta de decirlo es que nuestros ojos no se cruzan entre ellos, porque yo lo miro cuando él no lo hace y también lo pillo observándome cuando cree que no me doy cuenta.

Ahora no es el momento idóneo de soltarle que es un borde gilipollas. Porque es lo que me apetece decirle después de su comentario de antes. Y no porque yo no sospechara que durante todos estos años ha habido montones de chicas en su cama, sino porque ha intentado herirme con sus palabras. Y solo hace un día que me prometió que no volvería a hacerlo.

La señora que nos atiende, Miranda Grissom, nos recibe en un despacho bastante amplio, nada que ver con las ratoneras del ayuntamiento de Tenerife donde yo me veo obligada a negociar con asesores y concejales.

Al ver que nos recibe una mujer, Julien se empodera a sí mismo y despliega todos sus encantos de muchacho americano para conseguir el sello por parte de su interlocutora.

Sin embargo, la señora Grissom adopta una actitud crispada ante las miradas embaucadoras de Julien. Por suerte, soy capaz de interpretar la situación a tiempo y decido hacerme cargo yo misma.

Paso los siguientes veinte minutos hablando con esta mujer de igual a igual, haciendo caso omiso a la presencia de Julien, que se ha retirado a un discreto segundo plano y observa todo sin perder detalle.

La señora Grissom tarda poco tiempo en empatizar conmigo. Gracias a mi experiencia con los organismos públicos, sé que apelar a la emoción es la única baza que nos queda en este momento. Le explico con total sinceridad lo que ha ocurrido con el asesor de Carrie, el problema con la licencia, el hecho de que la apertura sea mañana y el contratiempo de la dueña del hotel con su avanzado embarazo.

—Entonces, ¿usted quién es, querida? —me pregunta al final de mi relato.

—Soy Emanuelle Vela, amiga de la familia. He venido desde España para la inauguración.

—¿España? ¡Me encanta España! El sol, la paella y la Sagrada Familia de Barcelona. ¿De qué parte es usted?

—De Canarias. Una isla al sur de España.

—Mí hija pequeña quiere ir a Ibiza. ¿Ha estado?

—¡Claro! Unas cuantas veces. Le va a encantar.

—Bien, bien. Entonces, dígame, señorita Vela. ¿Es usted abogada en España? La veo muy al día de los procedimientos.

—No, soy trabajadora social. Pero estoy acostumbrada a tratar con organismos públicos.

Seguimos hablando un rato más. La señora Grissom se interesa por mi trabajo mientras ignora deliberadamente a Julien. Él ni siquiera respira. Ha entendido que no hay nada que pueda aportar a la situación y a estas alturas debe de tener claro que si alguien puede conseguir que nos vayamos con los papeles en regla, soy yo.

Y eso es lo que ocurre.

Pocos minutos después, la señora Grissom me estrecha la mano con una sonrisa y nos acompaña a la puerta, despidiéndose de Julien con un movimiento de cabeza y deseando que Carrie se recupere pronto y que disfrute de la inauguración.

Julien y yo bajamos en el ascensor en silencio. Yo con una enorme sonrisa en la cara mientras sostengo la licencia en mis manos y él mirándome de reojo.

—Emi, yo... —empieza a decir.

—Ni se te ocurra decir nada —lo corto.

—Solo quería decirte que has estado increíble. Si no fuera por ti, probablemente no lo habríamos conseguido.

Asiento una sola vez, pero no le contesto. Sigo molesta por su comentario de antes en la sala de reuniones del hotel.

Salimos a la calle, donde casi ha oscurecido. Yo me cierro el abrigo hasta el cuello, me ajusto la bufanda y el gorro y empiezo a buscar una parada de taxis con la mirada.

—Mí coche está por allí —anuncia Julien de pronto.

—Puedo volver por mis propios medios.

—Venga, Emi, no seas así. Deja que te lleve.

—¿Te viene de paso?

—No, pero no me importa. Hoy no nieva. Me apetece conducir.

No rechisto. No lo hago porque no quiero discutir una vez más con él y porque parte de mí se muere por saber si Julien tiene intención de arreglar mínimamente su nueva cagada.

Nos montamos en el coche sin hablar. Él pone música. En su lista de reproducción suena Scorpions, concretamente su famoso *Still Loving You*. Julien apenas deja que escuchemos los primeros acordes, porque enseguida cambia la canción.

Yo aprovecho que ninguno de los dos tiene intención de iniciar una conversación para coger mi móvil.

Tengo un par de chats activos, entre ellos el de Paula. Lo abro y me encuentro una foto del hijo de mi amiga preparándose para la función del colegio.

Emi: ¡Está guapísimo! ¿Qué tal lo hizo?

Paula: Está mal que lo diga su madre, pero lo ha petado. Sin duda. Ojalá hubieras estado aquí.

Emi: Pues sí. Ojalá...

Paula: ¿Qué tal todo por tierras yanquis?

Emi: Más complicado de lo que pensaba. Ya hablaremos...

Paula: ¿? ¿Julien?

Emi: Sí, el maldito Julien.

Paula: ¿Puedo llamarte y me cuentas?

Emi: No. Ahora mismo estoy con él.

Paula: ¿Qué? ¿Estáis vestidos?

Emi: Totalmente vestidos. Yo con ropa y él protegido por doscientas capas de rencor y desprecio.

Paula: Hija, qué melodramática.

Emi: Créeme. Me estoy quedando corta.

Paula: Tengo que dejarte. Tu cuñado putativo está reclamando atención desde el otro lado de la cama. Recuerda que aquí ya es la hora de las guarrerías...

Emi: Entendido. Cambio y corto.

Guardo el móvil de nuevo en mi bolso y pierdo la vista por la ventanilla.

Cuando me quiero dar cuenta, ya hemos llegado a la calle donde vive Carrie.

Julien se detiene.

—Gracias por traerme —digo mientras hago el amago de salir del coche.

—Espera —dice él. Yo me detengo—. Carrie y Freddie aún no han llegado. Me han mandado un mensaje. Les queda aún un rato.

—Bien. Los esperaré con la cena hecha.

—¿Te importa si... los espero contigo?

—¿Quieres estar a solas conmigo?

—Eh, bueno..., sí. Es decir, que no me importa.

—¿No te importa estar con tu exmujer, que te obligó a follarte a cientos de chicas?

—Siento haber dicho eso.

—¿Por qué? ¿Es que no es verdad?

Se calla. El silencio es tan incómodo que me parece que la única manera de romperlo es haciéndole tragar su cinturón de seguridad y escuchar cómo se ahoga.

—Buenas noches, Julien. —No espero a tener respuesta.

Salgo del monovolumen y antes de cruzar la calle ya he oído su coche cerrarse. Pocos segundos después, camina a mi lado.

—Siento haber sido tan brusco —dice mientras avanzamos hacia la casa de Carrie, cuyo jardín nos recibe iluminado—. Te prometí que me portaría bien contigo y ante la más mínima provocación he saltado.

—Eres idiota. —Meto la mano en el bolso, sin mirarlo, y abro la puerta de la casa.

—Sí. Soy idiota. —La puerta se cierra a nuestras espaldas mientras él sigue hablando—. Y lo siento. Supongo que... que me superas.

—¿Yo te supero?

—Sí.

—¿Y tú me superas a mí! —digo exasperada, mirándolo de cara—. En el fondo, estamos en el mismo barco, ¿no lo ves? ¿Por qué no colaboras conmigo e intentamos hacerlo todo un poco más sencillo?

—No sé cómo hacerlo, te lo juro.

Nos quedamos en silencio, en el recibidor de la casa, respirando trabajosamente mientras nos retamos con los ojos. A nuestro alrededor saltan chispas, quizá porque nosotros siempre nos hemos alimentado de lo mismo: electricidad, alto voltaje, descargas de energía. Somos dos electrones que siguen corrientes distintas, pero, que, aun así, acaban siempre en el mismo sitio.

De pronto me siento cansada. Son pocos los días aquí, pero he tenido que desenterrar toda mi reserva de emociones para enfrentarme al hombre que tengo delante. Es fácil preguntarse por qué no me he rendido ya y lo he mandado a la mierda. Muy a mi pesar, la respuesta es un laberinto de razones que empiezan en unos sentimientos que nacieron en su día y terminan en todo el empeño que puse en adentrarme dentro del cerebro del que fue mi marido.

Y no, no estoy siendo racional en todo esto. Lo sé.

—¿Whisky? —le pregunto de pronto.

—¿Ahora?

—Algo tendremos que hacer hasta que vengan Carrie y Freddie. Igual nos relajamos y somos capaces de tener una conversación sin que tú me saltes a la yugular y yo no tenga ganas de matarte por ello.

Julien asiente una sola vez y ambos caminamos hasta el salón. En realidad él conoce la casa

mucho mejor que yo, así que es el encargado de hacerse con un par de vasos chatos y una vieja botella de *whisky* escocés que Freddie guarda en un mueble.

Llena ambas copas y me tiende la mía antes de dejarse caer a mi lado, en el sofá.

Choca nuestros vasos y me mira.

—¿Por qué brindamos?

—¿Por las licencias de bebidas alcohólicas?

—Vale. Y por tu encanto isleño que nos las ha conseguido.

Brindamos y a continuación los dos damos un trago bastante largo para ser el primero. Creo que ambos necesitamos dar un poco de rienda suelta al control sobre nosotros mismos.

—Emi, siento de verdad haber sido gilipollas una vez más.

—No es la primera vez en las últimas veinticuatro horas que tenemos esta conversación.

—Técnicamente sí lo es. Te recuerdo que ayer no llegué a pedirte disculpas —se excusa con una sonrisa torcida.

—¿Y por qué hoy sí?

—Porque no sé cómo reaccionaría si me echaras en cara toda la gente con la que te has acostado desde que nos divorciamos.

—Antes has dicho que te da igual a quién me tire.

Sus labios se arrugan en un mohín que, a pesar de todo, me resulta bastante irresistible.

Maldito Julien.

—Vale. Pues está claro que mentía. Para mí no es tan fácil como he querido hacerte creer.

Asiento despacio mientras un suspiro toma forma en mi garganta y empieza a salir.

—En realidad para mí tampoco —confieso.

Él también hace un movimiento afirmativo y seguidamente ambos damos un nuevo trago a la bebida.

—¿Puedo serte sincero en una cosa?

—¿Tiene algo que ver con la cantidad de muescas que hay a los pies de tu cama?

—Te prometo que no. —Sonríe.

—Entonces sí, puedes.

—Me ha gustado saber cosas de ti antes. Por eso luego me he puesto tan a la defensiva.

—¿En tu cabeza esa frase tiene sentido?

—Me conoces, Emi. Sí que debería tenerlo.

Hago una pausa en la que me pongo a pensar en lo complicado que es Julien en algunos niveles. En *demasiados* niveles. Sé cómo funciona su mente. O lo sabía. Sé el poder que el orgullo ejerce sobre su voluntad en muchas situaciones. Y puede que, en estos momentos, yo sea la persona que más lo ha herido en la vida. Nada entre él y yo puede ser sencillo.

—En realidad ya no te conozco tanto. Supongo que habrás cambiado mucho con los años.

—Por desgracia, lo esencial sigue funcionando de la misma manera retorcida en que lo hacía. Pero, por si lo has olvidado, deja que te ilustre: en los últimos ocho años me he programado para odiarte. Bajar la guardia contigo, querer saber cosas de tu vida, es fallarme a mí mismo en muchos sentidos.

—Vale. Respóndeme a una pregunta: ¿te interesa saber cosas de mí?

—No debería.

—No es eso lo que te he preguntado.

Julien suspira y se pasa las manos por la cabeza.

—Sí. Sí me interesa. No quiero que me interese, pero, joder..., eres tú. Te borraste de mi vida durante ocho años. Es imposible tenerte delante y no querer enterarme de ciertos cambios. Pero

tienes que entenderme, Emi, lo fácil sería no querer saber nada.

—Lo fácil. Pero no lo humano.

—¿A quién le interesa lo humano cuando ha sobrevivido al calor del infierno?

Esa afirmación me duele. Esa es la realidad. La imagen de Julien sufriendo por mi culpa me atormenta. No lo hizo en su día, porque yo estaba luchando contra mis propios demonios, pero, ahora que sé que él vino a buscarme, puedo conectar un poco más con su dolor.

Y me siento culpable, de verdad que sí. Pero eso no borra nada de lo que yo pasé.

—Yo también he sufrido, Julien.

—No de la misma manera. —Sonríe con tanta tristeza que se me encoge el corazón. Esa es su verdad. La del chico que se sintió abandonado, que luchó, y que se dio de bruces contra la interpretación de una realidad que no esperaba.

—Tú eso no lo sabes —respondo.

—Ahora sabes que sí lo sé.

Suspira y, por primera vez en todo el día, hace alusión a la pseudoconfesión de ayer.

Lo miro, él me mira y por primera vez en lo que parecen siglos nos comunicamos sin barreras. Él me habla de que vino a por mí y que me vio en brazos de otra persona y yo le cuento que de haberlo visto allí habría vuelto a dejarlo todo por él.

Y, así, conectamos.

Parece que la realidad se deshace y que el tiempo retrocede y volvemos a tener veinte años y el mundo a nuestros pies.

Quiero hablarle. Explicarle. Pedirle perdón, aunque no vayamos a cambiar nada. Solo por hacer las paces con nuestro pasado.

Sus ojos brillan y veo sus dedos flexionarse, como queriendo tirar de la capa espesa que nos separa, quizá para vernos sin barreras o simplemente por estar un poco más cerca.

Pero la conexión se rompe al instante.

Lo hace en el mismo momento en el que Carrie y Freddie entran por la puerta anunciando su llegada.

—¡Hola! Estamos aquí.

Entran en el salón y todo lo que se escucha hablar en las siguientes horas es Braxton-Hicks, tensiones altas y las medidas de la niña.

Y el momento que habíamos creado Julien y yo se pierde.

Aunque, en alguna realidad paralela, supongo que sigue existiendo.

11 de diciembre

Los nervios son ese sentimiento habitual que suele desencadenarse cada vez que acecha un acontecimiento importante.

Yo los he sentido en varias ocasiones significativas. En cada examen final de la carrera. Cuando me gradué. También el primer día de trabajo en el ayuntamiento y, por supuesto, el día de mi boda.

Quizá, por eso no me cuesta demasiado reconocer los síntomas en Carrie, que se mueve enloquecida por el pasillo de su casa, con el móvil en una mano, el iPad en la otra y dando indicaciones sin ton ni son a todo con el que se cruza.

—Cariño, recuerda que tienes la tensión un poco alta —le dice Freddie con delicadeza cuando ella se dispone a sacar cuatro bolsos diferentes de su vestidor para ver cuál apruebo.

—La tensión es lo que me va a explotar si no estoy perfecta esta noche.

—Lo estarás —intervengo yo—. Estás preciosa. Tu vestido es precioso y cualquiera de esos complementos que has sacado te quedan bien con el conjunto.

—Emi tiene razón. Vas a estar perfecta.

—Bah. —Hace un gesto con la mano como si nuestra intervención no tuviera importancia—. ¿Habéis hablado con Julien?

Freddie y yo nos miramos, pero ninguno de los dos nos atrevemos a articular palabra.

—¿Qué pasa? —Carrie interpreta nuestro silencio como signo de una catástrofe nuclear.

—Nada, es que... —empieza a decir Freddie

—¿Qué-pa-sa?

—Carrie, relájate —le digo yo y me acerco a ella. Le quito el móvil y el iPad y los dejo sobre la cama—. Simplemente ha desaparecido uno de los cables que se conectan al amplificador. Pero alguien del equipo de Julien va a traerle enseguida uno de repuesto.

—¡¿Qué?!

—Cariño, tienes que...

Pero Carrie ya no escucha. Se inclina con su flamante barriga sobre la cama y se hace con el teléfono móvil. Conecta el altavoz, que despliega el sonido de la línea durante unos pocos segundos hasta que la voz de Julien lo inunda todo.

—*Ya te han ido con el cuento del cable, ¿verdad?*

—Dime que lo tienes bajo control, Jules.

Julien resopla.

—*Dile a Freddie que es un bocazas.*

—No ha sido Freddie. Ha sido Emi.

—*Genial. Mi adorada exmujer nunca fue ejemplo de prudencia.*

—Te está oyendo —apunta Carrie.

—Sí. Te estoy oyendo. Y tampoco es que tú seas ejemplo de nada.

Apenas se percibe, pero sé que Julien está sonriendo.

—*Carrie, relájate, ¿vale? Enseguida están aquí con otro cable. Además, ¿qué es lo peor que*

puede pasar? ¿Que no podamos proyectar el video?

—No te atrevas a bromear con eso, Vancamp. Te lo prohíbo.

—*Tranquila.* —Se ríe—. *Está todo perfecto. De verdad.*

—¿Ya han llegado los del *catering*?

—*Hace una hora.*

—¿Y los camareros?

—*Hace treinta minutos.*

—¿Y...?

—*Carrie.*

—¿Sí, Julien?

—¿*Quién te quiere más que nadie?*

—*Mi marido.*

—*Vale. Puesto que vas a tener una hija suya no voy a discutirlo, pero el siguiente en esa lista soy yo. Y yo estoy a cargo de que todo salga perfecto esta noche. ¿Crees que alguien que te quiere tanto va a permitir el más mínimo fallo?*

—No, pero...

—*Shh. Tú ponte guapa. Píntate las uñas, ponte una mascarilla o haz lo que sea que hagáis las mujeres para arreglarlos. Lo demás déjamelos a mí. Confía en mi palabra. Va a ser la fiesta de inauguración más increíble de la historia.*

Carrie asiente despacio. Le tiembla levemente el labio inferior.

—Te quiero, Jules.

—*Lo sé. Ahora deja de volver locos a tu marido y a mi exmujer y dedícate solo a ti.*

Carrie cuelga con una sonrisa y, nada más dejar el teléfono sobre el tocador, parece mucho más relajada.

Yo me quedo absorta unos segundos, mirando al punto exacto desde donde salía la voz de Julien. Hacía tantos años que no me encontraba con el Julien tierno que ha sido bastante impactante ser testigo de sus palabras, aunque haya sido a través de un aparato de última generación y él estuviera a varios kilómetros de distancia.

Mientras salgo de la habitación para dejarles intimidad a Carrie y a Freddie, me pregunto, no por primera vez en lo que llevamos de día, qué versión de mi exmarido me voy a encontrar esta noche.

Hasta que no veo el vestido que me espera a los pies de mi cama no me doy cuenta de que estoy preparada para cualquiera de ellas.



Aunque solo hace unos días que conocí la terraza del hotel de Carrie, al poner un pie en ella me siento como si fuera la primera vez que la veo.

Para empezar, en esta ocasión el espacio está cubierto por unas carpas blancas que evitarán que los invitados entren en contacto con la nieve, en el caso de que la tormenta que nos sobrevuela cobre vida. Hay decenas de estufas colocadas en puntos estratégicos. Gente vestida con ropa elegante y copas en la mano. Cientos de puntitos de luz blanca iluminando la decoración, navideña y elegante, que cubre cada espacio del ático.

Mientras avanzo entre los invitados, distingo camareros vestidos de etiqueta, una fotógrafa que toma instantáneas de los pequeños detalles y un señor con pinganillo al que reconozco vagamente como el ayudante de Carrie.

Mi mirada vuela por todo el espacio buscando otras caras conocidas hasta que lo veo a él.

A Julien.

Está agachado frente a una mesa en la que descansa un portátil plateado y un complejo sistema de sonido. Está hablando con una chica joven, con el pelo azul y la oreja derecha llena de pendientes. Por la manera en la que se dirige a ella, deduzco que es alguien de su equipo.

Paso los siguientes segundos observándolo y maldiciéndolo a él, los recuerdos que me golpean y todo lo que ocurrió en esa realidad paralela en la que nunca nos separamos.

Está tan guapo esta noche que me apetece gritarlo a los cuatro vientos, y luce un aspecto tan profesional que solo quiero encerrarme con él y que me cuente todo lo que ha hecho con su vida hasta conseguir llegar a donde está.

Y, después, besarlo.

Sí. Me apetece darle un beso de tornillo que lo deje sin aire. Y no sé si lo digo en el buen o el mal sentido. Sospecho que en ambos. ¿Por qué? Y yo qué sé. Supongo que porque, a pesar de la serenidad que he demostrado en los últimos días, sigo siendo demasiado impulsiva; una kamikaze que tiene una debilidad con nombre y apellidos.

Ni siquiera lo entiendo. No sé qué ha cambiado desde ayer, que pasamos el día juntos y él fue especialmente imbécil.

Quizá la copa que nos tomamos por la noche.

Quizá ver todo lo que ha hecho por Carrie.

Quizá el puñetero traje y esa pajarita que solo podría quedarle bien a él.

—¿Lo has saludado ya? —Carrie aparece de la nada a mi lado, tendiéndome una copa de champán.

—¿A quién?

—A ese hombretón al que te estás comiendo con los ojos.

—No me como con los ojos a nadie. No digas tonterías.

Una pequeña carcajada brota de su garganta.

—Emi, por favor, que nos conocemos...

—Bah, ¿qué sabrás tú? Además, ¿no eres la anfitriona? ¿Qué haces hablando conmigo?

—Me preocupo por ti. Y por él. —Hace una pausa antes de añadir con tono misterioso—: Sobre todo por él.

—¿Ah, sí? Muy bonito.

—Me refiero a que tú lo llevas todo mucho mejor. —Me sonrío—. Eres más fuerte.

—Bobadas.

—Sí, y encima llevas ese vestido que va a dejarlo medio tonto.

—¿Tú crees? —Me hago la inocente, pero sé que este vestido es una bomba de relojería. Es granate, muy ceñido del pecho, la falda tiene vuelo y la forma de mi espalda no es un secreto para nadie. Las mangas, casi transparentes, le dan un aspecto muy elegante.

—Venga, ven conmigo —dice mi amiga—. Yo tampoco lo he abrazado todavía.

Sin dejarme hacer ninguna observación, Carrie me arrastra con ella hasta donde está Julien. Él endereza su pose cuando nos ve llegar. Su mirada me dedica unos pocos segundos fugaces y después toda su atención se desvía hacia Carrie.

—¿Estás más gorda desde ayer? —le pregunta mientras se agacha para darle un beso en la mejilla.

—No sé, pero tú, desde luego, estás más gracioso.

Julien sonrío por la indirecta de Carrie y sus ojos se iluminan en el acto.

—Estás preciosa, pequeña. —Aunque lo susurra en su oído, desde mi posición no tengo problemas para oírlo.

—Gracias, Jules. —Carrie parpadea—. Oye, ¿y qué me dices de Emi?

—¿Qué digo de qué?

—¿También está preciosa?

Julien arquea las cejas ante el comentario insinuante de Carrie. Me mira de reojo durante un instante lo suficientemente significativo como para captar algo en ellos.

Fuego.

Y sé que es por el vestido.

—No quiero decir nada que se le vaya a subir a la cabeza —expone con aire sugerente.

—Estoy aquí —le contesto, agitando una mano—. No sé si me ves.

—Por supuesto que te veo. —Se gira hacia mí—. Desde que has salido del ascensor.

Los segundos que siguen a ese comentario podrían resumirse con una palabra de once letras: complicidad.

Y eso me descoloca.

De pronto, es como si entráramos en una especie de tiempo muerto en el que nos está permitido mirarnos sin reparos, sin que la interpretación maligna del silencio tenga cabida.

Carrie hace el amago de apartarse, aunque sea de manera simbólica, para que nosotros podamos dar sentido a todo lo que supone ver el deseo perdido en los ojos del otro.

Por desgracia, no estamos solos. Apenas han pasado veinte segundos cuando la voz chillona de la fan número uno de mi exmarido aparece en escena.

—¡Julien, por fin te encuentro! —exclama.

—Hola, Megan —contesta él. Carrie y yo nos limitamos a hacer un gesto con la cabeza.

—Dios, ¡está todo increíble! Has hecho un supertrabajo.

—Gracias.

—¿Te traigo champán?

—Estoy de servicio. —Se encoge de hombros con una de sus sonrisas demoledoras.

—Venga, Jules, tienes permiso para ser un poco gamberro —lo incita ella.

Julien me mira un segundo ante el tono impertinente de Megan, pero aparta la vista enseguida cuando ve que me giro hacia él con expresión irónica.

—En realidad no lo tiene —interviene Carrie con una sonrisita molesta—. No hasta que se haya proyectado el vídeo.

—Oh. —Megan dibuja un mohín—. Bueno. Pero la primera te la tomas conmigo, ¿vale?

—¿Te cuento un secreto? —dice Julien. Ella se acerca a él sin que nadie le dé permiso—. La primera me la he tomado antes de venir.

Si fuera un dibujo animado, la maldita Megan estaría escupiendo corazones por la boca. Creo que no es lo suficientemente inteligente como para descifrar el mensaje de Julien: «No tontees conmigo delante de Emi o la harás ganar una vieja batalla». Porque sí, yo siempre supe que Megan estaba interesada en mi marido. Y la manera descarada en la que aletea las pestañas en su presencia no hace más que confirmarme que consiguió llevarse el gato al agua.

Julien se aclara la garganta en el momento en que ella por fin decide marcharse. Antes de derivar la conversación a temas de la fiesta, me dedica una mirada que no soy capaz de traducir.

—¿Estás contenta con cómo ha quedado la terraza? —le pregunta a Carrie.

—Mucho. —Le sonrío—. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que has hecho.

—Puedes ponerle mi nombre a tu primogénito.

—¡Pero si es una niña!

—¿Y qué? Julianne es un nombre precioso.

—No tienes remedio. —Le da unas palmaditas cariñosas en el brazo y después alterna la

mirada de él hacia mí—. No os importa si me marchó, ¿verdad? Tengo que...

—Si ayer pasé todo el día con él y aún vivo para contarlo, no creo que haya problema en que ejerzas de anfitriona en tu propia fiesta. —Le sonrío con confianza, aunque en el fondo... no estoy tan segura.

—Genial. Pues entonces... luego os veo.

En el momento que nos quedamos solos, la pose de Julien se transforma. Pasa de la tranquilidad a un inesperado acercamiento.

—¿A qué ha venido ese comentario? —me pregunta—. Creía que anoche acabamos bien.

—¿Así lo definirías?

—Sin duda. Brindamos, hablamos. Creo que hasta me sonreíste.

Me llevo la copa a los labios.

—Qué optimista.

—Todos maduramos —señala.

—Unos más que otros, me temo.

Una carcajada brota con espontaneidad de su garganta.

—No subestimes a mi niño interior, Emi.

—No es a él a quien subestimo, Julien.

Con toda la naturalidad del mundo, deja caer su peso en la mesa donde descansan el portátil y el sistema de sonido. Sus ojos azules se achican en mi dirección.

—Así que hoy te has puesto el disfraz de guerrera...

—¿Disfraz? No es un disfraz. Lo que pasa es que me he cansado de intentar ser encantadora contigo.

—¿Eso hacías? —pregunta con sarcasmo.

—Pues sí.

—¿Y por qué dices que has dejado de hacerlo?

—Porque no sirve de nada. Tu humor es vinagre puro.

—Cuando quiero —señala, alzamiento de cejas incluido.

—Sí. Me consta —le contesto—. Si no, nunca me hubiera casado contigo.

—Ouch. *Touché*.

Me dan ganas de ahorcarlo por fingir ser encantador. Yo sé que no lo es. Él sabe que no lo es. Y no entiendo a santo de qué está intentando parecerlo.

—Emi uno, Julien cero —canturreo.

—¿Cero?

—Cero.

—¿Quién es ahora la optimista?

—Estamos teniendo un diálogo de besugos. —Vuelvo a acercarme la copa con la intención de dar un buen trago. No entiendo qué pretende.

—¿Un qué?

—Es una expresión española —le explico—. Quiere decir que la conversación que mantenemos es inútil, sin sentido, estúpida.

—Sí, ¿eh? ¿Quieres añadir interés a nuestra interacción?

—Adelante.

—Tienes que saludar a mi madre.

Mi expresión se transforma.

—¿Qué? ¿Tu madre está aquí?

Julien me observa con atención durante unos breves instantes. De pronto su máscara de

diversión se ha evaporado. Al fondo de su mirada percibo una vez más el dolor.

—Ya no se te ve tan guerrera...

—¿Está aquí en serio?

—Carrie es su pequeña. Por supuesto que ha venido.

Asiento para mí, asimilándolo. ¿Cómo no he caído en esto antes?

Tras la muerte de la madre de Carrie, la que fue mi suegra adoptó el papel de madre sustituta para mi amiga. Al fin y al cabo, era hija de su prima y entre ellas siempre había existido una relación muy estrecha. Por supuesto que Mary tenía que estar aquí para el gran día de Carrie.

—Te has puesto nerviosa. ¿Por qué será? ¿Porque te fuiste sin despedirte de ella?

—Dios. —Me llevo una mano a la frente—. ¿Dónde está?

—Viniendo.

—¿Qué? ¿Hacia nosotros?

—Sonríe, por favor. No quiero que se agobie.

Julien se yergue de nuevo y despliega la versión tierna de su sonrisa en dirección a su madre.

Ahí está: Mary.

La que fue mi suegra. La que fue mi madre en los doce meses que viví en Estados Unidos y que me enseñó que los padres deben estar a otro nivel del árbol genealógico, no actuar como dos hermanos mayores en plena adolescencia.

—Así que los rumores son ciertos... —empieza diciendo. Me doy cuenta en el acto de que estos años que han pasado no la han castigado en exceso. Sigue teniendo la misma piel de porcelana, el mismo peinado a la moda y una talla cuarenta y dos que hace que su vestido de satén verde botella luzca mejor que en cualquier percha.

—Mary... Yo...

Pese a todo lo que temía que hiciera cuando volviera a verme, esta mujer, como siempre, me desarma. Me sonrío con dulzura y extiende los brazos hasta que me acurruca contra su pecho.

—Shh. No digas nada, ¿vale? —susurra—. No te odio. No podría haberlo conseguido ni habiéndolo intentado.

—Ya, pero...

Niega con la cabeza en un gesto tierno. A continuación, se dirige a su hijo.

—Julien, ¿podrías dejarme a solas con Emi?

—Eh... —balbucea él.

—Por favor.

Julien me mira con cierta preocupación en su rostro. Soy consciente de que mis ojos brillan por la emoción contenida y que el labio inferior me tiembla. Él se da cuenta. Siempre ha sido un experto en leerme. Pero ya no tiene derecho a protegerme cuando una situación me desborda.

—Mejor sin él delante, ¿verdad? —dice Mary cuando su hijo desaparece entre los invitados de la fiesta.

—Siento muchísimo haberme ido de la manera en que lo hice. —No puedo frenar las palabras que se me escurren de la lengua.

Mary entorna los ojos con una expresión comprensiva.

—Me lo imagino.

—En mi defensa, era muy joven, estaba perdida y...

—Y Julien agotó tu paciencia. Lo sé.

Ese sería un buen resumen, sin duda. Y me apetece explicarle todos los pormenores de lo que pasó a mi exsuegra, que me observa con perspicacia, como si ella supiera mucho más del asunto de lo que yo me pienso.

—Lo siento —me disculpo de nuevo, con los párpados agachados.

En ese momento, un camarero pasa por nuestro lado con una bandeja con más champán. Mary coge una copa para mí, otra para ella y después me mira de nuevo.

—¿Sabes, Emi? A veces las cosas pasan por algo. Julien y tú debíais cruzaros para poner muchas cosas en perspectiva. Os quisisteis de verdad, eso me consta, y os disteis el impulso necesario para llegar a donde estáis ahora.

—Supongo...

—Sé por Carrie que te van muy bien las cosas. —Sonríe de nuevo, sin pizca de resentimiento.

—No me puedo quejar.

—Me alegro mucho de verte. Y sé que Julien nunca te lo dirá, pero en el fondo también se alegra.

Eso me hace sonreír con amargura.

—Yo diría que no.

—Está dolido. Pero hay ciertas huellas que ni todo el rencor del mundo puede borrar.

—No sé qué decirte.

—Hazme caso. Soy más vieja que tú. Y soy su madre.

Asiento despacio y doy un sorbo al champán. Está frío, pero creo que esta no será la última copa que me tome. Con el ritmo que lleva la noche, no dudo que la licencia de bebidas alcohólicas está más que amortizada solo con mi contribución.

—¿Tú sabías... sabías que él vino? —me atrevo a preguntarle—. A por mí. A España.

Ella asiente una sola vez.

—Sí.

—¿Sí?

—Nunca me lo ha confesado. Pero desapareció de la ciudad durante tres días y, cuando volvió, se encerró en casa de Carrie sin dar explicaciones de nada. Así que lo deduje. —La expresión de sus ojos se entristece—. Pero supongo que no salió bien.

—No salió, directamente. Yo no supe que había venido hasta hace solo un par de días. Él malinterpretó algo que vio y no se atrevió a hablar conmigo.

—Entiendo. —Guarda silencio unos segundos mientras dirige sus ojos hacia el final de la sala. Creo que está buscando a su hijo, pero no me atrevo a confirmarlo. Después me mira a mí de nuevo—. ¿Habrías vuelto con él de haberlo visto?

Asiento despacio, con timidez.

—Sin ninguna duda —contesto.

Ella suspira.

—Es una lástima, entonces. Siento que se os haya pasado vuestro momento.

—Yo también.

Y si lo digo en voz alta es porque lo siento de verdad. Porque, a pesar de todo, sé que Julien merece la pena. Puede que haya tenido mis dudas durante todos estos años, puede que su comportamiento desde que he vuelto haga que me den ganas de estrangularlo mientras duerme, pero también sé que para mí todo tiene una perspectiva distinta desde que descubrí que, a su manera, él quiso luchar por mí. Por nosotros.

—Me alegro de verte, Emi —dice Mary, que ha pasado los últimos segundos observándome mientras yo me perdía en mis propios pensamientos—. Si eres feliz está claro que todo por lo que has pasado ha merecido la pena.



Después de la conversación con mi exsuegra, me quedo meditabunda durante las siguientes dos horas, paseando entre los invitados, saludando a viejos conocidos y perdiéndome en cada detalle de la fiesta que tiene el sello de Julien.

A él no vuelvo a tenerlo cerca. Lo veo siendo encantador con unos, profesional con otros y protector de cada paso que da Carrie.

—¿Estás bien? —Una mano se apoya en mi hombro mientras me asomo por uno de los balcones; al girarme me encuentro a Freddie.

—He tenido días mejores. —Le sonrío.

—¿Julien?

Niego con la cabeza.

—La madre de Julien.

—Oh, Mary... ¿Ha sido brusca contigo?

—Todo lo contrario.

—Entiendo. —Freddie hace un gesto comprensivo y me tiende un vaso en el que queda un dedo de algo parecido al coñac—. Ten, bébete esto. Sea lo que sea lo que estás pensando, ya no tiene solución. Disfruta de la noche de hoy.

Decido seguir el consejo de Freddie, porque es verdad: lo mío con Julien ya no tiene solución. Por mucho que hoy se haya mostrado más encantador de lo habitual conmigo, lo cierto es que me odia. Y, aunque no me odiara, ¿qué otras garantías tendríamos? Él ya no me quiere. Yo tengo otra vida. Nuestros mundos están separados por un océano, ocho años y un pasado que define nuestro presente.

No debo recrearme.

No debo.

No debo.

No debo.

Pero siento algo a la altura de mi pecho que me estruja la respiración. No sé darle nombre, pero está ahí, atormentándome. Recordándome solo lo bueno. Dándole sentido a ese acto de Julien que pudo haberlo cambiado todo.

—Ey, Vancamp, ¿preparada para el vídeo?

Me giro entre la gente hasta encontrarme con la cara del bueno de Charlie. El mejor amigo de mi exmarido está impresionante con traje de chaqueta y un afeitado apurado al máximo.

—Ya te lo dije. Ya no es Vancamp.

—Siempre serás la primera señora Vancamp. —Charlie me guiña un ojo y echa un vistazo con descaro a mi codo izquierdo, donde se intuye la señal que corrobora sus palabras.

—Cuando dices la primera..., ¿es porque hay más candidatas al título?

Mi viejo amigo suelta una carcajada.

—¿Candidatas? ¿Para que Julien vuelva a casarse? Ya te digo que no. Se retirará a lo Hugh Hefner, rodeado de señoritas y de mucho dinero.

Compongo una mueca que aviva la curiosidad de Charlie.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No estarás celosa?

—Claro que no. —Hago un gesto desdenoso con la mano—. Solo era una pregunta que me hacía en voz alta.

—El corazón de Julien solo ha tenido una dueña. Las demás son solo aspirantes a calentarle la cama.

—¿No estás hablando de más? —pregunto con las cejas en alto.

—Claro que no. Cualquiera que lo conozca podría decirte esto mismo.

—De acuerdo.

Charlie y yo caminamos entre la gente, buscando el final de la terraza donde hay preparada una tarima con una pantalla detrás. Echo un vistazo al gran árbol de Navidad que hay al otro lado, que alumbra esa parte de la terraza.

—¿Qué hay de ti? —me pregunta mientras avanzamos—. ¿Algún nuevo amor en tu vida?

—A ti te lo voy a decir.

—Venga, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que descubra que estás prometida y Julien acabe enterándose de que has superado vuestro divorcio?

—No estoy prometida. Aspiro a estarlo algún día de nuevo, pero la verdad es que no he conocido a nadie que merezca la pena. —Me encojo de hombros.

—Eso animará a nuestro chico. —Me guiña un ojo de nuevo y después mira hacia Carrie, que está subiendo a la tarima, siguiendo las instrucciones de Julien, que le tiende un micrófono—. Ahora silencio, Vancamp, empieza el *show*.

No sé qué esperaba del famoso «momento del vídeo». Supongo que el típico montaje con fotos y una musiquilla instrumental de fondo.

Pero la realidad no se parece en nada a la expectativa que me había trazado.

Y me sorprendo.

Julien siempre consigue sorprenderme, de una manera o de otra, y esta vez no iba a ser diferente.

El vídeo es una celebración del proyecto de Carrie. Hay una voz en *off* que cuenta una historia, acompañando instantáneas preciosas de momentos significativos. En la pantalla se proyecta el momento en el que Carrie dio la noticia de que iba a levantar su propio hotel y brindó por ello; imágenes de cada paso del camino, los primeros planos, los primeros edificios que visitaron, los primeros bocetos. Las primeras ilusiones y también las primeras frustraciones.

Julien lo grabó todo.

Lo bueno, lo malo, lo regular.

Después, a alta velocidad, aparece el proceso de remodelación del interior del hotel. Cómo crecieron las habitaciones, cómo se construyó el *hall*, los pasillos, la terraza...

El narrador se detiene al llegar a una fotografía, hecha con un dron, de esta misma noche.

No sé cómo se las ha apañado Julien para editar el vídeo en esta velada, pero lo ha hecho, y el resultado me deja maravillada.

Siempre supe que era listo. Pero lo que me sorprende es ser testigo de ese talento que escondía.

—¿Qué te parece? —me pregunta Charlie.

—Es precioso. ¿Cómo lo ha hecho?

—En el momento que Carrie dio la noticia del hotel, Julien empezó a documentarlo todo. Creo que siempre supo que ese material se proyectaría en la noche de la inauguración.

—Es increíble.

—Shhh, toca silencio de nuevo. Va a hablar la dueña.

Carrie coge el micrófono, visiblemente emocionada por el vídeo, aunque sospecho que lo ha visto cientos de veces.

Da un discurso muy elaborado, del que he escuchado trozos estos días mientras ensayaba en casa. Sus palabras van de dar las gracias, valorar el trabajo, la lealtad y la ayuda.

Lo que dice es precioso, pero yo sigo pensando en Julien. Puede que no sea capaz de pensar en otra cosa en toda la noche.

Lo veo a los pies de la tarima, rodeado de su equipo y sonriendo a Carrie. Está contento. Ni

siquiera mi presencia o nuestro pasado han logrado nublar la satisfacción producida por el trabajo bien hecho.

Y eso me alegra.

Después del brindis de rigor, Julien desaparece entre los invitados para recoger parte del equipo.

Yo me acerco a Carrie y la abrazo. Ella llena mi cabeza de besos.

—Menos mal que decidiste venir. No te habría perdonado que te lo hubieras perdido —me dice.

—Yo tampoco. Ha sido increíble.

Nos abrazamos durante un rato. Ella llora. Yo un poco también. Podríamos tirarnos así toda la noche, pero nos dejamos de sentimentalismos cuando la cuñada de Carrie aparece en escena y nos arrastra a la pista de baile.

Es el momento de celebrar de verdad, dice.

Parece que Carrie se ha olvidado de que es la anfitriona y de que está embarazadísima, porque se mueve con la música como una veinteañera en su fiesta de graduación.

Suenan éxitos actuales y alguno que otro antiguo. Poco a poco se nos va sumando más gente, pero Julien no está entre ellos.

No vuelvo a verlo hasta una hora más tarde, cuando me acerco a la barra a buscar otra copa.

—¿Te diviertes? —me pregunta. Su presencia me golpea con fuerza.

—Sí. Todo es genial. Carrie está tan contenta... Y el vídeo ha sido una pasada. Enhorabuena.

—Gracias. —Dibuja su media sonrisa misteriosa—. Me alegro de que te haya gustado.

—¿Cómo no iba a gustarme? Es un repaso a los logros de Carrie. Tiene una fotografía increíble. Y la música. Y todo. Es muy profesional, pero a la vez indudablemente personal.

Julien se apoya en la barra y me observa. Lo hace de esa manera que intenta parecer impasible, pero que esconde mucho por dentro.

La mayoría de la gente está en la pista de baile que se ha creado de manera improvisada. Por eso apenas nos ve nadie. No hay testigos del modo en que me mira.

—Gracias, de nuevo. Era importante para mí que te gustara.

—¿El ego del artista?

—No. Los artistas quieren que se reconozca su obra, en general. Piensan en una audiencia sin rostro. Yo quería que te gustara a ti.

El camarero me tiende en ese momento mi piña colada. Me la llevo a los labios mientras lo miro extrañada.

—¿A mí en concreto?

—A ti en concreto.

—Vaya, pues gracias por tener en cuenta mi opinión y por interesarte por lo que pienso.

—Siempre me ha interesado lo que piensas. Eres inteligente. Valoro mucho tu forma de ver las cosas.

Me cuesta ocultar la sorpresa causada por esta especie de acercamiento. Y no porque Julien no tenga la capacidad innata de sorprenderme, sino porque con su manera de actuar en los últimos días me ha ofrecido una imagen totalmente alejada del Julien que yo conocí.

—¿Has cambiado de estrategia? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—¿Ahora, en vez de ser imbécil, intentas dejarme sin palabras?

—Podemos llamarlo así —dice con una sonrisa—. Eso sí que favorece a mi ego.

—¿Y este cambio de humor? —Tengo que saberlo. Me tiene totalmente despistada.

—El champán, sin duda.

—Entonces voy a pedirte otra copa.

—No necesitas emborracharme. Gracias al vestido que llevas me sale con bastante facilidad eso de ser amable.

Lo miro con las cejas en alto.

—También se te suelta lengua.

—Lo sé. Y me revienta, no te creas.

—¿El qué?

—Todo. La manera en la que se te marcan las tetas. Y mi incontinencia a la hora de hacértelo saber.

Me dedica una mirada que carboniza cada poro y cada recoveco que deberíamos llenar de sentido común. Los dos. Él porque se supone que me odia y yo porque se supone que no debo permitirme sentir nada más que nostalgia cuando se trata de él.

—Vale, lo retiro. Deberías dejar de beber.

—Y tú deberías aceptar un cumplido del sinvergüenza de tu exmarido, que solo pretende eso que dijiste el otro día.

—¿El qué?

—Lo de estar en el mismo barco.

Mientras yo le lanzo una mirada sarcástica, la chica del pelo azul que deduzco que pertenece a su equipo se acerca a nosotros. Intercambia con Julien unas cuantas frases acerca de detalles relacionados con la organización. Que si el sistema de sonido no sé qué y los focos de detrás de la tarima no sé cuántos. Hablan su propio idioma plagado de tecnicismos mientras yo me entretengo echando un vistazo a la pista de baile, donde Carrie y Freddie bailan abrazados al ritmo de una canción de Elton John.

Cuando la empleada de Julien se marcha, él se gira hacia mí de nuevo. Tengo que reconocer que su pose de empresario con todo bajo control me pone cardiaca. Es como si hubiera cogido todos sus complejos del pasado y los hubiera reinventado de arriba abajo. Y no hay nada más irresistible que un hombre que se enfrenta a sus demonios.

—¿Algo que añadir? —me pregunta.

—Que tú también estás muy guapo con traje.

Eso le hace reír. Una carcajada ronca y entrecortada se difumina en el aire.

—Lo sé. Me lo han dicho varias veces.

—Eres muy gracioso.

—Estoy seguro de que tú también tienes lista de espera.

—Alguien se ha interesado, no voy a negarlo.

Él sonrío. Sonríe como supongo que lo hacen aquellos que dicen una cosa y, en el fondo, están pensando otra. Como si no quisieran ver más allá de las palabras que hay sobre la mesa.

—Seguro que a ese *alguien* le están chirriando los dientes viéndote hablar con un tío interesante como yo.

—No más de lo que le chirrían a Megan.

Durante un instante, me arrepiento de haber hecho ese comentario en voz alta. ¿Por qué lo habré hecho? Julien no tiene por qué saber que, aunque hayan pasado ocho años, aún recuerdo cómo me comían los celos cada vez que Megan le prestaba atención extra. Menos aún debe intuir que a día de hoy aún la arrastraría de los pelos solo con ver la caída de pestañas que le dedica a mi marido. O exmarido. Lo que sea.

Julien, por su parte, se limita a dejar escapar una risa fría entre sus dientes.

—Dios, hay cosas que nunca cambiarán —comenta.

—Espero que ahora no sigas negando que yo siempre tuve razón.

—¿De qué estás hablando?

—Soy mujer. Las mujeres somos intuitivas por naturaleza. Y sabemos reconocer cómo actúa otra mujer cuando está en presencia de un hombre con el que ha intimado.

Lo veo llevarse la copa a los labios, saboreando su Martini mientras sus ojos me taladran como poca gente ha hecho en la vida.

—Entiendo —susurra.

—No vas a negarlo, ¿verdad?

—¿Querrías que lo hiciera?

—Quiero la verdad.

—¿Para qué? No va a aportarte nada.

—¿Cuándo ocurrió?

Creo que por su mente pasa la opción de no darme una respuesta. Al fin y al cabo, yo ya no tengo por qué pedirle explicaciones de nada. Él ya no es nada mío y lleva ocho años sin serlo. Sin embargo, en sus ojos solo veo sinceridad cuando me mira. La misma que me ha profesado siempre, por muy mal que estuvieran las cosas.

—Hacía meses que te habías marchado —dice al fin—. Ocurrió solo una vez. Y fue un error.

—Vale.

—¿Te molesta?

—No.

—A ver, mírame... —Entonces hace algo que no esperaba. Se acerca a mí. Se agacha unos centímetros hasta que su mirada encaja con la mía y allí pudiera encontrar las respuestas que busca—. Sí. Te molesta. Interesante.

No le contradigo. ¿Para qué hacerlo? Sí, me molesta y mucho. Sea racional o no lo sea. Sea justo o no lo sea. Lo odio por haberme dado la razón con ese tema. Y la odio a ella, que lleva unos cuantos minutos sin quitarnos ojo desde la otra punta de la terraza.

—¿Bailas conmigo? —pregunto de pronto. Por qué lo hago es un misterio. O quizá no.

—¿Intentas ponerla celosa?

—No —miento.

—No te hace falta, ¿sabes? Tú eres la única con la que comparto un tatuaje.

El comentario me deja fuera de juego. Más aún cuando, a continuación, Julien me coge el brazo izquierdo y, a través de la tela semitransparente de la manga, roza mi piel. Se me entrecorta la respiración. Y diría que a él también.

—Aún lo llevas... —dice.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Mi apellido de soltera también empieza con V.

—Pero ese tatuaje tenía un significado más profundo más allá de un apellido. Y no te lo has borrado.

Me encojo de hombros. No tengo ninguna explicación que vaya a satisfacernos a ambos.

—¿Y tú? —pregunto.

—¿Yo, qué?

—¿Te lo has borrado?

—He estado a punto en un par de ocasiones. Pero se lo debo al apellido Vancamp.

—Acabas de decir que el tatuaje era más que un apellido.

—Y a ti aún te molesta pensar en mí con otras mujeres —dice a la defensiva—. Supongo que estamos en paz.

Quizá, lo inteligente, llegados a este punto, sea dejar aquí la conversación. No vamos a llegar a ningún acuerdo o punto en común. Sin embargo, nunca he sido la típica persona que contiene un impulso cuando le nace. Y esta vez no es diferente.

—¿Qué pasa si me molesta?

—Nada. Absolutamente nada. Pero ya no es asunto tuyo.

—¿Sabes qué? Que siempre va a ser asunto mío.

Julien entrecierra los ojos, totalmente descolocado. Me alegro de que él no sea el único que tiene cierto poder sobre el otro.

—¿Perdona?

—Eras mi maldito marido. Eso me da ciertos derechos sobre ti de por vida.

—¿Sabes lo mal que sonaría esa frase si fuera yo el que la dijera?

—Tú no te atreverías a afirmar algo así. Me guardas demasiado rencor para reconocer que, de alguna manera, siempre te importaré.

Ese comentario lo hace callar. Suspira de manera honda, con la vista clavada en una de las guirnaldas navideñas que decoran la barra que hay detrás de nosotros. Cuando vuelve a mirarme, deja escapar el aire lentamente.

—Supongo que tienes razón.

—¿En lo de que siempre te importaré?

—En lo de que te guardo demasiado rencor.

Yo asiento despacio, encajando el golpe. Aunque, a estas alturas, que él me guarda rencor es una de las pocas cosas que tengo claras.

—Sabes que tenemos que hablar de eso, ¿verdad? —inquiero.

—No creo que sea buena idea.

—Viniste a buscarme, Julien.

—Emi... —Se pone rígido, las manos se le tensan a la altura del abdomen.

—¿Qué fue lo que viste?

—¿Cómo?

—¿Por qué no te acercaste cuando llegaste a Tenerife?

—Por tu cara, parece que ya lo sabes.

—Quiero que me lo expliques tú —le pido—. ¿Por qué no te acercaste?

Le chirrían los dientes al evocar el recuerdo.

—Porque ya tenías a alguien demasiado cerca.

—Era Marc.

—Sé perfectamente quién era.

—¿Entonces? Sabes que nunca habría vuelto con él. Solo estábamos consolándonos mutuamente. Él estaba muy agobiado por la carrera y yo estaba destrozada por lo nuestro.

Julien chasquea la lengua y, en esta ocasión, mira al cielo. Solo que sobre nosotros no se ve la noche, sino una carpa blanca llena de luces.

—¿Qué más da nada de eso ahora? —Sus ojos parecen vacíos cuando los dirige de nuevo hacia mí.

—¿Cómo puedes no ver que aún es importante?

—No entiendo tu interés.

—Viniste a por mí.

Y sí, lo digo con un hilo de voz. Tengo bastante claro que esta será, posiblemente, mi última

posibilidad de llegar a Julien. Mañana ambos estaremos muy cansados por la fiesta y pasado a media tarde yo estaré de camino al aeropuerto. ¿Qué voy a hacer con toda esta melancolía? ¿Cómo voy a seguir adelante si siento en las tripas que el pasado no se ha cerrado del todo?

Sé que debo aprovechar la oportunidad de llegar hasta él, aunque solo sea durante unos minutos.

—Julien. Mírame. —Me planto delante de él hasta que cede y sus ojos azules encuentran los míos. Creo que no hemos estado tan cerca en todos estos días, y durante unos instantes lo que siento por dentro me turba sin remedio—. Viniste a por mí, y si te hubiera visto allí, aunque solo hubiera sido un segundo, me habría vuelto contigo a casa. Necesito que lo sepas.

—Que digas todo esto ahora está muy bien, Emi. Pero en cambio, lo que hiciste en su día fue irte y no mirar atrás ni por un instante. Ahí está la diferencia. ¿Lo entiendes?

Me escuece. Reprimo durante unos instantes las ganas de llorar.

—Lo siento —murmuro.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haberte tenido cuando era demasiado joven para saber conservarte.

—Ya es tarde para lamentarse.

Y, con esa frase, sé que está todo dicho. Es tarde para nosotros. Ya ni siquiera existe un nosotros. Y en realidad no debería ser tan difícil aceptarlo, porque esta ha sido mi realidad durante los últimos ocho años. Sin embargo, me duele. Me duele porque ser consciente de que el olvido se ha construido sobre una base de mentiras tiene como resultado su incapacidad para mantenerse en pie.

De pronto solo soy capaz de recordar lo bueno, lo que podría haber sido si las cosas hubieran sucedido de manera distinta. De mis sentimientos no hablo, porque si alguna vez tuve la posibilidad de olvidar para siempre a Julien, esta se perdió en el momento en que puso en mis manos la realidad de ese pasado alternativo que tuve a mi alcance sin saberlo.

—¿Puedes bailar conmigo? —le pregunto de pronto. El impulso me ha crecido y no me apetece contenerlo.

—¿Bailar? —Su ceño se frunce con desconfianza.

—Julien, por favor, es lo único que nos queda. Construir un recuerdo final que sea bonito.

—No sé, Emi...

—No te estoy pidiendo que me beses ni que tengamos un polvo de despedida. Es solo un baile.

—Yo no sé bailar.

—Pues quedémonos aquí, donde nadie nos ve, y cógeme de la cintura. Nos moveremos despacio.

Traga saliva. Sé que duda. Sus pupilas lo gritan con fuerza.

—Estás un poco loca.

—Eso era algo que solía gustarte de mí. Ven, por favor.

Creo que es el alcohol el culpable de que Julien y yo acabemos abrazados en un rincón de la terraza, rodeados de luces de Navidad, del murmullo de la gente de la fiesta y de la melodía de *Thinking About You*, de Radiohead.

Y sé que esto no es el comienzo de nada. Es una manera de cerrar el pasado. De, en el futuro, no añadir al dolor que llevamos auestas el recuerdo amargo de la última vez que nos vimos.

De decirnos adiós.

Julien y yo ya no seremos. Aunque, en algún punto del infinito, permaneceremos eternos.

No sabría decir cuántas decisiones he tomado con tan poca seguridad objetiva y tanto peso a nivel interno, allá donde nacen las vísceras, las emociones crecen y el presente se relativiza.

Supongo que bastantes.

Mi boda con Julien fue una de ellas.

Mis padres no intentaron disuadirme cuando les di la noticia. ¿Qué iban a decir ellos, que se habían encontrado con un bebé en los brazos casi con los mismos años que yo tenía en ese momento, que me habían dado una educación un tanto hippie en demasiados sentidos y que habían tomado la decisión de romper nuestra familia?

Nada. Esa fue su intervención en el asunto.

La madre de Julien, en cambio, sí que tuvo dudas. Que su hijo decidiera casarse con una extranjera a la que apenas conocía, con apenas veintiún años, sonaba a locura de telefilm de domingo por la tarde.

Creo que fue la influencia de Carrie, a quien mi suegra había acogido años atrás tras la muerte de su madre, la que realizó el milagro de que la señora Vancamp me aceptara bajo su ala. El resto... vino solo. El evidente amor que sentía por Julien, lo mucho que cuidábamos el uno del otro en todos los sentidos y mi empeño por descifrar su mente fue lo que le hizo entender que sí, que puede que fuéramos jóvenes e impulsivos, pero que lo nuestro era de verdad.

—¿Entonces tus padres no van a venir a la boda? —me preguntó Mary.

—No. Los billetes de avión son muy caros en esta época del año. No nos los podemos permitir.

Mary se quedó pensativa, seguramente reflexionando acerca de cómo se habría sentido ella si se hubiera perdido un día tan importante en la vida de Julien.

—Pero vendrán más adelante —intervino él, dándome la mano por debajo de la mesa—. En unos meses estarán aquí y podremos celebrarlo todos juntos.

—Pero... ¿vendrán los dos? Perdona mi curiosidad.

—Lo dudo mucho. —Sonreí con tristeza—. No pueden ni verse estos días. Seguramente mi madre venga primero a traerme mis cosas y, más adelante, venga mi padre.

Mary continuó mirándome durante los minutos siguientes, mientras Julien se dedicaba a citar los pocos invitados que acudirían a nuestro enlace la próxima semana.

El salón de la casa de mi suegra olía a una mezcla de hierbabuena con masa de galletas. De fondo, solo se escuchaba la lluvia repiqueteando contra el cristal. Y los besos que Julien dejaba cada cierto rato sobre mi piel.

—No le has dicho nada a tu padre, ¿verdad? —le pregunté a mi futuro marido.

Su semblante cambió.

—Es evidente que no. No se merece ni que le dé la noticia.

—Ya, claro. —Me sentí tonta por haber sacado el tema—. No nos hace ninguna falta.

—Solo te necesito a ti allí —dijo, mirándome a los ojos para traspasarme en un solo parpadeo aquel amor loco que había nacido hacía solo unas semanas—. Tú, mi madre, Carrie y Freddie. El resto del mundo me da exactamente igual.

Asentí despacio. En parte me sentía de la misma manera. Sabía que no hacía falta nadie más para que todo fuera perfecto, pero lo cierto era que echaba de menos tener alguna amiga presente a la que tirarle el ramo de novia. O que fueran mis padres, uno a cada lado, los que me llevaran hasta Julien antes de firmar que seríamos marido y mujer.

No añadí nada más, pero creo que Mary se dio cuenta de que, detrás de ese espíritu aventurero y desenfadado que mostraba a todo el mundo, se encontraba una chica de

diecinueve años que había tomado la decisión de construir una vida lejos de todo su mundo.

—Julien, ¿por qué no vas ya a recoger a Carrie? Sabes que no le gusta pasar más de dos horas seguidas cuando va a visitar a sus abuelos.

—Vale. —Se puso en pie—. Coge el chubasquero, Emi. Está lloviendo mucho.

—Cielo, había pensado que Emi podría quedarse aquí conmigo. Me gustaría tener una pequeña charla con ella de mujer a mujer.

Mary me sonrió y Julien arqueó levemente las cejas.

—Esto..., claro. —Me dio un suave beso en los labios y nos echó una mirada fugaz—. Vuelvo en un rato.

Los primeros minutos que pasé en compañía de Mary, las dos solas por primera vez, fueron intensos. No en el mal sentido, sino que notaba que tanto una como otra nos deshacíamos de esa pose que adoptábamos automáticamente en presencia de Julien. Ella no tenía que esforzarse por parecer una madre dedicada, y yo no tenía por qué demostrar cada segundo que Julien era mi vida entera.

—Te doy las gracias por dejar espacio a mi hijo cuando se pone a la defensiva con el tema de su padre —fue lo primero que dijo.

—Algo que aprendí enseguida de Julien es lo mucho que valora esa sensación de «tener espacio». —Hice las comillas con los dedos—. Pero, al mismo tiempo, sé que no hay que irse muy lejos; él tiene que sentir que estás cerca.

Mary sonrió. Podría decirse que esa fue la primera vez que la vi sonreírme a mí, de verdad, sin máscaras ni poses. Solo mis palabras implicadas en los músculos que dibujaban su risa.

—Quiero que tengas algo —dijo—. Acompáñame, por favor.

Ambas abandonamos el salón y subimos por las escaleras de madera que llevaban a su dormitorio. Allí, Mary buscó dentro de una cómoda hasta encontrar una caja envuelta con un pañuelo de seda.

—Ábrelo —me pidió.

Lo hice con cuidado y lo que encontré fue una libreta gruesa, de tapas duras y aspecto envejecido. Por dentro, unas páginas amarillentas esperaban desnudas, con ganas de ser llenadas de trazos de tinta.

—Cuando me casé con el padre de Julien empecé un diario. —La voz de Mary sonó ronca, un poco vibrante—. Cogí la costumbre de anotar cada paso que dábamos y que yo consideraba importante. La primera noche en nuestra casa. El día que descubrí que estaba embarazada. Las veces que mi marido me hacía algún regalo... Con el tiempo, dejé de hablar de nosotros y volqué ahí mis miedos. También mis inseguridades, las veces que la maternidad me sobrepasaba... Cuando Rob se marchó, recurrí a ese diario y me di cuenta de algo: estaba lleno de mis vivencias. De lo que yo había sentido. Pero no le había dejado un lugar a él. ¿Entiendes por dónde voy?

—Sí. —Asentí despacio, sintiéndome incómoda de repente.

—Como verás, he arrancado bastantes hojas —dijo pasando las páginas con sus largos dedos de pianista—. Quedan suficientes para toda una vida de sueños. Lo único que te pido es que no seas tú sola la que los lleves al papel. Ilusionaos juntos por las cosas que os pasen. Llorad agarrados cuando algo no os salga como esperabais. Es uno de los pocos consejos que tengo para darte, Emi. No soy ejemplo de mucho más.

—Mary... —Hacía varios días que me había pedido que la llamara por su nombre de pila—. Has criado a Julien. Solo por eso, para mí eres ejemplo de mucho.

Ella sonrió, pero no dijo nada. Yo tampoco añadí más.

Aunque esa conversación lo tenía todo para haberse convertido en un diálogo profundo entre una madre y la mujer que su hijo ha elegido para pasar su vida, ambas decidimos dejarlo ahí. De alguna manera, las palabras estaban de más aquella tarde.

Cuando Julien volvió con Carrie un rato después, nos fuimos a la casa de las afueras, esa vivienda modesta que estábamos acondicionando para poder habitarla tras la boda.

Recogimos unos cuantos trastos que había por el medio, limpiamos un poco el polvo de la que sería nuestra habitación y guardamos en los cajones un juego de sábanas que habíamos comprado días atrás.

Fue entonces cuando me acordé de la vieja libreta que me había dado Mary. La saqué de mi bolso y la coloqué sobre la cómoda.

—¿Qué es eso? —preguntó Julien.

—Algo que me ha dado tu madre.

—¿Mi madre te ha dado una libreta? ¿Para qué?

—Creo que espera que no cometamos sus mismos errores...

Le conté el significado de esas páginas ausentes y sé que, mientras hablaba, mi voz abrió algún agujero en el corazón de Julien.

Odiaba la historia de sus padres. Quizá porque empezó demasiado perfecta como para sospechar que se malograría durante el camino de la manera en la que lo hizo.

—No puedo soportar que se haya sentido tan sola —me dijo—. Ella no tiene la culpa de nada, Emi. El único desgraciado es mi padre.

—Lo sé. —Le di la mano y juntos nos tumbamos en la cama que en unos días sería nuestra.

—A veces me preocupa que no se sienta suficiente —susurró—. Pero, en realidad, lo es todo.

—Ella lo sabe, Julien.

—Hace un tiempo que llevo dándole vueltas a algo. —Se giró y me miró a los ojos. Después me acarició la mejilla volcando en ese gesto todo su amor—. Te quiero. Te quiero y sé que será para siempre. Tú eres mi futuro, mi amor, mi vida... Quiero que todo aquello que tú y yo construyamos sea lo único que cuente.

—Así será —le prometí.

—Hay algo... —Trago saliva—. Algo que me gustaría hacer para darle nombre a nuestra historia.

—¿El qué?

—Quiero cambiarme de apellido.

Lo miré sin entender.

—¿Cambiar tu apellido?

—No quiero ser Julien Monroe más. Quiero llevar el apellido de soltera de mi madre.

—¿Vancamp?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque creo que ella se merece darme el apellido a mí y a mis hijos. Y a mi mujer. No soportaría ver que lleváis el nombre de mi padre —pronunció con dificultad—. Quiero que mi familia lleve un nombre que signifique algo especial.

—No sabía que tenía que cambiarme el apellido —le dije bromeando, pero me arrepentí al instante porque vi la vulnerabilidad en sus ojos.

Para él todo aquello era importante.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres, Emi. Por supuesto que no. Solo... quería que el

apellido Vancamp nos protegiera. A ti, a mí y a los hijos que ojalá vengan.

—En el futuro. —Sonrei.

—Sí. —Él me devolvió la sonrisa—. En el futuro.

Nos abrazamos durante un buen rato hasta que el helor que llenaba las calles empezó a colarse en esa habitación que aún no era nuestra.

Un rato después, de vuelta en la residencia en la que todavía me quedaba, estuve pensando en el asunto del apellido. No compartía la tradición de las mujeres americanas de cambiárselo tras contraer matrimonio, pero sí me gustaba el enfoque de Julien. Estrenar un nombre juntos, a la vez, que tuviera el significado que nosotros habíamos querido darle: el de la ilusión por lo nuestro, el de la familia que ya amábamos incluso antes de que llegara, el de tener tan claro que lo que sentíamos duraría toda la vida.

Por eso, horas después de nuestra boda, cuando los pocos invitados ya se habían marchado y las nuevas alianzas ya habían echado raíces en nuestros dedos, le propuse grabar en la piel el título que le habíamos dado a aquello que nos unía.

Fuimos a un salón de tatuajes y lo hicimos. Grabamos nuestra inicial. La del apellido que ahora compartíamos. Una pequeña V bajo el codo que simbolizaba el comienzo de lo nuestro y la convicción de que no tendría final.

12 de diciembre

—Se me ha pasado muy rápido esta semana —comenta Carrie.

—¿Ha sido una semana? —Freddie frunce el ceño, sorprendido.

—Cinco días enteros, más los dos de viaje.

Es cierto que no parecen tantos. En realidad, para mí ha sido como un día excesivamente largo en el que ha pasado de todo. Reencuentros, preparativos, contratiempos y batallas perdidas.

En este momento, nos encontramos tomando algo cerca del Christkindlmarket, el mercado navideño más importante de Chicago. Desde aquí vemos las luces que alumbran las decenas de casetas de madera, en las que venden todo tipo de productos, desde objetos típicos de la artesanía alemana hasta los dulces más tradicionales del país.

El Christkindlmarket es un lugar muy especial. Yo guardo recuerdos entre sus calles de dos de los momentos más significantes de mi vida: de esa Navidad en la que supe que quería a Julien y de aquella otra en la que decidí marcharme de su lado.

—No es justo —dice Carrie—. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé.

—¿Pero te animarás a volver?

Me encojo de hombros. No creo que ver a Julien de nuevo me vaya a hacer bien, pero, por otra parte..., no puedo decirle a mi amiga que no volveré para conocer a su hija.

—No lo sé. Supongo que sí. Lo que más temía que pasara ya ha pasado.

—¿Reencontrarte con Julien?

—Más bien enfrentarme a él.

—Os vi bien anoche —comenta Freddie—. No parecíais muy enfrentados.

Parpadeo un par de veces mientras me pregunto exactamente qué pudo haber visto que le haga emplear ese tono tan sugerente. Enseguida me doy cuenta de que no hubo nada especial. Solo dos personas que comparten historia poniendo un punto final que no duela. ¿Verdad?

—Era una despedida. Intenté que habláramos de lo que ocurrió, pero él no estaba muy receptivo.

—Es Julien —sonríe Carrie—. Por supuesto que no estaba receptivo.

Niego con la cabeza. No quiero volver a darle vueltas a lo mismo.

—En fin. Ya está. Se ha terminado. Tengo que hacerme a la idea.

—Eso está bien. Después de ocho años aún no es tarde —dice Freddie con ironía.

—Me refiero a... No sé. Durante un instante, cuando supe que había venido a Tenerife, pensé que... Da igual. No sé qué pensé.

—¿Aún sientes algo por él?

Cierro los ojos. Quiero morirme ante la respuesta que acude a mi mente por la pregunta de Carrie.

—Tengo asumido que mi vida no está con Julien. Pero supongo que nunca dejaré de sentir cosas.

Justo cuando decido cerrar la boca y no hablar más sobre el tema, el móvil de Carrie empieza a

sonar sobre la mesa.

—Hablando del rey de Roma... —canturrea ella antes de contestar—. Jules, cielo, ¿qué tal?

—...

—Estamos en una cafetería al lado del Christkindlmarkt. Ahora íbamos a echar un vistazo por allí.

—...

—Ajá. Sí.

—...

—¿Quieres venir? Estamos tomando un chocolate.

—...

—Bueno, pues tú te pides una cerveza. ¿Qué más da?

—...

—Estamos al final, donde ponen el primer puesto. Te esperamos.

Carrie deja el teléfono en la mesa tras colgar la llamada. Se muerde el labio a la vez que me echa una mirada fugaz.

—¿Viene? —le pregunto.

—Viene. ¿Te molesta?

Me tomo unos instantes para dar respuesta en mi interior a esa pregunta. Sé que, en el fondo, no, no me molesta. ¿Cómo podría molestarme? En estos días, parece que cualquier excusa es buena para ver a Julien.

—No —le contesto a Carrie—. Pero pensaba que no lo vería más.

—Pues ya ves. Aún puedes besar a la rana y que se convierta en príncipe.

—Lo último que quiere Julien es besarme. Créeme.

—Yo no estaría tan seguro —señala Freddie.

Resoplo.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea Julien?

—Está bien —accede Carrie—. ¿Qué tal con Mary?

—Mary es la madre de Julien.

—No seas tonta. ¿Qué tal con ella?

—Bien, supongo. No me odia, que ya es bastante.

Hablamos durante un rato de Mary y de algunas novedades en su vida, como un hombre viudo con el que ha estado quedando o su trabajo como responsable de contabilidad en una tienda de cosmética de lujo.

Pedimos más bizcocho para el centro y yo paso a contarles anécdotas de mi trabajo. Seguimos así un rato, hasta que la presencia de Julien se hace evidente a nuestro lado.

—Hola a todos —saluda.

Se queda mirando la mesa unos instantes, evitando que sus ojos se fijen en mí y fracasando en el empeño casi de inmediato. Yo dibujo una pequeña sonrisa, un gesto tan imperceptible como cargado de melancolía.

Julien le da un beso en la mejilla a Carrie, un apretón en el hombro a Freddie y después se sienta a mi lado.

Enseguida percibo que no hace mucho que ha salido de la ducha. Huele a limpio y a crema hidratante.

—¿Has venido a despedirte de mí? —le pregunto en un momento en el que Carrie y Freddie no nos prestan atención.

Él parece parcialmente sorprendido por mi tono insinuante. Reprime una sonrisa y se limita a

encogerse de hombros.

—Esa es la versión extraoficial.

—Ajá. ¿Y la oficial?

—Vengo a ver a mi mejor amiga después de su gran noche.

—Supongo que eso es más creíble.

No hace ningún comentario. Claro que ¿por qué iba a hacerlo? Ya no tiene sentido.

Julien pide una pinta a un camarero que pasa por nuestro lado. Le tiende un billete en el acto como si fuera el maldito Rockefeller para que no se demoren en traérsela.

Apenas tres minutos después, un vaso de cerveza alemana descansa junto a los tres chocolates calientes que hemos pedido el resto.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana? —me pregunta.

—A las seis de la tarde.

—¿Te llevan ellos? —Señala a Carrie y Freddie con la cabeza, que siguen hablándose en susurros y cogiéndose las manos por debajo de la mesa.

—No quiero molestar. Cogeré un taxi.

Julien me observa durante unos segundos, llevándose con su manera de mirarme cada nota de la melodía navideña que flota en la cafetería.

—Aquí es donde quedaría bien que me ofreciera a llevarte yo mismo. Pero tengo una reunión bastante importante a las cinco.

—Como excusa suena bastante elegante. —Sonrío para mí.

—No es una excusa. Si no quisiera llevarte te lo diría. La verdad es que no me importaría hacerlo, pero como te he dicho...

—Tienes una reunión.

—Exacto.

Una sensación sin nombre me sacude el estómago. ¿Qué es? La perspectiva del adiós, supongo. El saber que nunca más volveré a tener a Julien a esta distancia, ofreciéndose a hacer algo por mí. Mirándome como lo hace en este momento, con normalidad, sin el rencor vistiéndome sus ojos azules.

La contradicción que supone para mí el desarrollo que han sufrido mis emociones desde que aterricé hasta hoy será algo que tendré que asimilar antes de volver a mi vida normal.

—¿Está sonando un móvil? —pregunta Freddie. El sonido de una canción de Snow Patrol me llega amortiguado.

—Sale de aquí. —Julien señala hacia el respaldo de mi silla.

Efectivamente, es mi teléfono sonando. Lo rescato de las profundidades de mi caótico bolso y frunzo el ceño al ver una llamada de mi padre.

Descuelgo enseguida.

—¿Papá?

—*Emi, ¿cómo estás?* —Su voz me suena lejana, y con el jaleo de la cafetería apenas puedo escucharlo con claridad.

—Bien, bien. —Me pongo en pie y empiezo a caminar hacia la calle—. ¿Qué hora es allí?

—*Más de las doce. Pero no me podía dormir.*

Cuando pongo un pie fuera, me arrepiento de no haber cogido el abrigo. Hace un frío horrible. Además, la acústica no es mucho mejor que dentro del establecimiento. Se escucha el bullicio de la gente que camina por el mercado navideño.

—¿Echas de menos a tu niñita? En poco más de cuarenta y ocho horas estoy por ahí.

—*Sí..., ya. Por eso llamaba, para despedirme. No estaré cuando vuelvas.*

—¿Cómo?

—*Me voy de viaje.*

—¿Qué? ¿Adónde?

—*A Praga.*

—¿A Praga? ¿Por qué?

—*¿Recuerdas el sorteo que hace mi empresa cada año por Navidad?*

—Sí.

—*Pues he ganado.*

Frunzo el ceño unos instantes mientras me abrazo a mí misma a causa del frío. A través del cristal observo a Julien, dentro de la cafetería, revolviéndose el pelo.

—Un momento... —pronuncio mientras proceso las palabras de mi padre—. Esa historia me suena. ¿Ya me lo habías contado?

—*No. No he sido yo.*

—Pero entonces... —Tardo unos instantes en entenderlo. Unos instantes en los que una realidad que no creía posible toma forma en mi cerebro—. Oh, Dios mío. Dime que te vas solo...

—*No. Voy con alguien a quien llevo viendo un tiempo.* —Y en la manera en que susurra «alguien», lo sé. Lo noto. Y apenas puedo sostenerme en pie.

—Dios. —Me llevo una mano al pecho. Ya no noto el frío.

—*Emi..., tenemos que hablar.*

—¿Tenemos que hablar?! No puedo creer que me estés soltando esta bomba por teléfono.

—*Queríamos hablar contigo cuando fuera el momento, pero con todo lo del viaje se ha precipitado y...*

—¿Cuándo fuera el momento?!

—*Perdónanos* —suplica.

—Estáis locos. Desde ya os digo que no quiero saber nada de esto.

—*Emanuelle...* —La escucho de pronto. Es ella. Es su voz. Esto está pasando. Y está mal.

—¿Está ahí?! Oh, joder.

—*Emanuelle, chérie..., escúchanos un momen...*

Cuelgo. Sin plantearme si es maduro o no. Si es lo correcto o no. Cuelgo porque no me veo capaz de escuchar a ninguno de los dos ni un segundo más.

Las manos me tiemblan cuando guardo el móvil en el bolsillo de mi pantalón. Por el frío. Por los nervios. Yo qué sé.

En cuanto pongo un pie en la cafetería, Julien se gira hacia mí. Como si me hubiera olido, o sentido. O lo que sea que haga para percibir mi presencia. Me mira. Y tarda un solo parpadeo en detectar que algo no está bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Necesito sentarme.

—¿Estás bien?

Me dejo caer en el lugar que he estado ocupando toda la tarde. Me llevo la cerveza de Julien a la boca sin pedirle permiso. El no protesta, solo me observa.

Aún tiemblo cuando escucho la voz de Carrie susurrándome.

—¿Emi?

—Son mis padres —me escucho decir.

—¿Tus padres? ¿Están bien?

—Están liados.

—¿Cómo?

—¿Liados entre ellos? —Freddie me mira sin entender mientras coge un pedazo nuevo de bizcocho.

—Sí. Entre ellos. Llevan juntos un tiempo, al parecer.

—¿Y eso es grave?

—Sí. —El que contesta es Julien, que no se había pronunciado todavía, pero quien, quizá, sea el único que entiende por qué esta noticia es tan catastrófica para mí.

—Sí —repito yo. Miro hacia mi exmarido y su expresión seria termina de hundirme—. Oh, joder...

Extiendo los brazos en la mesa justo antes de dejar caer mi cabeza entre ellos. Lloriqueo, bajito, preguntándome por qué no puede irse esta sensación de tener como padres a dos adolescentes inmaduros.

—Tranquila. Emi, mírame. —La voz de Julien sopla entre mis quejidos para llevarse la impotencia e implantar en su lugar la serenidad de que te tiendan una mano comprensiva—. ¿Quieres que demos una vuelta? Necesitas airearte.

Pestañeo un par de veces hasta enfocar las facciones de Julien. Los labios, tensos. Las cejas, contraídas. Los ojos, como dos pozos en los que cualquiera querría ahogarse.

Carrie y Freddie nos observan en silencio, siendo plenamente conscientes de que solo Julien puede razonar conmigo en este momento.

Porque sí, muy a mi pesar, así es.

—Vale —respondo.



—¿Estás mejor? —me pregunta mi exmarido.

Caminamos por el Christkindlmarkt en silencio. Carrie y Freddie van detrás de nosotros, deteniéndose en cada puesto con el más mínimo detalle infantil.

Julien y yo, en cambio, andamos sin pararnos a respirar el ambiente festivo que nos rodea. Nuestros pasos avanzan de manera sincronizada. Las telas de nuestros abrigos se rozan como si se buscaran. Nuestras respiraciones se pierden en el hilo musical que recita melodías navideñas.

Poco a poco he conseguido relajarme. No sé si porque el paso de los minutos hace que, por inercia, asimile la noticia, o por Julien.

Siempre Julien.

Ya nunca más Julien.

—Es que no lo entiendo —susurro—. Con el daño que se hicieron, con lo tormentoso que fueron su matrimonio y su divorcio y...

—Lo sé.

—No son buenos el uno para el otro. ¿Cómo se les ha ocurrido...?

—Es normal que estés impactada.

—Mi mayor preocupación por volver a Tenerife era mi cuenta corriente. Y, ahora, mira.

Y si no doy más explicaciones es porque sé que Julien me entiende. Él sabe lo que ha sido para mí crecer con unos padres como los míos. Las ganas de poner distancia que se apoderaron de mí cuando era lo suficientemente mayor para asimilar el peso de sus errores sobre mis hombros. De hecho, nuestra relación es consecuencia de mi necesidad de huir de ellos cuando tomaron la decisión de separarse, a las malas, para siempre. Él conoce mis carencias. Lo importante que era para mí encontrar la estabilidad en un hogar sin fricciones.

Sabe que la razón de que lo abandonara es que no conseguí hallarlo a su lado.

—Lo vas a superar —dice de pronto. Yo me giro para mirarlo—. Todo. Estoy convencido.

Sé que ese «todo» abarca lo de mis padres, mi situación financiera, él y yo, el pasado y el futuro.

—Julien... —Su nombre escapa de mis labios con una melancolía que me pesa en la lengua. Porque sé que esta es su manera de decirme que cree en mí. Que siempre cree en mí; que siempre lo ha hecho.

—Tranquila.

Suelto un suspiro.

—Tenía que pasar precisamente en Navidad. —Vuelvo al tema de mis padres, si es que es posible «volver» a algo que nos ha sobrevolado en cada momento—. Siempre pasamos las fiestas juntos para que yo no tenga que elegir. ¿Cómo va a ser este año? ¿Los tres juntos mientras se meten mano por debajo de la mesa?

—No pienses en eso ahora. Aún tienes algo de tiempo.

—La Navidad ya está aquí. ¿No ves dónde estamos?

—Claro. —Mira a nuestro alrededor. Familias. Luces. Árboles alumbrados. Calor en el ambiente a pesar del frío. Chicago en plenas fiestas—. Llevaba años sin pisar este lugar. Soy perfectamente consciente de dónde estoy.

—¿Años? ¿Cuántos años?

—Ocho.

Trago saliva. Ocho años. El tiempo que ha pasado desde que me marché.

—¿Por qué? Te encantaba venir.

—Me recordaba demasiado a ti. —Se encoge de hombros, consciente de que eso lo explica todo—. Nuestro principio, nuestro final.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Tú? —Lo miro asombrada.

—Una relación no se rompe de manera unilateral. Yo, con mis complejos, mi cabezonería y mi inseguridad te acabé alejando.

Un burbujeo que no esperaba se apodera de mi vientre.

—¿Quieres que lo hablemos? —me atrevo a preguntar.

—En realidad, no.

—De acuerdo.

No insisto, porque Julien me dejó demasiado claro ayer que, para nosotros, remover el pasado ya no merece la pena. Es lo que tiene el paso del tiempo y la materialización de los errores a su alrededor.

Avanzamos por lo que queda de mercado en silencio, sin volver a hablar para no enredar de más todo lo que, quiera Julien o no, queda pendiente.

Los suspiros que suelta a mi lado y la manera en la que, de reojo, aún me mira, me da la pista de que la lucha sigue en su interior.

Quizá no acabe nunca. Como la mía.

Nos reunimos con Carrie y Freddie casi a las ocho. Ella está cansada pero radiante. Él la abraza mientras carga unas cuantas bolsas en su brazo derecho.

—Me voy —anuncia Julien.

—¿No quieres venir a casa a cenar?

—No, gracias. Tengo que repasar unas cosas antes de acostarme.

Sé, al instante, que es mentira. O, al menos, no una verdad completa. Julien no quiere venir. No quiere demorar el momento de la despedida. No quiere crear más recuerdos.

Y yo le concedo la victoria sin luchar. Lo mejor es que todo termine aquí. Lo mejor para él, para mí y para nuestras posibilidades de reanudar nuestras vidas y salir adelante.

—Gracias por la charla —le digo. Es un adiós, pero no se siente como tal.

—De nada. Que tengas un buen viaje de vuelta.

Me permito el lujo de mirar sus pupilas un segundo. Las encuentro apagadas. Tristes.

—Gracias. Disfruta de la pequeña por mí cuando llegue.

Sonríe ante la alusión a la hija de Carrie. Pero ni siquiera su futura ahijada consigue que la sonrisa le llegue a los ojos.

—Cuídate, Emi.

No se acerca. No hay abrazos, ni roces ni un gesto de despedida.

Solo un movimiento de cabeza en dirección a nuestros amigos.

Y sus pasos perdiéndose por una hilera de luces navideñas que siguen brillando incluso cuando él desaparece.

Julien

Camino cabizbajo, alejándome de los sonidos del mercado navideño. De las luces, de los gritos infantiles y de las melodías incesantes que hablan de una noche silenciosa.

De ella.

Aprieto la bufanda alrededor de mi cuello y me doy cuenta de que los golpes de mi corazón dentro de la caja torácica me molestan. Me dificultan la respiración. Y no sé cómo pararlo.

Respiro hondo. Los pulmones se me llenan del hielo que inunda la noche. Ojalá congelaran también los pensamientos y esas emociones que siento que me desbordan.

Emi. Emi. Emi.

Jodida Emi.

Eterna Emi.

Desciendo por las escaleras del metro, pero, justo antes de pasar el *ticket* en dirección a la línea que lleva a mi casa, saco el móvil. Aún tengo cobertura. Busco el número de mi amigo y me llevo el teléfono a la oreja.

—Dime, tío —contesta Charlie.

—¿Estás en casa? Dime que sí, porque voy para allá.

—¿Te estás insinuando, Vancamp?

—Hablo en serio. Necesito una copa.

No sé qué detecta en mi voz, pero Charlie no discute.

—Vale. En el irlandés de mi calle en veinte minutos.



—Llámame intuitivo, pero creo que esta quedada de emergencia tiene que ver con tu preciosa mujercita —comenta Charlie con su tono de sabelotodo.

—Emi no es mi mujer.

—Eso díselo a tu entropierna. Me apuesto lo que quieras a que ese vestido que llevaba anoche te la puso dura en más de una ocasión.

—¿Te fijaste en su vestido?

—Soy un hombre. Había que ser ciego para no reparar en sus... —Charlie hace una forma con las manos simulando que ahueca unos pechos.

—Cuidado —le advierto.

Él se echa a reír.

—Relájate, tío. Estoy bromeando. Sabes que el código de hermanos me impide mirar con ojos lujuriosos a la señora Vancamp.

Algo se me tensa dentro al escuchar cómo llama a Emi por el apellido que un día perteneció a los dos.

—Ella ya no es...

—Ya, ya. Ya no es Vancamp. Eso decís los dos, pero ¿has visto que aún lleva el tatuaje?

—Sí.

—¿Y no le encuentras ningún significado?

Me encojo de hombros. No quiero encontrárselo, que es diferente.

Pido otra ronda de cervezas, sin preguntarle a Charlie si quiere más. Yo necesito beber. Para adormecer, relativizar, olvidar.

En el hilo musical suena *Here Without You*, de 3 doors down. No puedo evitar que la letra me recuerde a Emi. ¿Existirá alguna manera de expulsarla de mi cerebro? Si existe, yo no la he encontrado. Y no será porque no he tenido casi una década a mi favor.

—¿Vienes de estar con ella? —me pregunta mi amigo en el momento en que el camarero deja sobre la mesa mi consumición.

—Sí. Se va mañana.

—¿Os habéis despedido?

—Algo así.

La palabra «despedir», por definición, implica la acción de desprenderse de algo. Y yo ya tengo asimilado que no puedo desprenderme de mi exmujer. Quizá sí en el sentido literal, pero ahora sé que en lo subjetivo ella siempre me acompaña. A pesar del dolor, de las decepciones y del tiempo que ha pasado. A pesar del rencor. A pesar de que durante años me he convencido de que ella no merece la pena y que la vida sigue después de un amor como el que nació en su día entre nosotros.

Ahora sí soy capaz de admitir que verla me ha desmontado, de arriba abajo, de izquierda a derecha, de fuera para dentro. Todo por lo que he luchado reducido a escarcha solo por unos cuantos pestañeos de esos ojos en los que un día creí que moriría.

—Estuve hablando con ella, ¿sabes?

Despego la vista de mis dedos que, agarrados al vaso, resbalan por el húmedo cristal. Miro a Charlie.

—¿Hablasteis? —Él asiente—. ¿De qué?

—De ella. De ti. De la vida.

—¿De mí?

—Estaba bastante sorprendida por cómo había quedado el vídeo —explica.

—¿Eso es todo?

—No, Julien. —Charlie dibuja su típica sonrisa socarrona—. También hablamos de que nunca ha rehecho su vida en el plano sentimental.

—¿Ah, no? —Finjo no interesarme demasiado por ese dato. Una pose, supongo.

—Pues no, pero tampoco te emociones. Está en búsqueda. Sueña con encontrar a alguien.

—Ya. —Pego un trago a mi cerveza—. Imagino que es normal.

—¿Ah, sí? ¿Normal? ¿Y tú por qué no lo has hecho?

—Porque a mí no me interesa. No me compensa a ningún nivel.

Charlie no añade ninguna observación a mi comentario. En parte se lo agradezco, porque no quiero tener que explicarle por qué no entra en mis planes volver a comprometerme con nadie. Es algo demasiado complejo de explicar. No quiero poner en manos de otra persona la responsabilidad que conlleva cuidar de un corazón ajeno. En este caso, el mío. Pero es que, además, sé que, aunque quisiera, no encontraría a nadie que estuviera a la altura.

Yo ya encontré a mi persona. La tuve. La perdí. Y ahí terminó esa parte de mi vida.

—Entonces, ¿qué? ¿Ya no os veréis más? —se interesa Charlie.

—No. No sé si ella en el futuro vendrá a conocer a la niña, pero...

—¿Querías que lo hiciera? —Lo miro sin entender—. ¿Querías que volviera?

Me tomo unos segundos para contestarle.

No quiero volver a verla y que me remueva más todo eso que llevo dentro y que no tiene asignado un lugar desde que ella se marchó. Pero, por otra parte, toda una vida sin volver a ver a Emi...

—Lo mejor es que no regrese —le digo.

—Ya. Si no te conociera mejor, diría que no sabes si podrías controlarte si volvieras a tenerla cerca.

—No me conoces tanto como crees.

—Exacto. —Sonríe.

Resoplo por dentro. Me jode lo que insinúa. Me jode porque Charlie tiene razón. Dudo mucho de mi capacidad de contención si Emi volviera a mi vida. No sé si podría mantenerme lejos. Ya me ha costado controlarme estos días.

Con sus comentarios de que estar cerca de mí la supera.

Con su manera de decirme que, de haberme visto en Tenerife, habría vuelto conmigo a casa.

Con lo frágil que me ha parecido horas antes, cuando ha descubierto la aventura que mantienen sus padres.

Con su situación financiera, por culpa de la cual he estado a punto en un par de ocasiones de extender un cheque a su nombre.

Con su voz. Su risa. Su rostro de niña bien que, en realidad, esconde un espíritu mucho más salvaje.

Con el recuerdo de la Emi de antes asomándose en sus iris castaños y descolocando mi predecible existencia en el camino.

Maldito sea el hilo que me conecta a ella, que no se rompe.

—Bueno, tío, relájate. —Charlie sabe leer en mi mirada que este tema me inquieta. Que yo estoy inquieto. Y un poco perdido—. Si vuelve, es un problema del Julien del futuro. La realidad es que ella ahora regresa a su casa. A su vida. Y tú no tienes ningún papel en ella.

Yo asiento. Es cierto. Es así. Y no hay más.

O, al menos, no debería.

Sin embargo, el destino a veces tiene planes que no contemplas. Y la manera de reaccionar de la gente convierte en polvo las expectativas que te habías trazado.

Eso es lo que descubro yo al día siguiente. Solo me hacen falta un par de cafés, un par de *emails* subidos de tono y ver una llamada perdida de Freddie justo antes de mi reunión de las cinco para saber que algo no va bien.

Se la devuelvo enseguida, a las puertas de la oficina del cliente. La voz rota de mi amigo me pone los pelos de punta cuando descuelga el teléfono.

—Julien, estamos en el hospital. Sé que estás liado, pero deberías venir cuanto antes. —Por si su tono no me hubiera puesto lo suficientemente alerta, escuchar que me llama por mi nombre en lugar de «chaval» hace que la sangre abandone mi rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿Otra vez el rollo ese de Braxton-Hicks?

—No. Esta vez parece que es de verdad.

—¿Me estás hablando en serio? —Mi corazón se detiene durante unos segundos—. Joder, estoy en la otra punta de la ciudad.

—Sé que tienes la reunión esa, ve a por ella y luego déjalo todo y ven. No te lo pediría si no fuera importante.

—¿Reunión? No, no, voy ya a por el co...

—Ve a la reunión. No nos dirán nada hasta dentro de una hora. Tienes tiempo. Te esperamos

aquí.

Y cuelga.

Subo a la maldita reunión. Seguir el hilo de lo que se habla en esta sala se convierte en la tarea que más esfuerzo me ha supuesto en la vida.

Salgo por la puerta hora y cuarto después, sin detenerme a intercambiar algo de charla distendida con esos clientes a los que se supone que debo cuidar. Llego al coche en tiempo récord y al hospital, un buen rato después.

Miro mi móvil mientras subo en el ascensor. No tengo ni un solo mensaje de Freddie. Lo llamo y no me contesta. Empiezo a ponerme nervioso. ¿Adónde cojones debo dirigirme?

Acabo preguntando en el control de enfermería, donde me indican que los familiares de Carrie Anderson están en la parte norte de la planta baja, en la sala de espera.

Corro hacia allí, prácticamente. El pulso se me acelera en la garganta. El presentimiento que llevo teniendo desde que he visto la llamada perdida de Freddie se intensifica.

Casi estoy mareado cuando llego a la sala de espera que me ha indicado la enfermera.

Entonces, la veo. A ella. Y el mundo deja de dar vueltas para detenerse conmigo en el centro, mirándola.

—¿Emi? —pregunto.

Emi se da la vuelta despacio hasta que sus ojos me enfocan. Está pálida. Con los ojos llorosos. El estómago me da una sacudida.

—Julien...

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Freddie? —le pregunto mientras ella se pone en pie.

—Acaba de entrar con el médico.

—¿Está bien Carrie? ¿Y la niña?

Los ojos se le llenan de lágrimas. El corazón me galopa en el pecho. Duele, pero no tanto como la incertidumbre de no saber qué está ocurriendo.

Emi no me contesta.

—¿Es grave? —pregunto de nuevo.

—Eso parece —contesta ella, mordiéndose el labio inferior, que le tiembla.

—Oh, joder. Joder.

Me llevo las manos a la frente y después las deslizo por el pelo, desquiciado. Yo también tiemblo. De terror, de pánico. Si le pasa algo a Carrie o a la niña... no puedo ni pensarlo.

No puedo.

No puedo.

Acabo cayendo al suelo prácticamente de rodillas. Lo veo todo nublado. La bilis se arremolina en mi garganta y casi no puedo respirar.

No puedo.

Entonces, de la nada, dos brazos se funden con mi cuerpo. Alguien guía mi cabeza hacia su pecho. Caigo en la cuenta, casi al instante, de que es mi exmujer quien se está haciendo cargo de mí.

Me mece contra su cuerpo. Besa mi cabeza mientras susurra que respire hondo. Que todo se va a solucionar. Que debemos ser fuertes. Por Freddie. Por Carrie. Por su hija.

Es en ese instante cuando me giro para mirarla. Las lágrimas le mojan las mejillas, pero se mantiene serena.

Ahora yo soy su prioridad.

Veo en sus ojos que quiere demostrármelo. Así lo siento. Y, contra todo pronóstico, creo que estoy en casa.

Y puedo respirar.

13 de diciembre

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Julien deshojándose en mis brazos. Yo respirándolo a él, sintiéndome fuerte porque las circunstancias me han convertido en su refugio.

Solo sé que no quiero que la presencia de esa distancia hiriente se reanude entre los dos.

Por alguna razón, en este momento me siento... suya.

El suelo del hospital está frío, pero a ninguno de los dos parece importarnos. La gente pasa. Enfermeros, médicos, celadores. Familias acompañando. Pacientes.

Pero, para lo importante, estamos solos. Él y yo. Y la ausencia de noticias de Carrie pesándonos como una losa.

Es así como, media hora más tarde, Freddie nos encuentra. Los dos tirados frente a los sillones de la sala de espera. Julien casi sobre mí. Y nuestros dedos entrelazados.

—¿Julien? ¿Emi? —nos pregunta.

Tardamos poco en ponernos en pie. Lo que dura el parpadeo que compartimos entre nosotros y nuestro intento de no parecer tan destrozados como nos sentimos.

Mi exmarido es el primero en hablar.

—Freddie, joder, ¿qué está pasando? ¿Están bien?

—Ellas... —A Freddie le falla la voz en esas dos sílabas. Se revuelve el pelo negro mientras resopla. La situación lo supera.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunto yo.

—Es preeclampsia. La vida de Carrie corre peligro. Van a sacarle a la niña.

Me quedo de piedra. Julien, a mi lado, hasta pierde el color de la cara.

—¿Sacarle a la niña? Pero es muy pequeña...

—Lo sé. Treinta y una semanas. Pero en el caso de que no lo hagan ya ninguna de las dos tendrá muchas opciones.

—Freddie... —Le pongo la mano en el hombro. Él no tiene fuerzas ni para mirarme a la cara.

—Tengo que volver con Carrie. No quiero a mucha gente por aquí, ¿vale?

—He llamado a tu madre, como me has dicho —le digo—. Y a Mary.

—Pídeles que no vengan, por favor. No hasta que no sepamos algo más seguro.

—Claro. —Asiento.

—Yo voy a quedarme —interviene Julien.

Freddie dibuja una mueca que en otra vida podría haber sido una sonrisa.

—Lo daba por hecho. Emi, te quedas con él, ¿verdad?

Miro a Julien un segundo. No podría apartarme de su lado en este momento. Tampoco quiero.

—Claro. Tú ve con tu mujer. Nosotros nos encargamos de lo demás.

Julien y yo vemos desaparecer a Freddie por una puerta amarilla de doble hoja. Camina abatido, con la cabeza agachada y los pasos inestables.

Nosotros nos limitamos a soltar un suspiro y a mirarnos a los ojos segundos después.

—¿Quieres que nos sentemos? —le pregunto. Julien asiente y ambos nos dirigimos a los sillones de la sala de espera.

Pasamos los primeros cinco minutos en silencio, hasta que él lo deshace con una afirmación que, en realidad, esconde una pregunta.

—No has subido al avión.

—No. Carrie ha empezado a encontrarse mal un rato antes de que yo tuviera que salir. Hemos venido las dos en taxi al hospital. Freddie ha llegado directamente desde el trabajo.

—Podrías haberme llamado. Os habría traído yo.

—No hubo demasiado tiempo para reaccionar. —Me encojo de hombros.

Julien asiente. No parece mosqueado. Solo embotado. Preocupado. Y un poco confuso cuando vuelve a mirarme.

—¿Y vas a...? ¿Vas a quedarte o...?

—Me quedo unos días más. He llamado a mi jefe, le he contado la situación y me he cogido lo que me quedaban de vacaciones.

—¿Y eso es...?

—Otra semana.

—De acuerdo. —Traga saliva.

El silencio vuelve a llenar cada recoveco de la sala de espera. Julien y yo no hablamos durante la siguiente hora y media. Nos limitamos a suspirar, intercambiar miradas de vez en cuando y a observar a aquellos que nos acompañan.

Es muy duro ver a otras personas atravesar un infierno similar al que nosotros estamos pasando.

Incluso yo, que estoy acostumbrada a trabajar con el dolor ajeno, siento una bola de plomo en el estómago cuando veo a padres, maridos, abuelos, tíos, hermanos, amigos, lidiar con el sufrimiento de tener a un ser querido en una situación de riesgo.

El tiempo pasa demasiado despacio para todos.

Para la hora de la cena, seguimos sin noticias de Freddie. Ambos empezamos a notarnos inquietos.

—Me estoy volviendo loco —dice Julien de pronto.

—La ausencia de noticias no es mala señal —le digo—. Si hubiera pasado algo malo yo creo que ya lo sabríamos.

—He estado buscando en internet cosas de la preeclampsia.

—¿Y?

—No pinta nada bien. —Sus ojos irritados parpadean.

—En internet siempre suena todo muy catastrofista. No deberías mirar nada más.

—Puf, ya lo sé. —Se frota la cara—. Pero es que tanto tiempo libre me está friendo las neuronas.

—¿Quieres ir a la cafetería?

—No quiero moverme de aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

Julien suspira.

—Mucho. Hoy, con todo lo de la reunión, no he parado.

—Vale, pues no se hable más. Le mandamos un mensaje a Freddie para que, si nos busca, sepa dónde estamos. Pero vamos a comer.

Me pongo en pie y le tiendo la mano. Él la mira, con los ojos entrecerrados, como dudando si tocarme de nuevo es buena idea.

Finalmente extiende el brazo y entrelaza nuestros dedos.

Empezamos a caminar.

Y no me suelta.



—Esto sabe a plástico —comenta Julien mientras inspecciona su bocadillo.

—Y esto, a pies. Si no estuviera tan acostumbrada a este tipo de comida, vomitaría.

Julien observa mi plato combinado con un pedazo de pechuga y patatas fritas congeladas.

—¿Y por qué estás acostumbrada?

—Porque, por mi trabajo, me veo obligada a comer en muchos sitios de dudosa calidad. Si tengo alguna visita a familias en barrios periféricos, suelo parar en gasolineras antes o después de reunirme con ellos.

—¿De eso trata tu trabajo? ¿De reunirte con familias? —pregunta mientras elimina un hilillo de grasa de su loncha de jamón york. Quiere sonar despreocupado, pero el interés por saber cosas de mi vida se filtra en su voz.

—Es una parte —contesto—. Una parte pequeña. Valorar a las familias en sus casas. Ver las condiciones en las que viven los menores para completar el informe y valorar su futuro.

—¿Has separado a muchos padres de sus hijos?

—A unos cuantos.

—¿Y es duro?

—En algunas ocasiones, sí. Separar a padres que quieren a sus hijos, pero que no tienen recursos para mantenerlos, es una situación desagradable. En cambio, aquellas otras familias en las que hay malos tratos, drogas o alcohol de por medio... En fin, es más fácil asimilar que estás haciendo lo correcto.

—Te pega trabajar en algo así —comenta mirándome a los ojos.

—Yo también lo creo. —Carraspeo un poco—. Es duro, pero me hace sentir realizada. Me gusta ayudar.

—Recuerdo cuánto te gustaba tu trabajo de aquí. Hacer de intérprete para que gente sin papeles consiguiera tener sus documentos en regla.

—Sí. Me encantaba. —Sonrío con nostalgia—. Era un trabajo muy gratificante.

—Ayudar a los demás siempre fue lo tuyo —dice, y no sé si es por la admiración que detecto en su voz, pero me atrevo a sacar uno de los muchos temas de los que no nos hemos atrevido a hablar.

—Parece que tú también has descubierto qué es lo tuyo...

Julien me mira, despacio, mientras da un trago a su Coca-Cola.

—¿Quieres que caminemos sobre ese... terreno?

—¿Se te ocurre algo mejor que hacer en las próximas horas?

—No sé. Supongo que no.

A pesar de sus palabras, no responde a mi comentario de antes. Se limita a mover el hielo de su vaso y a echar un vistazo a la cafetería del hospital. Está prácticamente vacía y su aspecto, medio grisáceo, no ayuda a levantar el ánimo a ninguno de los presentes. Ni siquiera a nosotros, que parece que estamos preparándonos para enfrentarnos a la pieza angular sobre la que construimos nuestras diferencias en el pasado.

—¿Y bien? —insisto. Necesito conectar con esa parte de su presente.

—Pues... sí.

—¿Sí?

—Sí, he encontrado «lo mío». —Hace las comillas con los dedos.

—¿La organización de eventos?

Niega con la cabeza.

—La parte de asistencia técnica de eventos es una de las líneas de negocio. Ha crecido bastante en estos tres años, pero todo empezó con el tema de los videojuegos.

—¿Desarrollas videojuegos?

—Más o menos. Llevo la parte audiovisual de algunas marcas pequeñas. Lo que es la animación, edición y sonido.

—Suenan interesantes.

—Lo es. Interesante y creativo. ¿Quién iba a decirme a mí que tenía madera de artista?

Sonríe ante su tono un poco inseguro, casi infantil. Conozco, mejor que mucha gente, las vueltas que Julien dio en su juventud para encontrar algo que lo hiciera sentir realizado.

Recuerdo los diversos trabajos que tuvo mientras estábamos casados. Camarero. Responsable de mantenimiento. Administrativo en unos grandes almacenes. Comercial de seguros.

Nada le gustaba. Nada le llamaba lo suficiente como para convertirlo en su carrera. Dejaba los empleos a los pocos meses de firmar su alta en la empresa.

Siempre estaba perdido.

Incluso antes de eso. Desde los diez años iba dos cursos por delante de la gente de su edad debido a su alta capacidad intelectual. Entró a la universidad a los dieciséis, para dejarla unos años después sin obtener ningún título.

También recuerdo las discusiones en las que desembocaba todo ello. Yo, que huía de unos padres veleta, buscaba la estabilidad en mi nuevo hogar.

Y el tiempo pasaba. Y no llegaba.

—Me alegro de que hayas encontrado tu camino —le digo.

—Bueno, yo no diría tanto, pero sí, estoy centrado a nivel profesional y eso es más de lo que he tenido nunca.

—Pues brindo por ello.

—¿Quieres brindar con una Coca-Cola y un Aquarius? —Alza una ceja, con cierto aire socarrón.

—Brindaría con vino, pero creo que necesitamos estar serenos, dadas las circunstancias.

El semblante de Julien cambia en el acto.

—Cierto. —Guarda silencio, perdiendo la mirada mientras mastica el último pedazo de su bocadillo.

Parece que de pronto ha recordado dónde estamos y por qué. Y eso lo rompe un poco por dentro.

En mi interior noto el impulso de levantarme y sentarme en su regazo. Quiero consolarlo. Lo veo tan frágil que, a la preocupación que ya siento, se le une al instante los ecos del dolor que él proyecta.

Quiero estar ahí para él.

Quiero.

Lo deseo tanto que, actuando en contra de la lógica y el sentido común, me pongo en pie hasta situarme a su lado.

Me agacho.

Y pongo las manos en sus rodillas.

Él cierra los ojos. Lo escucho suspirar. El aire que escapa de entre sus dientes se convierte en una corriente eléctrica que aterriza en mi piel. Y quema. Quema casi tanto como sus pupilas, vulnerables, que me taladran desde arriba.

No me aparta.

—Van a estar bien —le digo.

—No lo sabes. No lo sabemos.

—Es Carrie. Seguramente sea la persona más fuerte que conocemos los dos. Y es demasiado cabezona como para no querer ver a su niña la primera.

Ese comentario consigue sacarle media sonrisa, pero se le borra segundos después cuando por su mente desfilan algunos de los momentos más duros de la vida de su amiga.

—No se merece que esto le salga mal.

—No le va a salir mal. —Rezo por dentro para que mis palabras sean el reflejo de la realidad que está esperando.

Permanecemos durante los siguientes minutos de esta manera. Él con la mirada perdida, yo con las manos en sus rodillas. Él con la respiración agitada, yo con la mía tan pausada que apenas se percibe. Con una tranquilidad que no siento; dentro de mí me arden las vísceras.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo tuve a esta distancia? Ocho años, eso ya lo sé. Me refiero al tiempo real que ha transcurrido desde la última vez que lo sentí cerca. Y esa fecha no coincide con la de nuestro divorcio. Ni siquiera con la época en la que me marché de casa. Es antes. Cuando, aún casados, nos distanciamos y nos perdimos.

Cuando, aun estando cerca, nos dejamos marchar el uno al otro.

Transcurren otra hilera de segundos hasta que por fin nuestros ojos se encuentran.

Julien traga saliva. Yo respiro hondo.

—¿No estás incómoda? —me pregunta.

—No. ¿Y tú?

—Tengo que reconocer que un poco.

—Tampoco te estoy apretando tanto —bromeo. Él no hace siquiera el amago de sonreír.

—Me estás tocando. Eso es suficiente para desestabilizarme.

—Lo siento. —Aparto las manos, sintiéndome incómoda de verdad. Lentamente me pongo de pie. Julien entrecierra los ojos; su mirada en la mía refleja una sensación a la que no sé dar nombre.

—Ni siquiera sé si lo correcto es que te alejes —confiesa.

—Eso sí que sería una novedad.

—¿El qué?

—Que me quisieras cerca.

Julien niega con la cabeza y se pone en pie. Me hace un gesto para que avancemos de nuevo en dirección a la sala de espera.

—Definitivamente, ese sí es un terreno por el que no quiero caminar —dice con una sonrisa torcida.

—¿Por qué?

—Porque aún te quedan demasiados días aquí.

—¿Y? No es que vaya a quedarme para siempre.

—Por eso mismo. —Y por su tono de voz, crudo y rasgado, sé que la conversación ha acabado. La mirada que me dedican sus ojos no hace sino confirmármelo.



De vuelta en la sala de espera, los minutos parecen alargarse.

Julien está de pie, a unos metros de mí, hablando por teléfono. Por el tono que utiliza y el contenido de la conversación parece que se trata de una llamada de trabajo, a pesar de que son más de las diez de la noche.

No quiero escuchar de lo que hablan, pero su voz me llega de manera irremediable. Parece que Julien está organizando la agenda de los próximos días. Me pregunto si estará hablando con la chica del pelo azul o con algún otro miembro de su equipo.

Me recreo un poco observándolo. Parece cansado, pero no por ello deja de mostrarse profesional. Y, a mis ojos, atractivo.

Mucho.

Aún lleva el traje que debe de haberse puesto para la reunión, solo que a estas alturas del día está hecho un desastre: la camisa por fuera, el pantalón estrujado y la americana arrugada en una silla, junto con una corbata color burdeos que habla demasiado del Julien que es ahora.

Me es imposible no catalogar todas las diferencias que se han producido en él en estos ocho años. Lo que salta a la vista en su físico es evidente. El pelo rubio más corto. Las facciones más marcadas. Los ojos más duros. Pero lo que realmente me desconcierta es el cambio de actitud. La desgana no viste su voz cuando habla de trabajo. En su lugar ha aparecido una determinación sólida, que no es más que la pasión disfrazada de profesionalidad.

En cuanto al ámbito personal, Julien también ha cambiado. Quizá no en su esencia, que sigue siendo la del chico complejo con el que me casé sin apenas conocerlo. Pero sí en la forma en la que ahora se dirige a aquellos que lo han herido. A mí, en este caso. Es mucho más difícil acceder a él. Sin embargo, me permito esperanzarme con esos detalles que se le escapan y que empiezo a coleccionar: sonrisas que se le dibujan de manera inconsciente, la manera en la que aún me mira cuando baja la guardia o cómo tiembla si lo toco.

Es complicado. Con Julien siempre lo ha sido. Quizá por eso engancha tanto.

—¿Has terminado de hablar? —le pregunto cuando, minutos después, se sienta a mi lado.

—Sí. Creo que todo está bajo control para los siguientes días.

—¿Mucho jaleo?

—Sí. No en cosas que se me necesite directamente, pero es lo que tiene ser el jefe. Siempre hay alguien que tiene cosas que consultarte.

Asiento mientras me acomodo mejor en la silla. Julien jefe. Qué realidad más loca la que me he perdido. Siento la melancolía azotarme una vez más.

—Oye, tienes mala cara —me dice de pronto—. ¿Te ha sentado mal la comida?

—No. Solo estoy un poco cansada. —Contengo un bostezo con la mano en la boca.

—Ya. —Frunce el ceño—. ¿Por qué no te vas a casa? Aquí no vas a descansar bien.

—No, no. Quiero quedarme.

—Emi, estás reventada. No ganas nada quedándote toda la noche en la sala de espera de un hospital.

—Me quedo contigo.

—¿Conmigo? —Me observa unos segundos en silencio—. No hace falta.

—¿Acaso vas a volver a tu casa?

—Sabes que no.

—Pues donde tú estés yo estaré. Estamos en esto juntos.

Creo que es mi tono contundente al decirlo el que consigue que Julien no me replique. Porque no lo hace. En su lugar, se levanta, apaga la luz e instantes después se deja caer a mi lado. A continuación empieza a hacer un gurrullo con su abrigo y americana.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Estoy improvisando una almohada. En algún momento tendremos que pensar en dormir, ¿no?

—De acuerdo. —Lo imito, cogiendo mi abrigo y posicionándolo en la silla de al lado para descansar mi cabeza sobre él.

Ambos acabamos adoptando una postura imposible con el objetivo de conseguir echar una cabezadita. Por suerte, nos hemos quedado solos en la sala de espera y nadie es testigo de cómo nuestros pies se pelean en busca de un sitio mejor, para acabar enlazados en los asientos que quedan libres entre los dos.

Tanto Julien como yo decidimos dar por finalizada la conversación del día. Respiramos hondo y cerramos los ojos con la intención de dormir.

No pasan ni diez minutos cuando la voz inconfundible de Freddie se filtra en la penumbra de la sala.

—¿Estáis despiertos? —nos pregunta.

El primero en sobresaltarse e incorporarse es Julien. Yo lo hago un segundo después. Tardamos lo que le lleva a Freddie encender la luz de la sala y situarse ante nosotros en ponernos en pie.

—Hola, tío. ¿Cómo está Carrie? ¿Hay novedades?

—Hola, chicos. —Freddie se rasca la barba, signo inequívoco de cansancio extremo—. Sí. La niña no termina de decidirse a llegar por la manera tradicional. Seguramente haya que hacer una cesárea. La harán mañana a primera hora.

—¿Es seguro esperar tanto? —me intereso yo.

—Según los médicos, sí. Carrie está controlada con la medicación. Van a esperar algunas horas a ver si dilata lo suficiente, pero si no van a correr el riesgo de seguir esperando.

—¿Está despierta? —Ese es Julien, queriendo obtener la máxima información sobre su mejor amiga.

—Más o menos. Entre la medicación y los nervios está medio adormilada, pero está consciente.

—De acuerdo. —Se muerde los labios—. Pasas la noche con ella, ¿verdad?

—Sí. Y vosotros podéis iros a casa. Hasta las siete no vuelve el médico.

—No, da igual —contesto yo—. Nos quedamos por si nos necesitas.

Freddie sonríe, agradecido, pero ni siquiera ese gesto tiene fuerza suficiente.

Nos da un abrazo a cada uno durante unos segundos y a continuación anuncia que vuelve a la habitación donde tienen a su mujer.

Julien y yo nos quedamos mirando hacia la puerta antes de volvernos el uno al otro. Volvemos a apagar la luz de la sala, de manera que solo entra la claridad que proviene del pasillo.

—No sé si esta conversación me ha tranquilizado o inquietado más —dice él—. ¿Y si, por esperar, el estado de Carrie empeora?

—Son médicos, Jules. Tranquilo. Saben lo que hacen.

Julien traga saliva. Desconozco si por mis palabras o porque me he dirigido a él como Jules, que era la manera cariñosa en la que lo llamaba cuando aún era mi marido. No lo había hecho en todos estos días que he estado aquí. Primero porque no me ha salido y segundo porque, hasta ahora, no me había sentido lo suficiente cerca de él como para aproximarme de esta manera.

Me quedo preocupada por él, pero ninguno de los dos añadimos nada.

Volvemos a tomar asiento y a adoptar nuestras posturas de antes. Pero es cierto: la conversación con Freddie nos ha inquietado. Sobre todo a él, que no para de moverse.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Son las putas peores sillas en las que me he tumbado en mi vida.

—A ver, ¿cómo estás puesto? —Me incorporo un poco y veo que está totalmente encogido—. ¿Por qué no pruebas a estirarte un poco más?

—Lo que voy a hacer es sentarme. Si no mañana me van a matar los riñones.

Hace lo que me dice. Se sienta y acomoda su abrigo para que le sostenga el cuello.

—Así mejor —susurra.

Yo no le hablo del dolor de cervicales que le dará la bienvenida en cuanto abra el ojo. Me limito a cerrar los míos y a respirar hondo.

Lo consigo durante dos minutos enteros, hasta que me pierdo en el sonido pausado de su respiración.

Dormir con Julien...

Dormir en unas sillas, sí. Dormir en un sitio de paso público, sí. Pero escucharle suspirar, descansar, soñar..., también.

Sentirlo cerca mientras se relaja y deja la mente en blanco.

Rezar por dentro por tener un lugar en sus pensamientos.

¿Podrá dormir sintiéndome cerca? Porque yo acabo de darme cuenta de que, probablemente, no lo consiga.

Son demasiadas las sensaciones asociadas a esa intimidad que en su día encontré en sus brazos y que llegan a mí a través de su respiración mientras concilia el sueño.

Siento que me rompo por los recuerdos.

Quizá llevo días conteniéndolo. Pero en este momento siento que algo dentro de mí se desborda.

El pecho me duele.

La garganta me arde. Y no sé parar las palabras.

—¿Jules? —pregunto en la penumbra.

Enseguida lo escucho suspirar.

—Dime, Emi.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Estás llorando? —La tensión domina su voz.

Yo me apresuro a tragar saliva. No lloro, pero es cierto que estoy emocionada. Nunca la respiración profunda de nadie me había desatado lágrimas por dentro.

—No. No estoy llorando.

—Ah, vale. —Se hace el silencio.

—¿Puedo hacerte la pregunta o no?

—¿Por qué de pronto necesitas mi permiso?

—Porque la respuesta es complicada.

Vuelve a suspirar. Escucho cómo se mueve en la silla.

—Adelante —dice.

—¿En qué momento sentiste que dejaste de quererme?

De nuevo silencio. Esta vez mucho más hondo y significativo. Escucho el sonido de la máquina de *vending* del pasillo y del fluorescente que alumbra sus techos. Y a él. También lo escucho a él meditar mis palabras.

—No entiendo la pregunta —confiesa.

—Pregunto si hay un momento exacto en el que pensases en nosotros y dijese para ti: «Ya lo he superado. Ya no la quiero».

—No hay un momento con tanta fuerza como para suponer un punto de inflexión en un sentimiento como el amor. A veces se va y punto. Miras dentro y ya no está.

—Vale. —Me muerdo el labio. No sé qué quiero sacar con esta conversación. Pero no me gusta lo que estoy sintiendo por dentro.

—No te ha servido mi respuesta, ¿verdad?

—Sí, sí. Es una buena respuesta.

Siento la sal mojarme las pestañas. La adrenalina, supongo. O no. No lo entiendo. Es como si de pronto estuviera superada. Por todo lo que ha pasado en los últimos días, por la situación de Carrie y por el maldito Julien y su respiración profunda; por su actitud, por sus palabras, por sus silencios...

Intento coger aire despacio, para no ahogarme de sensaciones, y vuelvo a cerrar los ojos para intentar dormirme.

No lo consigo.

—¿Emi? —La voz de Julien vuelve a alcanzarme pasados unos segundos.

—¿S-sí?

—Estás llorando.

—No estoy llorando.

—¿Qué te pasa?

—N-nada.

—Joder.

Entonces Julien, mi exmarido, el hombre que me ha tratado con una cruel indiferencia en los últimos días, hace algo que no espero.

Se pone en pie.

Camina.

Y se agacha a mi lado.

Y eso termina de romperme.

—¿Qué te pasa? —me pregunta de nuevo.

—No puedo... —baluceo. Desconozco por qué estoy así.

—¿Es por Carrie y la niña? —No contesto, pero él en el fondo sabe que no—. ¿Es por nosotros?

—No existe un nosotros. Por mi culpa. —Trato de serenarme.

—Hay cosas sin principio ni final. Que ni se crean ni se destruyen, que solo se transforman —susurra.

—Supongo, pero, no sé... Tú y yo...

—Estás nerviosa —me dice—. Te han pasado muchas cosas en las últimas veinticuatro horas. Tus padres, lo de Carrie... Crees que te preocupas por nuestro pasado, pero es solo la melancolía jugándote una mala pasada.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿La melancolía puede hacer que me cueste respirar?

—¿Es eso lo que sientes?

—Sí. Y creo que es por ti.

Julien cierra los ojos. No lo veo con claridad, pero se intuye gracias a los reflejos de luz que se filtran desde el pasillo. Incluso puedo percibir las dos líneas que surcan su entrecejo. Y el movimiento de su nuez al subir y bajar.

—Emi... —Sus dedos buscan los míos. Los entrelaza. Y aprieta—. No te confundas. Y no me confundas a mí.

—No es lo que quiero —le digo. Porque es cierto, no quiero confundirlo. No quiero confundirnos. Pero tampoco puedo evitar mostrarle cómo me siento, como si algo dentro de mí se desbordase.

—Superar lo nuestro es lo más difícil que he tenido que hacer en la vida —me dice—: No

quiero que me arrastres a uno de tus impulsos. Duerme, ¿vale? Descansa. Yo olvidaré que esta conversación ha ocurrido.

No parece enfadado cuando se levanta y vuelve a dejarse caer en su sitio. Yo noto la distancia entre los dos en el mismo momento en que su mano suelta la mía. El suspiro que deja escapar mientras se acomoda me recuerda a un guerrero derrotado empleando su último aliento en defender aquello por lo que lucha.

Y no puedo evitar preguntarme, quizá no por primera vez, si alguna vez Julien y yo hemos estado de acuerdo en el motivo de nuestras batallas.

Ahora, sin duda, no lo estamos.

14 de diciembre

Abro los ojos con el sonido de unas ruedas que se deslizan sobre el suelo del pasillo. La luz artificial sigue colándose a través de la puerta y fuera, unas gotas de lluvia golpean los cristales.

Mi móvil marca las 6:12 de la mañana.

Justo a mi lado, la presión de unos ojos cuyos rincones llegué a conocer de memoria me reclaman.

—Buenos días —me dice Julien, comedido.

—Mñe...

—¿Estás despierta o dormida?

—Pss...

—Vale. Ni una cosa ni la otra. —Sonríe elevando una única comisura.

Me incorporo despacio. No necesito estirarme demasiado para saber que me duele todo: el cuello, las lumbares y la columna en general. Mientras me pongo las botas de las que me deshice en algún momento de la noche, siento que Julien no me quita el ojo de encima.

Yo no me atrevo a mirarlo demasiado después de mi numerito de anoche. Me arden las orejas solo de recordar cómo me vine abajo y le confesé, no solo que él es el culpable de que me cueste respirar, sino que, además, le dejé entrever que ese «nosotros» que fuimos aún cuenta para mí.

—¿Has podido dormir algo? —me pregunta.

—Dos o tres horas, quizá. ¿Y tú?

—Menos que eso.

No me lo dice, pero puedo ver en su mirada que, además de que no hemos dormido en las mejores condiciones del mundo, mis palabras de anoche han estado rondándole por la cabeza.

—Aún son las seis. Freddie dijo que el médico no pasaba hasta las siete. ¿Te apetece que bajemos a desayunar algo?

—Tengo el estómago cerrado —contesta.

—Pues yo necesito café en vena. —Me pongo en pie—. ¿Vienes?

Julien no tarda demasiado en seguirme.

Llegamos a la cafetería cuando aún están sacando la bollería del horno.

Nos sentamos uno frente al otro en la mesa que hay junto a la ventana. Desde nuestro sitio vemos la lluvia caer.

Desayunamos sin hablar, yo convencida de que es la única respuesta y él tragándose las palabras que quiere soltarme. Lo sé por cómo modula los instantes de silencio y por su manera de mirarme, tan elocuente como esquivia.

A parte de mí le apetece retomar el tema a la luz del día, para que no piense que todo lo que le dije anoche fue fruto de un momento de debilidad. Quizá él no quiera escucharlo, ya demostró anoche que no cree demasiado en mi manera de ver las cosas, pero ¿qué narices? Ya cometí en el pasado el error de dejar pasar el tiempo sin buscar soluciones.

—Puedes fingir que no pasó, pero te aseguro que eso no borrará lo que dije —susurro.

Los ojos de Julien se cierran. En sus pupilas he podido vislumbrar el reflejo de la

vulnerabilidad que este tema le despierta.

Durante unos segundos pienso que no va a contestar a mi comentario, pero acaba cediendo.

—Y tú puedes fingir que, de pronto, te arrepientes de cómo acabó todo. Pero en el fondo ambos sabemos que solo estás confundida.

—No estoy confundida. Me arrepiento de cómo fue nuestro final. Si quisieras hablarlo, yo...

—Ya, pero no quiero.

—De acuerdo. Pero no me obligues a fingir que no queda algo pendiente.

Julien abre la boca para rebatir, pero en ese momento suena el móvil. Por la cara que pone, sé al instante que se trata de Freddie.



Dos horas.

Ese es el tiempo que pasamos Julien y yo en las sillas que hay frente al control de enfermería, muy cerca del quirófano al que se han llevado a Carrie.

Según nos ha podido contar Freddie esta mañana, nuestra amiga no ha conseguido dilatar lo suficiente, por lo que el médico que la ha visto a primera hora ha decidido realizar una cesárea de urgencia.

Por la hora que es, deben de haber terminado.

Solo nos queda esperar.

Y eso hacemos. Sentados en sillas contiguas. Pierna contra pierna, hombro contra hombro, olvidando nuestras diferencias y recordando aquello que sí que nos une: la lealtad a Carrie.

Julien está nervioso. Intenta que no se le note, pero yo lo conozco demasiado. Apenas se mueve. Apenas habla. Su respiración, por otra parte, es irregular. Está bloqueado. El miedo y la preocupación lo tienen en un estado de estupor del que no ha salido en los últimos cuarenta y cinco minutos.

Yo, de vez en cuando, le hablo. O le paso una mano por la rodilla. Intento llamar su atención de diferentes formas. Creo que en esos momentos él consigue relajarse un poco. Al menos eso parece, a juzgar por la manera en la que se le destensan los hombros.

Cerca de las once de la mañana, cuando a mí ya no me quedan uñas y Julien se ha revuelto el pelo hasta lo imposible, se abre la puerta que da al pasillo del fondo.

De ella sale Freddie, cubierto de una bata verde y con un gorro en la cabeza. Parece desenchajado. Los ojos están irritados, pero, al fondo de sus pupilas, hay un brillo que no pasa desapercibido.

—Freddie, joder, nos va a dar un puto infarto. —Ese es Julien, que se ha puesto en pie para acercarse a su amigo en cuanto lo ha visto aparecer—. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo están?

Freddie suspira. Lo hace despacio, en silencio, dejando que las palabras se diluyan en el aire hasta convertirlas en culpables de la sonrisa que se le dibuja a continuación.

—Están bien —dice—. Fuera de peligro.

Julien y yo dejamos escapar el aire que llevamos casi veinticuatro horas conteniendo. Él, en concreto, se desinfla de tal manera que apoya su frente en el pecho de Freddie. Yo le paso una mano por el hombro. Freddie suspira de nuevo.

—¿Podemos verlas? —pregunto yo.

—Carrie está en recuperación. Hasta dentro de una hora no podemos pasar.

—¿Y la niña?

—En la incubadora. Todo está bien, pero es demasiado pequeña todavía. Va a pasar varias semanas ahí, me temo.

—¿Podremos entrar a conocerla? —De nuevo Julien, sufriendo por ver a su ahijada por primera vez.

—Sí. En cuanto la suban a la planta de Neonatos iremos a verla. Le he hecho una foto. — Freddie saca su móvil del bolsillo de su pantalón y selecciona la aplicación de imágenes. Una sonrisa bobalicona se asoma a su boca en el momento que la pantalla le muestra a su hija.

—Es preciosa —digo yo, con la voz tomada al ver a la pequeña.

—Es igual que Carrie —expresa Julien. La emoción tilda cada sílaba que pronuncia.

—Sí —corrobora Freddie—. Sin duda tiene su nariz y sus ojos. No podría ser más perfecta.

Julien y Freddie se funden en un abrazo que causa que más lágrimas acudan a mi garganta. Es bonito ver que la familia no siempre entiende de lazos de sangre.

Cuando me toca a mí el turno de abrazar al recién estrenado padre, el nudo de emoción se intensifica.

No hay dinero que pague la sensación de gratitud que tengo con el destino por haberme permitido ser testigo de este momento. Por los cuatro. Carrie y Freddie. La niña. Y Julien. Mi Julien, que posa una mano cariñosa en mi espalda cuando ve que una lágrima rueda por mi mejilla.

—Os dejo solos de nuevo, ¿vale? —dice Freddie—. Voy un momento al aseo. Si os parece, luego podéis llevarme a almorzar algo hasta que podamos entrar con Carrie. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí.

Julien y yo nos quedamos de pie junto al control de enfermería, mirándonos. Yo me seco los ojos con el dorso de la mano y él se muerde el puño izquierdo, tratando de contener la emoción. Está muy afectado, en el buen sentido de la palabra.

Y no puede dejar de mirarme.

—Deberías dejar que te abrazara —le digo de pronto, sin poder contenerme, atrayendo en el acto sus iris azules—. Sé que igual no te apetece, pero...

No me deja terminar. Julien elimina la distancia entre los dos y me estrecha entre sus brazos.

Sin previo aviso. Sin dejarme coger aire. Sin permitirme dudar.

Me descoloca. Pero esa sensación dura apenas unos segundos, cuando mi nariz hace nido en su pecho y el aroma de lo mejor que me ha pasado en la vida se cuele en mi cerebro.

El que fue mi marido me abraza con ansiedad, cuidado y desesperación, todo en uno, y yo noto que cada sonido que hay a mi alrededor me sobra.

Quiero llorar. Eso es lo que siento. Los recuerdos me perforan, pero también el alivio, la magia, la certeza de lo eterno.

Julien apoya su barbilla en mi cabeza y lo siento respirarle a mi pelo todas las cosas que no se atreve a decirme a la cara. Me habla de la piel, que se ha echado de menos. Del tiempo, que se congeló en un instante que no volverá y en el que se quedó condensado lo que fuimos. Del pasado, que se diluyó, que no desapareció, que a día de hoy se ha transformado en el presente que cabe entre nuestros dos cuerpos.

Cuando creo que estoy a punto de deshacerme por dentro, Julien eleva los brazos y acoge mis mejillas con sus largos dedos.

Sus ojos chocan con los míos, y por un segundo creo que me pierdo en ellos. Sus pupilas brillan, y no sé si es un reflejo de lo que ocurre con las mías, porque tengo la sensación de que en el espacio entre los dos compartimos una misma realidad llena de significado.

En el momento que abro la boca para decir algo, su mirada se nubla. Se vuelve un poco dura. Y me pide, sin palabras, que no deshaga el silencio.

Yo acepto su petición y me limito a tragar saliva cuando, a continuación, él deja un beso sobre mi frente.

Después se aparta. Y lo último que veo antes de que vuelva a su pose distante es la certeza de que yo tenía razón.

Queda algo pendiente.



Después de un bocadillo, una ración de patatas fritas y una Coca-Cola Zero, Freddie se siente mejor.

El color le vuelve a la cara y hasta parece haber recuperado las ganas de bromear.

Son casi las once cuando nos permiten subir a la habitación de Carrie.

Primero entra su marido, que se queda con ella más de media hora ejerciendo su deber y derecho a la intimidad conyugal.

Julien y yo esperamos fuera, de pie el uno junto al otro en el pasillo. No hablamos de nada. Ni del intenso abrazo que hemos compartido antes ni de ninguna otra cosa. La ausencia de palabras es nuestra compañía mientras dejamos que pase el tiempo.

Freddie abandona la habitación cuando la tensión tácita entre los dos está cerca de materializarse.

—¿Cómo está? —preguntamos Julien y yo cuando lo vemos cerrar la puerta.

—Bien, bien. Está cansada y con ganas de ver a la niña. En un par de horas, cuando elimine del todo la anestesia, podrá subir a verla.

—Genial —dice Julien—. ¿Entonces...?

—Sí. —Freddie sonríe—. Puedes pasar.

Julien respira hondo y apoya la mano en el pomo de la puerta.

Antes de decidirse a abrir, se gira y me mira.

—¿Entras conmigo?

—¿Yo? —pregunto. Él asiente, con gesto dudoso, pero con la mirada clara—. Está bien.

La habitación de Carrie es amplia y no la comparte con nadie.

No es el espacio más pintoresco del mundo, pero está recogido y transmite serenidad.

A Carrie la encontramos en la cama con sábanas blancas que hay junto a una ventana. A través de los cristales se vislumbra la tormenta que no nos ha abandonado en todo el día.

Sonríe con cansancio cuando nos ve llegar, pero una emoción sincera se refleja en sus ojos.

Julien permanece parado junto a una mesa auxiliar que hay en la entrada. Está callado y le tiemblan un poco las manos. Está nervioso. Frágil. La expresión máxima del niño que lleva dentro.

—¿No vas a acercarte? —le pregunta Carrie con voz pastosa, leyéndolo como hace siempre—. Que me levante yo es más complicado...

Julien sonríe un instante, pero duda. Solo un segundo. A continuación, cruza la habitación en un par de zancadas y llega a la cama. Se abalanza sobre su amiga con toda la delicadeza que la emoción le permite y le deja unos cuantos besos en la frente.

—No vuelvas a asustarme así en la vida —le dice. Está tan emocionado que hasta suena brusco.

—Tranquilo, Jules. —Ella le lanza los brazos al cuello con cierta torpeza—. Ya ha pasado todo. No volveré a hacer nada parecido jamás.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres algo?

—Solo dormir. Dormir y ver a la niña. —Una sonrisa débil se dibuja en su rostro. A continuación, se dirige a mí—. ¿Emi? ¿Tú no te acercas?

Trago saliva con dificultad mientras cubro la distancia hasta llegar junto a ella.

Julien se hace a un lado y yo beso a mi amiga en la frente.

—Es verdad que nos habías asustado —murmuro.

—Lo siento. Aunque creo que, de no ser por ti, la cosa se podría haber puesto aún más fea. —
Apenas le sale la voz del cuerpo.

—¿Por mí?

—Claro. Tú insististe en que viniera al hospital. Tú llamaste al taxi y te subiste en él conmigo. Tú perdiste un avión para no dejarme sola. Te debemos la vida, Emi.

Un nudo de emoción me aprieta la garganta.

—No digas tonterías. Hice lo que hubiera hecho cualquiera.

—No es verdad —interviene Julien de pronto, colocando una mano en mi hombro—. Lo que hiciste es increíble. Gracias a ti, Carrie y la pequeña están bien.

—Bueno... Volvería a hacerlo sin dudarlo. —Me tiembla la voz. No quiero echarme a llorar en este momento, aunque sé que estoy a punto. ¿Qué narices tienen los hospitales? Enseguida cambio de tema—. Por cierto, ¿la pequeña tiene nombre?

Las comisuras de la boca de Carrie tiran muy despacio hacia arriba. Con un gesto llama a Freddie, que lleva desde que hemos entrado parado junto a la puerta.

—Enséñales la tarjeta —le pide.

Freddie coge de una pequeña estantería que hay sobre la mesa auxiliar una tarjetita de cartón. En ella aparece el logo del hospital, el número de habitación, el nombre de Carrie y, debajo, con tinta azul puede leerse: Sara Julianne Anderson.

Julien coge la tarjeta en las manos y lee por primera vez el nombre completo de su ahijada. Los ojos se le llenan de lágrimas que él intenta alejar con un parpadeo. Las manos vuelven a temblarle.

—Me alegro de que el apellido Anderson por fin vaya acompañado de un nombre con elegancia —bromea para no hacer frente a la emoción.

—Pues sí. Ya era hora —comenta Freddie. Carrie, a su lado, se echa a llorar.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Nada, nada. Son las hormonas.

—Me encanta el nombre, Carrie —se apresura a explicar Julien—. Solo quería romper el hielo.

—Lo sé, lo sé. Es verte tan emocionado lo que hace que tenga ganas de llorar. Eres un bobo, Vancamp.

Cuando vuelven a abrazarse, todos somos conscientes de que no queda ni un solo ojo seco en la habitación.



El resto del día podría definirse como una montaña rusa de emociones.

Por lo menos dos decenas de personas pasan a ver a Carrie, Freddie y Sara. Familiares por parte de ella, por parte de él, mi exsuegra, que sigue mostrándose encantadora, amigos de la familia, compromisos varios y compañeros de trabajo.

Todos quieren escuchar la historia de cómo llegamos al hospital y asegurarse de que tanto Carrie como Sara están bien.

Por suerte, aunque ambas están recuperándose, así es.

A la pequeña la conocemos a primera hora de la tarde, después de que pase un rato a solas con sus padres.

Julien vuelve a emocionarse al verla por primera vez a través del cristal de la incubadora. Incluso me coge la mano para agarrarse a una prueba de realidad que le indique que todo esto está

pasando de verdad.

O quizá solo sea mi contacto lo que ha necesitado.

Después de pasar veinticuatro horas juntos, siento que hay muchas cosas que han cambiado.

Las barreras que él siempre levanta cuando yo estoy cerca apenas se perciben. Tocarnos el uno al otro parece algo sencillo. Las miradas duran más y hay algo... algo que hace unos días no estaba. O sí, pero que no se dejaba oír por todas las cosas que gritaban nuestros ojos.

Ahora está aquí. Y nos acerca. Lo noto yo. Y creo que él también.

—Bueno, ¿entonces os vais ya? —nos pregunta Freddie—. Debéis de estar agotados los dos.

—Sí, y que lo digas —dice—. A mí me ha parecido ver a Papá Noel entrando a una habitación. Creo que necesito descansar.

Yo me echo a reír.

—Es que hemos visto a Papá Noel. Era un hombre disfrazado para darle una sorpresa a los niños que hay hospitalizados.

—Vale. Eso tiene sentido. —Él me sonríe.

Freddie observa en silencio cómo interactuamos con cierta complicidad que no se le escapa.

—Bueno, os dejo que os marchéis. La dejáis en casa, ¿no, Julien?

—Sí. —Julien le da un abrazo rápido—. Mañana volvemos.

—¿Juntos? —pregunta Freddie.

Julien me mira un segundo antes de confirmar:

—Sí. Juntos.

Yo también me despido de Freddie con un abrazo y Julien y yo empezamos a andar uno al lado del otro en dirección a la salida.

Mientras avanzamos por el pasillo, siento una corriente eléctrica circulando entre los dos. Llevo sintiéndola horas, pero en este momento es más real. Es espesa, cargada de partículas de energía que parpadean a pesar de ser invisibles. Pero aquí están.

La electricidad se hace más evidente cuando entramos en el ascensor. Estamos solos. El silencio nos cae como una manta que hace que todo lo que nos cubre se condense.

No hablamos con palabras, pero nuestros ojos se comunican. Claro que se comunican. Me pregunto si él también está pensando en lo que le dije ayer: «Me cuesta respirar... y creo que es por ti». O si tiene presente cada frase que ha callado, pero que he visto asomar en su mirada. «Olvidarte es lo más difícil que he hecho en la vida».

No sé por qué ocurre, solo sé que no podemos dejar de mirarnos. Que al rozarnos saltan chispas. Y que fingir que no nos afectamos es algo válido únicamente en una realidad alternativa.

Cuando entramos al coche es incluso peor. El silencio gobierna el espacio. Ni siquiera escuchamos las gotas de lluvia que impactan contra el cristal.

Julien pone música para disfrazar el mutismo que nos acompaña. Suena *If You Leave Now*, de Chicago, pero ni la melodía ni la letra se registran en mi cabeza.

Solo Julien. Su respiración. La fricción de su mano al acariciar el volante. Y cuando sus pestaños visten una mirada en mi dirección.

Seguimos sin hablar, pero somos cómplices en el silencio.

Mientras abandonamos la ciudad y nos incorporamos a la autovía.

Durante el trayecto a casa de Carrie.

En el momento en que entramos en la zona residencial y todo lo que vemos son casas iluminadas y porches con árboles de Navidad.

Él late. Lo sé. Lo noto.

Yo me retuerzo las manos.

¿Qué ocurre?

Detiene el coche enfrente de la casa de Carrie casi cuarenta minutos después de haber salido del hospital.

Me mira y suspira. Yo respiro hondo.

—Llueve mucho —dice—. Tengo un paraguas en el maletero. Te acompaño hasta la puerta.

Espero a que él baje y se haga con el paraguas. Es negro. Aséptico. Muy poco él, que está lleno de matices y aristas.

Lo abre mientras me ayuda a salir del coche. Los dos caminamos entre charcos hasta llegar al porche de Carrie.

Saco las llaves de dentro de mi bolso. Y lo miro. Es el momento de despedirnos.

Dudo.

—¿Quieres pasar? —le pregunto con timidez—. Puedo preparar algo de cena.

—No creo que sea buena idea.

—¿Demasiadas horas conmigo?

—Y demasiados días por delante.

No sé por qué, pero creo que sus palabras tienen un doble sentido. No hacen alusión a que soportarme sea difícil, sino a combatir con él mismo por tener que tenerme cerca durante muchos días más.

Lo hace todo tan difícil...

—Una cena no va a matarte —le digo.

—Emi, por favor, no compliques las cosas.

—¿Qué estoy complicando invitándote a cenar?

—A mí. Y un tú y yo que ya no existe.

—Es una cena.

—No es una cena. Es estar los dos solos en una casa, después de pasar un día entero juntos, con las emociones a flor de piel y tu capacidad innata para revolucionarme acechando.

—¿Yo te revoluciono?

Él alza una ceja.

—¿En serio tienes que preguntármelo?

—Pues sí. No te veo *revolucionado*. Te veo contenido. Distante. Lejos.

Se echa a reír con sordina, apretándose el puente de la nariz con un par de dedos.

—Creía que me conocías —masculla.

—Y te conozco.

—¿Entonces qué estás haciendo? ¿Me estás provocando a propósito?

Me muerdo el labio. ¿Eso hago? Creo que no es algo consciente, pero ya se me han acabado las formas lícitas de acercarme a él. Debo de estar inventando una nueva forma de juego.

—Puede —reconozco.

—¿Por qué?

—Aún tengo que averiguarlo.

Ese comentario lo exaspera. Le arranca un suspiro ronco y una exhalación que se produce mientras cambia el paraguas de una mano a otra.

Debemos de estar a cuatro o cinco grados bajo cero, con el aguanieve humedeciendo el ambiente y el poco aguante que nos queda a ambos diluyéndose a nuestro alrededor.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Emi? —me pregunta.

—Solo que estemos cerca —contesto con sinceridad.

—Eres una inconsciente.

—¿Te crees que no lo sé? Yo no quiero sentir esto que lleva matándome por dentro desde que volví a verte. —Me agarro el estómago—. Pero no puedo evitarlo.

Su mirada se endurece.

—¿Desde que volviste a verme? Pues imagina lo que es para mí llevar ocho años sin deshacerme de esa sensación. Y súmale el rencor, la rabia, la decepción. Súmalo, y después pregúntate si podrías vivir en paz con el mundo de esa manera. —No alza la voz, pero cada sílaba vibra dentro de mí.

—Lo siento.

—Sé que lo sientes. Pero eso no cambia lo que pasó.

—No, lo siento porque voy a obligarte a recordar.

Julien no contesta. Se limita a mirarme mientras doy un paso al frente y empiezo a actuar. Porque sé que lo desea. Lo llevo viendo horas en sus pupilas, aunque él sea incapaz de materializar ese deseo.

Primero le quito el paraguas de la mano, lo cierro y lo dejo a un lado. Tiro de Julien hacia dentro para que nos cubra el techado de la puerta principal.

Después parpadeo, despacio, mirándolo a los ojos y haciendo pasar un nudo por la garganta mientras entrelazo nuestras manos y pego su cuerpo al mío.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Darles forma a los recuerdos.

Me pongo de puntillas. Él lee mis intenciones. Sé que lo hace. Sé que lo hace y no se acerca.

Pero tampoco se aleja.

Cojo aire, con tanta lentitud que creo que el tiempo se congela.

Sin pensar, pego su boca a la mía y las dejo unidas mientras yo juego a atraparlo a él.

Julien apenas reacciona. Un leve temblor de sus labios junto a los míos y un movimiento errático de su nuez de Adán.

Eso es todo. Y se separa.

—¿Por qué me besas? —me pregunta.

—Porque aún siento algo por ti y no puedo evitarlo —le confieso.

No tengo respuesta. Transcurren unos cuantos segundos en silencio. Y vuelvo a intentarlo. No quiero rendirme. Me pongo de puntillas de nuevo, pero esta vez es él el que agacha la cabeza para facilitarme el acceso.

Lo beso. Ahora con más fuerza. Con una caricia en nuestras dos bocas y un movimiento para profundizar el contacto.

Él, sin que yo lo espere, me responde. Creía que no lo haría. Había perdido la esperanza. Pero noto cómo se rinde. Despacio, brusco, entregado. En mi boca, en las lenguas que se encuentran. En el sabor que creamos juntos en su día y que hoy renace, muchos diciembres después, para materializar una realidad que no dejó de existir.

Nos besamos. Nos besamos de verdad. Ya no hay marcha atrás.

Los minutos se deslizan a toda velocidad mientras nos abandonamos a ese beso. A esa primera vez que no lo es. A este instante que no sabemos si es un reencuentro o una despedida.

—Creo que deberíamos entrar —le digo casi sin aliento, separándome levemente de su cuerpo.

—No sé si quiero. —Traga saliva. En los ojos se refleja su batalla interna—. Si entro sé que será hasta la última consecuencia.

—A mí me gusta cómo suena eso.

Julien duda. Lo veo en su boca, en sus ojos, en todo el cuerpo. Pero cede.

Noto cómo se pega a mi espalda mientras entro a la casa.

Dentro solo se escucha el sonido de las llaves. Una puerta cerrándose. La calefacción encendiéndose y la ropa mojada.

No hablamos.

Después las escaleras. Yo delante, sin mirar atrás, pero sintiendo cómo me sigue.

Otra puerta. Una habitación. Y una cama.

Seguimos sin dirigirnos la palabra mientras nos deshacemos de los abrigos, el calzado y la primera capa de ropa.

Julien me mira mientras me dejo caer en la cama, esperándolo.

—Ojalá entendieras lo débil que me haces sentir —susurra.

—¿Débil?

—Sé que no debería estar aquí. Es un error. También sé que, de tocarte, debería hacerlo como con cualquier otra. Pero sé que no voy a poder.

—No sé si eso me hace sentir orgullosa.

—Pues debería. Has conseguido que me rinda.

Se acerca a mí con lentitud y se deja caer sobre mi cuerpo.

Primero se desnuda él. Prenda por prenda, sin prisa y sin romper el contacto visual ni un segundo.

Después se ocupa de mí. Enreda los dedos en mi ropa. Cae el jersey, la camiseta interior, los pantalones.

Yo contengo la respiración al sentir mi pecho pegado al suyo. Nuestros corazones laten a un ritmo parecido, igual de rápidos, como si se persiguieran el uno al otro. Su piel, un poco fría, de alguna manera consigue templar la mía.

Y cuando sus dedos me acarician despacio... no tengo palabras para describir todo lo que se me tensa por dentro.

—Estás temblando —me dice de pronto.

—Estoy nerviosa.

—Creía que era esto lo que querías.

—No conté con que ya no eras un niño, sino un hombre. —Me muerdo el labio ante mi confesión.

Es cierto. La nueva rotundidad que ha adquirido su cuerpo me abrumba. Toda la piel se me ha puesto de gallina. Dentro, el vientre me arde.

—No tenemos por qué hacerlo si no quieres.

—No. Por favor, sigue.

Él no duda. Ya que ha llegado hasta aquí, sé que no va a parar. Y así lo demuestra. Tocándome entre las piernas, despacio, excitándome hasta la locura. Mordiéndome la carne, el pecho, el cuello. Arrimando su propia excitación, dura, firme, a mis formas sensibles. Absorbiendo con su boca los gemidos que se me desbordan de la garganta.

Cuando sus dedos hábiles entran en contacto con mi humedad, creo que exploto.

No solo por su destreza al tocarme. Es todo. La situación. El que prácticamente no haya opuesto resistencia al contacto íntimo. Al reencuentro. A que esto está pasando y es raro y natural al mismo tiempo. El sexo en la vida real no es como en las novelas o las películas. De eso va lo de hoy. No hay idealismos que perseguir. No hay reglas, ni pautas, ni coreografías de nuestros cuerpos para perseguir el placer.

Solo Julien y yo. Tocándonos. Él a mí. Yo a él. Sin cabida para preguntas ni dudas sobre si esto está bien o mal.

—No sé si tomas la píldora —comenta de pronto.

—Tengo puesto un DIU.

—¿Te importa si...?

—Hazlo. Siempre llevo cuidado.

Él asiente una sola vez y ese gesto me basta para saber que en eso es igual de precavido que yo.

Cuando se cuele dentro de mí, se me corta la respiración. A él también. Un gruñido se le escapa por la boca y de nuevo se me ponen los pelos de punta.

Tardamos pocos segundos en enloquecer. Los movimientos se vuelven precipitados, libres, desesperados.

—Joder, Emi, esto no está bien —masculla.

—¿No te gusta?

—¿Gustarme? Estoy en la puta gloria. Pero seguramente voy a acabar arrepintiéndome.

—No pienses en eso ahora.

Me obedece. Julien se deja llevar dentro de mi cuerpo. Veo su batalla, su lucha interna, en cada embestida. En cada gemido. En cada intento de recuperar la respiración. Pero sigue, sigue y sigue. No se detiene. Parece entregado a mí; a nosotros. Yo sin duda también lo estoy.

Nos movemos durante un tiempo que no me atrevería a concretar, porque no puede ser medido en minutos. Son suspiros, choque de caderas, piel resbalando y bocas buscándose a la desesperada.

—Dios —exclamo yo.

—Joder.

—Estoy demasiado cerca. No sé qué me pasa.

—Te pasa que nadie venera tu cuerpo como yo. Y eso se nota cada vez que te toco.

—Oh, por Dios —grito.

Podríamos alargar este instante hasta el infinito. Podríamos quedarnos a vivir en este reencuentro que condensa el punto de unión entre nuestro pasado y nuestro presente.

Pero somos humanos. Y los humanos somos biología. Hormonas, fricción, sangre y sinapsis. Impulsos eléctricos que desatan un orgasmo bombeando a toda velocidad.

Un par de empujones más y Julien se derrama dentro de mí. Y yo le sigo. Porque mi cuerpo recuerda esa conexión que nos unía. Y quiere rendirle homenaje.



—¿Vas a quedarte? —le pregunto un rato después, cuando recuperamos el aliento.

—¿Por qué? ¿Vas a prepararme esa cena de la que me has hablado antes?

Me río para mí.

—Creo que no podría salir de esta cama sin sufrir un desmayo.

—Estoy de acuerdo. —Carraspea.

Seguimos desnudos, en la cama, tapados por la manta y con la luz encendida. La lluvia continúa en el exterior. Doy gracias a la calefacción centralizada, que hace que este sea un espacio del que no quiera salir jamás.

—¿Vas a quedarte? —vuelvo a preguntar.

—No debería. Pero tampoco debería haber hecho nada de lo que he hecho en la última hora. Así que sí, me quedo.

—Menos mal que esta cama es grande. Creo que estaría bastante mal por nuestra parte invadir la habitación de Carrie y Freddie.

—Sin duda.

Silencio. No uno incómodo, pero sí ensordecedor. Por el movimiento de sus cejas, intuyo que está dialogando con él mismo. Un escalofrío me recorre por dentro.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto te arrepientes? —le pregunto.

—Entre once y doce, más o menos. Pero tranquila, sé que es culpa mía.

—Yo no te lo he puesto fácil.

—No. Nada fácil. Pero la decisión la he tomado yo.

Volvemos a quedarnos callados. Contra todo pronóstico, Julien parece tranquilo. Se dedica a inspirar y expulsar el aire despacio, sin prisa y sin agobios. Me descoloca. Me pregunto qué pasará por su cabeza. Conociendo la complejidad de sus pensamientos, puede estar reflexionando sobre cómo va a afectarnos esto en nuestro día a día o contemplando la posibilidad de repetir.

Y no lo culpo. Yo tampoco sé qué pensar.

—Creo que lo mejor es que no le demos vueltas ahora. —Su voz me sorprende de pronto, como si me hubiera leído la mente.

—¿A qué te refieres?

—A que apenas hemos dormido. A que llevamos unos días bastante intensos. A que aún olemos al otro y a sexo. Vamos a descansar. Mañana ya se verá.

Alzo una ceja.

—¿Julien Vancamp intentando relativizar?

Ambos sonreímos.

—Julien Vancamp intentando sobrevivir —contesta.

A continuación, cierra los ojos y se gira hacia el otro lado. Algo a medio camino entre el abrazo que esperaba y la posibilidad de que se fuera a otra habitación.

Fuera, la lluvia no cesa.

Antes de caer dormida, pienso que en el futuro le contaremos a la pequeña Sara que el día que vino al mundo llovía. Y que sus tíos, Julien y Emi, lo celebraron abriendo los ojos ante lo que aún quedaba entre ellos.

15 de diciembre

Si hace una semana me hubieran dicho que estaría entrando en una tienda con Julien para hacer un regalo de nacimiento a la hija de Carrie y Freddie, no me lo habría creído.

Para empezar, porque no contaba con conocer a la pequeña antes de mi regreso a España. Para continuar, porque no nos veía a Julien y a mí protagonizando ningún plan conjunto. Menos aún después de habernos reencontrado en el sentido bíblico de la palabra.

Pero aquí estamos. Como si fuera normal haber amanecido juntos, desnudos y enredados en las mismas sábanas. Como si desayunar codo con codo no fuera un hábito del pasado, sino algo a lo que aspirar en el presente. Como si tantas cosas fueran distintas de lo que son en la realidad.

—¿Y una cesta de esas de pañales? ¿Eso es un buen regalo? —pregunta Julien, paseándose por las estanterías de la tienda.

—Ayer vi que los compañeros de trabajo de Freddie habían traído una.

—Vale, pues nada. Decidido. Les compro el carrito.

—Vale. ¿Y yo? Te aseguro que no puedo permitirme nada por el estilo.

—No hace falta que un regalo te haga un agujero en la tarjeta para dejar huella. ¿Por qué no le compras una mantita, por ejemplo? Una que vaya a guardar para siempre.

—¿Y su primer peluche? Algún muñequito que se pueda meter en la incubadora y que la acompañe hasta su primer día en la universidad.

Julien sonríe ante la proyección de futuro y pasamos los siguientes diez minutos en búsqueda del osito/conejito/corderito más tierno de la tienda.

Se me hace raro estar con él como si nada. No sé si se arrepiente de lo que pasó anoche o no. No sé si quiere hablarlo o no. No sé si quiere fingir que no ocurrió nunca...

Si alguna vez imaginé que volvería a pasar una noche con Julien, no habría sabido qué esperar al día siguiente. Eso es un hecho. Sin embargo, no puedo evitar estar descolocada. No parece arrepentido. Ni enfadado. Ni contento o ilusionado. Solo... fluye. No me toca, pero tampoco me rehúye. Supongo que con eso debería ser suficiente.

Pero, por alguna razón, no lo es.

Media hora después, abandonamos la tienda. Yo cargo con un par de bolsas con artículos de bebé y Julien camina a mi lado, revisando la factura y la fecha estimada de entrega del carrito.

—Debería ir a mi casa a cambiarme —dice de pronto—. Llevo casi tres días con la misma ropa.

—Sí. —Sonrío—. Deberías. ¿Está muy lejos?

—No. A unos diez minutos en coche del *parking*.

Miro a mi alrededor. Estamos en pleno centro. Se nota que queda una semana para Nochebuena porque las avenidas están plagadas de gente comprando. El ambiente navideño está en el aire. Da igual si a plena luz del día, por la tarde o por la noche. Esto es América. Tierra del consumismo.

—¿Nos separamos aquí, entonces? —le pregunto a Julien.

—Pues... sí. Supongo.

Nos quedamos mirándonos como se miran dos idiotas que se encuentran por primera vez. A mí me apetece decirle: «Llévame a casa». O mejor aún: «Llévame a *tu* casa, enséñame dónde vives y bésame de nuevo». Pero no me parece que esté delante de un Julien motivado a hacer algo así. Y eso me molesta.

—Puedo recogerte luego, si quieres —dice.

—¿Para ir al hospital?

—Claro. Carrie y Freddie solo nos pidieron intimidad para esta mañana. No dijeron nada de por la tarde.

—De acuerdo.

Me pongo un poco seria. No puedo evitarlo.

—¿A qué viene esa cara? —me pregunta.

—¿Qué cara?

—Esta. —Dibuja una mueca a caballo entre un puchero y la expresión resultante de chupar un limón.

No puedo evitar echarme a reír.

—No me pasa nada —le digo.

—Puedes contármelo ahora o rumiarlo tú sola y soltármelo cuando te recoja por la tarde.

—Es que no es nada.

—Vale. —Carraspea—. Sabes dónde coger el autobús, ¿verdad?

—Vale. Ese es precisamente el problema. ¿Un autobús, Julien?

—¡Pero si tú misma acabas de decir que nos separamos aquí!

—Ya, porque no iba a autoinvitarme a tu piso. Ni obligarte a que me llevaras a casa de Carrie. Esperaba que saliera de ti.

—¿Invitarte a mi piso? —repite—. ¿Eso es lo que quieres?

—¡No lo sé!

—No te entiendo. —Parpadea, perplejo.

—Vale. Tienes razón. Cojo el autobús. Nos vemos esta tarde en el hospital.

Sin más, echo a andar por la avenida.

Solo doy dos pasos. Al tercero Julien ya me ha agarrado del brazo.

Me encara a él.

—Para el carro, Emi. ¿Qué narices te pasa?

—Que no sé cómo comportarme. Me descolocas.

—¿Yo? Creía que estaba siendo normal.

—¡Por eso! No estás cabreado, ni cabizbajo, ni pareces arrepentido.

—¿Y eso es un problema?

—¡Sí! Porque sé cómo lidiar con ese Julien. El Julien despreocupado, por el contrario, es un misterio para mí.

Julien se me queda mirando durante unos segundos y, sin más, rompe a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunto.

—¡Pues tú! Que te sales con la tuya y, aun así, encuentras el modo de cabrearte.

—No estoy cabreada. Solo descolocada, como he dicho.

—Explícame qué te descoloca.

—¿Aquí, en plena calle?

—Sí. Aquí en plena calle.

Me quedo mirándolo. No sé si se está quedando conmigo. Supongo que no. Julien no es de esos. Aunque, por otra parte, ahora mismo tampoco sabría decir de qué tipo es Julien.

—Pensaba que era imposible que lo que ocurrió anoche pasara entre nosotros —le explico. Él asiente—. Dijiste que te arrepentías. Lo dijiste antes, durante y después.

—Sí. Eso dije.

—Pero hoy estás... No sé. Como si no hubiera pasado nada. Ni bueno ni malo. Na-da. Y no sé cómo me hace sentir.

—¿Preferirías que estuviera distante?

—Es que estás distante. Actúas como podrías haberlo hecho ayer.

—¿Y qué te gustaría? ¿Que fuéramos cogidos de la mano? ¿Que te besara por los rincones? ¿Que te ofreciera repetir?

Me encojo de hombros. Maldita sea. Sí. Eso es lo que quiero.

—Te dije que sigo sintiendo algo por ti y tú no dijiste nada —expreso en su lugar.

—¿Ah, no? —Alza las cejas.

—Eh... no.

—No pensaba que hiciera falta. Te dije otras cosas.

Respiro hondo. Sí. Otras cosas. Como que lo hacía sentir débil. Como que no podía tocarme como a cualquier otra. Como que había conseguido que se rindiera.

Me paro a pensarlo un segundo.

Quizá, toda esta situación se reduce a que yo lea entre líneas.

—Vamos a hacer una cosa —propone Julien en tono conciliador—. Creo que ambos necesitamos pensar en todo esto. Eso y ducharnos, comer tranquilos y dormir.

—¿Qué propones?

—Son las once de la mañana. Voy a llevarte a casa de Carrie y yo me voy a ir a la mía. Te recojo sobre las cinco. Empleemos este tiempo en pensar por separado. Llevamos muchas horas juntos.

Me muerdo el labio. Sé que lo que propone es la mejor idea que uno de los dos hemos tenido en las últimas setenta y dos horas.

No voy a pelear su propuesta, porque Julien tiene razón, por muy cerca que quiera estar, por muchas cosas que quiera decirle, por muchos silencios que quiera ahogar en su boca...

Miro a sus ojos azules y lo que encuentro en ellos no es arrepentimiento. Ni siquiera confusión. Es una aceptación que está tomando forma.

Lo que necesitamos es tiempo. Y espacio.

Esa es la clave ahora mismo.



Las horas siguientes en la soledad de casa de Carrie podrían definirse con muchas palabras. Baño relajante, comida a domicilio, siesta de dos horas, sábanas llenas de recuerdos y, la más importante de todas: reflexiones decisivas.

Hago un resumen en mi interior de lo que ha sido mi historia con Julien. Quizá, ahora que cuento con toda la información, puedo verlo con perspectiva.

Conocernos. Enamorarnos. Casarnos. Pelearnos. No encajar como pareja. Discutir. Desgastarnos. Yo yéndome de casa para hacerlo reaccionar. Él dejando pasar los días. Yo cansándome de esperarlo. Yo regresando a Tenerife. Él viniendo a buscarme. Yo sin saber que eso ocurrió. Él resignándose tras sacar una conclusión equivocada. Yo siguiendo adelante con mi vida. Él tomando la decisión de odiarme para siempre. Muchos años de separación. Un reencuentro. Yo conciliadora, él atacando. Un choque, otro choque, hasta que las murallas se derriban. Una situación crítica. Y una caída libre que nos hizo aterrizar directamente en los brazos de la

tentación.

Después de darle mil vueltas, me doy cuenta de que soy incapaz de sacar ninguna conclusión. Y lo peor es que voy a volver a verlo en treinta y cinco minutos.

El estómago me arde ante la perspectiva.

Antes de volverme loca del todo, decido llamar a Paula. Necesito soltarle la bomba a alguien y Carrie en estos momentos no es la persona más adecuada.

Cojo el teléfono y marco la opción de videollamada.

Contesta al sexto tono. La pantalla se ve oscura.

—¿Emi? ¿Emi, estás bien?

—Hola, Paula. Sí. Estoy bien.

—¿Y por qué me llamas a esta hora?

—Perdón. —Me muerdo el labio—. No había pensado en la diferencia horaria.

—Vale, vale. No pasa nada. —Empieza a hablar en susurros—. *Voy al salón. Javi está durmiendo.*

—De acuerdo.

Veinte segundos después, la luz del comedor de mi amiga se enciende y puedo ver su nariz respingona.

—¿Qué pasa? —me pregunta de inmediato.

—No pasa nada...

—Ay, Dios. Te lo has tirado. ¿A que sí? Te has tirado a tu exmarido.

—Joder... ¿Cómo lo sabes?

—*¡Porque soy la jodida voz de tu conciencia! ¡Emi, por Dios! Te dije que si dejabas que te tocara estarías perdida.*

—No lo entiendes, Paula. Ha sido imposible evitarlo.

—¿Por qué? ¿Iba a por ti en plan arrepentido?

—¿Arrepentido? ¡Ja! Me odia. Me odia mucho. O me odiaba. No lo sé.

—¿Y por eso habéis acabado en la cama? ¿Porque te odia?

—Es difícil de explicar...

—*Pues ya me has sacado de la cama. Así que puedes empezar a contármelo todo, con pelos y señales.*

Entre aspavientos, le explico a Paula cómo se ha desarrollado todo desde mi llegada a Chicago. La pésima reacción de Julien al verme. Su trato frío, rozando lo cruel. Su supuesto intento de arreglar el estar siendo un gilipollas. Y lo mucho que me ablandó saber que vino a por mí a Tenerife.

Esa es la clave de todo.

—¿Pero qué me dices? ¿Vino a España a buscarte?

—Sí —confieso.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no lo viste?

—Yo tenía un novio en esa época. Bueno, un exnovio. Creo que ya te he hablado de él. Marc... representaba todo lo que Julien no era: centrado, un estudiante dedicado, de buena familia... Lo dejamos en su día porque él tenía muy claro que quería ser cirujano y yo no sabía ni qué estudiar.

—Sí, bueno, ¿y qué pasó?

—Para Julien, el fantasma Marc siempre fue una amenaza. Y dio la casualidad de que cuando llegó a Tenerife me vio con él. No sé qué película se montó en la cabeza, pero ni siquiera me hizo saber que estaba allí. Con las mismas, cogió un avión y volvió a Chicago.

—*No me lo puedo creer.*

—Ni yo tampoco. Pero está claro que es así, el rencor que me ha guardado estos años da buena fe de ello.

—*Lo siento, peque.*

—Ya...

—*Pero ¿cómo habéis acabado liados?*

La pongo al día de los últimos acontecimientos. Acontecimientos que sin duda nos han acercado a Julien y a mí.

Le confieso que estoy confundida. Que quiero volver a tenerlo cerca y no sé por qué. Que siento demasiadas cosas dentro a las que necesito darles un lugar. Que no puedo soportar la idea de que él no quiera tocarme... y que lo obligué a ello.

—*Pero, a ver, Emi, tú tienes pensado volver a España, ¿no?*

—Claro. Tengo que sacarme la plaza allí.

—*Y sabes que él tiene su vida en Chicago.*

—Sí.

—*Entonces ¿por qué lo complicas?*

—Dios. Suenas como él.

—*Igual él está siendo sensato. Igual esto no va en realidad del daño que le hiciste en el pasado, igual esto va del dolor que quiere evitarse en el futuro.*

Parpadeo despacio. No lo había visto de esa manera. ¿Estará Julien protegiéndose de mí? ¿Temería él que volviéramos a acercarnos demasiado? ¿Por qué, entonces, ha cedido?

—Paula, tengo que colgar, enseguida está aquí para recogerme.

—*Vale. Pero ten cuidado, Emi, por Dios. Podéis salir muy mal parados ambos.*

—Lo sé. —Asiento. Claro que lo sé. Empiezo a darme cuenta del lío en el que me estoy metiendo.

—*Escribeme mañana, ¿vale? Cuéntame si hay novedades.*

—Ah, sí... Hablando de novedades... Mis padres vuelven a estar liados.

—*¿Qué?! ¿Cómo? ¿Cuándo?*

—Tengo que irme, Paula. Te quiero. Besos a Javi y los niños.

—*¿Pero...?*

La llamada se corta. Justo en el mismo momento en el que el timbre suena en el piso de abajo.

Troto por las escaleras hasta llegar a la puerta de la entrada. Miro por la mirilla. Julien. Vuelco en el estómago.

Abro enseguida. Él me mira de arriba abajo y camufla una sonrisa.

—*¿Ya estás lista?* —me pregunta.

—Casi. Me falta coger el abrigo.

—Te espero en el coche.

—Puedes quedarte aquí. No voy a saltarte encima y a hacértelo en el sofá.

Julien compone una sonrisa maliciosa.

—Mejor no ponernos a prueba.

Pongo los ojos en blanco.

—En serio. Dos segundos.

Subo corriendo a mi habitación y cojo el abrigo de encima del escritorio.

Después vuelvo a bajar y me encuentro a Julien parado junto a la puerta, tieso como una escayola.

—*¿Vamos?*



—¿Has estado pensando mucho? —le pregunto nada más cerrar la puerta del copiloto. Él se echa a reír por lo bajo.

—Entras a matar.

—No le veo el sentido a fingir contigo. Nunca se lo he visto.

Julien despega los ojos de la carretera durante un par de segundos para mirarme.

—Yo en realidad tampoco. —Carraspea, moviéndose incómodo en el asiento—. Sí, he estado pensando.

—Bien —respondo—. Yo también.

—Bien. ¿Y a qué conclusión has llegado?

—Básicamente a ninguna.

—Ah, bien. Eso está muy bien. —Sonríe de lado con ironía.

—¿Tú has llegado a alguna? —le pregunto.

—Antes de hablar me gustaría saber qué has pensado tú exactamente. Aunque no haya conclusiones.

Asiento para mí y fijo la vista al frente. La noche está cubriendo poco a poco el cielo de Chicago. A lo lejos, empiezan a verse los edificios iluminados, los faros de los coches alumbrando la autovía y los últimos rayos de sol extinguiéndose en el horizonte.

—Pues... he estado pensando... que no quiero que creas que juego contigo. Lo que he dicho y he hecho estos días es porque lo he sentido desde dentro. No es un capricho. Ha sido una necesidad.

—Una necesidad... —repite él, pensativo.

—Sí. Una necesidad. —Hago una pausa para plantearme si quiero mostrar todas mis cartas. Decido que sí. Mi yo impulsivo lo decide por mí—. Creo que una parte de mí sigue enamorada de ti.

Sin previo aviso, el coche de Julien derrapa por la carretera conforme esas palabras calan en su sistema. Como si hubiera perdido el control del volante y de sus emociones.

Tal vez así ha sido.

—Joder, Emi, ¿puedes no soltar una bomba así mientras conduzco? —masculla.

—Has dicho que querías saber lo que pienso.

—Sí, pero... Joder. Vale.

—Vale.

Nos quedamos callados. Los dos. El silencio es espeso dentro del coche. Ni siquiera hay música rompiendo la ausencia de palabras.

Miro a Julien de reojo y me doy cuenta al instante de las líneas de expresión que se dibujan en su frente y en su entrecejo. Parece afectado. Pero se esfuerza en disimularlo.

—¿No dices nada? —le pregunto al cabo de un rato.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cómo puede ser posible que una parte de ti siga enamorada de mí y que desaparecieras sin mirar atrás.

Trago saliva.

—Tenía veinte años. Y creí que tú también habías decidido salir adelante sin mí.

—Te equivocaste.

—Lo sé. Y no sabes cuánto lo siento.

—¿En estos ocho años no se te ha ocurrido ni una vez volver a buscarme?

—Cientos de veces —reconozco—. Pero tenía miedo.

—¿De qué?

—De corroborar que nunca me quisiste lo suficiente.

Asiente una sola vez. Ni confirma ni desmiente que ese pensamiento mío fuera una realidad.

—¿Y ahora? —pregunta.

—¿Ahora qué?

—Que qué piensas del ahora. ¿Qué te planteas hacer con eso que dices sentir?

—Demostrártelo.

—¿Con qué fin?

—Esa es la parte que aún no tengo clara.

Julien coge la salida que lleva al hospital mientras medita mis palabras. Se muestra excesivamente tranquilo. Tanto que me inquieta.

—Pues tienes unos días por delante para planteártelo —sentencia. A continuación, de nuevo el silencio.

Un par de kilómetros más tarde, estamos entrando en el recinto del hospital.

Dejamos el coche en el *parking* subterráneo y después subimos por el ascensor hasta la habitación de Carrie.

Dentro del espacio, me giro para mirar a Julien de frente. Parece reflexionar sobre todo y, a la vez, se muestra en paz con el mundo. Es una contradicción en sí misma.

—No me has dicho cuáles son tus conclusiones —le digo.

—No he dicho que las tenga.

—Julien, por favor, no juegues conmigo. Entiendo que yo para ti ya no sea importante. Si es así, dímelo de frente. Lo aguantaré.

El ascensor llega a la planta tres. Un par de personas esperan para entrar. Julien y yo salimos hacia el pasillo.

—Si lo que estás buscando es que te diga que nunca has dejado de ser importante, no te esfuerces. No estoy preparado para decir algo así.

Maldito Julien. Por supuesto que nunca dirá algo así. Neutraliza cualquier cosa que lo exponga a ser herido. Y yo puedo herirlo. Lo sé. Pero necesito que me dé algo.

—No quiero pedirte de más. Solo quiero saber lo que sientes.

—Vas a irte, Emi. Esto no va de arreglar lo nuestro, ¿verdad?

Veo la duda en sus ojos cuando formula la pregunta. La esperanza. Pero no sé si lo he imaginado.

—No lo sé.

Julien suspira y, sin previo aviso, tira de mí y me aparta en un lateral, junto a una sala de espera. Veo una tormenta en sus pupilas mientras sus manos se posan en mis hombros. La voz le sale ronca.

—¿Tú te acuerdas, Emi? —Me acerca un poco contra su cuerpo—. ¿Te acuerdas de lo que teníamos? ¿Te acuerdas de cuánto te quería?

—S-sí —balbuceo. De pronto, me siento petrificada. Son los recuerdos inundándome desde dentro. Recuerdo la sensación de quererlo y de sentirme suya. Recuerdo la devoción con la que me miraba. Recuerdo la manera en que me cuidaba y la sensación de sentirme amada por él. Lo recuerdo todo. Es lo que tienen los recuerdos. Nunca se marchan.

—Pues imagínate lo que fue para mí perderte —sigue diciendo—. No me hagas pasar por eso dos veces.

Se aparta de mí, pero sigue mirándome a los ojos con tal profundidad que siento que me ahogo. Puede que en parte lo haga.

—¿Esa es tu conclusión? —Las palabras me salen atascadas.

—No. Mi conclusión es que ojalá no sintiera nada por tenerte cerca. Ojalá pudiéramos estar juntos unos días y recordar viejos tiempos con una sonrisa. Pero eso no va a ser posible.

—¿Por qué no?

—Porque no sé si voy a poder soportarlo.

—¿No quieres verme más? —Trato de contener la tristeza que llena mi voz. Él se lleva las manos a la cabeza.

—Joder, Emi, yo no he dicho eso.

Justo cuando estoy a punto de tirarme a sus brazos y pedirle que no me suelte, aparece Freddie. Lo hace relajado, con una sonrisa que se le congela al vernos hablar de forma tan acalorada.

—¿Chicos? —nos pregunta.

Julien, que no lo había visto venir, se pasa las manos por el pelo, incómodo. Se aclara la garganta un par de veces y después se yergue.

—Hola, tío —le saluda.

Freddie nos mira alternando la vista de uno a otro.

—¿Todo bien?

—Sí. Todo muy bien —resuelve Julien—. ¿Podemos pasar a ver a Carrie?



Dentro de la habitación de Carrie solo se habla de tres cosas: lo bien que va su recuperación, lo preciosa que es Sara y del método canguro que están probando unas horas al día.

Consiste en que los padres posen a sus bebés en el pecho desnudo para sentirlos piel con piel. A eso han dedicado la mañana Freddie y Carrie.

Nos hablan también de lo a gusto que han estado los dos solos durante unas horas, mimándose mutuamente y yendo a ver a la pequeña. A Carrie no le dan el alta hasta dentro de unos días, así que les ha venido bien ese ratito de intimidad.

—¿Cuándo vuelves al trabajo, chaval? —le pregunta Freddie a mi exmarido.

—Pues mañana tengo que ir a hacer unas cosas, pero estoy valorando cogerme unos días más. Ya sabéis, para descansar después de todo el jaleo de la inauguración.

Se hace el silencio. Si no acabáramos de tener la conversación que hemos tenido, me preguntaría si no quiere hacer uso de esos días para pasar algo de tiempo conmigo. Supongo que el simple planteamiento es una locura. O eso pienso durante unos segundos, hasta que Carrie interviene.

—Sí, ¿eh? Descansar —comenta escéptica.

—Eso he dicho.

—Te noto raro.

—No más de lo habitual —contesta él.

—Precisamente por eso. Deberías estar desquiciado después de todo lo que ha pasado la última semana. Y en cambio estás... zen.

—¿Zen?

—Zen.

—Será eso de convertirme en padrino, que me ha suavizado el carácter.

Carrie entrecierra los ojos un instante y después los dirige a mí, con aire sospechoso.

—¿Tú sabes qué le pasa?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber yo nada? Ni que llevara las últimas setenta y dos horas pegada a él.

Sueno nerviosa. Sueno nerviosa porque me pongo nerviosa. No puedo evitarlo. De todas las personas que podrían estar al tanto de nuestra situación, Carrie es la más peligrosa.

La señal de reconocimiento que cruza sus ojos no hace sino confirmármelo.

—¡Ay, Dios! —exclama mi amiga, llevándose las manos a la boca—. Lo sabía. Lo sabía.

—¿Qué sabías, cariño? —le pregunta Freddie.

—Estos dos se han liado.

—¡No nos hemos liado! —decimos los dos al unísono. Después nos miramos de reojo.

—Por supuesto que sí. No intentéis engañarme. Tengo la oxitocina por las nubes y el instinto maternal agudizado. —Se recoloca en la almohada mientras nos señala con un dedo—. Decídmelo que no lo hicisteis en nuestra cama.

—Nadie ha hecho nada en vuestra cama, Carrie, relájate.

—Pero...

—Tranquila, cariño. Ya son mayores y saben lo que hacen —intercede Freddie.

—Pero...

—Tenemos que irnos —resuelve Julien—. Vamos a subir a ver a Sara y nos marchamos. Mañana volvemos.

—No escaparás de mí, Vancamp. Te haré hablar en cuanto vuelvas a poner un pie en esta habitación. Y lo mismo te digo a ti, Emi.

Sin darle una respuesta a Carrie, salimos por la puerta junto con Freddie, que nos acompaña para que nos dejen entrar a ver a Sara. Él no hace ningún comentario acerca de Julien y de mí, pero las miradas que nos echa hablan por sí solas.

La pequeña duerme cuando llegamos. Sigue conectada a varios cables, pero se la ve tranquila y, aunque parece que ha perdido peso desde el día anterior, los médicos han asegurado que eso es normal.

Solo con verla un rato, tanto Julien como yo nos serenamos. Volvemos a relativizar lo que pasa entre nosotros.

Pero esa sensación enseguida desaparece.

En cuanto nos despedimos de Freddie en el ascensor y retomamos el camino al coche, el peso de lo pendiente vuelve a cobrar importancia.

—Lo de Carrie es increíble —comento—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es Carrie. Sencillamente lo sabe todo de mí.

—Entonces tal vez es con ella con quien debería hablar para saber qué va a pasar contigo y conmigo los próximos días.

Julien suspira y vuelve a pasarse las manos por el pelo antes de abrir la puerta del conductor. La enésima vez en lo que llevamos de tarde. A estas alturas, es una maraña rubia en cuya espesura yo querría perder mis manos.

—¿Qué quieres saber, Emi? —me pregunta con un toque de impaciencia.

—¿Volveré a verte?

Por un instante creo que va a decirme que no. Veo en sus ojos las ganas de poner distancia. Más que ganas, es una necesidad. Lo sé. Y sé que yo debería sentir lo mismo. Pero por alguna razón no lo hago. Solo quiero tirar del hilo. Conocer a este nuevo Julien. Perderme en sus pupilas y en su piel de nuevo. Ver cómo habría sido...

El suspiro que suelta Julien antes de darme una respuesta se escucha en todo el *parking*. Es

ronco, rasgado, y lleva grabado el peso de otra batalla perdida.

—Mañana te recojo —dice.

—¿Cómo?

—A las seis. Cuando salga de trabajar. Hay algo que quiero enseñarte.

—¿Y después?

—Después hablaremos.

Y nos metemos en el coche. Los dos. Y no volvemos a hablar de por qué parece que yo me he llevado una nueva victoria. Sin embargo los recuerdos no desaparecen. Los recuerdos nos persiguen. Como llevan haciéndolo toda la vida.

Recuerdo la sensación de llegar a casa después de una jornada de trabajo. Recuerdo las ganas de relajarme en mi hogar, de tirarme en los brazos de mi marido y de sentirme en sintonía conmigo misma.

Recuerdo que así era al principio.

Los primeros meses después de nuestra boda fueron idílicos. Creo que nunca he sido tan feliz como en esa época. Julien y yo teníamos toda la vida por delante. Nos queríamos. Y el futuro era nuestro.

Para mí, que viviendo con mis padres siempre había estado a la deriva, sin normas, ni horarios, ni rutinas, era muy reconfortante esa sensación de calor y familia que Julien me daba.

Me llenaba. Era mi mundo.

Sin embargo, la realidad acabó instalándose entre nosotros. Se filtró en el día a día. Se coló en nuestra confianza, sibilina, como una serpiente de cascabel que con solo rozarte te envenena.

Y lo deterioró todo.

Las risas se convirtieron en diferencias de opiniones. Las caricias en noches separados entre la cama y el sofá. La complicidad en la inercia que nos empujaba a mirar hacia otro lado.

Si me hubieran preguntado en su día, habría dicho que la mayoría de problemas nacían de Julien. De sus inseguridades. De sus luces y sus sombras. De esa desgana que revestía sus decisiones. De su incapacidad para dibujar un camino que le apeteciera recorrer.

Ahora, soy capaz de ver que yo también tuve mi parte de culpa. Que mis propios fantasmas también pesaron en una ecuación que yo creí saber resolver. Que mis frustraciones crearon fisuras entre los dos. Que tenía veinte años y todo aquello me vino grande.

—¿Jules? —pregunté una tarde nada más entrar en nuestra casa. Se suponía que Julien debía estar trabajando. Pero encontré la puerta sin cerrar con llave—. ¿Jules, estás aquí?

—¡Arriba! ¡En la sala de estar!

Subí las escaleras, despacio, con el corazón palpitando por si había pasado algo malo. ¿Por qué estaba en casa? ¿Estaría enfermo?

—¿Jules? —Me asomé a la sala y lo vi sentado en la mesa, con un cuaderno y la pantalla del televisor parpadeando con la imagen de un videojuego.

—Hola, cariño. —No se levantó a saludarme. Se quedó con la vista clavada en lo que fuera que se traía entre manos.

—¿Qué haces aquí?

Detectó la inquietud en mi voz. Entonces sí alzó la mirada.

—Te echaba de menos. —Dibujó su sonrisa torcida. Se levantó de la mesa. Y me dio un beso

de esos suyos, profundos, tiernos, llenos de amor.

Miré de reojo lo que había encima de la mesa y vi un boceto de unos personajes similares a los que aparecían en la pantalla. También distinguí un laberinto. Y un diagrama de flujo.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —volví a preguntar.

—Porque quería pasar la tarde con mi mujer.

—Hablo en serio, Jules.

Julien me miró de frente y suspiró. Y al instante lo supe. Había tenido problemas en la empresa donde trabajaba. Era la segunda vez en dos semanas. Y solo llevaba un mes allí.

—Está bien —cedió—. He discutido con mi jefe. No entiendo cómo se hacen las cosas en ese lugar. Y me ha sugerido que me tomara el resto del día libre.

—Julien..., ¿problemas otra vez? Tienes que tener cuidado. A Freddie le costó mucho conseguirte ese trabajo.

—Lo sé, lo sé. Pero es todo tan...

—¿Tan qué?

—Cutre. Casposo. Retrógrado.

—Es trabajo. Paga las facturas.

—Lo sé. —Agachó la cabeza—. No te preocupes. Lo tengo bajo control. Me ha venido bien el día de hoy para despejarme.

—¿Desde cuándo llevas aquí?

—Desde las doce.

Miré el reloj. Eran las siete.

—¿Has aprovechado para cortar las hierbas del porche?

—Eh... —Desvió la mirada. Y supe que no.

—¿Julien! Llevo diciéndotelo semanas.

—Lo siento. He estado ocupado.

—¿Ocupado? ¿Ocupado jugando a la consola?

—He hecho más que eso. He diseñado mi propio videojuego. —Y, pese a todo, sonó orgulloso.

—¿Estás hablándome en serio?

—Sí. ¿Quieres verlo?

—Julien, por favor...

—¿Qué pasa? Podría vender la idea. ¿Quién sabe? Igual nos forramos.

Me quedé mirándolo. ¿Hablaban en serio? Oh, sí, hablaba en serio. A Julien le encantaban los videojuegos. Como a muchos chicos de su edad, supongo. Al principio no me molestaba. Pero conforme el día a día se nos complicaba, empezó a hacerlo. La cantidad de tiempo y energía que Julien le dedicaba a ese tipo de ocio me incomodaba.

—Julien, cariño, basta —dije—. Tienes que crecer.

—¿Crecer?

—Sí.

Le sentó mal. Lo supe por la sombra que cruzó sus ojos.

—Igual es que tú te has hecho vieja de pronto. Solías ser despreocupada, impulsiva, valiente... Y ahora no haces más que quejarte por todo.

—¿Es que alguien tiene que ser adulto en esta casa! Y si no eres tú, está claro que me toca ser yo. Como siempre. Siempre tengo que esforzarme por ser más madura de lo que me apetece.

—¿Siempre?

—Siempre. Contigo. Con mis padres. Siempre.

Arrugó el ceño.

—¿Qué estás queriendo decir?

No sé si fue su tono de voz. O la conversación que manteníamos. O que cada vez discutíamos más y la sensación de decepción me iba minando por dentro. El caso es que no lo pude contener. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Y empecé a llorar.

—Me dijiste que cuidarías de mí. —Un sollozo. Otro sollozo—. De nosotros. Que tendríamos estabilidad. Y la realidad es que me siento tan a la deriva como siempre.

Julien se acercó a mí. Despacio. Dudando. Y después me abrazó.

—Lo siento. Lo siento, Emi, no llores, por favor.

—Me siento desprotegida —dije entre hipidos—. Estoy harta de sentirme siempre así.

—Te quiero, Emi —susurró—. Yo te tengo. De verdad. Es solo..., joder, para mí es difícil. Quiero trabajar. En serio. Quiero darte seguridad. Pero no encuentro nada que me haga feliz.

—¿Yo no te hago feliz?

—Por supuesto. Tú eres mi amor. Pero me frustra trabajar en algo mecánico.

—¿Pues busca algo que te guste de verdad!

—No lo encuentro —dijo abatido—. No hay nada que me llene.

Me sequé los ojos y los clavé en los suyos. Lo vi... perdido. Abatido. Y sufrí por él. Porque conocía sus debilidades. Sabía que, para él, el ser tan inteligente no era una ventaja, sino una maldición. Las expectativas pesaban más. La perspectiva de hasta dónde podría haber llegado con sus capacidades era una losa adherida a su espalda.

El principal problema era su desmotivación. Y daba igual lo inteligente que fuera, el no encontrar nada que lo hiciera sentir realizado lo hacía sentir desgraciado. Inútil. Sin esperanza.

—Vales mucho, Jules —le dije yo, abrazándolo un poco más fuerte. Estaba harta de esa distancia que cada vez era más honda entre nosotros.

—No lo veo así. Pero tranquila. Te tengo a ti. Saldremos adelante.

Por un instante, lo creí. Creo que los dos lo hicimos. Y si los dos lo hicimos fue porque estábamos desesperados por creer que lo que teníamos aguantaría. Él porque necesitaba sentirse querido, por mí, por su mujer, por la persona con la que había elegido pasar la vida. Yo porque quería una familia donde estar segura. Por sentirme parte de algo sólido. Y porque quería a mi marido con todo mi corazón.

Sin embargo, solo dos semanas después Julien perdió su trabajo. Era de esperar. Aquello no funcionaba en ninguna de las dos direcciones y llegó a un acuerdo con la empresa para finalizar la relación laboral.

—Tranquila, Emi —me dijo cuando me dio la noticia—. Saldremos adelante.

—Pero, Jules, ¡yo cobro una miseria! Mi trabajo de traductora para la gente sin papeles apenas da para llegar a fin de mes. Y no podemos pedirle más dinero a tu madre. Ya le debemos bastante.

—Relájate, cariño. —Me abrazó—. Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Voy a encontrar otro trabajo. Lo haré rápido. Con lo que gane voy a montar mi propio negocio.

—¿Qué? ¿De qué?

—No lo sé. Pero sí sé que no quiero trabajar para otros. Me dejaré la piel en conseguir el dinero.

Me froté los ojos con los dedos. Me picaban. Eran lágrimas asomándose. De frustración.

—Se te está yendo de las manos, Julien. La vida no va de tener la cabeza en las nubes. Estoy cansada de esto. En serio, muy cansada. ¿Un negocio, Julien? Ni siquiera eres capaz de mantener un empleo durante más de dos meses. Esto se está complicando demasiado.

Eso le dolió. Más que porque fuera verdad, porque vio que yo estaba dejando de creer en él y en su capacidad de esfuerzo. Respiró hondo. Una expresión amarga le inundó el rostro.

—¿Estás cansada de mí?

—No es eso lo que he dicho.

—¿Vas a dejarme?

Un suspiro escapó de mi garganta. No. No era eso lo que yo quería. Dejarle no entraba en mis planes. Pero era todo tan complicado...

—No. No voy a dejarte.

—No te culparía, ¿sabes? Esto se está convirtiendo en un infierno.

—Lo sé.

Se acercó a mí. Entrelazó mis manos con las suyas y las besó despacio. Había tanto amor en ese gesto que me tembló el corazón.

—No soportaría perderte, Emi. Te quiero más que a nada.

—Ya lo sé. —Me dolió el pecho.

—Sé que soy complicado. Pero me estoy esforzando. Confía en mí. Encontraremos la manera.

Me mordí el labio. Dudé. Lo hice de verdad. Posiblemente porque estaba cansada de creer en promesas vacías. Mis padres las hacían a menudo con sus «no nos pelearemos más». O los «no tienes por qué preocuparte tanto por nuestra relación», justo antes de que los pillara con una tercera persona. O mi favorita: «Queremos ser un ejemplo».

En cuanto a Julien... todo empezaba a tomar un cariz parecido. Y estaba asustada.

—Emi, ¿no me crees? —preguntó. Algo debió de ver en mis ojos. La duda. Porque existía.

—No es eso, es que...

—No me crees. Genial. De puta madre.

Se levantó del sofá y vi cómo cogía una cazadora del perchero de la entrada. Se la puso. Y cogió las llaves de casa.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—No lo sé. Pero no me esperes despierta. Necesito pensar.

El sonido de la puerta al cerrarse vibró dentro de mí. Me entró frío por dentro. Y supe que no era por la temperatura exterior. Supe que era algo que nacía de mí. Un temor. Una sospecha. La de que aquello que nos unía a Julien y a mí cada día era un poco más débil. Y que si no teníamos cuidado... desaparecería.

16 de diciembre

—Así que tú y Julien...

—¿Yo y Julien qué?

—Nada. Tú y Julien, como concepto. —Carrie me observa de soslayo, intentando que una sola mirada me diga todo lo que está pensando. A pesar de que su recuperación está siendo buena, se la ve cansada. Tiene ojeras y está pálida. Me ha estado contando que anoche le costó dormir. Se siente mal por la situación de Sara. Dice que se siente culpable por si ha llevado un ritmo de vida tan ajetreado que haya podido afectar al embarazo. Le he dicho que no. Que ella no es culpable. Que son cosas que por desgracia pasan más a menudo de lo que nos gustaría.

—Hablas como Freddie —me ha contestado. Yo me he limitado a tranquilizarla con una sonrisa.

Es mi décimo día en Chicago. El cuarto de hospital para Carrie. Y aquí estamos las dos. Ella tumbada mientras pasa lentamente las hojas de una revista antigua. Yo, a los pies de su cama, sorbiendo un zumo de melocotón con una pajita.

Freddie tenía que hacer papeleos y Julien..., Julien tenía que trabajar. O esa ha sido su excusa para ganar algo de tiempo.

Yo, por mi parte, he decidido pasar la mañana con mi amiga, aunque de antemano sabía que no me iba a poner las cosas fáciles.

Efectivamente, así ha sido.

—No sé qué quieres decir. —Me hago la tonta.

—Sí que lo sabes. Lo percibí claramente. Ha pasado algo entre vosotros.

—Para haber sufrido un episodio tan delicado estás en plenas facultades.

Carrie dibuja una especie de sonrisa.

—Cuando se trata de Julien siempre estoy en plenas facultades. Es mi niño, que no se te olvide. Cada vez que percibo que necesita mi ayuda el instinto se me activa.

Pese a que la voz aún le sale un poco débil, detecto cierta advertencia en su tono. Me recoloco en el asiento. Pego un trago de nuevo al zumo. Después tiro el *tetrabrik* a la papelera y me giro para mirarla.

—¿Quieres decirme algo, Carrie?

Ella entrecierra los ojos en mi dirección. Por primera vez en ellos veo desconfianza. Dudas. Preocupación.

—¿Sabes lo que haces? —me pregunta.

—No —reconozco.

—Ya no tienes veinte años, Emi. No puedes actuar por impulsos.

—Lo sé.

—¿Has pensado en qué pasará cuando te marches? Te quedan días aquí. Días —repite—. La vida seguirá. Y Julien no podrá hacer frente a perderte de nuevo.

Me quedo pensativa después de las palabras de Carrie. Todo el mundo me insiste en lo mismo, y si hay algo en lo que no estoy pensando es en qué ocurrirá cuando llegue la hora de marcharme.

Porque va a llegar. Y será para siempre. Sin embargo, en mi cabeza parece que la única eternidad que cuenta son los días que tengo por delante en la misma ciudad que Julien. Me parecen parte de ese pasado que perdí. Un pasado que podría haberme cambiado la vida y que ahora no puedo dejar escapar.

—Todo tendría que haber sido diferente —digo, enfadada de pronto—. Alguien debería haberme dicho que mi marido cruzó medio mundo para encontrarme. ¿Es que nadie se ha parado a pensar en cómo me afecta a mí esa información? He construido todas mis decisiones basándome en algo que no ocurrió. Creo que tengo todo el derecho a estar confundida.

—Por supuesto que lo tienes, cielo. —El tono de Carrie se vuelve conciliador en el acto—. Pero lo que no puedes hacer es arrastrarlo a él a tu confusión.

—No es eso lo que pretendo. Es solo... parte de mí aún lo necesita, Carrie. Nunca logré superarlo. Ahora mucho menos.

Mi amiga asiente. En sus ojos se refleja la manera en la que estudia la situación, contemplando todas las variables, las contingencias de mis acciones y, por supuesto, las consecuencias.

—Te entiendo. Eres mi amiga y te juro que te entiendo. Pero no quiero que él sufra, ¿sabes? Para él nuestro divorcio fue horrible. Mucho peor que perder todos esos trabajos, mucho peor que sentirse perdido, mucho peor que el abandono de su padre. Perdiste casi lo destroza, Emi. Tienes demasiado poder sobre él.

Me quedo mirándola. Ha dicho *tienes*, no *tenías*. Y, aunque sé que en el fondo está mal, eso me hace mantener un poco la esperanza.

—¿Crees que aún siente algo por mí? —le pregunto.

Carrie suspira.

—Yo no puedo contestarte a eso, cielo. Es algo que le corresponde a él.

—Él no va a decírmelo. No está preparado. Y creo que, aunque lo estuviera, tampoco lo diría.

—¿Supondría alguna diferencia para ti que él aún sintiera algo?

Me quedo callada mientras reflexiono sobre la respuesta a esa pregunta. Y solo entonces me doy cuenta de que para Julien y para el resto del mundo, esto no va de lo que ocurrió en el pasado. Sino de lo que podría pasar en el futuro. Y de qué tengo que decir yo al respecto.

—Creo que eso es lo que tengo que averiguar, ¿no?

—Exacto. Eso es. —Carrie sonrío. Y la conversación se acaba.



Son las seis y tres minutos cuando suena el timbre de casa de Carrie. Estoy nerviosa. Mucho y no sé por qué. Debería haberme habituado a estar cerca de Julien. Llevo más de una semana aquí. Sin embargo, tengo la sensación de que cada día es un poco más difícil. Quizá por lo que callamos. Por lo que nos decimos sin palabras. Por todo lo pendiente. Por todo lo que aún somos.

Abro la puerta y me quedo mirándolo como una idiota. Su pelo rubio asoma bajo un gorro de lana gris. Sus ojos brillan por las luces de Navidad que decoran el porche. Y su boca..., en fin, no quiero recrearme. Pero su boca al dejar escapar el vaho es una invitación a algo más. Siempre lo ha sido.

—¿Qué? —me pregunta cuando pasan unos segundos y yo me limito a observarlo sin emitir sonido alguno.

—Nada. —Me recompongo—. ¿A dónde vamos?

—No seas impaciente. —Sonríe comedido—. ¿Estás lista?

—Sí. —Cojo mi abrigo de la percha de la entrada y me ajusto la bufanda—. Vamos.

El trayecto en coche no es incómodo, pero sí silencioso. El único murmullo que percibo es el

de mis propios pensamientos haciéndose preguntas como: ¿qué querrá enseñarme? ¿Por qué no me toca? ¿Qué pasará por su cabeza? ¿Dónde acabará todo esto?

—Has ido al hospital esta mañana, ¿verdad? —me pregunta de pronto.

—Sí. He estado un rato. Los médicos dicen que Sara ha cogido algo de peso.

—Sí. —Sonríe—. Yo he pasado un rato después de comer. Freddie ya estaba por allí.

—¿También te han sometido al tercer grado?

—Más o menos —contesta con aire misterioso—. Pero no han obtenido mucha información.

—¿Y eso?

—No tenía ganas de hablar de las decisiones que tomo. Esto es algo que solo me incumbe a mí.

—Y a mí —apunto.

—Ni siquiera eso lo tengo claro.

Su tono no da pie a mucha más conversación por mi parte, así que decido permanecer en silencio, escuchando únicamente la música que sale del coche. Se está reproduciendo una canción que me suena vagamente, pero que no consigo identificar.

Cuando avanzamos unos cuantos kilómetros por la autovía y Julien se desvía por cierta salida que conozco bien, me pongo alerta. Pronto dejamos atrás los rascacielos y carteles publicitarios y nos adentramos en una zona residencial, al sur de la ciudad. Y no sé si es por el ambiente, lleno de Navidad, no sé si por la presencia de Julien o por la familiaridad de las calles, pero de pronto el pasado me golpea con fuerza. Y siento que me tambaleo en el asiento del coche.

—¿A dónde vamos, Julien? —vuelvo a preguntar.

—Lo verás en seguida.

Y sí. Así es. Un par de kilómetros después, Julien detiene el coche en la calle Michigan, número 25. Y noto un disparo en el pecho. Esa dirección es la que aparecía en mi permiso de residencia. La que escribía en cada formulario que rellenaba. La que constaba como residencia fija del matrimonio Vancamp, porque sí, en esa dirección Julien y yo convivimos durante un año como marido y mujer. Y ahora estamos aquí, después de toda una vida.

Echo un vistazo a la calle que pisé a diario durante doce meses. Está igual pero diferente. Han construido más casas. Han asfaltado de nuevo la carretera y los desperfectos de las aceras han sido reparados. Aún sigue oliendo a hogar. A invierno y calor al mismo tiempo. A hacer el amor frente a la chimenea y a cubrirnos con una manta para ver una película acurrucados en el sofá. Huele a Julien que, a mi lado dentro del coche, respira hondo mientras asimila mi reacción.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Jules? —le pregunto. La voz me tiembla. El frío que se intuye en las calles iluminadas se me cuele dentro.

—Nada especial. Solo pasar el rato.

—¿Estás jugando conmigo?

—No. —Se pone serio. Me cuesta respirar.

—Pues dime entonces qué estamos haciendo aquí.

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—Jonathan estará a punto de llegar.

—¿Quién narices es Jonathan? ¿Qué está pasando?

Miro a Julien entre alucinada y perpleja. Él, en cambio, está tranquilo y paciente. Y, para variar, me descoloca.

Pasan unos cuantos segundos dentro del coche. Los suficientes como para que yo revise de arriba abajo y de abajo arriba la que fue mi casa. Nuestra casa.

A pesar de la oscuridad, veo gracias a la iluminación que ya no tiene ese color grisáceo, sino que le han dado una capa de pintura y ahora la madera luce un blanco perla que contrasta con la oscuridad de las tejas.

En el porche han plantado un árbol que llegará a los tres metros y que en este momento está alumbrado con bombillas de colores, al igual que la entrada principal.

Es cierto que tiene un aspecto diferente. Pero da igual porque esta fue mi casa. Mi casa con Julien. Y solo con verla la piel se me eriza, el estómago me da un vuelco y los recuerdos se desatan.

—Atenta —dice Julien de pronto, agarrándome del brazo—. Ahí llega.

Guardo silencio mientras siento la mano de Julien agarrada a mi codo, justo a la altura donde está el tatuaje. Miro hacia donde él me indica con la vista. Solo unos segundos después aparece un monovolumen plateado que reduce la velocidad mientras estaciona junto al jardín de la vivienda.

De él baja un hombre rondando la treintena, que sujeta en su brazo izquierdo la funda de una *tablet* y una carpeta.

El hombre toca al timbre de la casa un par de veces. Casi escucho la melodía, porque aún existe en mi cabeza. Pero en realidad no lo hago.

Apenas unos segundos después, la puerta se abre y dos niños pequeños aparecen corriendo y se enganchan a las piernas del hombre. Detrás se acerca la que intuyo que será la madre de los pequeños. Una chica más o menos de mi edad, con el pelo rubio recogido en un moño, que se apresura a coger los trastos del visitante y, a continuación, lo besa con sus hijos en medio. Entonces entiendo que el hombre debe de ser su marido, el padre de los niños.

La escena es preciosa. Tanto que se me pone la piel de gallina a pesar de que objetivamente no hace frío dentro del coche de Julien.

El reencuentro, la rutina, la familia.

Trago saliva. No sé por qué, pero estoy emocionada.

—¿Quiénes son? —pregunto mirando aún por la ventanilla.

Siento la mirada de Julien sobre mí cuando contesta:

—Esos somos nosotros en una realidad paralela.

Vuelvo a tragar saliva y me giro para mirar a mi exmarido. Su sonrisa comedida le brilla en la boca. Sé que está esperando a que diga algo, a que exprese qué estoy sintiendo, pero en mi mente solo se presenta la misma pregunta una y otra vez.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Julien?

—Ellos son Jonathan y Rachel —explica como si nada—. Los pequeños son sus hijos: Mickey y Abigail. Llevan viviendo aquí siete años, desde que Rachel descubrió que estaba embarazada.

—¿Los conoces?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque les vendí la casa.

—¿Y cómo sabías que el tal Jonathan estaba a punto de llegar?

Julien sonríe. Lo hace despacio, como si no pudiera evitarlo. Pero también con cierto dolor, porque todo lo que tenga que ver con nuestro pasado le cuesta.

—Vale. Puede que los haya visto alguna que otra vez.

—¿Eso qué quiere decir?

—Ven. Te lo enseñaré.

Sin previo aviso, Julien apaga el motor y baja del coche. Yo lo imito, confundida, mientras veo cómo coge algo del maletero.

—¿Qué estamos haciendo, Julien? —le pregunto una vez más.

—Espera y verás.

Julien me coge la mano con calma y tira de mí hacia el otro lado de la calzada. Caminamos por el que fue nuestro jardín, mirando hacia la puerta de nuestro antiguo hogar, que está iluminada por la llegada de las fiestas.

Contengo el aliento cuando Julien toca al timbre.

—Jules, ¿qué estás haciendo?

—Tranquila —dice en tono sereno—. Te caerán bien.

—Pero cómo...

No consigo terminar la frase. La puerta de la casa se abre y a continuación la tal Rachel aparece con un delantal. Sonríe cuando ve a mi exmarido.

—¡Julien! —exclama—. Me había parecido ver tu coche, pero no estaba segura.

—Hola, Rachel. —La abraza con cuidado de no mancharse de harina—. Espero no haber venido en un mal momento.

—Claro que no. Siempre eres bienvenido, ya lo sabes.

Rachel y Julien se ponen al día con un par de comentarios. Se preguntan mutuamente por el trabajo y por los planes para las fiestas. Yo los contemplo sin comprender nada durante algunos minutos, hasta que mi exmarido repara en mí de nuevo. Carraspea un par de veces antes de dirigirse a la actual dueña de la casa:

—Por cierto, Rachel. Ella es Emi. Espero que no te importe que esté aquí.

Los ojos de Rachel se abren con asombro. Hay reconocimiento en su mirada cuando escucha mi nombre. Yo sigo sin entender de qué va todo esto, así que me limito a ofrecerle la mano.

—Encantada —le digo. Ella me la estrecha y a continuación sonrío mientras hace un gesto para que pasemos al interior.

—Adelante, por favor. —Sigue sonriendo—. Poneos cómodos. Estáis en vuestra casa.

No me pasa por alto el juego de palabras y pienso, de inmediato, que esta mujer sabe exactamente quién soy; lo que fui para Julien. Lo que se me sigue escapando es por qué él mantiene relación con esta familia.

Camino por el recibidor y los recuerdos siguen desatándose. Al fondo, la cocina, donde Julien y yo desayunábamos juntos cada mañana antes de irnos a trabajar. A la derecha, el pasillo que lleva al salón. A la izquierda, el armario ropero donde dejábamos los abrigos. Por lo demás... todo está diferente. En vez de mármol, el suelo está cubierto por una moqueta. Las paredes están pintadas de un claro color crema. Ya no son blancas. Las lámparas, las puertas, los muebles, todo es diferente. Y, aun así, todavía puedo oler el perfume que Julien usaba entonces y la receta de pollo asado que me enseñó Mary y que yo horneaba los fines de semana.

Desde el salón, se escuchan los gritos de los niños jugando con su padre. Eso me hace volver a aterrizar en el aquí y el ahora. Sobre todo cuando Rachel alza la voz para llamarlos:

—¡Jonathan! ¡Niños! Venid, tenemos visita.

—¿Quién es, mami? —preguntan desde el pasillo.

—Es Julien. ¿Os acordáis de Julien, verdad?

—¡Sí! —exclama una vocecita.

—¿Nos trae un regalo para el árbol? —exclama otra.

—Mickey, Abbie, por favor. No seáis maleducados.

Los niños aparecen en el recibidor corriendo, pero se esconden detrás de su madre cuando reparan en mí. Deben de estar preguntándose qué hace una completa desconocida metida en su casa.

Su padre tiene que pensar algo parecido, pero disimula mejor.

—Hola, Julien. —Le estrecha la mano a mi exmarido—. Bienvenido. Es un placer tenerte por aquí una vez más. —Hace una pausa y me mira con una sonrisa despistada—. ¿Y tú eres...?

—Ella es Emi, cariño —explica Rachel—. La Emi de Julien.

De nuevo, veo reconocimiento en la mirada de Jonathan. Se limita a sonreír y asentir una sola vez.

—Bienvenida tú también. —Se gira hacia sus hijos—. Chicos, salud.

—Hola —dice el niño con timidez.

—Hola. ¿Nos habéis traído algún regalo?

—¡Abbie! —exclaman sus padres—. ¿Qué te hemos dicho?

—No pasa nada. —Julien compone una sonrisa conciliadora—. Veamos, ¿qué tengo por aquí...?

Ante mis ojos, mi exmarido se transforma en un maldito mago especializado en niños de menos de siete años. Del interior de su abrigo saca una bolsa y de ella dos paquetitos perfectamente envueltos.

Los pequeños se vuelven locos al instante.

—¿Son para nosotros? —preguntan con inocencia.

—Eso depende. ¿Os habéis portado bien este año?

—¡Sí! Yo hago los deberes todos días —indica el mayor.

—Yo he *hacido* galletas —apunta la pequeña.

Sus vocecitas infantiles me parecen una auténtica ternura. A Julien también deben de parecerse, porque se le cae la baba. Y a mí, una vez más, me descoloca. He visto a Julien en muchas situaciones. Pero en pocas lo he visto interactuar con niños. Por eso, ver cómo se tira al suelo y se pone a desenvolver los regalos con ellos me araña un poco el corazón.

—¡Es una estrella fugaz!

—¡Es un Papá Noel de nieve!

—Nuevos adornos para el árbol —sonríe Julien.

—¿Podemos ponerlos, mamá, por favor?

Rachel mira a sus hijos con adoración.

—Venga, id para allá.

Los niños salen corriendo hacia el salón. Los cuatro adultos los seguimos por el pasillo. Rachel y Jonathan hablan con mi exmarido, yo, en cambio, observo las fotografías que visten las paredes. No hay ni rastro de las instantáneas que Julien y yo tomamos en su día de todos esos planes que nos prometimos la noche que decidimos casarnos. Los cumplimos todos. Me pregunto a dónde fueron a parar esas imágenes...

Cuando llegamos al salón, sigo sorprendiéndome por las similitudes y las diferencias. Todo está remodelado. No queda ni una sola pieza de mobiliario de las que Julien y yo usamos en su día. Recuerdo que eran viejas, no teníamos dinero para comprar nada nuevo, así que nos conformamos con todo lo que adquirieron sus abuelos en los noventa. Ahora se llamaría *vintage*. En cambio, Jonathan y Rachel tienen la casa muy estilo Ikea, muebles sencillos, montones de juguetes y un árbol de Navidad en el que ahora sus hijos cuelgan los adornos que Julien les ha traído.

Él los ayuda, contándoles la historia de un Papá Noel que bajó del cielo una estrella fugaz para que todos los niños pidieran su deseo de Navidad.

La imagen me parece tan enternecedora que siento un nuevo arañazo en el corazón.

—¿Estás bien? —me pregunta Rachel, acercándose—. Pareces abrumada.

—Sí, perdona. Ya sabes, muchos recuerdos.

Siento ganas de llorar. Por muchos cambios que se hayan producido en la casa, estas paredes siguen siendo las mismas que nos vieron a Julien y a mí ser un matrimonio. Que vivieron nuestro amor, nuestra pasión, nuestras peleas, nuestras reconciliaciones y nuestro adiós. Las lágrimas me aprietan la garganta. Pero las trago una a una y compongo una sonrisa para esta gente que, pese a todo, me cae bien.

—¿Quieres una cerveza, Emi? —Jonathan se acerca a nosotras.

—¿Tienes algo más fuerte?

Él se echa a reír.

—Enseguida miro a ver qué tenemos en el mueble de las bebidas. Pero si mis hijos te preguntan, es zumo de calabaza. —Me guiña un ojo y lo veo dirigirse hacia la cocina.

Yo me quedo un rato observando cómo Julien interactúa con los niños. Están repasando su carta a Papá Noel. Bendita inocencia.

Me acerco un poco para poder observarlos con más atención, y atraigo la mirada de Julien en el acto. Él me sonríe. Comedidamente. Es la versión de su sonrisa que más encuentro estos días. Y, a pesar de todo lo que esconde, creo que me gusta.

Jonathan vuelve en ese momento con una copa de algo que no quiero preguntar qué es para mí y una cerveza para él y para Julien. A su mujer le saca un vaso de agua y ella le agradece el gesto con una caída de pestañas que evidencia toda la complicidad que hay entre ellos.

—Os quedáis a cenar, ¿verdad? —comenta de pronto Rachel—. Es la tradición.

—¿La tradición? —pregunto yo.

—Sí. Julien nos visita todos los años en Navidad. Nos trae unos regalitos para el árbol, juega un rato con los niños y después cena con nosotros.

Miro a mi exmarido. Lo encuentro con la vista fija en mí. Esperando mi respuesta. Evaluando cada emoción que cruza mis ojos. No sé si es consciente de lo inestable que estoy en este momento. De que solo quiero estar en sus brazos. Llorar juntos por lo que tuvimos. Y besarlo. Besarle la piel. Decirle que sigue siendo mi hogar.

Obviamente, no puedo expresar nada de eso en voz alta. Solo me sale ser amable con estas personas que están viviendo la vida que nunca debimos dejar escapar.

—Está bien —acabo diciendo—. Nos quedamos.



La cena es familiar. Distendida. Incluso divertida.

Rachel y Jonathan son una pareja adorable. De esas que terminan las frases del otro, se leen el pensamiento y destilan química en cada comentario. Además, adoran a sus hijos y se nota.

Justo después de que Jonathan sirva el postre, nos dan la noticia de que están esperando su tercer hijo.

Les damos la enhorabuena y brindamos por las catorce semanas de embarazo de Rachel. Se los ve felices y, aunque no los conozco apenas, me alegro por ellos.

—¿Vosotros no os animáis? —pregunta Jonathan de pronto.

Julien y yo nos miramos de reojo y nos da por echarnos a reír. Yo lo hago por no llorar, porque de pronto esta realidad me parece un anhelo al que nunca supe dar forma.

—No —responde Julien con una sonrisa mientras pasa el brazo por el respaldo de mi silla, como si me abrazara—. Digamos que no estamos en ese punto.

Los anfitriones sonríen con amabilidad y Rachel en concreto toma la palabra.

—Me alegro tanto de veros juntos... Sabía que volverías, Emi.

Yo me quedo de piedra, preguntándome cuánto sabe esta gente de mí. De nosotros. La pareja que vivió antes que ellos en esta casa y que no supo conservarla.

No respondo. No soy capaz.

Julien, en cambio, sabe hacerse cargo de la situación.

—Gracias, Rachel. Todo tiende al equilibrio. —Da un trago a su copa y de un sorbo vacía todo el contenido—. Y gracias también por la cena. Estaba todo buenísimo.

Nos comemos el postre entre anécdotas y recuerdos de nuestras dos vidas paralelas y, al segundo bostezo de Jonathan, decidimos marcharnos.

Pasamos a despedirnos de los niños, que se han quedado dormidos en el salón con una película puesta de fondo, y después nos acompañan a la puerta.

—Gracias por invitarnos —digo yo—. Me alegro mucho de haberos conocido.

—Gracias a vosotros, siempre. Esperamos seguir siendo tan felices aquí como lo fuisteis vosotros.

Las palabras de Rachel hacen que el nudo en la garganta se intensifique. Me cuesta respirar. Tanto que creo que Julien lo percibe, porque me sostiene del brazo y me pega a su cuerpo.

—Feliz Navidad —les dice Julien—. Hasta el año que viene.

—Os esperamos —contestan ellos.

Julien y yo caminamos agarrados por ese jardín que arreglamos en su día con nuestras propias manos. Cuando escucho la puerta de la casa cerrarse, lo miro.

Sus ojos brillan casi tanto como los míos mientras decimos adiós a nuestra casa, que ya no es nuestra.

—¿Por qué les has hecho creer que estamos juntos? —le pregunto con un hilo de voz—. Esperarán que volvamos los dos.

—Siempre les ha entristecido el final de nuestra historia. Me apetecía hacerlos sonreír yo a ellos, por una vez. El año que viene... ya veremos.

Caminamos hasta el coche, agarrados, en silencio. Cuando me giro para decirle adiós a nuestra casa, un temblor me sacude.

Julien se da cuenta. Él siempre sabe lo que me ocurre, lo que siento, cómo activarme.

Él siempre sabe, y cuando se acerca a mí me lo demuestra.

—¿Qué pasa? —Sin más me abraza. Me abraza muy fuerte. Y yo quiero morirme aquí y ahora.

—Era nuestra casa. Nuestra vida. —La voz me falla. Él me abraza aún más fuerte. Yo tiemblo, por dentro y por fuera.

—Lo sé. Lo sé.

Solo eso. Su voz. Su abrazo. Solo eso y me echo a llorar.

Un sollozo amargo, cargado de pena, salta desde mi pecho.

No puedo respirar.

Siento que me ahogo, hasta que Julien me besa la frente, la sien, el pelo y me habla:

—Respira, Emi. Yo te tengo.

Julien

Odio tener razón. Odio conocerla mejor que nadie, aunque haya pasado el tiempo. Odio que se sienta débil. Pero, por encima de todo, odio verla llorar.

Y eso es lo que hace. Llora, llora y llora. Llora sin consuelo, en mis brazos, y yo me muerdo mis propias lágrimas porque nada me gustaría más que unirme a ella en esta pena que nos conecta. Pero uno de los dos debe mantenerse sereno.

—Lo siento tanto... —balbucea.

—Tranquila.

—¿Qué nos hice, Julien?

—Fuimos los dos. —Intento que se sienta mejor abrazándola con más fuerza. Quiero que deje de temblar. Por el frío y por la tormenta de culpa y recuerdos que se le ha formado dentro.

—Fui yo, Julien. Yo fui la culpable.

—No es verdad. Yo no te lo puse fácil.

—Pero aun así no te rendiste. Y yo sí.

Me callo. Me limito a acercarla más a mí. No sé qué decir a eso. No quiero acentuar su dolor, pero justo esa es la idea a la que me he agarrado durante ocho años para justificar mi rencor. Que yo no me rendí. Pero ella sí.

Me veo incapaz de machacarla con eso ahora. Por tanto, simplemente la abrazo. Después la miro. Y cuando sus ojos encuentran los míos, el eco de su culpa reverbera en mis huesos.

—Vamos al coche, Emi —digo en tono conciliador—. Estamos a menos cinco grados. Nos vamos a helar.

No discute. Lentamente se separa de mí y se seca la cara con los guantes. Después asiente y abre la puerta del copiloto.

Yo suspiro para mí. Esta situación la he creado yo solo. Y debo ser consecuente.

Me incorporo al tráfico en cuanto enciendo la calefacción del coche. Emi va a mi lado, respirando despacio y con la cabeza apoyada en la ventanilla. Quiero tocarla. Extender la mano y colocarla en sus rodillas. Darle calor, cariño, seguridad. Pero no quiero confundirla. No quiero confundirme yo. Así que simplemente avanzo por la carretera, perdido en mis propios pensamientos.

Detengo el coche veinte kilómetros después. No sé cómo, pero mi instinto me ha llevado hasta el único lugar que no contaba con enseñarle. El subconsciente, supongo.

—¿Dónde estamos? —pregunta ella, mirando a su alrededor.

—Estamos en mi casa —le contesto. Después dudo—. ¿Te apetece subir?

—¿Subir a tu casa? ¿Contigo?

—No lo sé. —Me llevo las manos a la cara. Me siento idiota. No sé qué estoy haciendo. Una vez más, cuando se trata de Emi, la cordura desaparece y quedo reducido solo a instinto.

—¿No lo sabes? —repite ella.

—No sé si es buena idea que subas —admito.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —Parece confundida. No me extraña, porque yo también lo

estoy. De pronto reparo en sus ojos, aún hinchados y llenos de lágrimas. Y sé que si en este momento se siente rota es por mi culpa, porque la he llevado conscientemente al límite enseñándole una vida que podría haber sido nuestra.

—Voy a meter el coche en el garaje —digo. Y sé que la decisión está tomada.

Diez minutos más tarde, ambos subimos por el ascensor. Emi se muerde el labio, nerviosa, y yo me siento aturdido. No tengo ni puta idea de qué estoy haciendo. Solo sé que no quiero que se marche con la herida abierta, sangrando recuerdos.

Cuando entramos en mi casa, Emi contiene la respiración. Es un apartamento espacioso pero aséptico. Pocos muebles. Mucha tecnología. Ningún adorno.

Ella se pasea por el salón. No lo dice, pero sé que se extraña porque no hay fotos, ni libros, ni nada personal. Como si estuviera aquí de paso. Cosa que, en el fondo de mi mente, quizá sea cierta.

—No parece un hogar —susurra de pronto.

Yo asiento. No puedo negar que su apreciación es correcta, y menos después de haber estado en nuestra antigua casa, donde los ecos de la vida que tuvimos conviven con la huella de una familia feliz.

—¿Por qué, Julien? —me pregunta.

—Para mí nada era casa si tú no estabas. —Esa es mi respuesta. Y la hace romperse de nuevo. En mil pedazos, en diez, en uno. No lo sé. Solo sé ver las grietas que consigo acariciar cuando las lágrimas se le derraman una vez más.

Sin previo aviso, Emi viene hacia mí. E impactamos el uno con el otro. Sin tiempo de reacción.

Se agarra a mi cuerpo con desesperación. Sus brazos me rodean entero, la cabeza hace nido en mi pecho y hasta nuestras piernas se entrelazan de alguna manera. Pasan varios segundos y no me suelta. Siento que no tengo escapatoria, que debo entregarme a este abrazo con todo lo que soy, con todo lo que guardo y aún tengo para darle. No sé si es correcto o no. No sé si podré recomponerme de esto o no. Solo sé que quiero tenerla así, en mis brazos, contra mi vida, durante muchos minutos más.

En los temblores que recorren su cuerpo siento cada impulso eléctrico que le recorre las venas. Impulsos que hablan de tristeza, dolor, nostalgia y arrepentimiento. También de amor. Porque es imposible que entre nosotros quepa otro sentimiento. Cuando te entregas a alguien, cuando ese alguien pasa a ser parte de ti mismo, cuando pones el fondo de tu ser en sus manos, quedáis unidos. Para siempre. De por vida. Ese vínculo no desaparecerá jamás. Se hará más grande, más pequeño, perderá brillo, o transformará su aspecto, pero su esencia permanecerá intacta. Eso es lo que nunca logré superar. Lo que necesito saber si ella aún siente. Lo que creo intuir en el latido de este abrazo.

Pasa un minuto. Dos. Quince. Pero no nos movemos. Nada importa. Nada, salvo, quizá, la manera en la que aún tiembla en mis brazos.

—Te noto temblar entera —le digo.

—Lo siento.

—No era una queja. Solo quiero saber si estás bien.

—No lo sé —admite.

Seguimos abrazándonos. No sé cuántas oportunidades más tendremos de estar así, vulnerables frente al otro. Solo sé que ahora quiero ser su refugio.

—¿Por qué me has llevado hasta allí? —me pregunta de pronto, aún con la cabeza en mi pecho.

Trago saliva.

—Quería que los conocieras; que vieras a través de otros ojos cómo podría haber sido nuestra vida.

—Sabías que me haría daño.

—Sí —admito—. Pero tenía que probarte.

—¿Probarme?

—Dijiste que parte de ti aún sentía algo por mí. Sabía que, si era verdad, no habría manera de que te enfrentaras a ello sin venirme abajo.

—Y eso he hecho.

—Sí.

Emi asiente. Poco a poco se separa de mí y trata de tranquilizarse pasándose las manos por la cara.

—¿Me crees ahora?

—Empiezo a planteármelo.

—Entonces esta sensación de que el pecho se me va a partir en dos merece la pena.

Me quedo callado unos segundos, respirando hondo, hasta que la misma duda que lleva días atormentándome toma forma en mi cabeza.

—La pregunta es, Emi, ¿para qué necesitas que te crea?

—Por la misma razón por la que tú necesitabas probarlo.

—Yo no tengo respuesta para lo mío.

—Ni yo tampoco.

—¿Entonces?

Emi vuelve a acercarse a mí. Pega su cuerpo al mío. Nuestras manos se entrelazan, y sé, al instante, que moriría por besarla. Eso quiero hacer. Llevarla a la cama, desnudarla y comérmela a besos. No por lujuria, sino por algo más profundo.

Pero sé que estaría cavando mi propia tumba. Es imposible que vuelva a estar dentro de ella y que pueda dejarla marchar conservando el juicio intacto.

—Quiero encontrar la manera de arreglar lo que deshice en el pasado.

—El pasado no tiene importancia, Emi.

—Sí. Sí la tiene. ¿Te crees que yo he sido la única que ha quedado expuesta con la visita a nuestra antigua casa? Está claro que aún me duele. Pero también está claro que parte de ti sigue ligada a ellos, a esa Emi y ese Julien que se querían con locura.

—No es cierto. —Niego con la cabeza. Me cuesta aceptarlo.

—Sí lo es —dice, y la voz le sale débil, como un quejido lastimero que me duele a mí más que a ella.

Dejo escapar un suspiro que se siente en todo el salón. Emi me observa con sus enormes ojos castaños aún llenos de lágrimas. Dudo de mi capacidad de aguantar sin tocarla.

—Está bien —admito—. En cierta forma, aún estoy enganchado al pasado. Por alguna razón, ha sido mi manera de mantenerme cuerdo. De agarrarme a una prueba de realidad que evidencie que lo nuestro ocurrió, y que si se rompió, no fue por mi culpa.

—Porque viniste a por mí.

—Exacto. Porque fui a por ti.

Una lágrima se escapa de los ojos de Emi y rueda por su mejilla. No dice nada. La seca despacio. Y deja escapar el aire.

—No llores más, por favor —le pido.

—No puedo evitarlo. Me siento como una auténtica mierda. Te he querido más que a nadie,

Julien. Te lo juro. No puedo soportar la culpa desde que descubrí que viniste a por mí a Tenerife.

Me quedo impactado por sus palabras. Quizá por eso inhibo las mías propias. Ella vuelve a llorar. Esta vez no hay sollozos ni sacudidas. Solo silencio, la culpa y nosotros.

Pasados algunos minutos, lentamente me acerco a ella. Esta vez no la abrazo. Solo pego nuestros cuerpos y me agacho un poco para susurrarle algo oído. De los dos, probablemente yo sea el débil.

—Tú también eres la persona que más he querido en la vida. Y lo peor es que sé que nunca querré a nadie igual. Para mí, el amor es algo que solo existirá en los recuerdos.

Siento el escalofrío que la recorre entera. Después, asiente una sola vez. El labio le tiembla, pero deja de llorar en el acto. Yo la miro. La miro, y la miro y me pregunto si alguna vez lograré superar lo que siento con un solo parpadeo de esta mujer. Da igual qué versión de Emi tenga delante: si la valiente, la guerrera, la enfadada o la frágil. Es ella. Solo ella, sin más, la que me hace sentir débil, inestable; un niño de nuevo.

—¿Puedo dormir contigo? —pregunta de pronto. Sus ojos casi me lo imploran. Veo en ellos el miedo a encontrar una negativa. Y una necesidad... la de que podamos estar cerca.

—Te diría que no —contesto—. Pero entonces no tendría sentido que te haya traído a mi casa en plena noche.

—No tiene por qué pasar nada —se apresura a aclarar y, a pesar de todo lo que llevamos a cuestas, se sonroja.

Yo asiento. No sé si el hecho de que no vaya a pasar nada me tranquiliza o si no. Dormir con ella y no poder tocarla será una tortura. Pero tocarla y dejarla marchar ya he asumido que es algo que no podría soportar.

Sin más dilación, me pongo en pie y le tiendo la mano. Emi se levanta y juntos caminamos por el pasillo hasta mi habitación.

Es tan aséptica como el resto de la casa, pero ella no comenta nada. Se limita a darse la vuelta y a empezar a quitarse capas de ropa, dándome la espalda. Como si no la hubiera visto desnuda cientos de veces. Como si no hubiera fantaseado con su piel desde el minuto uno en que mis ojos se posaron en ella.

—¿Te dejo un pijama? —le pregunto.

—No hace falta. Aquí dentro hace calor.

—Si tu idea es que no pase nada, no entiendo por qué quieres ponérmelo difícil —digo con una sonrisa que, a su vez, le arranca a ella una pequeña carcajada.

—Me taparé hasta los ojos. —Vuelve a sonreírme y, lentamente, se desliza sobre la cama, cubriéndose con la colcha.

Yo resoplo para mí. Ya la tengo dura, y no va a haber manera humana de que no se dé cuenta. Decido que me da igual. Así que rápidamente me quito los pantalones, cojo una camiseta vieja y me meto a su lado, pero a una distancia prudencial.

Emi busca mi mano en cuanto mi cuerpo se sitúa al lado del suyo. Yo entrelazo nuestros dedos y respiro hondo.

Intento cerrar los ojos y dormir, hasta que su voz me alcanza en oscuridad.

—¿Julien?

—Dime, Emi.

—Yo tampoco podré querer a nadie nunca como te quise a ti. Hace tiempo que decidí dejar de intentarlo.

No respondo a sus palabras. Estoy demasiado ocupado digiriéndolas y procurando que el nudo que se ha instalado en mi garganta no me asfixie.

Vuelvo a respirar hondo. Y después alargo el brazo hasta atraerla contra mi cuerpo. La noto temblar una vez más. Y sonrío para mí.

Pasados unos minutos, ambos nos quedamos dormidos.

17 de diciembre

Abro los ojos a la mañana siguiente con ruido de perchas, tela deslizándose y los cordones de unas zapatillas.

Solo tardo dos segundos en recordar dónde estoy. Desnuda, entre las sábanas de la cama de Julien y sin él a mi lado.

Enfoco la vista hasta que mis ojos dibujan la imagen de mi exmarido poniéndose la ropa.

—¿Jules? —Mi voz pastosa le advierte de que ya he abierto los ojos. Se gira. Y lo veo a medio vestir y con el pelo aún revuelto después de una noche juntos sin estarlo.

—¿Ya estás despierta? —pregunta.

—Sí. ¿Tienes que irte?

Asiente con la cabeza.

—Tengo trabajo.

Me incorporo un poco en la cama y trato de desperezarme. La colcha que me cubre cae un poco y deja al descubierto el inicio de mi pecho.

Sus ojos se deslizan lentamente por mi cuello hasta ese trozo de piel que se deja ver. Carraspea un poco y enseguida se da la vuelta para coger algo de su armario.

—Ten. Ponte esto. —Me tiende una vieja sudadera y yo me la pongo con rapidez. No quiero que piense que esto es algún intento de seducción por mi parte.

—En realidad debería vestirme —comento—. Si tú te vas no tiene sentido que me quede.

—Puedes estar aquí todo el tiempo que necesites. Duerme más, desayuna con calma. Haz lo que quieras, no hay prisa.

—¿Seguro?

—Seguro.

No hay ninguna sonrisa que acompañe a su afirmación, pero lo cierto es que tampoco veo dudas. Y eso, de momento, es suficiente.

Observo cómo termina de vestirse y sonrío para mí, porque empresario o no, jefe o no, no hay prenda con la que Julien se identifique más que unos vaqueros y unas deportivas. Como cuando era joven. Y si hay algo que me alegro de haber confirmado en las últimas horas, es que el Julien de ahora sigue muy en contacto con el Julien de veinte años con el que me casé. Y eso me da esperanza.

Cuando termina de vestirse, se vuelve hacia mí.

—Cierra fuerte al salir, por favor —me dice.

—¿Nos veremos luego?

—No lo sé. Mi plan para hoy es estar en la oficina y escaparme en algún momento al hospital a ver a Carrie y a Sara.

—Bueno, quizá coincidimos por allí...

—Quizá. —Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa rígida. No sé por qué, pero intuyo que no va a acercarse. A pesar de todo lo que nos dijimos anoche, de haber dormido juntos, de lo que dejamos ver al otro. A pesar de eso o, tal vez, como consecuencia de todo ello.

—Bueno. —Agacho un poco la mirada—. Pues...

—Sí, ya nos veremos.

Cuando veo sus pasos encaminarse hacia la salida, me pongo en pie como acto reflejo y lo sigo por el pasillo. Solo llevo la sudadera, por lo que mis piernas desnudas se erizan al perder el contacto con la colcha.

—Julien. Espera.

—¿Qué? —Se detiene antes de coger las llaves de su casa. Yo me acerco y pongo una mano en su cintura, hasta que se da la vuelta. Me mira de arriba abajo, como cuando aún estábamos casados y nos costaba decirnos adiós por las mañanas.

—Solo... solo quería darte las gracias —le digo.

—¿Las gracias por qué?

—Por lo de anoche.

—¿Por qué parte, exactamente?

—Por todo, en general.

Julien suspira. Lo hace con fuerza, como intentando deshacerse de toda la energía que excede de esta situación. Después sus ojos se imantan con los míos, al igual que dos polos de cargas opuestas.

—No tienes por qué darme las gracias. En realidad, no hice nada que debas agradecerme.

—*En realidad*, sí. Si reflexionas sobre ello con perspectiva, verás todo lo que me diste en unas pocas horas.

Julien asiente despacio, sin dejar de mirarme ni un segundo. Después traga saliva y coloca sus manos sobre las mías, que siguen posadas en su cintura.

—Pasa un buen día, Emi.

Sin más, se separa lentamente de mí y camina los pocos pasos que lo separan de la puerta.

—Espera, Julien, por favor —vuelvo a decirle. No quiero que se vaya. Me da la sensación de que en el momento que cruce la puerta lo perderé para siempre.

Se detiene.

—Dime —murmura con cierto cansancio en su voz.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es una despedida?

—Posiblemente porque lo sea. Te quedan pocos días aquí.

—¿De eso trataba lo de ayer? ¿Te estabas despidiendo de mí de manera definitiva?

De pronto, lo veo claro. Julien llevándome a esa casa que ya no nos pertenece. Julien consolándome entre las cuatro paredes de su nuevo hogar. Julien accediendo a dormir conmigo. Julien diciéndome más de lo que se suele permitir. Julien cerrando el pasado.

—Créeme, Emi. Despedirme de ti de manera definitiva es solo posible en un mundo utópico. Estoy haciendo lo que tengo que hacer para sobrevivir. Estos días te he dado más de lo que pensé que podría.

—Pero...

—Shhh. —Se acerca a mí y, muy despacio, deja un beso en mi frente. A pesar de todo lo que encierra es dulce, sentido. Me estremece. Sus labios me vuelven a acariciar y, unos segundos más tarde, se separa—. Adiós, Emi.

A continuación, abre la puerta de su casa y se gira un segundo para mirarme una última vez.

Después, desaparece.

Y allí me deja. Mirando el trozo de madera que me separa del futuro incierto de lo nuestro.



Paso el resto del día en un estado de confusión que no me gusta.

Abandono la casa de Julien prácticamente cuando él se marcha, porque no quiero estar aquí sola. Me hace sentir incómoda ver la manera en la que vive ahora. No logro identificar este espacio con él. Y no quiero cuestionarme por qué ha decidido vivir así y qué papel juego en ello. No quiero ser aún más consciente del daño que le hice.

A media mañana recibo un mensaje de mis padres. Bueno, más que palabras escritas lo que llega a mi móvil son imágenes de sus dos caras juntas mirando a la cámara con culpabilidad mientras brindan con copas de champán. Eso y un montón de emoticonos del angelito de WhatsApp que pretenden ablandarme.

Ni siquiera les contesto. Bastante tengo yo con lidiar con los restos de mi matrimonio como para estar pendiente de este *remake* del suyo.

Después de pasar por casa de Carrie, darme un baño, organizar un poco mi ropa y pedir algo de comida tailandesa, me escapo al centro de Chicago a pasear por las calles de la ciudad.

Es evidente que las fiestas cada vez están más cerca. Todos y cada uno de los comercios parecen llenos de gente. Me apetece comprar algo que llevarme de recuerdo, pero consulto el saldo de mi cuenta en el móvil y enseguida acepto que no puedo dejarme ni un dólar más en lo que me queda en Estados Unidos.

Pero ese es otro tema.

A media tarde decido coger la línea de autobús que lleva al hospital. Intento disfrutar de la ciudad iluminada mientras nos alejamos del centro, sin embargo, mi cabeza se las ingenia para que pase todo el trayecto pensando en Julien. En lo absoluto y en lo relativo. En que, seguramente, él sea mucho más inteligente que yo al obligarnos a mantener las distancias; por mucho que a mí me salga hacer las cosas de otra manera, por mucho que quiera lanzarme a sus brazos y hacerle ver que jamás he podido olvidarlo ni creo que pueda.

El siempre fue por delante. Y tal vez debería dar respuesta a esas preguntas que él me hace en voz baja antes de tomar una decisión definitiva.



Cuando llego al hospital media hora más tarde, Freddie y Carrie tienen visita. Me insisten en que me quede con ellos, pero quiero dejarles intimidad. Están con el asesor de Carrie, que ha venido a darle reporte de la primera semana del hotel. Sé que, ahora mismo, el negocio no es prioritario en la vida de mi amiga, pero también sé que ha dejado demasiado esfuerzo, dinero e ilusión en él como para pasar por alto el desarrollo de la primera semana.

—Puedes bajar a la cafetería —me dice Freddie con complicidad—. Creo que Julien está allí tomando algo.

Asiento. No hace falta que me lo proponga dos veces. A pesar de la sensación amarga que se me ha quedado en la boca del estómago cuando nos hemos dicho adiós esta mañana, las ganas de verlo me pueden. Creo que siempre será de esa manera.

Así que voy a por él.

Bajo tres pisos en ascensor hasta la planta baja y, cuando entro en la cafetería, tardo dos segundos en localizar a Julien.

Está sentado en una de las mesas del fondo, con la misma ropa que llevaba esta mañana cuando ha salido de su casa.

No es su pelo despeinado ni la cara de cansancio que luce lo que llama mi atención, sino sus manos extendidas sobre la mesa. Y unos dedos largos de mujer acariciándolas.

La maldita Megan.

La reconozco de espaldas. Con ese pelo negro demasiado estropeado por la plancha. Con su ropa de marca, pero sin gusto alguno. La imagino gimiendo bajo el cuerpo de mi marido y quiero gritar, eso es cierto. Pero aún me molesta más verla a día de hoy insistiendo en forzar un acercamiento con él.

Me llevan los demonios.

—Hola —los saludo situándome junto a ellos sin perder tiempo—. Espero no interrumpir.

Los ojos de Julien se alzan en mi dirección. Después mira sus manos unidas a las de Megan. Las separa de inmediato y ella frunce el ceño al tiempo que gira la cabeza para verme mejor.

—Emi..., pensaba que ya habías vuelto a *tu* casa. —Los dientes le chirrían al recalcar que mi sitio es otro, y no Chicago.

—Alargué mi tiempo por aquí una semana más. ¿No te ha mantenido al tanto Julien?

—Pues no. —Pone cara de tonta—. Ha estado un poco liado y no nos habíamos visto hasta hoy, que me ha llamado para tomar un café.

Le sonrío con falsedad mientras me imagino a mí misma haciéndola tragar de un bocado el donut que descansa en su plato.

—No sabía que estabas por aquí —me dice entonces Julien, llamando mi atención—. Pensaba que habrías venido por la mañana.

Me giro hacia él, conteniendo las ganas de decirle delante de Megan que he estado muy ocupada digiriendo la noche que hemos pasado juntos.

—Acabo de llegar, pero Carrie y Freddie estaban con gente, así que he bajado a tomar algo.

—Pues llegas justo a tiempo —interviene Megan de nuevo con su cara de mosca muerta—. Julien y yo estábamos haciendo planes para la noche de fin de año. Ninguno de los dos tenemos nada especial pensado y estamos valorando la opción de hacer algo juntos. ¿Alguna idea?

Me dan ganas de estrangularla con mis propias manos en cuanto deja salir esas palabras. Primero, porque sé que está intentando provocarme con eso de «hacer algo especial los dos juntos». Segundo, porque la noche de fin de año es la fecha de nuestra boda. Una boda de la que no pudimos celebrar ningún aniversario, a pesar de que el último día del calendario siempre será una fecha señalada por más de una razón.

—Unas cuantas —le contesto con un chorro de frustración mal contenida—. Aunque más que ideas nuevas son cosas que ocurrieron, así que no creo que te sirvan de nada.

Se hace el silencio. A nadie le ha pasado desapercibido mi tono avinagrado. Julien me mira a mí, Megan lo mira a él y yo los fulmino a ambos con la mirada.

Justo en ese momento, el móvil de mi archienemiga suena. Por la manera en la que arruga el ceño, sé que es una llamada que no puede evitar responder.

Hace un gesto con la mano y se pone en pie para contestar. Automáticamente, yo ocupo el sitio que ella acaba de dejar.

Julien no dice nada. Se limita a observarme mientras aparto el plato que ella estaba usando.

—¿Puede saberse por qué estás cabreada? —pregunta.

—No la soporto. Ya lo sabes. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—Es amiga mía; amiga de la familia. No te costaría tanto ser un poco más amable.

Chasqueo la lengua.

—¿Fin de año, Julien? ¿Los dos solos? ¿En serio?

Julien parpadea.

—¿Qué querías que hiciera? Lo ha propuesto ella.

—Podrías haberle dicho que no.

—¿Y eso por qué? No puedo decirle: perdona, Megan, pero no tengo permitido hacer ningún

plan en esa fecha porque coincide con el aniversario de un matrimonio que se rompió hace casi una década. —Su mirada se intensifica—. ¿No ves que no tiene sentido?

—No se trata de eso.

—Vale. ¿Y de qué se trata?

Dudo durante un par de segundos sobre si darle una respuesta sincera. Enseguida decido que sí.

—De que ella puede hacer planes contigo a largo plazo y yo no.

—¿A largo plazo? Fin de año es en unos días.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—En realidad, no.

—Vale. Da igual. Siento haberos interrumpido. Mejor hablamos en otro momento.

Me pongo de pie en el acto. No como si fuera una adolescente protagonizando una pataleta, sino como una adulta que no sabe cómo dominar sus emociones cuando al mismo tiempo quiere gritar, llorar, besar, pensar y actuar.

Julien me sigue cuando abandono la cafetería. Me meto en un pasillo desierto, alumbrado por unos tubos fluorescentes, en el que solo se escuchan los pasos de mi exmarido caminando detrás de mí.

—¿Qué es lo que te pasa, Emi? —Me sujeta por el brazo para que detenga mi avance—. Estás reaccionando de manera desmedida.

Me quedo quieta, dejándome vencer. No solo por su contacto, también por su voz. Es dulce, pero a la vez hay dudas en ella. Creo que es por eso, por la confusión impresa en su tono y en su mirada, que exploto. O quizá no. Quizá es por mí, porque estoy harta de no saber lo que quiero; peor aún, porque estoy harta de saberlo en el fondo, pero no atreverme a gritarlo.

—¿Que qué me pasa, Julien? Me pasa que no quiero irme. No quiero que hagas planes con Megan ni con ninguna otra chica que no sea yo. No quiero volver a una vida en la que tú no existes o en la que ambos dejamos de luchar, porque ahora sé que no fue así. No quiero que quieras despedirme de mí

—Emi, joder. —Se frota los ojos unos segundos antes de seguir mirándome.

—¿Y sabes qué más? Que tenías razón. Todos teníais razón. Hemos llegado a un punto en el que el pasado ni siquiera importa. Importa el futuro.

—Por supuesto que importa el pasado.

—No quiero irme, Julien.

—Emi...

—Creo que te quiero. —Me acerco un paso más hasta que lo toco. El color ha abandonado su cara, las pupilas se le han dilatado.

—Dios...

—Creo que nunca he dejado de hacerlo. Dudo de verdad que alguna vez pueda conseguirlo.

—Y yo creo que no sabes lo que estás diciendo, y ya te lo dije, Emi: no soportaría volver a perderte.

Alzo las manos hasta su rostro. Le acaricio los labios con mis dedos y siento que se estremece.

—Esto no va de perderme, Julien, sino de averiguar si hay algo que podamos recuperar. ¿Es que no lo entiendes?

Pasan varios segundos en los que solo se escucha el silencio, pero creo que esas palabras, pronunciadas desde lo más hondo de mí, son las que consiguen que se rinda. Porque lo hace. Lentamente, pero lo hace. Lo veo en sus ojos al mirar dentro de los míos, con cautela, en busca de

una seguridad a la que agarrarse. En sus manos que se enredan, despacio, con mi cintura, tanteando. En su boca que me persigue y en su cuerpo que impacta contra el mío. Los primeros instantes no sabría decir si hay determinación o duda en la manera que se acerca, solo soy testigo de cómo desconecta todos los sentidos: el común, el de supervivencia, el de alerta.

Todos y cada uno.

—Entiendo que todo esto es una puta locura, así que espero que al menos tú sepas qué estamos haciendo, porque ya no aguanto más —dice bajito, y empieza a actuar solo por ese instinto que le habla de nosotros.

Y, al hacerlo, me besa.

Nos hemos besado cientos de veces. La primera, al bajar del autobús donde nos conocimos. La del día que nos convertimos en marido y mujer. En nuestra noche de bodas. La última, cuando queríamos mirar a otro lado y no aceptar que nos consumíamos. Pero en esta hay algo diferente.

Julien se deja el alma en este beso. Se deshace de las barreras que lo llevan protegiendo años y me deja ver todo. La necesidad, el rencor, el anhelo, el deseo y el amor indestructible que siente por mí; el mismo que yo siento por él.

Yo no impongo mi propio ritmo. Me limito a seguir el suyo. Quiero darle lo que necesita. Si lo quiere brusco, será brusco. Si quiere alargarlo, lo alargaré con él. Si quiere perderse en nosotros, no seré yo quien le muestre el camino de vuelta. Apagaré la luz y solo le daré la mano, a oscuras.

La realidad es que el beso se transforma en una mezcla de todo. Sus dientes me arañan. Las lenguas se retuercen, dibujando un infinito, y los labios están tan unidos que no se sabe dónde acaba él y dónde empiezo yo.

Doy gracias por que no haya nadie en este pasillo cuando Julien se aventura a tocarme por encima de la ropa. Primero, las caderas, segundo, la cintura, después los pechos, hasta que se vale de mi propio trasero para acercarme aún más a él.

—Deberíamos ir a casa —digo sin aliento.

—Deberíamos.

No dice nada más, pero lo conozco y sé que está pensando: «Quiero tenerte de tantas maneras que sin duda vamos a necesitar una cama».

El vientre se me tensa por dentro cuando Julien se separa y decide tirar de mí.

Nos alejamos de todo.

Avanzamos por el hospital en busca del ascensor que lleva al *parking*.

Después subimos al coche, cogemos la autovía y alcanzamos la velocidad máxima permitida. Nada de eso consigue distraerme del hecho de que Julien me ha vuelto a besar. No con resignación o con rabia, sino como mi marido.

Lo he sentido.

Llegamos a casa de Carrie en un abrir y cerrar de ojos. Quiero pensar que ha elegido este destino porque está más cerca que su propia casa. Pero apenas le dedico un segundo más a ese pensamiento, porque en cuanto cerramos la puerta principal ya estamos enredados de nuevo.

Veo sus capas deshacerse conforme cae una prenda; mía, suya, ¿qué más da, cuando el objetivo es la piel?

Este Julien que se desnuda delante de mí no es el hombre con el que me acosté hace unos días. Vuelve a ser un niño que besa con prisa y ama despacio. Vuelve a ser la persona que me veneraba cada vez que nuestros cuerpos se unían. Lo demuestra en el mismo instante que me tumba en la cama y su boca me recorre de extremo a extremo. Con amor. Con una pasión ciega que hace que la respiración me falle.

Lo hacemos una vez. Despacio, sin prisa, sin rabia. Solo él y yo, reconstruyendo ese pasado

que dejamos escapar. Fundimos los recuerdos con el presente. Y no nos paramos a pensar si habrá un futuro, porque el ahora es lo único que tiene cabida.

Cuando acabamos, lo hacemos de nuevo y, después, volvemos a tenernos tirados en el suelo. Nos lo damos todo, placer, caricias, con la boca, con las manos y con el instinto.

Durante horas.

El reencuentro se materializa, lentamente, en una habitación que no es nuestra.

Esas sensaciones se quedan con nosotros toda la noche, pero, cuando abro los ojos, el mañana ya ha llegado. El calendario pasa una hoja y el reloj interno me indica que mi tiempo en Chicago se agota.

Sin embargo, yo hacía ocho años que no me sentía tan en casa.

18 de diciembre

Había olvidado cómo es desayunar con Julien cuando no tiene prisa. De mi mente se había evaporado el recuerdo de algunas manías suyas, como que no tuesta el pan, sino que solo lo calienta durante un par de minutos. También esa costumbre suya de tomar la leche fría, sea verano o invierno, mientras que en un tazón aparte lo espera un chute de café americano casi hirviendo.

Sin embargo, hay cosas que no he podido olvidar. Por ejemplo, la manera en la que repasa en su mente qué lo espera en el nuevo día. O cómo me mira a mí, como si diera las gracias de amanecer a mi lado. Eso no ha cambiado en absoluto, a pesar de todo lo que llevamos vivido.

Además, esta mañana hay algo diferente. Algo que, si he olvidado, es porque antes no existía. Es una complicidad, un poco tímida, que flota entre los dos. Es el no saber cómo tratarnos después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Es el miedo a no saber qué es decir demasiado y qué es no decir lo suficiente. Es confusión. Pero, pese a ello, la sonrisa no se me borra de la cara mientras remuevo mi café con la cuchara.

—¿De qué te ríes? —pregunta Julien, sonriendo a su vez.

—De ti. De mí. De lo que ocurrió anoche.

—Si te hace gracia es que hay algo que no debí de hacer muy bien.

—No me hace gracia en ese sentido, bobo. Lo que pasa es que me hace sonreír.

—Ah. —Sonríe, a su vez, con aire misterioso—. Entonces vale.

Guarda silencio y yo lo observo mientras da un bocado a su tostada. Una miga se le queda pegada en la comisura del labio, pero se la aparta con la lengua en un gesto distraído.

—¿Qué piensas tú de lo que ocurrió anoche? —le pregunto.

—Que estamos bien jodidos —responde.

—Muy romántico, sí, señor.

Julien suaviza el gesto y extiende la mano para tocarme. Duda un instante sobre si hacerlo o no. Finalmente sus dedos buscan los míos.

—No me malinterpretes. Fue todo increíble. Y, antes de que lo preguntes, no, no me arrepiento. Pero...

—¿Por qué siempre hay un pero?

—Porque tú vives en España y yo en Chicago, Emi. Suponiendo que consigamos dejar atrás el pasado, aún queda mucho que hablar sobre el futuro.

—¿Suponiendo?

—No hemos tenido ninguna conversación al respecto.

—¿Y de quién es la culpa?

Julien parpadea.

—En este caso, mía —reconoce—. Pero estoy dispuesto a hablarlo. Creo que sin solucionar eso no podemos saber si hay posibilidad de seguir avanzando por este camino.

—Pensaba que lo de anoche fue algo significativo.

Julien se frota los ojos. Creo que quiere elegir sus palabras cuidadosamente. El terreno por el que nos movemos es inestable y ambos debemos medir con cuidado todo lo que sale por nuestra

boca.

—¿Por qué te fuiste, Emi? —pregunta, dejando atrás la línea de conversación que perseguíamos.

—Por demasiadas cosas que ahora mismo no importan.

—Cuéntamelo. Quiero entenderte.

Me lo pienso unos segundos. Comprendo lo que está pidiéndome. Si de verdad pretendo plantear un futuro a su lado, hay cosas que debemos cerrar. Dejo escapar un suspiro y asiento. Y así es como, ocho años después, Julien y yo por fin podemos hablar de todo lo que fue mal con nosotros.

Empiezo hablándole de la impulsividad que me caracterizaba a los diecinueve años, que debía convivir con esa necesidad mía de encontrar la estabilidad para compensar que desde siempre había vivido con unos padres que no supieron dármele.

Hablamos también de él. De la desgana que regía su vida. De su incapacidad para comprometerse con la búsqueda de su propio camino. De sus sombras, inseguridades y lo difícil que podía ser acceder a él en ciertas ocasiones. De que, a veces, me sentía sola, a la deriva, tratando de llevar el peso de todo. De que mi decisión de dejar mi antigua vida por él traía implícita una serie de expectativas que no se cumplieron. Tanto que, en los días más oscuros, me preguntaba si había merecido la pena abandonar mi país, mi familia, mis amigos y la posibilidad de estudiar para tirar de un matrimonio que había llegado muy pronto.

Mientras sigo hablando, todo ello se relaciona con la frustración que me embargaba cuando dejaba un trabajo. No porque estuviera en búsqueda de qué era lo que le llenaba el alma, sino, precisamente, por lo contrario, porque consideraba que nada lo haría y, por tanto, no se esforzaba lo suficiente por perseguirlo.

Le explico que, además de todo eso, existía un problema que ahora es evidente, pero que entonces no lo era, y es el factor de nuestra juventud, que ejercía como cristal distorsionador de la realidad. Eso, más nuestras emociones aún sin madurar, nos jugó más de una mala pasada, provocando que él se sintiera más desgano de lo que tocaba y yo aún más perdida.

—Nunca lo había visto desde tu perspectiva —admite él cuando termino de teorizar sobre nuestro pasado.

—Es normal, el desarrollo de la empatía se perfecciona con la edad. Yo tampoco supe ver que igual lo que necesitabas era mi ayuda, no más presión por mi parte.

—Supongo que tienes razón, enamorarse tanto siendo tan jóvenes actuó en nuestra contra.

Seguimos debatiendo. Yo poniéndome en su lugar, diciéndole que ahora sí soy capaz de comprender su postura. Él, desde una posición más flageladora, se culpa por no haberme dado lo que necesitaba cuando se había esforzado por conocerme tan a fondo.

—Siento haberme ido sin despedirme —susurro de pronto—. Te juro que, si pudiera volver atrás en el tiempo, no lo haría así.

—Lo sé. Pero sé que esperaste por mí a tu manera. Quizá yo tardé mucho en reaccionar.

—También siento que malinterpretaras lo de Marc. Te aseguro que nunca, ni por un instante, se me pasó por la cabeza volver con él.

—Pensé lo peor. Yo era tan desastre y él tan... médico. —Dibuja una sonrisa amarga—. La inseguridad fue en mi contra.

Yo asiento, despacio, mientras recapacito. Y después sonrío. Sonrío porque siento alivio por haber podido poner palabras a todo esto. Sonrío también por haber escuchado su versión y no sentirme culpable. Sonrío porque cada historia tiene dos caras y no siempre hay malos y buenos. Él tiene razón en sus argumentos al igual que yo la tengo en los míos. Su interpretación de la

realidad no es incompatible con la mía y eso me tranquiliza, porque desde que descubrí que él vino a por mí había sentido demasiada culpa por dentro.

—¿De qué te ríes ahora? —me pregunta.

—De lo civilizada que está siendo esta conversación —respondo—. Me parece increíble.

—Eso son las ganas de solucionarlo.

—¿Lo quieres solucionar?

—Pensaba que no, ¿sabes? Pensaba que nunca querría escucharte citar los motivos por los que te marchaste de mi lado. Pensaba que nunca podría perdonarte.

Asiento de nuevo. Me duele que haya sentido un resentimiento tan potente durante años y años.

—¿Y qué ha cambiado?

—Que has vencido al rencor. Te ha llevado poco más de una semana, es inquietante. —Sonríe

—. Solo unos días a tu lado han conseguido que ocho años de resentimiento queden reducidos a nada.

—¿Crees que eso cierra el pasado?

—Creo que ayuda a que mirar atrás ya no duela tanto —responde.

Me quedo unos segundos pensando en esas palabras. Mis ojos se pierden a través del ventanal de casa de Carrie y veo que hoy el sol brilla después de unos días de temporal.

Una metáfora, quizá.

—¿Y qué hay del futuro? —le pregunto.

Julien traga saliva.

—El futuro, Emi, es complicado.

—Lo sé. Pero algo tendremos que hacer, ¿no?

Su expresión se vuelve seria de pronto. Se recoloca un poco en la silla y suelta nuestras manos, que permanecían entrelazadas desde el principio de la conversación. Se mesa el pelo con suavidad.

—Si quisiéramos plantear un futuro hay dos salidas, ya lo sabes. Y en ninguna de las dos salimos ganando.

—Tampoco perdiendo.

—¿Dejarías tu trabajo sin tener la oportunidad de la plaza?

—Puedo considerarlo.

—¿En serio?

—Ya lo dejé todo una vez. Estoy dispuesta a volver a hacerlo.

Julien chasquea la lengua.

—«Dejarlo todo» es precisamente el tipo de planteamiento que no quiero que tenga cabida en esta situación.

—No entiendo qué quieres decir.

—Que no quiero que en las decisiones que tomemos haya lugar para reproches.

—Es que no tiene por qué haberlos.

—¿Te parecería bien que yo dejara mi empresa con lo que me ha costado levantarla?

Me tomo un segundo para pensar.

—No. Claro que no —respondo.

—Pues, como te decía, estamos bien jodidos.

—Pero ¿por qué? Ya te he dicho que yo podría...

—Emi, no. No tiene sentido que tomes una decisión tan drástica. Tampoco que la tome yo, me hago cargo.

—¿Qué quieres decir? ¿No hay futuro?

—Es que es difícil que lo haya.

—Entonces ¿de qué te ha servido perdonarme? ¿O es que en realidad no lo has hecho?

Julien se calla. Cierra la boca y mira al techo. Interpreto ese gesto como una negativa a la pregunta que le he planteado.

—¿Julien? —inquiero.

Él vuelve a mirarme.

—Lo estoy poniendo todo en perspectiva. Conseguiré perdonarte porque he podido entenderte. No será hoy, no será mañana, pero el rencor no hablará por mí nunca más.

Guardo silencio al entender que Julien está siendo demasiado claro. Habla de enterrar sentimientos, del enfoque que consigue sanar los recuerdos, pero el futuro... el futuro es algo que ni siquiera se está planteando.

—¿Tú me quieres, Julien? —le pregunto.

Él resopla.

—Vamos a ver, Emi...

—No, olvidemos la pregunta. Tú me quieres. Lo sé. Lo has demostrado de más maneras de las que probablemente eres consciente.

—Está bien, no voy a negar algo que es obvio, pero precisamente por todo lo que aún siento no puedo pensar solo en mí.

—No te corresponde a ti tomar decisiones que me pertenecen —le digo.

—Lo sé. Pero sí me corresponde contemplar qué factores pueden herirnos.

—Julien... —Me acerco a él despacio, levantándome de la silla. Me coloco entre sus dos piernas y meto las manos en su pelo. Él suspira. Su aliento me acaricia las mejillas—. No quiero irme sin ti.

—Emi, si todo fuera diferente me daría igual el pasado. Te lo juro. Te cogería ya, ahora, y no te soltaría. Pero las cosas no son así. No hay solución para la situación que vivimos en la realidad.

—¿Entonces por qué dejaste que ocurriera lo de anoche?

—Ya sabes la respuesta.

—No. No la sé.

—Hay cosas que siempre nos acaban superando. Cosas como las emociones, el instinto, la conexión. Siento mil cosas por ti, Emi. No siempre puedo controlarlas.

Me acerco a su pecho y dejo la cabeza ahí, descansando con el sonido de su corazón inundando mis oídos. Late como loco. Y sé que eso debería darme seguridad, la seguridad de que mi efecto sobre Julien es real, pero lo conozco. En su discurso no hay lugar para la réplica. Y a mí cada vez me quedan menos horas para averiguar cómo colarme dentro.



El día pasa lento hasta aproximadamente la hora de comer, cuando recibimos una llamada de Freddie informándonos de que a Carrie le dan el alta esta tarde. Es una noticia agridulce, porque, aunque ella ya está bastante recuperada, a la pequeña Sara aún le quedan semanas en el hospital.

—Tal vez deberíamos prepararle algo —le digo a Julien.

—¿Algo como qué?

—Una fiesta de bienvenida.

Julien se ríe.

—Creo que Carrie ya ha cubierto el cupo de fiestas hasta dentro de muchos meses.

—Podemos hacer algo en *petit comité*. Solo nosotros, tu madre y los padres de Freddie. Algo

para que no sea tan duro llegar a casa sin su bebé.

Mi exmarido me mira a los ojos unos segundos, con la duda reflejada en sus pupilas.

—No sé yo, Emi...

—Para dedicarte al tema de los eventos, eres bastante duro de convencer. —Pongo los brazos en jarras y él vuelve a reírse por lo bajo.

A continuación, me observa durante unos segundos hasta que veo la rendición cruzar sus facciones.

—Ya estás tú para convencerme de lo que sea. —Se acerca a mí y deja un beso en mi sien—. ¿Qué no te daría yo...?

Me quedo mirándolo y entrecierro los ojos. Ambos sabemos al instante lo que está pasando por mi cabeza.



A las seis de la tarde termina de hacerse evidente ese poder mío de convicción del que hablaba Julien.

Hemos decorado la casa, que ya de por sí estaba decorada por la llegada de las fiestas. Hemos encargado un *catering* sencillo para que no tengamos que cocinar ni recoger después. Queríamos preparar un cartel con las palabras: «Bienvenidos a casa, familia», pero no queríamos que la ausencia de Sara se evidenciara todavía más.

En su lugar, hemos preparado una buena selección musical y, encima de la chimenea, hemos puesto tres calcetines con los nombres bordados para que mantengan la esperanza de pasar esta Navidad todos juntos en casa.

Mary y los padres de Freddie llegan un poco antes de que lo hagan ellos dos.

Nos entretenemos hablando de las novedades acerca del estado de la niña hasta que escuchamos la puerta principal abrirse.

Acto seguido, Carrie y Freddie hacen su entrada en el salón. Él se limita a sonreír, mientras que mi amiga se deshace en lágrimas prácticamente al instante.

Mary se acerca a ella y la abraza con mimo. Carrie se deja ir entre los brazos de esa mujer que ha sido una madre para ella.

—No tendría que ser así —solloza—. Tendríamos que haber vuelto a casa los tres.

—Shhh, tranquila, mi niña. A veces las cosas no salen como deseamos, pero eso no significa que no acaben siendo perfectas.

Carrie se desahoga unos instantes más con Mary y seguidamente se separa para saludar a sus suegros. Después me abraza a mí. Por último, a Julien.

—Haz alguno de tus trucos, Jules. Haz que las cosas sean como tienen que ser.

—Están siendo como tienen que ser, pequeña. Sara está mejorando, está en las mejores manos, y tiene un montón de gente que la adora y que la espera.

Pasado el momento inicial de emociones, Carrie se tranquiliza. Sigue bastante dolorida, así que se limita a dejarse caer en el sofá mientras todos cuidamos de ella de una manera u otra.

Pasamos las dos horas siguientes comiendo. Los padres de Freddie se van pronto, porque dicen que no quieren molestar. Después, entre Mary y yo ayudamos a Carrie a deshacer el equipaje que se llevaron al hospital. Mientras, Freddie y Julien están en la habitación de al lado, encargándose de montar la cuna para que todo esté listo cuando Sara por fin llegue a casa.

—¿Dónde pongo esta toalla? —le pregunto a Carrie.

—Déjala en tu habitación. Seguramente montemos ahí el ropero de la niña.

—¿En la habitación de invitados? —Mary parece extrañada.

—Sí, en principio sí. A no ser... —Se dirige a mí con las cejas en alto—. ¿Voy a tener que hacer de canguro de Julien cuando te vayas, Emanuelle?

Parpadeo un par de veces sin comprender. Mary, a mi lado, camufla una sonrisita.

—No sé qué quieres decir —le respondo.

—No te creas que no me he dado cuenta de lo diferente que está Julien. Está relajado. Te mira de distinto, habla distinto. Hasta respira distinto.

—Carrie... —Me muerdo el labio mientras miro de reojo a mi exsuegra.

—Tranquila, hija —me dice Mary—. Yo también me he dado cuenta.

—No hay nada de qué darse cuenta...

—Emi, por favor. Tú igual puedes disimular. Pero él no —sonríe Carrie—. Así empieza a soltar lo que sea que ha pasado. Tú te vas y nos dejas a nosotras para contener la situación. Ya puedes ir poniéndonos al día de lo que sea que ha ocurrido.

—Creo que me gustas más cuando las hormonas te hacen poner cara larga —le digo con retintín.

—Carrie tiene razón, Emi —interviene Mary con dulzura—. Es mejor que nos pongas al día.

—Pero...

—Ya sé que soy su madre. No me voy a escandalizar si mi hijo ha mantenido relaciones sexuales con una mujer. Y menos si es con una con la que ha estado casado.

Parpadeo unas cuantas veces, asegurándome de estar entendiendo correctamente a la madre de Julien.

—Vale. Está bien —cedo con cansancio en la voz—. Aunque no hay mucho que saber. Hemos limado asperezas. Hemos hablado del pasado y él va a empezar a perdonarme. Eso es todo.

—¿Pero os habéis acostado de nuevo? —pregunta Carrie—. No te guardes los detalles.

—Créeme, voy a guardarme los detalles de esa parte.

Ella dibuja una sonrisa. Mary también.

—Siempre te ha querido —dice la madre de Julien—. Supongo que a estas alturas ya lo sabes.

—Ella también lo ha querido siempre —comenta Carrie, sin dejar de sonreír—. Supongo que a estas alturas va a dejar de negárselo.

—No, no voy a negarlo —digo—. Pero da igual lo que sintamos. No parece que vaya a ser garantía de nada.

—¿Cómo es eso? —pregunta Carrie.

—Pues...

—Julien no quiere que renuncies a tu vida, ¿verdad? —adivina Mary.

—Así es.

—Pues que renuncie él a la suya —dice Carrie—. Si ha conseguido montar un negocio, puede montar otro sin problema.

—Carrie —interviene Mary—. Seguramente Emi tampoco quiera eso.

Mi exsuegra, suegra, o lo que sea en este momento, me mira. Me tranquiliza que esta mujer esté capacitada para poner palabras a todo lo que está ocurriendo, porque a mí se me ha atascado cada sílaba en la garganta.

—Yo no quiero que Julien renuncie a nada de lo que tiene. Menos aún sería capaz de pedirselo.

—No quieres que te lo reproche en el futuro —dice su madre.

—Exacto.

—Pues piensa que él se siente de la misma manera.

—Ya, pero no es lo mismo. Es cierto que estoy luchando por la plaza, pero puedo pedirme una

excedencia, convalidar mi título y tratar de acceder aquí a un puesto similar. No sé. Creo que hay soluciones.

—Es todo demasiado reciente, Emi —interviene Carrie, que lleva un rato en silencio, reflexionando sobre el tema—. Él no va a estar preparado para que toméis una decisión de ese calibre en este momento. Hace solo unas semanas te odiaba.

—Ya.

—Tu carácter es diferente al suyo. Tú te dejarías llevar por el impulso. Él, en cambio, necesita tiempo para asimilarlo todo.

—Carrie tiene razón. ¿Tú de verdad tienes claro que te gustaría volver a intentarlo?

—Tengo claro que mi sitio está con él. Y que nunca debí marcharme.

—¿No crees que te vendría bien algo de tiempo para pensártelo? Estamos hablando de que uno de los dos deje su vida —me recuerda Carrie.

—Lo sé —respondo—. Pero con todo lo que tenemos en contra creo que esta es una decisión que hay que tomar desde adentro; desde las emociones y no tanto con la cabeza.

—Respeto tu manera de verlo, Emi —dice Mary—. Me alegra saber que lo que sientes por mi hijo tiene tanta fuerza que te haría tomar una decisión así, desde las entrañas.

Yo asiento ante sus palabras.

—Pero... —añade ella—. Creo que Carrie tiene razón. Debéis pensarlo un poco. No solo porque el pasado aún dolerá durante un tiempo, sino por todo el daño que podéis hacer os en el futuro si tomáis esta decisión de manera precipitada.

—¿Entonces creéis que esperar es la respuesta? ¿Que lo mejor es que él esté aquí y yo allí y que el tiempo dirá lo que pasa?

Ambas mujeres asienten. Y yo me desinflo un poco por dentro.

Ya actué siguiendo la lógica en su día, haciendo caso de hechos que creí objetivos. Y Julien me demostró que la mente está para abrirla. Y que si él decidió cruzar medio mundo por mí a pesar de que todo parecía estar en nuestra contra, es porque la cordura está sobrevalorada.

¿No voy a ser yo capaz de desafiarla por él?



—La cuna ha quedado muy bonita —comento.

Carrie contiene un puchero.

—Sí...

—Tranquila, nena. —Su marido la abraza—. Dentro de poco Sara estará aquí, llenando los días de luz y las noches de insomnio.

Ella sonrío con timidez e intensifica el agarre a su marido.

Yo capto la mirada de Julien fija en mí, brillando, y me pregunto qué estará pensando.

Mary se percata de la imagen y sus labios se curvan antes de decir:

—Bueno, creo que lo mejor es que me marche y que os deje descansar.

—Sí —dice Julien—. Será lo mejor.

—Es cierto. Deberíamos irnos y dejarles intimidad —digo yo con aire distraído mientras hago el amago de buscar mi abrigo.

Todos en el salón me miran. Pero es Freddie el que habla.

—¿Y adónde vas a ir tú, Emi, si te quedas aquí?

Entonces me doy cuenta de que para el resto de gente puede ser algo chocante que yo dé por hecho que mis noches solo tienen sentido si las paso con Julien.

Él, de hecho, es el que más asombrado está por mis palabras. Sus cejas en alto lo dejan claro.

Mary y Carrie disimulan unas sonrisitas y Freddie espera una respuesta.

—Pensaba irme con Julien —digo, armándome de valor—. Si a él no le importa.

El aludido no contesta de entrada. Se queda mirándome. No estudia la reacción de su madre o de Carrie, solo me mira a mí. Como si estuviéramos solos. Como si nada más importara. Como si esto fuera un comienzo, y no la posibilidad de una segunda parte.

—No —dice por fin—. No me importa.

Y así, nos despedimos. Y así, dejamos la casa. Juntos.



—¿Has estado hablando con Carrie y con mi madre? —me pregunta cuando estamos en el coche.

—Puede.

—¿Eso es que sí?

—Sí —reconozco—. No es fácil engañarlas.

Julien asiente. Se queda callado. No hace falta que le hable de lo persuasivas que son Mary y Carrie. Tampoco que le comente que son mujeres perceptivas, que lo conocen bien, y que han reparado en que él está distinto. En que yo estoy distinta. En que nos tratamos distinto.

—¿Me deja esa conversación en buen lugar? —Su voz se escucha de nuevo en el coche.

—Me sorprende que hagas esa pregunta. Estás hablando de una conversación entre las mujeres que más te veneran en el mundo.

Eso lo hace sonreír.

—¿Te incluyes a ti misma en el grupo de esas mujeres? —Me mira de reojo.

—Digamos que soy alguien que decidió casarse contigo. Que nunca te ha olvidado. Y que pretende que un futuro entre los dos sea posible. Es muy probable que encabece la lista.

De nuevo, una sonrisa divide su rostro en dos.

—Interesante —murmura.

—Como si no supieras que me muero por ti.

—Sigue siendo agradable oírtelo decir.

Nada más bajarnos del coche minutos después, ya estamos enganchados. Mis dedos en su pelo. Sus manos en mi cintura. Y las lenguas retorciéndose la una contra la otra.

Es como si no quisiéramos perder el tiempo ahora que cada vez es más obvio que se nos agota.

Perdemos la ropa nada más entrar en su piso y, por primera vez, descubro lo que es hacer el amor con Julien entre las cuatro paredes de lo que él llama casa. Tan despacio, tan intenso, tan nuestros los dos en cada beso, caricia y embestida.

Tan efímeros.

Cuando los dos nos deshacemos en un clímax compartido, no abandonamos la cama. Nos encargamos de cuestiones higiénicas de manera acelerada y volvemos a perdernos entre esas sábanas que podrían protegernos a los dos cada noche.

Después, solo nos besamos. Encadenamos un beso con otro sin pensar, sin hablar, sin ponerle nombre a lo que hacemos.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunto de pronto. Un nudo en mi garganta me dificulta la respiración. Intento tragarlo, pero no lo consigo. Y si no lo consigo es porque esa pregunta me lleva a una noche. Era diciembre. Y él estaba a punto de plantearme la decisión más importante de mi vida. Sé que él también lo recuerda. Puedo asegurarlo por la manera en la que a continuación responde con las mismas palabras que yo pronuncié en su día.

—¿Qué tienes que hacer para qué?

—Para que te des cuenta de que un futuro entre los dos sí es posible.

—No podemos hacer nada. En menos de tres días sale tu vuelo. El margen de actuación y reflexión desaparece.

—Ya, pero yo...

—Shhh. —Julien me manda callar con delicadeza. Me acerca a él. Y me besa la sien—. Dame unas horas más de tregua, Emi. Seamos nuestros esta noche, seamos nuestros mañana, y que se acabe el mundo ahí fuera.

—¿Y después?

—Después... ya veremos.

19 de diciembre

Me despierto al día siguiente con los labios de Julien acariciándome el cuello. Sus manos me buscan también por debajo de las sábanas. Es como un juego. Él persigue mi piel. Yo me estremezco.

Pierde el primero que falle al dejar la mente en blanco.

Hoy va de eso. De fluir. De olvidar lo que fuimos y lo que podemos ser. De vivir solo lo que somos, en este instante, en el ahora.

Hago caso a las palabras que Julien dijo anoche: «Unas horas más de tregua, Emi. Seamos nuestros esta noche, seamos nuestros mañana, y que se acabe el mundo ahí fuera».

Y eso hacemos. Nos regalamos un día siendo nuestros. Solos él y yo.

Un paseo por los recuerdos.

Pasamos la mañana en casa. Los dos. Solo piel y saliva. Hablamos entre las sábanas de cosas sin importancia y otras que podrían cambiarlo todo.

De cómo él montó la empresa y yo me saqué la carrera. De cómo desarrolla sus servicios y cómo yo hago malabarismos entre las cosas que llevo. De la manera en la que trata a sus clientes y el cariño que les tengo a las familias con las que trabajo en la asociación en la que colaboro.

También hablamos de sitios que hemos visitado. De gente importante que ha pasado por nuestras vidas. De cosas que sentimos que han cambiado dentro de nosotros. De la familia. De dificultades. De la gente que siempre está ahí.

Hablamos, hablamos y hablamos. Durante horas enteras.

Lo hacemos sin rencor. Solo escuchándonos, como dos viejos amigos que quieren ponerse al día sin que haya cabida para ningún tipo de reproche.

Salimos de casa cerca del medio día con intención de perseguir rincones que en su día fueron importantes.

Comemos en el que fue nuestro restaurante favorito, al que íbamos los fines de semana que no teníamos que trabajar. La carta ha cambiado, así que no podemos pedir aquel pastel de carne que nos volvía locos entonces. Nos conformamos con un *risotto* de gambas que, a juzgar por su olor, está a la altura de cualquier plato que hayamos comido nunca allí.

Compartimos una tarta de galletas mientras nos confesamos cosas, como recuerdos que nunca nos abandonaron y que acudían a nuestra mente en momentos de soledad.

Él me habla de cuánto le dolían los domingos de lluvia. Dice que recordaba esas tardes de invierno que no podíamos salir a la calle y que nos quedábamos en el sofá, tapados con la manta, comiendo palomitas y viendo juntos películas antiguas. Aún le viene a la cabeza la manera en la que las piernas se enredaban, los pies se buscaban y mi cabeza encontraba su hombro.

—Sé que es un recuerdo simple, que miles de parejas lo hacen en sus casas, pero a mí me duele recordar lo feliz que me sentía yo, contigo, viviendo algo así —me dice.

Ni siquiera el nudo que se me forma en la garganta ante sus palabras evita que me desnude al contarle que no había momento en el que me sintiera más sola que después de estar con un chico.

—¿Estar en qué sentido? —me pregunta

—En cualquiera. A veces, tomarme con alguien una simple cerveza hacía que me sintiera enormemente desgraciada.

—¿Por qué?

—Porque los comparaba a todos contigo. Pensaba que tú me habrías mirado de forma distinta. Que hubiéramos hablado de otros temas. Que tus contestaciones habrían sido otras. Te echaba de menos en todo. En lo social y en lo íntimo. En la manera de reírte. En las caricias, porque las tuyas siempre tuvieron otro significado.

De alguna manera, conseguimos que hablar de otras personas resulte constructivo. Aún duele. Claro que duele. Imaginar que otros nos tocaron cuando entre nosotros no podíamos hacerlo siempre lo hará. Pero nunca más encontramos la magia. Él me lo dice a mí y yo se lo digo a él. Y ese es nuestro consuelo. El saber que por muchos cuerpos que nos hayan acariciado nunca hallamos en ellos la chispa, la conexión que permaneció intacta entre él y yo. Y en este momento, eso es suficiente para poder seguir respirando.

Después de comer, decidimos pasear por ese Chicago salpicado de Navidad que nos vio enamorarnos hace tanto tiempo.

Vamos a visitar el inicio de la Ruta 66 y nos recordamos que sigue siendo nuestra promesa pendiente. De jóvenes siempre hablábamos de recorrer Estados Unidos en una furgoneta, empezar aquí y terminar en unos días de desconexión en Los Ángeles.

Curiosamente, siento que el no haber realizado ese sueño me conecta a Julien. Será nuestra eterna deuda pendiente. Mientras exista, siempre tendremos una excusa para reencontrarnos.

O eso nos decimos para que el saber que probablemente no pasará duela menos.

También hablamos de sitios que queremos visitar juntos. Filipinas, París, Escocia, Marruecos, Tokio y Costa Rica.

Estamos pidiéndonos un imposible, pero ¿qué más da? Es nuestro día. Y podemos hacer lo que nos dé la gana.

Más tarde, paseamos de la mano por edificios en el Grant Park. Está precioso todo con ese toque navideño que nos envuelve.

Nos paramos cada pocos metros para besarnos. Sonreímos en la boca del otro y nos miramos a los ojos como si de verdad la Navidad que vivimos fuera nuestra.

Es la magia de escapar de la realidad durante veinticuatro horas.

Cuando el frío aprieta demasiado, nos metemos en un bar en el que nos sirven vino caliente.

La conversación se dirige a todos esos planes que nos quedan por hacer antes de ser lo suficientemente mayores para plantearnos si es buena idea: bañarnos desnudos en el mar, bailar encima de la barra de algún *pub*, tener sexo en un lugar público y participar en un concurso de beber chupitos.

Nos reímos imaginándonos en esas situaciones y nos apostamos el cumplir alguna de esas tareas pendientes a una partida de dardos.

La partida es un fracaso. Al menos para mí, que tengo la puntería un poco atrofiada. Julien me machaca sin piedad y me dice que esta noche quiere verme bailar en algún bar de mala muerte.

Ese era el trato.

Pero sé que no va a cumplirlo en el momento que salgo del baño y él me arrastra al almacén del personal sin mirar atrás.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto.

—He cambiado de opinión. No quiero que nadie vea como meneas tu culito respingón.

—¿Entonces?

—Vamos a tachar otra cosa de la lista.

Julien empieza a besarme de manera escandalosa y, por la manera en la que su mano se cuela debajo de mi ropa, sé exactamente por dónde van los tiros.

—Podrían pillarnos —digo—. Podría entrar cualquiera.

—De eso se trata, cariño. De hacer una locura.

No rechisto. No puedo. La manera en la que Julien me besa y me toca me anula la capacidad de razonar.

Es así como acabamos teniendo sexo salvaje pero silencioso en un lugar donde podrían descubrirnos en cualquier momento. Julien empuja con sus caderas mientras sus manos me acarician y yo pienso que nunca lo había hecho de una manera tan desesperada.

Es el saber que podrían pillarnos en cualquier momento y que, aun así, no me arrepentiría porque lo que siento por dentro vale la pena cualquier riesgo.

Es el intuir que podría ser la última vez.

Después de explotar en un clímax compartido, volvemos a besarnos. A continuación, nos escapamos por una puerta trasera en la que no habíamos reparado de entrada.

Salimos corriendo por el callejón cuando uno de los camareros nos grita y nos empieza a perseguir.

—¡Eh, vosotros! ¡Esa puerta es únicamente para uso del personal!

Julien y yo corremos y corremos, con las manos cogidas y muertos de risa, y solo nos detenemos cuando nos damos cuenta de que hemos llegado a Millennium Park.

El corazón me bombea con más velocidad al estar aquí con él. Aquí fue donde me dijo que me quería por primera vez. Aquí me pidió que fuera su esposa.

Julien me mira con las cejas alzadas, preguntándome sin palabras si quiero entrar.

Yo me muerdo el labio y asiento, sin dejar pensar en la Emi de diecinueve años que pisó estos caminos sin saber que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Julien coge mi mano con cuidado, pidiéndome permiso con los ojos para entrar en el parque. No lo hablamos, pero, pocos minutos más tarde, patinamos en la pista de hielo sin soltarnos y sin poder dejar de mirarnos.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

—En que hay recuerdos que deberían permanecer intactos toda la vida.

Volvemos a besarnos como una vez hace muchos años. Solo que ahora no lo hacen dos jóvenes ilusionados, sino dos adultos que han sufrido, que han perdido y que no saben qué hacer para volver a encontrarse.

Patinamos por el hielo, con las luces de la ciudad decorada para las fiestas de fondo, con los edificios que fueron testigos de la decisión más loca de nuestras vidas. Mirando a los ojos del otro y esperando encontrar ahí todo lo que aún podemos ser.

Nuestras manos no se sueltan en ningún momento. Pero sabemos que no será para siempre.

Un rato después, al mirar la hora, nos damos cuenta de que debemos volver a casa.

Llevamos demasiado tiempo sin dar señales de vida. Los móviles permanecen apagados desde que salimos esta mañana.

Nos subimos al metro, abrazados, él respirándome a mí, yo respirándolo a él. Sabiendo que el tiempo se termina.

—Creo que es mejor que te quedes en casa de Carrie —me dice—. Necesito... necesito pensar. Lo entiendes, ¿verdad?

Yo reprimo las ganas de llorar, pero asiento. Porque sí, lo entiendo. El mañana ya ha acabado y ambos debemos reflexionar.

Si no me cabreo con él por imponer distancia después del día que hemos pasado juntos es

porque en sus ojos veo el dolor por tener que separarse de mí. Por eso y porque comprendo a Julien. Lo conozco. Necesita distancia para poder tomar una decisión a la altura de lo que siente.

Cuando nos despedimos unos segundos más tarde, volvemos a abrazarnos con fuerza. La emoción me aprieta el pecho.

—¿Por qué lloras? —me pregunta.

—Porque por fin te miro a los ojos y te veo a ti —le confieso—. Te he echado tanto de menos, Julien...

Me besa la cabeza.

—Y yo a ti, Emi. Tu cuerpo es mi casa. Llevo ocho años sin un sitio al que llamar hogar.

Y con esa frase se da media vuelta y se marcha. Y yo me quedo quieta en la parada del metro, sintiendo que si no he muerto ya de amor es porque no sé si habrá un nuevo mañana.

20 de diciembre

Durante los últimos días, he pensado una y otra vez cómo serían mis últimas horas en Chicago.

En los momentos más optimistas, me imaginaba a mí misma en la cama, entre los brazos de Julien haciéndonos promesas de futuro.

Los más negros, me veía en casa de Carrie, metiendo las cosas en una maleta, sin poder darle nombre a todo lo que me ocurría por dentro.

Donde sin duda no contaba con estar es en el hotel de mi amiga, resolviendo una serie de problemas derivados de la ausencia de la propietaria en los primeros días de andadura del negocio.

Ha llamado a primera hora a Julien pidiéndole ayuda. Yo he decidido unirme a él. Y aquí estamos.

—Puedo llevarte al hospital —me dice Julien tras un rato en el hotel—. Carrie está allí con la niña. Igual es más entretenido para ti que perder la mañana entre papeles.

—Jules, me voy mañana. Prefiero agotar el tiempo contigo.

Él asiente una sola vez y vuelve a enterrar la cabeza en el informe del asesor. Está habiendo unos cuantos contratiempos con los contratos de algunos miembros de la plantilla y hay que tomar decisiones. Aunque Carrie insiste en que puede afrontar la situación, Freddie, por su parte, ha conseguido convencerla de que debe seguir guardando reposo. Así que es Julien el encargado de arreglar ciertas cosas que urgen en la mañana de hoy. Y yo, por descontado, lo que quiero es estar con él.

Pasamos las primeras horas del día reuniéndonos con gente y revisando documentación.

Apenas hablamos entre nosotros y, aunque al principio lo he achacado a la carga de trabajo que hay que sacar en unas pocas horas, conforme nos acercamos a la hora de la comida me empiezo a inquietar.

—¿Quieres que suba algo del restaurante de la esquina? —le pregunto.

—No. Baja tú, si quieres. Ya cogeré yo algo después.

—No, no. Da igual. Nos esperamos.

Miro el reloj. Llevamos casi cinco horas sin parar. Él se está llevando la peor parte. Está mucho más familiarizado con ciertos términos y, al trabajar con documentación en su propio idioma, le lleva menos tiempo.

—¿Qué te parece si dividimos los expedientes que nos quedan? Así podremos ir más rápido —le propongo al cabo de un rato.

—Esto no se trata de hacerlo rápido, Emi. Sino de hacerlo bien. Carrie puede tener problemas.

Suena cortante al responder. Yo me quedo callada y decido no comentar nada más. Me limito a ir ordenando los papeles con los que él acaba y a hacer los menos comentarios posibles.

Julien pasa en silencio los primeros minutos, después noto cómo empieza a desesperarse. Lo oigo resoplar una y otra vez, como si estuviera incómodo en su propia piel.

—Jules —le digo.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa? Estás rarísimo.

—Ya sabes que soy raro.

Lo miro de reojo. Dejo la carpeta que tengo en la mano y me pongo de pie. Avanzo hasta él y le pido permiso para sentarme sobre sus rodillas.

—¿Qué te pasa? —vuelvo a preguntar.

—Hay mucho desorden en la documentación. —Bufa—. No sé cómo se lo voy a decir a Carrie y a la vez evitar que le dé algo.

—Julien...

Cierra los ojos un segundo.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa de verdad?

Parpadea un par de veces hasta que sus pupilas se fijan en las mías. Entonces contesta.

—Estoy nervioso. —Su voz suena como un gruñido.

—Nervioso... —repito—. Entiendo que no solo por la situación del hotel.

Él duda unos instantes sobre si responder o no. Lo conozco. Han pasado muchos años, pero sigue siendo la persona a la que mejor conoceré jamás. Sé que las dudas lo están mermando por dentro. Sé que la inseguridad y las sombras acechan, porque el corazón le dice una cosa, la cabeza otra y el instinto se las apaña para contradecirlos a ambos.

—Sabes que no —dice al fin.

—Cuéntamelo. Habla conmigo, Julien. No me gusta verte distante y no saber qué está pasando por tu cabeza.

—No quiero estar distante. Pero tampoco quiero estar tan cerca que acabe confundándote.

—¿Confundiéndome?

Deja escapar el aire una vez más. Apoya su cabeza en mi pecho y respira directamente de mi piel.

—¿Podemos hablarlo luego, por favor? No quiero distraerme del trabajo.

—Pero...

—Emi, por favor. Luego.

Y lo dice de una manera que no me da opción a replicar. Y, aunque intente ocultarlo, en sus ojos veo que, en general, no va a haber muchas opciones de nada. A pesar de todo lo bonito que vivimos ayer.



Apenas volvemos a estar cerca en lo que queda de mañana. Tengo la sensación de que me rehúye, aunque esa sensación termina de convertirse en certeza tras algunos gestos.

Por ejemplo, insiste en que hagamos turnos para comer, en vez de pasar ese rato juntos. Después organiza una visita exprés al hospital para que yo pueda despedirme de Sara y, a última hora de la tarde, propone una velada de despedida en casa de Carrie y Freddie. Y no es que yo no quiera estar todo el tiempo posible con mis amigos, pero creo que en la situación en la que estamos lo lógico sería que él y yo pasáramos algo de tiempo a solas. Todavía hay muchas cosas que aclarar.

En realidad, todo sigue estando pendiente.

—Julien... —intento acceder a él mientras hacemos el trayecto en coche a casa de Carrie.

—Dime.

—¿Crees que tendremos algún minuto a solas para hablar? Te recuerdo que mi vuelo sale

mañana a las doce de la mañana.

—Aún son las siete.

—Sí, pero tengo que hacer la maleta y Carrie y Freddie querrán que cenemos juntos. ¿No podemos ir a tomar un café?

—Luego.

No da pie a mucho más. Me enfurruño de manera visible, pero él no hace siquiera el amago de intentar tranquilizarme. Y eso me cabrea.

Llegamos a casa de Carrie incluso antes que ellos, a pesar de que todos hemos salido a la vez del hospital.

Cuando llegan, entramos en la casa y nos ponemos de acuerdo para pedir comida a través de una aplicación del móvil. Mientras esperamos a que nos traigan la que será nuestra cena, aprovecho para ultimar el equipaje. Carrie me sigue y se mete en la habitación conmigo mientras doblo y guardo la ropa.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Todo lo bien que se puede estar cuando te ves obligada a marcharte del sitio en el que te quieres quedar.

—Entiendo. —Aunque me doy la vuelta para seguir colocando cosas, siento los ojos de mi amiga clavados en mi nuca—. Julien está apagado.

—Lo sé. Pero desconozco qué pasa por su cabeza. Ha sido imposible hablar con él hoy.

Carrie compone una expresión culpable.

—Siento que hayáis pasado todo el día con jaleos por mi culpa. Le dije a Freddie que debía ir yo, pero...

—No te preocupes —la corto—. Creo que para Julien ha sido incluso un alivio que estuviéramos ocupados.

—¿Y eso?

—Así no tenía que enfrentarse a mí.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees que va a haber bronca?

—Sí. Y de las buenas.

—Creía que Julien había dejado ya atrás esa fase.

—Sí —reconozco—. Julien sí. A la que se le ha agotado la paciencia es a mí.

—¿Cómo es eso, nena?

Me dejo caer en la cama y Carrie hace lo mismo con expresión preocupada. Me pone una mano en la rodilla mientras yo suspiro. El estómago me aprieta, recordándome todo lo que aún queda pendiente; todo lo que estoy a un paso de dejar atrás.

—Lo he intentado todo, Carrie. He sido paciente cuando él estaba a la defensiva, me he acercado cuando sus defensas eran más fuertes, me he roto delante de él cuando ha jugado con mis recuerdos y le he ofrecido alternativas cuando parecía que nuestra situación no tenía salida. ¿Y cómo me lo paga? Rehuyéndome a poco más de doce horas de que deje la ciudad. Estoy harta. No sé si de verdad no le importa nada de esto, no sé si se ve incapaz de perdonarme, no sé qué narices le ocurre.

Carrie dulcifica su expresión cuando dejo de hablar. En mi tono de voz se nota la irritación que la situación me produce. Sé que Julien está nervioso, pero yo no estoy mucho mejor. Es de mi futuro de lo que estamos hablando. Él no ha planteado la opción de venir a España, y me parece bien, ni siquiera quiero que lo haga. Simplemente pido que se tenga en cuenta la posibilidad de que sea yo quien tome la decisión.

Que se niegue en rotundo me hace dudar de todo.

Y, tal y como están las cosas, las dudas no son buenas compañeras.

—Ya conoces a Julien. Es difícil llegar a él.

—Sí. Lo sé. Y me hago cargo. Pero no puedo evitar pensar que, en el pasado, cuando mi visado de turista estaba a punto de expirar, me pidió matrimonio. Sin conocerme. Y ahora no es capaz ni de escuchar mi propuesta de volver.

—Tiene miedo.

—¿Y yo no?

—Tú eres diferente.

—No, en realidad no lo soy. Me asusta estar a la deriva casi tanto como a él, solo que se me da bien tomar decisiones de una manera más visceral.

—Necesita tiempo, Emi.

—Me voy mañana. El tiempo se ha terminado. Si nos separamos sin tener nada claro nos exponemos a la posibilidad de estar muchos años más separados.

—Ya, pero...

—No —la corto de nuevo, y esta vez de manera definitiva. No quiero que intente que cambie de opinión. No quiero que me obligue a empatizar con Julien. Quiero empezar a defenderme a mí misma, porque en esta historia nadie más que yo puede hacerlo.



—¿Estás bien? —Julien se acerca a mí mientras ayudo a Freddie a poner la mesa. El repartidor acaba de llegar con nuestro pedido de hamburguesas, patatas fritas y bebidas con gas. Carrie, por su parte, cenará solo algo de fruta.

—Estoy, que ya es bastante.

—¿Qué? —Parece confundido.

—Nada, una expresión española.

—Ah. —Carraspea. Me mira serio—. ¿Has acabado la maleta?

—Casi.

—Vale. —Va a añadir algo, pero en ese momento Carrie saca una bandeja cargada de vasos y él va en su ayuda para colocar todo entre los dos.

Pocos minutos después, los cuatro estamos sentados alrededor de la mesa del salón.

Comemos con una conversación distendida de fondo, aunque es cierto que el peso de lo que se habla lo llevan Carrie y Freddie.

Repasan anécdotas de juventud, de su luna de miel y de la organización doméstica. Comentamos cosas del hotel. De todo lo que ha supuesto y lo que aún conlleva a día de hoy. También hablamos de Sara, claro. De lo último que le han dicho los médicos; de cómo va creciendo y madurando cada día.

—Podemos hacer una fiesta —dice Freddie de pronto—. Una especie de fiesta de bienvenida cuando salga del hospital. Ya que se adelantó para su *baby shower*, podemos celebrar su llegada a casa por todo lo alto.

—¿Me encanta la idea! —exclama Carrie.

—Es genial —contesto. Me cuesta disimular la decepción que me produce saber que lo más seguro es que me lo pierda.

—¿Sí? Pues no se hable más —dice Freddie—. Carrie, tú te encargas de pensar la temática, yo de avisar a la gente y Julien puede ocuparse de contactar a los del *catering*. Podemos hacerlo aquí, en casa. O en el hotel. ¿Qué pensáis?

—Creo que en casa es mucho más significativo —digo yo—. Tenéis espacio de sobra y seguro

que estáis más a gusto. Será más emotivo.

Todos me miran. Julien en silencio, solo escrutándome con sus ojos azules. Carrie, en cambio, lo hace con una mueca de pesar.

—Siento que vayas a perdértelo, cielo —me dice.

—¿Perdérsele? —pregunta Freddie sin entender. Dirige la vista hacia Julien con el ceño fruncido y después de nuevo hasta mí—. Yo creía que...

Carrie le corta a tiempo, poniendo su mano encima de la de él.

—A Emi no le quedan más vacaciones. Pero bueno, ya se verá...

—Pero...

—Sí, ya se verá, Freddie. —Hago un esfuerzo por sonreírle, aunque soy consciente de que hay cierta tirantez en mi gesto. La misma que estoy sintiendo por dentro.



Cuando terminamos de cenar, surge la idea de tomar una copa frente a la chimenea.

Carrie se prepara una infusión, pero el resto prácticamente vaciamos una botella de *whisky*.

Y el alcohol, en momentos de confusión y debilidad, es una mala compañía.

Eso se demuestra cuando Carrie empieza a quedarse dormida en el sillón y Freddie, mientras nos sirve otra copa, decide preguntarnos a Julien y a mí por nuestra situación.

—Pensaba... —empieza a decir—. Pensaba que te quedarías.

Echo un vistazo a Julien, que se tensa. Carrie ya ha cerrado los ojos.

—¿Qué te ha hecho llegar a esa conclusión? —le pregunto.

—No sé... Parecía... reconciliados.

Julien se tensa más, si es que eso es posible. Pero no habla. No hace ningún comentario, ni siquiera para explicarle a Freddie la situación.

—Esa es la clave —contesto en su lugar, y sé que es el alcohol mezclado con la frustración el que da la respuesta—: parecer. A veces es fácil confundirse.

Freddie no dice nada. Solo traga saliva. Julien, en cambio, me observa con el ceño fruncido.

—¿Qué estás queriendo decir?

Por la manera en la que pronuncia esas pocas palabras, sé que se siente herido. Pero me da igual. Todo me da igual. No sé si porque he bebido, porque miro el reloj y quedan poco más de doce horas o porque, como le he dicho antes a Carrie, se me ha agotado la paciencia.

—Ya lo sabes —murmuro.

Freddie parece incómodo de pronto. Creo que es consciente de que ha hablado de más y que, sea lo que sea lo que Julien y yo nos traemos entre manos, está a punto de saltarle en la cara.

Echa un vistazo a su mujer, pero ella ya duerme.

Julien y yo lucimos cara de enfado. Los dos estamos molestos y se nota. Yo por la actitud distante que ha tenido durante todo el día, y él por el tono avinagrado con el que acabo de referirme a nosotros.

—Creo que lo mejor es que suba con Carrie arriba —comenta Freddie—. ¿Te llevamos nosotros al aeropuerto mañana o...?

Guarda silencio. Vuelve a mirar a Julien. Y él se encoge de hombros.

—Si os viene mal puedo acercarla yo —dice.

Eso me repatea. Creo que en el fondo aún esperaba un: «No subas a ese avión. Cómpranos algo de tiempo». Y, encima, ni siquiera pretende ser mi primera opción de transporte para ir hasta allá.

Todo eso me cabrea.

—Puedo coger un taxi. —Me encojo de hombros—. No quiero ser una molestia para nadie.

—No eres una molestia —contesta Freddie de inmediato—. Para nada.

—No lo decía por vosotros.

Julien chasquea la lengua y a continuación deja el vaso en la mesita de centro.

—Freddie, creo que lo mejor va a ser que os acostéis ya. —Nuestro amigo asiente—. Y tú, Emi, deberías dejar de beber.

—Y tú deberías dejar de dar órdenes y empezar a tomar decisiones.

Carrie abre los ojos despacio cuando su marido la zarandea con suavidad para que puedan subir las escaleras. Nos mira a Julien y a mí, que soltamos chispas, y su rostro se transforma en una expresión de preocupación.

—¿Qué ha pasado? ¿Tanto he dormido?

—Vamos a la cama, cariño. Dejemos que ellos solucionen sus cosas.

Acto seguido, se desplazan por todo el salón y toman el camino hacia las escaleras.

Hasta que no escuchamos el ruido de su puerta cerrarse, nosotros no nos atrevemos a hablar.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunta Julien.

—¿A mí? ¿Y qué hay de ti? Llevas ignorándome todo el día.

—Te he dicho que hablábamos luego.

—¿Luego? ¿Luego cuándo? Es casi medianoche, Julien. Me voy mañana.

—¿Te crees que no lo sé? Tengo muy presente que el tiempo se ha acabado para nosotros.

—¿Acabado?

—Sí. Acabado.

—¿Eso es porque tú quieres!

—He estado pensando, Emi. Y esto no tiene solución.

—¿Pensando? ¿Pensando cuándo? ¿Cuando dormíamos juntos? ¿Cuando me llevaste al lugar donde decidimos casarnos? ¿Cuando follábamos?

Julien reprime una mueca al escuchar la crudeza de mi voz.

—Tú y yo no follamos, Emi. Lo que hacemos está por encima de esa palabra.

—¿Precisamente por eso! No entiendo que, teniendo lo que los dos sabemos que tenemos, estés empeñado en dejarme marchar.

—Es que te tienes que marchar. Y yo tengo que quedarme. No hay más.

Cierro los ojos. Y lo hago con pesar porque esa sentencia parece definitiva. Y si lo parece es porque sé que dentro de la cabeza de Julien lo es. Hay demasiadas dudas. Demasiadas sombras. Demasiado terror a enfrentarse de nuevo a un abandono.

—¿Qué es lo que te preocupa, Julien? ¿Que me venga y acabe reprochándote que volví a dejar mi vida por ti o que estemos juntos, la caguemos y me vaya de nuevo?

Por la manera en la que le chirrían los dientes sé que he dado en el clavo. Y sé que lo he hecho al verbalizar la segunda opción.

—Es eso... —murmuro—. Crees que voy a volver a abandonarte.

—Eres volátil, Emi. Dices que te gusta la estabilidad, tener un entorno seguro, pero tomas las decisiones desde el estómago. Ya sea casarte conmigo, volver a dejar tu vida años después o dejarme. Romper con todo es tu manera de enfrentarte a la vida.

Sus palabras me escuecen en un lugar muy hondo al que nunca miro. Y sé que tiene razón. Que, por mucho que se me llene la boca hablando de estabilidad, sé que la necesidad de ella surge de mi propia inseguridad. Necesito agarrarme a algo que me proporcione calma porque, dentro de mí, no la tengo.

Pero todo eso no es incompatible con quererlo.

—No voy a volver a dejarte, Julien. Sé que dudas de mí, pero lo tengo claro. Y sé que en ocasiones soy impulsiva, pero también sé que he madurado. No volvería a actuar del modo en que lo hice en el pasado.

—Lo siento, Emi —dice Julien de pronto—. Es demasiado complicado como para que merezca la pena.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—¿No te merece la pena? ¿No te merezco *yo* la pena?

Se lleva las manos a la cara. Y yo solo quiero ahogarlo con mis propias manos. No solo no está luchando, sino que se engaña en cada sílaba.

—No es eso, es que...

Me pongo en pie.

—Oh, sí. Sí es eso. ¿Sabes cuál es tu problema, Julien? Que eres un niño miedoso e inseguro. Siempre lo has sido. No has superado tus problemas. Ni el malestar que te han producido siempre tus capacidades, ni la actitud de tu padre en el pasado. Lo arrastras todo. To-do. Y eso es lo que te frena a atreverte a una nueva oportunidad conmigo.

—Estás siendo una bruja.

—Y tú un cobarde.

Nos quedamos en silencio. Él, sentado en el sofá, con la cabeza hundida en sus manos; yo, de pie, reprimiendo las ganas de llorar.

No quiero dejarme llevar. No quiero. Pero hay algo muy dentro de mí que me duele. Porque esto es el adiós. Y, aunque llevo toda una vida acostumbrándome a vivir sin Julien, este viaje lo ha cambiado todo. El pasado se ha reescrito y ha condicionado el futuro.

—Creo que todo se reduce a que no me quieres lo suficiente —susurro—. No tanto como necesitas seguir aferrado a tus miedos.

—Estás siendo muy injusta.

—Si sintieras lo que siento yo, la idea de separarte de mí mañana te sería insoportable. Vivimos en dos mundos diferentes. Si no nos acercamos el uno al otro, el destino nunca lo hará. Decirme adiós hoy es hacerlo de por vida.

El silencio vuelve a llenarlo todo. Espesa el aire que respiramos y, al mismo tiempo, nos libera los pulmones. Porque no existe la necesidad de llenarlos con sonidos. Las palabras han tomado forma en nuestras cabezas y yo me he encargado de soltarlas en nombre de los dos.

—¿No vas a añadir nada, Julien? —le pregunto.

—Nada que vaya a cambiar la situación.

—Está bien.

Las lágrimas amenazan con volver. De hecho lo hacen, aguan mis ojos, pero de ninguna manera las voy a dejar caer.

No hay más que pueda hacer. Lo he intentado todo en el tiempo que tenía. Ahora es su turno. Siempre será su turno. Porque él es el que ha puesto el verdadero punto y final.

—Adiós, Julien. —Aunque la voz me tiembla, me mantengo firme y empiezo a alejarme de él.

—Espera —dice de pronto.

—No voy a regalarnos ni un solo minuto más si detrás no hay un para siempre.

Julien traga saliva con incomodidad. Suspira. Alza los brazos y, acto seguido, los deja caer.

—Adiós, Emi.

Desaparezco de su vista antes de que pueda decir nada más.

No quiero escucharlo.

No quiero verlo.

No quiero sentirme así de decepcionada.

No quiero derrumbarme.

Pero lo hago. Cierro la puerta de la habitación y me dejo llevar por la tristeza y la sal.

Y no puedo evitar recordar una noche, ocho años atrás, que seguí exactamente estos mismos pasos.

Creo que la última vez que Julien y yo nos comportamos como marido y mujer fue justo esa tarde de diciembre. Quedaban solo unos días para las fiestas. Mi madre iba a venir a pasarlas con nosotros, pero a última hora no había conseguido que los de su tarjeta le concedieran el crédito para pagar los billetes. Desventajas de ser una persona tan descuidada con el dinero como era ella.

Me constaba que, a pesar de mi ausencia, mis padres iban a mantener la tradición y a cenar juntos. Desconocía cómo iban a soportarse durante una velada entera sin que yo mediara entre ellos.

Tampoco quería saberlo.

Volviendo a nosotros, ahí estábamos, Julien y yo, caminando por el centro iluminado de Chicago.

Avanzábamos por las calles como dos desconocidos. Nos rozábamos de vez en cuando, pero era casualidad.

Veníamos de una comida familiar que había sido tranquila, pero en la que había terminado de hacerse evidente para la gente que nos rodeaba que cada día estábamos más lejos el uno del otro.

Porque así era. Era una realidad que difícilmente pasaba desapercibida.

Julien y yo habíamos sido la pareja de las miradas desde la otra punta de la sala, de las caricias por debajo de la mesa y los besos robados cuando nadie nos veía.

En ese momento, éramos dos individuos cuyos ojos apenas se buscaban, que ya no se perseguían por la casa y que apenas se tocaban, a no ser que fuera necesario.

Estábamos enfrentados. No de manera abierta, sino precisamente porque ya no mirábamos en la dirección en que se encontraba el otro.

La vida se nos había complicado demasiado en las últimas semanas.

Julien había tardado bastante poco en encontrar un nuevo trabajo. Es lo que tiene la temporada de Navidad, siempre hace falta gente en todas partes.

Había firmado hacía un par de días un contrato para un mes. Si todo iba bien, había posibilidad de que lo renovaran, pero él no estaba contento. Es más, toda esa situación había terminado de distanciarnos.

Él decía que era un trabajo que no le gustaba, que odiaba la hostelería y que si había aceptado había sido por mí, por ahorrarnos un nuevo problema.

Yo estaba enfurruñada. La versión oficial era que me molestaba que no fuera positivo ante una nueva oportunidad laboral. La realidad, en cambio, iba por otro lado: nos habíamos desgastado tanto que cualquier cosa me irritaba.

Y ya no podía disimularlo.

—Estás muy callada —dijo Julien mientras nuestros pasos nos dirigían al mercado navideño más importante de la ciudad. Solo habíamos estado allí una vez, el año anterior, el mismo día en el que nos habíamos prometido. Habían pasado más de trescientos sesenta y cinco

días. Y todo era tan diferente...

—Será que no tengo nada interesante que decir —contesté.

Él bufó. Era un gesto que últimamente repetía a menudo. Todo parecía cansarle. Como a mí, supongo.

Caminamos por entre los diferentes puestos y yo imaginé que vivíamos una situación diferente, en la que nuestra principal preocupación fuera cómo decorar nuestra casa ahora que las fiestas estaban a la vuelta de la esquina.

Seguimos avanzando, hasta que nos detuvimos delante de un hombre que vendía libretas. A su alrededor había un grupo de chicas de mi edad, comentando qué modelo les vendría mejor para tomar apuntes.

Pensé en mis amigas. Y algo me dolió dentro. No supe darle nombre en ese momento, pero sé que tenía que ver con lo mucho que echaba de menos ser una chica de mi edad. Quitando alguna compañera del trabajo con la que quedaba de vez en cuando, mi círculo social se reducía a Carrie, que tenía ocho años más que yo, y a Mary, que era mi suegra.

Mientras mis amigas vivían su juventud en Tenerife, asistiendo a clases y a una fiesta detrás de otra, yo me estrujaba la cabeza con la economía doméstica para llegar a fin de mes. Mientras ellas se preocupaban por estar al día en las últimas tendencias en moda, yo coleccionaba cupones para que la compra semanal nos saliera más barata. Y mientras que ellas se llenaban de mariposas al pensar en el mensaje que les había mandado el chico de turno, yo me consumía día tras día en un matrimonio que cada segundo me hacía menos feliz. Y no porque hubiera dejado de querer a Julien. Al contrario, lo quería un poco más cada día, pero habíamos dejado de entendernos. Y eso me frustraba.

—¿Por qué tienes esa cara? —dijo Julien de pronto. Parecía preocupado—. ¿Te encuentras mal?

—No. No es nada, tranquilo.

Eché un vistazo a la manera en la que mi labio inferior se encontraba atrapado entre mis dientes y después miró hacia el grupo de chicas que reían despreocupadas.

Y se dio cuenta. Se dio cuenta de que echaba de menos ese modo de vida.

Echaba de menos a la antigua yo.

Paseamos un rato más por allí sin volver a hablar. Yo seguía dándole vueltas a todo. A la juventud que se me escapaba. A la responsabilidad que conllevaba querer a alguien de la manera en la que yo quería a Julien. Al futuro que me esperaba si no hacía nada por cambiar mis pasos.

Así fue como recordé una conversación con Carrie de unos días atrás. Habíamos estado hablando de lo mucho que me gustaba mi trabajo, aunque el sueldo fuera tan insignificante. A ojos de mi amiga, yo tenía potencial. Un potencial que, combinado con algo de formación, podía hacerme llegar lejos.

—Puedes estudiar una carrera —me dijo.

—¿Bromeas? Vamos muy justos trabajando todas las horas que dedico al día. Además, ¿de dónde sacaría el dinero para costear la universidad? Mis padres no pueden ayudarme.

—Yo podría hacerte un préstamo —sugirió ella. Debido a la herencia que le habían dejado sus padres, Carrie no tenía problemas económicos.

—No creo que sea una buena idea —le contesté—. Pero gracias por preocuparte.

No había hablado con Julien del tema. No sé por qué. Creo que parte de mí tenía miedo de hacerlo después de lo dura que había sido yo con su idea de empezar un negocio propio. Además, estaba lo otro, el sentirme culpable por tener una vocación cuando él jamás había

encontrado nada que lo llenara.

Con él, todo era demasiado rebuscado.

Cuando volvimos a casa, yo estaba llena de angustia. No me encontraba. Sentía que cargaba con demasiadas cosas a mis espaldas. No solo mías, también las sombras de mi marido. Estaba removida. La Navidad, el tiempo que llevaba sin ver a los míos, la imagen de cómo podría ser mi vida si me hubiera parado a pensar las cosas dos veces antes de tomar ciertas decisiones...

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó de nuevo Julien cuando nos quitamos los abrigos. Puede que sí, que estuviéramos lejos, pero aún éramos capaces de ver en el otro.

—Sí. Solo quiero estar sola. —Sin mirarlo ni una sola vez, me dirigí escaleras arriba hacia nuestra habitación. Me dejé caer en la cama con ropa y permití que el nudo de angustia de mi garganta se deshiciera en lágrimas desordenadas que lo mismo hablaban de querer a Julien que de empezar a odiarlo por no ser capaz de digerir una frustración que, en el fondo, era contra mí misma.

Pasé allí tirada una hora. Dos. Tres. Hasta que pasada la medianoche mi marido entró en la habitación. Me miró. Y vio que había llorado durante demasiado tiempo.

Lo que vino a continuación aún me duele recordarlo. Nos peleamos. Nos peleamos como nunca. Nos echamos en cara mil cosas.

—Ya no soy feliz contigo —me decía él entre gritos—. Y se nota que tú tampoco lo eres.

—Nunca has sabido cómo conseguir que lo fuera —contraatacaba. Lo peor era que era mentira. Sí había sido feliz. Pero en ese momento todo se había complicado demasiado. Y eso era lo que me dolía.

Le eché en cara mi deseo de estudiar. De ser algo que me hiciera sentir orgullosa. Y cómo, por culpa de la poca estabilidad que hallaba a su lado, no me veía lo suficientemente segura como para dedicar mi energía a ese camino.

No se lo tomó bien. Nos dijimos de todo. Él me llamó a mí desagradecida, inmadura y egoísta; yo a él, mediocre.

Chillamos mucho. Nos herimos. Llenamos la distancia que nos había rodeado en las últimas semanas de dolor y reproches.

Sangramos con palabras y llenamos al otro de una rabia que en realidad era para nosotros mismos.

Y así, en una noche, nos destrozamos. No nos dimos margen para escucharnos y saber leer en nuestras palabras que lo que había de base era miedo. Miedo al futuro, a crecer, a las decisiones, a tenernos y también a dejarnos marchar.

A las seis de la mañana, después de horas y horas de aquel duelo de inseguridades, cogí una maleta y la llené de ropa.

Salí a la calle, sin mirar atrás, y me subí a un taxi mientras recitaba de memoria la dirección de Carrie y Freddie.

Mi amiga me recibió con los brazos abiertos y con una expresión en la cara que me hizo pensar que llevaba tiempo esperando que algo así pasara.

Lloré mucho. Le lloré en el regazo, contra el cuello, desde dentro y hacia fuera. Ella me escuchó. Me dijo que me entendía. Que éramos jóvenes. Que Julien era complicado. Que yo aún tenía que crecer.

—Lo que tenéis merece la pena —decía ella—. Pero tenéis que hacer un cambio en el planteamiento de lo vuestro. Os estáis destrozando y no os dais cuenta.

Yo pensé para mí que sí que me daba cuenta. Él seguramente también. Ya no éramos

aquellos dos locos que ponían su amor por delante del mundo y el sentido común. Hacía tiempo que habíamos dejado de reírnos. Las sábanas que nos cubrían ya no construían un lugar donde ser confidentes y amantes, solo hacían aún más evidente que solo nos unía un colchón.

Pasaron días. Muchos. Muchas noches en las que yo me dormía encontrándome con el anhelo de que Julien viniera a por mí.

No lo decía en voz alta, pero parte de mí soñaba con que ocurriera. Quería que volviéramos a ser aquellos que podían con todo.

Nos imaginaba peleando durante unos minutos, para después confesarnos que lucharíamos para volver a levantarnos. Para entendernos. Para encontrar la manera de hacerlo funcionar.

—Vendrá —me decía Carrie cuando me pillaba mirando por la ventana—. Lo conozco. Seguro que vuelve a por ti.

Pero el reloj seguía avanzando, los días seguían pasando y Julien no llegaba.

Catorce días enteros esperé a que reflexionara. Yo quería ir a por él, pero pensaba ¿cómo es posible que mi marido, sabiendo que todo lo que tengo en este país es él, no quiera cuidar de mí?

La respuesta me pareció sencilla: no le importaba lo suficiente.

No lo entendía. Y una cadena de pensamientos destructivos se activó dentro de mí. La inseguridad, la inmadurez, el miedo y la decepción se unieron para que, una noche, llamara a mis padres.

Les pedí ayuda por primera vez en todo un año, desde que tomé la decisión de volar de su lado hacia una nueva vida.

—Necesito dinero —les dije—. No os pediré nunca nada más.

Ellos juntaron sus ahorros y en menos de doce horas tenía un billete de avión en las manos. Chicago-Madrid; Madrid-Tenerife.

Y allí fui. No miré atrás. No dije adiós. Me limité a abrazar una vida que, quizá, llevaba doce meses esperándome. Y nunca contemplé lo que estaba dejando marchar.

21 de diciembre

El trayecto hasta el aeropuerto es silencioso. Freddie intenta llenarlo de conversaciones distendidas, pero es solo eso: un intento.

Carrie, en cambio, respeta mi silencio.

Los ojos me arden. No he vuelto a llorar desde anoche, pero la tristeza se me ha acumulado en las pestañas y me pesa. Creo que va a ser así durante un tiempo.

No me saco de la cabeza la imagen de Julien. No del Julien de ayer, que dejó claro en todo momento que un futuro entre los dos no era posible. Sino del otro, el Julien de hace ocho años. Al que nunca dije adiós. Aquel con el que no supe construir un presente. El mismo que luchó por mí.

Del que parece que no queda nada, pero que, a la vez, está más arraigado que nunca.

No quiero darle demasiadas vueltas al hecho de que ni siquiera haya venido a despedirse esta mañana. No es que lo esperara, después de cómo acabó todo anoche. Pero a una parte de mí le hubiera gustado que, al menos, nos quedáramos con un buen recuerdo de la despedida. Un abrazo. Un «que te vaya bien» o un «te deseo lo mejor».

Pero no. Después de dos semanas reencontrándonos cada día, en cada gesto y en cada barrera derribada, ha decidido que nuestro adiós fuera vacío.

Suspiro. Intento deshacerme de los pensamientos, los recuerdos y la melancolía.

Vuelvo a casa. A esa vida en la que también me esperan dificultades. A esa vida que he dejado en pausa durante dos semanas. A prepararme para sacar una plaza completa. A administrar el dinero hasta que cobre la extra de Navidad. A mis padres y sus vaivenes.

Hay mucho en lo que pensar.

—¿Tienes planes para cuando llegues? —me pregunta Carrie mientras avanzamos por la autopista.

—Me recoge mi amiga Paula —le digo—. Supongo que vendrá con sus hijos, así que imagino que iremos a desayunar. El vuelo aterriza en Tenerife a las nueve, hora local.

—Estarás muerta cuando llegues. ¿No deberías ir a descansar?

—Sí, pero voy a necesitar apoyo. Y los he echado mucho de menos.

El resto del trayecto me lo paso pensando en todo lo bueno que tengo en mi vida. Tengo que agarrarme a ello. Es cierto que en estas semanas no he pensado mucho en todo aquello, pero también lo es que tengo cosas que me hacen sonreír. Tengo a mis amigas. A Paula, Javi y los niños. Tengo a mis compañeros de trabajo. A mis primos. La asociación de familias en riesgo de exclusión social a la que dedico muchas más horas de las que son remuneradas y en la que, al mismo tiempo, siento que me pagan con algo mucho menos tangible que el dinero.

Intento convencerme a mí misma de que tengo un sitio maravilloso al que volver. No puedo pensar en todo lo que dejo atrás.



El aeropuerto internacional O'Hare está lleno cuando llegamos.

La Navidad es temporada alta. Hay mucha gente que viaja para reencontrarse con los suyos en esta época. Se nota. La ilusión está en el aire.

Parece que hace siglos que estuve aquí por última vez, y solo hace dos semanas que pisé este suelo. Recuerdo lo que sentí al aterrizar. Los nervios por ver a Julien. La incertidumbre sobre cómo sería su reacción. El dolor que me produjo ver el rechazo en sus ojos.

Muchas cosas han cambiado desde entonces. Pero lo esencial sigue igual si estoy a punto de subirme de camino a una vida que no comparto con él.

—¿Tienes tiempo para almorzar algo? —pregunta Carrie—. Quiero alargar al máximo el momento de decirte adiós.

Miro el reloj mientras sonrío a mi amiga. Son las diez. Quedan dos horas para que salga mi avión.

—Si facturo ya seguro que me da tiempo a un café —le contesto.

Y eso hacemos. Me acerco al mostrador de la aerolínea y dejo que pesen mi maleta. El peso excede dos kilos del máximo permitido, pero debo de caerle bien a la azafata, porque lo pasa por alto.

Después encontramos una cafetería justo delante de los controles de seguridad.

Nos sentamos los tres ahí. Todo huele ya a despedida. Y, entre lo sensible que estoy y lo mucho que voy a echarlos de menos, el nudo invisible vuelve a mi garganta.

—Quisiera daros las gracias, chicos —les digo cuando nos traen los cafés a la mesa.

—¿Las gracias?

—Me habéis acogido durante dos semanas. Me habéis hecho sentir en casa, a pesar del vínculo que perdí con este lugar. Me ha encantado volver a sentirme una más.

—Siempre serás una más —dice Freddie—. Para nosotros eres parte de nuestra familia.

Parpadeo un par de veces. No quiero llorar. No quiero. Pero esta gente me toca la fibra, porque es cierto: son familia. Fueron familia hace ocho años, cuando yo no tenía a nadie en Chicago. Fueron familia cuando Julien y yo nos rompimos y más sola me sentía. Fueron familia en la distancia, siempre al otro lado del teléfono cuando había que ponerse al día de las novedades. Fueron familia cuando me perdonaron por no asistir a su boda, cuando viajaron a Ibiza y quisieron que nos encontráramos. Fueron familia al contar conmigo para el día en que los sueños de mi amiga se hicieron realidad y levantó un negocio con sus propias manos. Y, por descontado, han sido familia durante las últimas dos semanas, cuidando de mí cuando Julien me hería solo con un puñado de palabras y también dejándome ser parte del momento más importante de sus vidas.

—Las gracias tenemos que dártelas nosotros a ti, en todo caso —dice mi amiga—. Decidiste venir a nuestro lado cuando no entraba en tus planes volver a Chicago y luego decidiste quedarte cuando todo se complicó.

—No me arrepiento de haber venido. Volvería a tomar la misma decisión si diéramos marcha atrás.

—¿A pesar de cómo ha acabado todo? —Se muerde el labio al mencionar implícitamente a Julien. Yo me encojo de hombros, fingiendo una indiferencia que estoy lejos de sentir.

—Siempre tuve la sensación de que nuestra historia quedaba algo abierta. Ahora ya sé cuál es el final. Todo se ha cerrado.

Carrie no añade nada más. Freddie, por descontado, tampoco lo hace. Él porque no quiere meter la pata, ella porque le he prohibido esta mañana hacer ninguna observación. No quiero escuchar sus: «Volverá a por ti, mantén la esperanza» o «Ya sabes lo negra que puede ser su cabeza. Intenta comprenderlo». Ella nunca será objetiva cuando se trate de su niño Julien. Siempre verá lo mejor en él. Y yo no quiero esperar nada. Porque el adiós está aquí. Y ahora ninguno

tenemos margen para buscar otra realidad.

Dejo escapar de nuevo el aire en un suspiro prolongado y echo un vistazo al reloj.

Ha llegado la hora.

—Son y media pasadas —les digo—. Debería pasar el control.

Ellos asienten y piden la cuenta. Insisto en invitarlos yo para deshacerme de los pocos dólares que me quedan en el monedero y ellos aceptan, a pesar de que en las últimas dos semanas no me han dejado pagar ni una sola vez.

Después caminamos hasta las cintas donde la gente espera para pasar el control de seguridad. Leo los doscientos carteles que hay con avisos de control de billetes, pasaportes y todo tipo de artículos que están prohibidos subir al avión.

Me giro hacia Freddie y Carrie. No quiero montar un numerito de despedida. Pero lo hacemos.

Carrie se echa a llorar en el momento en que le doy un abrazo.

Freddie le pasa una mano por la espalda y comenta que está revuelta por las hormonas. Esa es la excusa que tiene ella. Pero ¿y yo? En menos de un instante, a mí también me empiezan a caer lágrimas por las mejillas.

—Te quiero, amiga mía —me dice—. Ojalá nos veamos pronto.

Yo trago un nudo de saliva y, durante un instante, desearía que todo fuera diferente. Julien y yo. La distancia. Lo que dejamos atrás.

—Mandadme fotos de Sara cada día —susurro mientras me despido de Freddie—. Por favor.

Él asiente. Está emocionado, pero a su manera. Él siempre ha sido más calmado que su mujer.

Empiezo a caminar hacia atrás mientras me separo de ellos: «Adiós», les susurro. Y me doy la vuelta.

Empiezo a sacar las cosas del bolso.

El billete electrónico.

El pasaporte.

Enseguida avanzo por la cola. Entrego la documentación. Y llego a las mesas.

Me dan un par de bandejas.

La señorita de seguridad me hace quitarme el abrigo, la bufanda y las botas.

Saco los dispositivos electrónicos. Los líquidos. Pongo el móvil en la bandeja.

Lo dejo todo en la cinta.

Y paso el control.

Unos minutos después, recupero mis cosas y lo vuelvo a acomodar todo en el bolso y en la maleta de mano.

Cojo el abrigo con la mano y echo un vistazo hacia el otro lado del cristal, para decirles adiós de nuevo a Carrie y a Freddie, que sé que están esperando a que desaparezca de su vista.

Es entonces cuando lo veo a él. A Julien. Me da un vuelco el estómago al reparar en que está al lado de nuestros amigos. El aire me falta.

Lo miro en la distancia. Y él me mira. No nos movemos. Ninguno. Él no corre hacia mí. Yo no pienso en dar un paso atrás para volar a su lado.

Y, al instante, entiendo que, sí, que está aquí. Pero no para luchar. No para hacer que las cosas sean diferentes. Sino para verme marchar.

Esta vez sí, la despedida la rige un adiós.

Un adiós que lleva su nombre.

22 de diciembre

El vuelo de vuelta a Madrid es tranquilo. En las ocho horas que dura me da tiempo a pasar por diferentes fases.

Las dos primeras me doy un atracón de donuts que he comprado en el Dunkin Donuts que había justo delante de la puerta de embarque. También me recreo pensando en la expresión de ese Julien casi inmóvil que ha hecho acto de presencia en el aeropuerto a última hora. Me he preguntado durante unos instantes si tendría algo que añadir, pero casi al segundo me he respondido a mí misma: si así hubiera sido, habría hecho algo. Un gesto. Una acción decisiva. Una mirada que reflejara algo más que una despedida.

No ha sido así. Así que no tiene sentido engancharme en este bucle de pensamientos.

La siguiente hora me dedico a mirar con melancolía las fotos que he tomado en las últimas dos semanas. Carrie y yo. Carrie y Freddie. Todos en la inauguración del hotel. La pequeña Sara. Y algún retazo de Julien. Su silueta al fondo, con esa pose interesante que consigue volverme loca. Su brazo de refilón mientras manipula algo que el objetivo no ha captado. Y su mirada intensa mientras yo tomaba una foto y él pensaba que no lo veía.

Después de decidir que repasar todas estas instantáneas me retuerce el corazón, paso las siguientes cuatro horas tratando de ver una película. Lo intento con unas cuantas. Las pongo y las quito a los quince minutos. Todas y cada una tienen un matiz de algo que me recuerda a él. Y no puedo permitírmelo.

La hora siguiente intento dormir y en el último tramo del viaje, cuando acepto que no voy a conseguirlo, leo la revista de abordo con los ojos cerrándose por el sueño.

Sigo así hasta que toco de nuevo tierra firme.



Cuando aterrizamos en Madrid es plena madrugada. Creo que son las cinco cuando por fin salgo del avión, aunque para mi cuerpo habituado al horario de Chicago son las nueve de la noche.

Las horas siguientes pasan entre control de pasaportes, control nuevamente del equipaje de mano y colas y más colas de gente con expresión tan desubicada como la mía por el *jet-lag*.

Embarco en el vuelo a Tenerife a la hora prevista y paso las dos horas cuarenta minutos del vuelo dormitando con la cabeza en la ventanilla.



Santi y Marcos, los hijos de Paula, se tiran a mis brazos cuando me ven aparecer por los pasillos del aeropuerto de Tenerife Sur.

Yo me agacho al verlos llegar. Los hundo con fuerza contra mi pecho y beso sus cabecitas sin parar. Huelen a colonia infantil y a hogar. Huelen tanto a hogar que algo se me resquebraja dentro. Debe de ser la falta de sueño. O la nostalgia por lo que he dejado atrás. O saber que esta es mi

verdadera casa y que el lugar del que vengo no me pertenece en absoluto.

Noto un puñado de lágrimas acumulándose en mis ojos y las dejo ir, despacio, por mis mejillas.

—¿Por qué lloras, tita Emi? —Marcos me mira asustado mientras Santi dibuja un puchero—. ¿Por qué llora, mamá?

—Porque está contenta —resuelve Paula—. Está tan feliz por volver a veros que llora de alegría.

—¿Se puede llorar de alegría? —Los pequeños parecen confusos.

—Sí, a veces ocurre cuando te haces mayor. —Paula tira de mi mano y me ayuda a ponerme en pie. A continuación me abraza y susurra en mi oído—: Relájate, chiqui. Los vas a asustar.

—Perdón. —Me limpio los ojos—. Estoy un poco abrumada por todo.

—Lo sé... —Paula se hace cargo de mi maleta y comienza a andar—. Vamos. Os invito a desayunar. ¿Quién quiere tortitas?

—¿Podemos tomar algo un poco menos americano, por favor? Necesito desintoxicarme.

La expresión de Paula se dulcifica.

—Perfecto. Marchando una tostada con tomate y aceite de oliva. —Sonríe—. ¡Vamos, niños!



Paula nos lleva a una cafetería cercana a mi casa. Es cierto que muero de sueño, pero también lo es que si duermo ya corro el riesgo de descomparar el cambio horario. Debería esperar hasta la hora de la siesta para dormir un par de horas e intentar coger el ritmo.

Paula y yo tomamos asiento una frente a otra en una pequeña mesa apartada, mientras los niños juegan en la zona infantil.

Pedimos el desayuno y, mientras lo comemos despacio, yo le cuento a Paula cómo ha quedado todo entre Julien y yo.

—¿Y se plantó así sin más en el aeropuerto?!

—Sí.

—¿Y no te dijo nada?!

—No.

—Olé ahí, con todo su papo. ¡Alucinante!

—Pues sí. —Soy consciente de que no estoy dándole mucha conversación, pero es que no me siento preparada para hablar sin romperme en el acto.

—¿Y a ti no se te pasó por la cabeza saltar el cristal de seguridad y tirarte en sus brazos, como en las películas?

—Claro que no, Pau. Yo ya le dejé claro que quería luchar. Si él hasta última hora se mantuvo en sus trece y no lo hizo, no iba yo a seguir insistiendo.

—Ah, sí, sobre eso... —Paula me mira de reojo mientras remueve su café con leche con la cucharilla—. ¿De verdad te hubieras quedado de nuevo en Chicago?

—Sí —confieso sin dudar, pero suavizo un poco mi respuesta al ver el pesar en los ojos de mi amiga—. Pero, tranquila, habría vuelto de visita de vez en cuando.

—Ya, ya. No es eso. Es que... Tú estás a punto de sacarte tu plaza, Emi. Construiste una buena vida lejos de él. Me parece un poco injusto que seas tú la que renuncie a todo.

—Nadie ha renunciado a nada, Paula —digo con amargura en mi voz—. Puedes estar tranquila.

—Sí... Ya... Pero ¿no has pensado que Julien también lo ha visto de esa manera? Es normal que él no quisiera que dejaras tu vida atrás, ¿no?

—Ya se lo dije, esa es una decisión que debía tomar yo, no Julien.

—Ya, ya. Solo digo que...

—Pau, por favor. Ya está. No le demos más vueltas. Podríamos haber hecho mil cosas para no perdernos de nuevo, pero no las hicimos. Él porque no quería salir de su postura y yo porque, tal vez, no importo lo suficiente.

—No digas eso, peque...

—Es la verdad. —Me encojo de hombros. Siento un escalofrío llenarme por dentro—. Tengo que seguir adelante con mi vida y ya no hay más.

—Claro. Van a irte muy bien las cosas. Estoy segura.

—Gracias. —Fuerzo una sonrisa y después miro mi reloj de muñeca, que aún marca la hora de Chicago—. Ahora pidamos la cuenta, por favor. Necesito llegar a mi casa.



No consigo aguantar despierta hasta la hora de la comida. Sé que es un error y que dormir ahora me pasará factura de cara al *jet-lag*. Pero mientras sueño con rascacielos y una enorme pista de hielo, no le doy muchas vueltas al asunto.

Me despierto a las tres de la tarde y bajo rápidamente a hacer la compra. Solo cojo lo básico para subsistir los próximos días.

Cuando vuelvo a mi casa, me encuentro en la puerta con las dos personas que menos me apetece ver en este momento.

—Emanuelle, *chérie* —dice mi madre con un suspiro—. ¿Te pillamos en buen momento?

Mi padre, a su lado, coge aire.

—Nos hubiera gustado ir a por ti al aeropuerto, pero como no supimos nada de ti ayer no sabíamos a qué hora aterrizabas.

—Bastante es que sabíais mi día de llegada —suelto con sequedad mientras me las apaño para sacar las llaves de mi bolso.

Mi padre me ayuda con las bolsas y mi madre, como siempre, me reprende a su manera.

—Ay, Emanuelle, cómo eres... Con las ganas que teníamos nosotros de verte...

Pongo los ojos en blanco mientras acepto que estos dos adolescentes que tengo como padres van a subir conmigo a casa.

Subimos los dos pisos por escaleras y después entramos en mi pequeño apartamento. Está lleno de ropa y de maletas por todas partes. No me molesto ni en excusarme por el desorden.

—¿A qué habéis venido? —les pregunto.

—Queríamos verte —dice mi padre.

—Y hablar contigo —añade ella.

—Vale. Pues adelante —resuelvo yo. Me dejo caer en mi sofá y los miro con intensidad a los ojos. Me siento cansada. De ellos y de su situación siempre inestable. Sin embargo, no lo estoy tanto como para darme cuenta de que no se tocan ni se miran como deberían hacer dos personas que están retomando una relación. Me temo lo peor en el mismo momento que ellos también toman asiento.

—Puedes estar tranquila, Emanuelle —comenta mi madre—. Nos hemos dado un tiempo.

Yo no contesto. No digo nada. No sé qué podría decirles sin perder los nervios.

—Vamos a pensar en qué queremos por separado —explica mi padre—. Si llegamos a un punto de entendimiento volveremos a estar juntos.

Los miro a los dos y no puedo evitar cerrar los ojos con cansancio. Me siento como a los trece, a los quince, a los dieciséis, cuando tenía que lidiar con sus idas y venidas. Con sus peleas

y sus reconciliaciones. Con las terceras, cuartas y quintas personas que metían en la ecuación de nuestra familia.

Y decido que no quiero saber más. Con veintiocho años ya he sido demasiadas veces cómplice de sus aventuras. Y no quiero volver a serlo.

—Me parece bien. Muy maduro y muy bien —digo empleando alguna técnica psicológica que debí de aprender en un libro—. Veo que los años os han hecho sabios. Ahora bien, quiero dejarlo claro desde ya: hasta que no sepáis la respuesta a todos esos interrogantes que os planteáis, por favor, no contéis conmigo para nada. No me hagáis partícipe, ni juntos ni por separado. No quiero saber, ¿ha quedado claro?

—Pero, *chérie*...

—Déjala, Larisse —mi padre interviene—. Ha quedado claro, Emi.

—Pero cenarás con nosotros en Nochebuena, ¿verdad? Eres nuestra única hija. Nos sentiríamos muy solos sin ti.

Suelto un suspiro profundo antes de contestar a mi madre.

—Cenaré con vosotros.

—Oh, gracias, gracias —exclama mi madre—. No te arrepentirás. Nos portaremos como padres modelos.

—No me cabe la menor duda.

—Ahora, cuéntenos, Emanuelle, ¿cómo ha ido todo con Julien?

Mi estómago se tensa ante el sonido de su nombre.

—No me apetece hablar de mi exmarido —digo—. Mejor hablamos de otra cosa.

Mis padres intercambian una mirada entre ellos y respiran aliviados. Creo que en algún lugar de sus cabezas sospechaban que querría volver a quedarme en Estados Unidos.

Parecen satisfechos al ver que ni siquiera quiero nombrar a la única persona que podría haber conseguido que yo hiciera algo así.

Al final, mis padres se quedan conmigo mientras yo me preparo algo rápido de comer. Después intentan hacer puntos ayudándome a deshacer el equipaje y a poner lavadoras.

Cuando se van a media tarde, estoy exhausta.

Me doy una ducha, termino de recoger por la casa y me siento en el sofá a retomar la serie que dejé a medias antes de marcharme.

Antes de dar al *play*, reviso mi móvil. Tengo varios chats activos. Encuentro una foto de Sara que me hace sonreír y algunos mensajes de mis compañeros de trabajo dándome la bienvenida a la ciudad. Mis primos han puesto en el grupo el menú de la comida de Navidad y mis amigas de toda la vida proponen sitios para hacer la cena de cada año.

No es hasta que bajo por la lista que veo que un contacto que no tengo guardado me ha escrito.

Lo abro mientras el corazón coge fuerza dentro de mi pecho.

+1 (201) 461-2272: Emi, ¿podemos hablar?

Sé quién es. Lo sé al instante. Y pienso en qué hacer. En qué sería lo fácil. En qué me hará sufrir más de lo que ya estoy haciendo.

Me falta el aire, pero me doy cuenta, sin tener que pensarlo demasiado, de que no quiero entrar en su juego.

No quiero que me tenga enganchada a través de cadenas de mensajes que no nos llevan a ninguna parte.

No quiero falsas esperanzas.

No quiero vivir esperando su respuesta.

Porque yo ya he hecho todo lo que estaba en mi mano. No solo en el presente, también lo hice en el pasado.

Y me he cansado de pensar en qué necesita él, en cómo ponerle las cosas más fáciles.

Ahora voy a pensar en mí.

Así que releo su mensaje una vez más y salgo de la aplicación.

No habrá respuesta por mi parte.

Julien

Echo un vistazo al móvil. La pantalla se ilumina con la indicación de que Emi está en línea y que ha leído mi mensaje. Espero algunos segundos a que conteste, pero enseguida se sale de la aplicación.

Y no lo hace.

Yo suelto un suspiro. Me convengo a mí mismo de que, tal vez, lo que necesita es tiempo.

Pero me doy cuenta casi al instante de que eso es precisamente lo que no tenemos y que, a la vez, tenemos tanto por delante que lo que fuimos se diluirá en la inmensidad de lo que pudimos ser.

Frunzo el ceño mientras clavo la mirada en el monitor de mi ordenador. Debo trabajar. Debo recordar que la vida sigue. Porque sigue, ¿verdad? ¿O es que acaso mi vida ha dejado de ser mía si no está ella?

No lo sé. No puedo saberlo.



Dejo la oficina a última hora de la tarde. Apenas he podido adelantar las tareas que tengo pendientes, pero es que tengo la cabeza en otra parte.

He dejado de consultar compulsivamente el móvil. Ya me he hecho a la idea de que no tendré noticias de Emi. Y ni siquiera la culpa. En esta ocasión yo he tenido la última palabra. Y no la usé para retenerla a mi lado.

Entro en el hospital. Aunque a esta hora Carrie y Freddie ya suelen estar en su casa, sé que hoy están esperándome. Aunque yo no se lo he dicho, son conscientes de que los necesito más que nunca.

—Ey, chaval, por fin llegas —me dice Freddie cuando entro en la sala donde está mi ahijada—. A Sara casi le salen los dientes mientras esperábamos.

—Tenía mucho lío en la oficina —contesto mientras le doy un abrazo a él y un beso a Carrie—. ¿Novedades?

—Pues ha pasado el médico esta mañana —explica mi amiga—. Por lo menos nos quedan cuatro semanas más por aquí.

—¿Cuatro? —Me quedo estupefacto.

—Y eso siendo optimistas. Dependerá también de cómo vaya cogiendo peso.

—Madre mía.

—Pero bueno —sigue diciendo—. Estamos contentos porque la valoración ha sido positiva. No hay complicaciones. Se está desarrollando bien. Solo necesita seguir madurando.

Yo asiento despacio. Les echo un vistazo a los dos de manera disimulada y veo que realmente parecen satisfechos con la noticia. Me maravillo una vez más de su fortaleza. Si fuera mi hija la que estuviera en la situación de Sara estaría volviéndome loco.

Esa idea me estremece un poco. La de tener hijos algún día. Solo hay una persona con la que

me hubiera atrevido a hacerlo y hace solo veinticuatro horas que la eché de mi lado.

Mi móvil suena justo en ese momento y yo me sobresalto. Meto la mano en el bolsillo del pantalón con rapidez esperando tener noticias desde España. Pero no es ella. Solo es Megan proponiéndome quedar para seguir organizando la velada de fin de año. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo sin ni siquiera contestarle.

—¿Decepcionado, Jules? —pregunta Carrie, que no me ha quitado la vista de encima.

—¿Por qué lo dices? —Me hago el tonto, aunque a estas alturas debería saber que tratar de evitar los interrogatorios de esta mujer es una batalla perdida.

—No sé. Primero, el saltito ese ridículo que has hecho cuando ha sonado el móvil. Después, tu cara de amargura al leer lo que sea que te han enviado. Llámame loca, pero no pareces contento.

—No es nada, Carrie, déjalo estar.

—¿Era Emi? —interviene Freddie.

—Me apuesto lo que quieras a que no —contesta su mujer en mi lugar.

—¿Y tú que sabes? —la reprendo.

—Punto uno: tu expresión sería muy diferente si hubiera sido ella. Punto dos: ¿en serio? ¿No conocéis a Emi? No va a escribirte nunca, Julien. Le has roto el corazón.

Ese comentario hace que el estómago se me encoja. ¿No saber más de Emi en toda mi vida?

—¿Crees de verdad que no va a escribirme? ¿Ni aunque tenga algún mensaje mío que contestar?

Los ojos de Carrie se agrandan en el acto.

—Ay, Dios. ¿Qué has hecho, Julien?

—No he hecho nada.

—¿Le has escrito? —Freddie alza una ceja.

—Solo quiero hablar con ella. —Me encojo de hombros y, sin previo aviso, Carrie me pega con una de las gasas de Sara.

—¡Maldito seas, Vancamp! —exclama.

—¡Ouch! ¿Por qué has hecho eso?

—¿Qué? ¿Por qué eres tan obtuso? ¿Qué pretendes escribiéndole? ¿La quieres enloquecer?

—No, solo pretendía tener la oportunidad de hablar con ella.

—¿Para qué? ¿Para aliviar tu culpa?

—Eh..., bueno...

Carrie vuelve a atizarme con la gasa.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Estoy siendo egoísta?

—¡Sí! —grita Carrie.

Yo miro a Freddie, que titubea:

—Eh..., un poco sí, chaval.

—Increíble. Pensaba que estabais de mi parte.

—Pues no —dice Carrie—. Esta vez no estamos de tu parte. No tienes razón, Julien.

—Esta es la mejor solución —digo, preparado para recitar las razones que he intentado meterme a fuego en la cabeza—. Teníamos que separarnos para construir las vidas que siempre quisimos. Y ahora es incompatible juntarlas. Simplemente quiero acabar bien con ella.

—Vale. Supongamos que lo que dices es cierto —dice Freddie con tono conciliador—. Entonces, ¿para qué le escribes?

Me quedo mudo. No tengo respuesta para eso.

—Sigue contándote mentiras, Julien —masculla Carrie—. Se te da de maravilla.

—¿Mentiras?

—¡Claro que mentiras! Tú estás loco por esa chica. Si no no te hubieras plantado en el aeropuerto. Ni estarías como un quinceañero enviando mensajes. Tú, en el fondo, sabes que te has equivocado. Y esos actos mediante los que crees que quieres «acabar bien» no son más que los coletazos del Julien valiente intentando dejar atrás al niño herido y cobarde.

Me rasco los ojos. ¿Tendrá Carrie razón? Joder, es cierto que siempre la tiene. Es el jodido oráculo. Ojalá yo pudiera ver en mi propia cabeza con la claridad que lo hace ella.

—No sé yo, Carrie... Esto no tiene solución —murmuro.

—Sí, sí que la tiene. Pero tienes que darte cuenta tú solito de cuál es.

Y con esa sentencia, acaba la conversación. Carrie no añade nada. Freddie se limita a mirarme. Y yo, simplemente, me pierdo en mí mismo.



Por la noche, pasándome por el forro los consejos de mis amigos, lo vuelvo a intentar:

Julien: Emi, por favor, necesito hablar contigo.

Pienso que no verá el mensaje hasta pasadas unas horas, puesto que allí ahora es de madrugada. Sin embargo, me sorprende cuando el *check* azul se activa y ella aparece en línea casi al instante.

Contengo la respiración durante más segundos de los recomendables mientras espero su respuesta. Pero no llega. No contesta.

A continuación cierro los ojos, abatido, e intento dormir. Pero todo lo que veo son retazos de lo que ha ocurrido las últimas semanas.

El momento exacto en el que la volví a ver y las diferencias que catalogaron mis ojos. Su pelo negro más corto que entonces. Su mirada castaña más sabia. Las facciones más marcadas, sobre todo allí donde se evidencia que ha conseguido reír mucho y muy fuerte lejos de mí.

Rememoro también los días siguientes a nuestro reencuentro. Mis desplantes, su templanza, la manera en que me plantó cara cuando lo merecía.

También la forma sutil pero elegante que tuvo de acercarse a mí de nuevo. Cómo consiguió vencerme. Cómo consiguió despertar al Julien dormido. Cómo consiguió que tuviera presente que la querría toda mi vida.

Me doy la vuelta en la cama. Es nuestra segunda separación, pero hay demasiadas diferencias entre esta ocasión y lo que pasó hace ocho años.

Para empezar, mi casa no está llena de cosas tuyas que tenga que mandar como paquete trasatlántico. No debo buscar ningún abogado que normalice nuestra separación. No estoy en la situación de romper los cimientos de mi vida y de empezar de cero porque Emi ha irrumpido en una vida que ya funcionaba sin ella. No tengo por qué reinventarla. Solo seguir adelante.

Sin embargo, la principal diferencia entre entonces y ahora es mucho más simple que todo eso. Se reduce a que no puedo odiarla. No al menos como me gustaría. Puedo odiarla por ser tan imperfecta, por esos impulsos que me volverán loco algún día. Puedo odiarla por la manera en la que sonrío o por cómo ha conseguido que nunca jamás pueda sentir por otra lo que siento por ella. Pero ¿culparla? No, eso no puedo hacerlo. Por eso sé que lo que siento no es odio, sino que tiene otro nombre. El mismo nombre que ella ha empleado para afirmar que lo dejaría todo por mí.

Vuelvo a darme la vuelta en la cama.

¿Tendrá razón Carrie y me habré equivocado?

No es hasta la mañana siguiente que tengo la respuesta en mis manos. Solo tengo una reunión con un cliente a primera hora. Después me paso por la oficina a cerrar un par de propuestas y cerca del medio día estoy en la calle de nuevo.

Me acerco al centro. Estamos a pocos días de las fiestas. Horas, más bien. Y no tengo los regalos.

A mi madre le compro los billetes para ese viaje que siempre ha querido hacer a Perú. Dejo el nombre del acompañante abierto, porque no soy tonto, sé que ella de vez en cuando se ve con un amigo, pero como tampoco quiero saber demasiado del tema prefiero no meterme mucho más.

A Freddie le compro un equipo de golf. Hace meses que me dijo que quería volver a empezar a practicar ese deporte y yo se lo termino de poner fácil haciéndome con una equipación y un juego de palos para principiantes.

Mi mañana de compras parece ser un éxito, hasta que llego a Carrie. Es con ella con quien tengo el problema. ¿Qué le compras a una mujer que acaba de ser madre, que no puede estar con su hija y que tiene ganas de volver a sentirse mujer?

Recurso a mi madre. No tengo más opción. La llamo y en menos de media hora se pasea conmigo por las tiendas.

Me insiste para que le compre a Carrie un vestido de firma que pueda lucir cuando tenga ganas de verse guapa. En realidad ella se encarga de todo: de elegir el vestido en la talla adecuada y de hacerse con unos cuantos complementos a juego.

Como pago de sus servicios, acabo invitándola a comer a un italiano.

Ambos pedimos pasta y es mientras saboreamos los entrantes que ella empieza a parlotear.

Habla de Carrie, del hotel, de Sara, de los padres de Freddie, de cada conocido que tenemos en común y, por último, nombra a Emi.

Yo me tenso en el acto y me pierdo en mis propios pensamientos acerca de mi exmujer, hasta que algo que dice mi madre capta mi atención:

—... ya sabes cómo son sus padres. Así que la pobre sonaba bastante cansada cuando me contó que ellos se habían vuelto a separar y que...

—Un momento, un momento —la corto—. ¿Has hablado con ella?

Mi madre parpadea.

—Sí. Me mandó un audio de esos para decirme que ya estaba en casa.

—¿Está en casa? ¿Y cómo está?

—Bien. Creo que hasta el día veintiséis no volvía al trabajo. Así que aún está habituándose a estar de vuelta.

Me resulta bastante frustrante que mi madre tenga más información de ella que yo. Para empezar, intercambiaron sus números de teléfono, cuando yo tuve que ingeniármelas para sacar el suyo de la lista de contactos que Carrie guarda en su ordenador.

Para continuar, me enfurece darme cuenta de que ella pretende seguir en contacto con todos menos conmigo. Eso me da la pista definitiva de lo mal que lo he hecho. De lo mal que sigo haciéndolo cada segundo en el que limito mis acciones a enviarle mensajes que ella no responde. Ya van cinco, y los últimos ni siquiera los ha leído.

—Espero que le vayan bien las cosas —digo de pronto—. Su situación financiera era algo inestable. Tiene que luchar por conseguir esa plaza completa. Y si ahora sus padres vuelven a darle problemas... Seguro que está muy enfadada.

Mi madre sonríe con aire misterioso.

—Lo conseguirá. Consegirá su plaza. Es una chica muy lista.

—Pues sí. Supongo que demasiado si tomó la decisión en el pasado de irse de mi lado.

Mamá frunce el labio con disgusto mientras se lleva la copa de vino blanco a los labios.

—¿Todavía no la has perdonado, Julien?

—En realidad, sí. Pero eso no quiere decir que la manera en la que actuó en su día no fuera la más indicada. Por separado conseguimos mucho. Ella se sacó la carrera. Está peleando por ese trabajo a largo plazo. Yo vendí nuestra casa para montar mi empresa. ¿Hay una acción más simbólica que esa?

—Sí. Que ella volviera a ti y se diera cuenta de que tú valías más la pena que todas las decisiones que habéis tomado por separado.

Con solo una frase, mi madre me hunde. No necesita un gran discurso. Solo unas cuantas palabras ordenadas de tal forma que la realidad de Emi se me traduce en una sola oración con sujeto y predicado. El estómago se me encoge y siento una mano invisible apretarme la garganta. Joder.

Joder.

Es como un golpe que me hace abrir los ojos. Tiene razón en lo que dice. Estoy tan metido en todos los argumentos que ennegrecen mi cerebro que estoy perdiendo de vista lo fundamental: que merecemos la pena.

Que nada me vale si no es con ella.

Que la quiero más de lo que pensaba que se podría querer.

Que mi casa no es casa si no está.

Que a los problemas se les da una respuesta cuando aún son un problema, no cuando dejan de tener solución.

Que si luchamos, podemos existir. Pero que si nos rendimos, solo nos harán justicia los recuerdos.

Miro a mi madre. Ella sabe. Joder, claro. Ella siempre sabe. Pero no me dará la solución. No me enseñará las variables que han de incidir sobre mis acciones.

Se limita a mirarme. Y en sus ojos y unas cuantas sílabas encuentro la verdad.

—¿A qué esperas para tomar una decisión de una vez por todas, Julien?

Y de pronto, lo sé. Sé lo que tengo que hacer. Y también sé que esta vez será diferente.

O eso espero.

23 de diciembre

—¿Emi? ¿Emi? Estás muy callada. ¿Sigues con *jet-lag*?

—¿Eh?

—Chiqui, deja de darle vueltas al móvil. Te están hablando.

Parpadeo un par de veces y miro a mi alrededor. Paula me reprende con cariño. Fabiola, una de mis amigas, me observa con sus grandes ojos azules mientras espera una respuesta. Dejo que el teléfono caiga suavemente en mi bolso y retiro mi atención de él. Ya no va a escribirme más. ¿Cuántos mensajes lleva? ¿Seis? ¿Siete? Y no he contestado a ninguno. El último fue hace bastantes horas. No es que las esté contando. Pero algo me dice que se ha dado por vencido. Y es lo mejor. Así que tengo que hacerme a la idea.

—Perdona, sí —digo fingiendo una sonrisa—. Sigo un poco desubicada.

—¡No me extraña! —exclama Ana, otra de las chicas—. Han sido dos semanas a cuerpo de reina en Chicago. ¡Queremos todos los detalles!

Trago saliva mientras hago un esfuerzo por aparentar normalidad. Adoro a mis amigas. De verdad. Pero ninguna de ellas es tan cercana como Paula. Han sido compañeras de confidencias, de fiestas, de noches de vinos y de maratones de películas de Brad Pitt. Pero no me siento preparada para desnudarme delante de ellas. No ahora. No quiero contar de nuevo lo que este viaje ha supuesto para mí a nivel emocional. No quiero volver a hablar de Julien en voz alta. De que he besado a Julien, de que me he acostado con Julien, de que he sentido el impulso de dejarlo todo por Julien.

Tengo que empezar a olvidarlo todo. Y revivirlo de nuevo va a rascar la herida.

¿Así que qué hago?

Les hablo de los detalles. De los otros. De la inmensidad del Chicago que yo recordaba. De volver al escenario de película que es esa ciudad que fue mía. Les hablo del hotel de Carrie, de la llegada de Sara y de toda la gente que se alegró sinceramente de verme.

—¿Y Julien? —Fabi no es tonta. Me conoce, y sabe perfectamente que estoy guardándome información.

—¿Julien qué?

—No hablas de él. ¿No lo viste?

Desvío la mirada a mi copa de Puerto de Indias. Me muerdo el labio. No sé qué decir.

—Sí. Sí lo vi.

—¿Y? ¿Cómo se comportó al volver a verte?

—Distante.

Tanto ella como Ana alzan una ceja. Paula dirige la vista al techo.

—¿Distante?

—Sí.

—¿Durante las dos semanas que estuviste allí?

—Algunos días más y otros menos. —Me encojo de hombros. Rehúyo la mirada de mi amiga.

Doy un trago a mi bebida. Suelto un suspiro.

Mientras, ella me observa con el ceño fruncido.

—Ya —dice con aire escéptico—. ¿Por qué tengo la sensación de que estás ocultando información?

—Porque lo está haciendo —apunta Ana—. Pero vamos a dejárselo pasar por esta noche. Yo sonrío para mí.

—¿Qué? —pregunta la otra—. Ni hablar. ¡Yo quiero saber qué ha pasado con su exmarido!

—Y lo sabremos. Pero no hoy. ¿Es que no la ves? Está ida. Está hecha polvo. Necesita unos días para recuperarse. Después no tendrá forma de deshacerse de nuestras preguntas.

Ana me guiña un ojo y Fabi resopla, aunque finalmente creo que entra en razón. Paula, por debajo de la mesa, me aprieta la rodilla. Yo retuerzo los dedos de mis manos. Es cierto. Estoy que doy pena. Me siento deshecha por dentro. Perdida. Debo encontrar dentro de mí a la Emi que ha vivido más en dos semanas que en ocho años y decirle que saldremos adelante.

No será ahora. Pero debo ser fuerte.

—Hablando de polvos... —dice Ana de repente—. ¿Te llegaste a acostar con el tal Cisco?

—¿Quién es Cisco? —pregunta Fabi.

—Ese chico con el que quedó unos días antes de irse de viaje.

—¿El de la escuela de submarinismo? —pregunta Paula.

—¡Ese!

—No —contesto, introduciéndome en la conversación—. No nos acostamos. ¿Qué pasa con él?

—Acaba de entrar por la puerta. Y, ¡oh! Viene hacia aquí.

—¿Cómo?

Intento no girarme con demasiada brusquedad, pero antes de que me dé cuenta Cisco está en la mesa. Y sonrío. Sonrío enseñando una dentadura que debe de haberle costado una pasta.

—Emi, no sabía que habías vuelto —dice agachándose para besarme ambas mejillas.

—Sí. Ayer por la mañana. —En otra ocasión habría hecho el amago de coquetear con él, pero sinceramente no me apetece.

—Bien, bien. ¿Has disfrutado de tus vacaciones?

—Bastante.

Cisco me da un poco de conversación. Es un buen chico, muy natural, trabajador y nada baboso. Sería una buena opción para explorar.

Pero no es Julien.

Y ninguno lo será.

Así que me desinflo en el acto.

Se va después de un poco de charla superflua pero cómoda. Quedamos en que le escribiré cuando esté más adaptada en la ciudad, pero creo que ambos sabemos que no voy a hacerlo.

No quiero conocer a nadie. Quiero enfrentarme a todas las emociones que he sentido en las últimas dos semanas. Los descubrimientos, los cambios de perspectiva y la importancia de las decisiones que hubiera tomado si la realidad fuera otra.

Sin ser consciente de que lo hago, echo un vistazo a mi móvil. La pantalla de inicio refleja la ausencia de notificaciones.

Resoplo en mi interior.

Necesito sanar.

Y eso solo me lo dará el tiempo.

24 de diciembre

Hoy es uno de esos días.

Te levantas tarde porque no tienes ningún motivo que te saque de la cama. Desayunas sin prisa, ojeando noticias de actualidad con esa emisora que te encanta de fondo. Te duchas. Te mimas. No te apetece maquillarte, pero aun así te ves guapa. Da igual la tristeza.

No quieres pensar en todo lo que te duele, pero te pesa en las pestañas.

El vacío que sientes dentro hace que tengas frío. Pero intentas llenarte de cosas que sumen. De eso se trata, ¿no?

De eso debería tratar, al menos. De salir adelante. De querer hacerlo a pesar de todo lo que ha quedado atrás.

Por eso decido dedicar el día de hoy a buscar por los rincones de mi antigua vida cosas que me hagan sonreír.

Así paso la mañana. O lo que queda de ella.

Voy con algunos de mis primos a comprar cosas para la comida de mañana. En Navidad se juntan todos los hermanos de mi padre, mi abuelo, su nueva mujer y algunos de sus hijos. También mis primos.

Somos más de veinticinco y cualquier aportación es bien recibida.

De la cena de Nochebuena se encarga mi madre, así que yo me despreocupo. Como cada año.

Cada año más, quizá.

Quedo a comer con la directora de la asociación con la que colaboro. Es una de esas personas que te llenan de energía positiva. Por eso le propongo pasar un rato juntas. Picoteamos en un bar cerca del centro y brindamos por las fiestas y por todos los proyectos que esperamos que nos traiga el nuevo año.

La asociación me da luz. Me regala sonrisas. Ayudar a padres y a niños con pocos recursos a seguir adelante me ayuda a relativizar día a día mi propia vida.

Me invade la nostalgia al pensar en los pequeños. En todos los días que he estado sin verlos.

Decido que quiero hacer algo por ellos. Mi tiempo es lo más valioso que tengo para darles, pero son niños, y a veces es en lo tangible donde consiguen proyectar la sensación de sentirse protegidos.

Miro mi cartera. Apenas tengo dinero. Eso no es una novedad. Pero, en estos momentos prefiero gastármelo en un gesto para esas familias antes que en cuatro copas en cuyo fondo no voy a encontrar las respuestas que busco.

Así es como acabo comprando cuadernos, lápices de colores, ceras, acuarelas, láminas en blanco.

Así es como paso la tarde. Sintiéndome un elfo que coloca regalos bajo un árbol. Entiendo perfectamente a la gente que quiere hacer de ello su modo de vida: las sonrisas de los niños cuando me ven llegar cargada de paquetes no tienen precio.

Así es como consigo respirar con normalidad de nuevo. Pasando tiempo con gente que busca encontrar en mí a esa Emi que sabe dar la mejor versión de sí misma.

Así es como salgo a la calle horas después. El reloj marca las seis. Ya ha anochecido, pero apenas ha refrescado.

Así es como consigo respirar hondo para volver a mis propios pasos. Por lo menos hasta que escucho mi nombre en la penumbra, a mis espaldas.

Así es como me rompo.

Lo hago cuando registro al dueño de la voz que paladea las tres letras con las que me reclama.

Entonces, me paralizó.

Siento frío. ¿Es frío? No lo sé. Los estímulos se confunden en mi piel. Solo entiendo de electricidad.

No consigo darme la vuelta, aun así, puedo medir la distancia entre su cuerpo y el mío con cada latido que escapa de mi pecho y va a parar al suyo.

—Emi, *please* —susurra.

Es escucharlo aquí, en su idioma pero en mi terreno, lo que hace que me tiemblen las rodillas.

Creo que no me voy a poder sostener. Pero, aun así, consigo girarme.

Y lo que veo me desarma. Porque es él. Pero no parece él. Está pálido. Las manos le tiemblan. Su mirada ha perdido el toque infantil y en su lugar brillan destellos de una madurez que parecía escondida. Pero que está aquí. Y se enfoca para mí.

Me tambaleo.

Y lo siento. Un pellizco agudo en la piel. Y más dentro. En el alma.

Y sé que debería gritar. Quizá enfadarme por haberme hecho creer que no había esperanza. Quizá lanzarme en sus brazos, golpear su pecho y después dejar allí mi cabeza. Quizá darme media vuelta y ponerlo a prueba; comprobar hasta dónde sería capaz de seguirme.

Pero lo que hago es dejar que el impulso fluya.

Y eso es lo que hace que me eche a llorar.

—No llores —dice Julien entonces. Camina despacio. Se acerca—. Si lloras me muero.

Pero no puedo parar. Es el alivio, la alegría, el amor y la melancolía. Todo enmarañado en un único sentimiento que me llena el pecho.

Porque lo sé. No lo ha dicho, pero lo sé. Sé por qué esta aquí.

Mi exmarido, el amor de mi vida, elimina cualquier espacio simbólico y físico que nos separa y me abraza.

Y yo sollozo con más fuerza, porque ¿cómo explicar que quiero fundirme con él?

No hay manera. Y, sin embargo, creo que eso es lo único que conseguiría que deje de llorar.

—Te quiero —susurra en mi oído—. Te quiero desde el primer día y lo haré hasta el último. Deja de llorar, por favor.

—N-no p-puedo.

—Perdóname. Siento no haberte escuchado. Pero te juro que no te dejaré marchar ni una vez más.

Sigo dejando que las lágrimas se deslicen por mis mejillas. El pecho aún me da pequeñas sacudidas. Pero poco a poco me calmo. No es por mí. Es por Julien, que me da una paz que creí que jamás descubriría de nuevo.

—N-no me puedo creer que estés aquí.

Sigo abrazándolo con ansiedad. Él no me ha soltado en ningún momento. Sus manos me tocan por encima de la ropa como para asegurarse de que por fin me ha encontrado. Que no voy a soltarlo. Que ni siquiera tengo la intención de echarle en cara que haya tardado días en reaccionar. ¿Cómo iba a hacerlo? Conozco a Julien. Conozco cómo funciona la mente de Julien. Conozco cada demonio con el que tiene que luchar, cada sombra que consigue apagar buscando luz en rincones

que no se le han perdido.

No puedo recriminarle nada.

—Estoy aquí, Emi —susurra en mi oído, y noto su sonrisa acariciarme la oreja—. Esto es real.

Me aprieto a él con más fuerza.

—¿C-cómo me has encontrado?

—Es la única asociación para familias en riesgo de exclusión social que había cerca del paseo marítimo. Ha sido relativamente fácil.

Lo miro sin entender cómo sabía que estaría aquí.

—¿Pero...?

—Llevo unas horas por esta zona. —Sonríe—. Te he visto entrar esta tarde.

Yo asiento. Él vuelve a abrazarme. Y quedamos suspendidos en un instante eterno.

Quizá pasan horas o quizá solo segundos. No podría decirlo. Supongo que él tampoco. Pero a través del contacto compartido conseguimos entendernos. Hablarnos. Perdonarnos. Y ni siquiera usamos palabras. Solo caricias. Solo ganas de hacernos sentir.

—No vuelvas a asustarme así nunca más —le digo pasado un tiempo inconcreto.

—Nunca. Te lo prometo.

Escucho latir su corazón con fuerza mientras permanecemos juntos. Me pregunto qué estará pensando. Qué puedo decir para darle la tranquilidad que sé que necesita. Intento hablar, pero las palabras se han atascado en algún punto indeterminado entre mi estómago y mi garganta. Es como si el mundo se hubiera parado dejándonos a Julien y a mí en el centro.

—¿Por qué has traído tanto equipaje? —pregunto pasados unos instantes. Acabo de reparar en que, al fondo de la calle, donde él estaba parado hace unos minutos, aguardan dos maletas y una bolsa de viaje.

Julien me mira. Me mira y sonrío de esa manera que me acorta la vida y a la vez me la alarga. Lo hace como si en el espacio entre sus ojos y los míos no cupiera nada y al mismo tiempo un inmenso *big bang* cobrara vida.

Lentamente nos separamos un poco y él deja un beso sentido en mi frente.

—Te lo cuento mientras paseamos —me dice.

—¿Pasear? Es de noche. Y es invierno.

—¿A esto llamas tú invierno? No estaremos a menos de diecisiete grados.

Sonrío. Pienso en Chicago, esa ciudad que fue nuestra. En el diciembre que congeló nuestras vidas. Y en las diferencias entre ese momento y el ahora que vivimos.

—Ya, pero...

—Quiero andar contigo mirando al mar. El mar es parte de quien eres, Emi. Déjame enamorarme de tu isla como un día me enamoré de ti.

No rechisto. ¿Cómo hacerlo? Es algo que Julien me decía a menudo cuando nos conocimos. Que yo tenía algo. Un encanto isleño que me daba ese puntito salvaje que le llamó la atención de mí. Con tantas cosas vividas en su tierra, es normal que él ahora quiera empaparse de la mía para poner en perspectiva a esa Emi con la que se casó.

Julien coge las maletas y echamos a andar. Yo llevo la bolsa de viaje. Le explico cosas sobre la parte de la ciudad donde nos movemos y caminamos despacio, sintiéndonos el uno al otro.

Poco a poco, todo desaparece de mi mente. Todo lo que no sea él. Todo lo que no sea yo misma dándole la mano mientras le permito que acceda a esa parte de mí que hasta ahora solo había podido imaginarse. No existe cena de Nochebuena. No existe presente ni futuro inmediato. Solo Julien y yo.

Seguimos avanzando con el sonido del mar de fondo. No hay más sonido que ese, hasta que yo empiezo a dibujar esas preguntas que se van formando en mi mente.

—¿Qué dijo Carrie cuando le comentaste que venías? —le pregunto.

—Carrie no sabe que he venido.

—¿Ah, no? ¿Y tu madre?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Nadie sabe que estoy aquí. Nadie me aconsejó siquiera que lo hiciera. De mí nace la certeza de que este era el único paso correcto.

Sonríe. Lo hace con calma, pero con cierto orgullo por él mismo.

Me alegro de que así sea. Que haya hecho las paces con ese Julien que no se atrevía.

—Con solo una llamada podría haber vuelto a Chicago —le digo, porque sé que únicamente con escuchar en su voz que se arrepentía habría hecho lo impensable.

—Eso pensé durante un instante. Pero no respondías a mis mensajes. Y no era así como debían ir las cosas.

—¿De qué estás hablando?

Julien se detiene. Las maletas con él. Y yo.

El mar de fondo rompe a unos pocos metros de nosotros. La luna brilla a través de una nube que la tapa parcialmente.

Sin embargo, el único estímulo que soy capaz de registrar es su mirada. La manera en la que Julien siempre me mira. Y la nueva sonrisa que intenta camuflar.

—Yo no quería que te quedaras en Chicago —me dice.

—Lo sé. Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

—No he cambiado de opinión.

—¿Cómo? —Lo miro confusa.

—Tu vida esta aquí, Emi. Conseguiste recuperar todas las oportunidades que perdiste por casarte tan joven y abandonar tu país, y yo no soy nadie para arrebatártelas.

Suelto un suspiro. Eso es algo de Julien. Con solo unas frases hace que me muera de amor. Cuando era joven lo conseguía con ilusiones, dejándome claro que quería un futuro conmigo y que yo era la única que sabía leer su interior.

El Julien adulto, en cambio, redimensiona todas esas promesas y las pone en mis manos. Sabe que sigo siendo la persona que mejor podrá conocerlo en la vida, pero no quiere que vivamos de humo. Quiere que esas ideas de futuro empiecen en el presente que yo elijo.

Así es la manera en la que el Julien adulto decide quererme.

Es entonces cuando caigo. Él aquí. Las maletas. Y una decisión en la que nadie, ni siquiera yo, ha influido.

—¿Qué estás queriendo decirme, Julien?

—Que hace nueve años tú renunciaste a todo por mí y no supimos ver que teníamos una vida por delante que construir. Ahora somos adultos y estamos en el momento de amoldar las decisiones que hemos tomado para continuar la vida juntos.

—¿Entonces...?

—Entonces yo estaré aquí, para siempre.

—¿Para siempre?

—Hasta que este modelo de vida deje de servirnos.

Me quedo helada de la impresión.

—Pero... tú tienes tu empresa.

—Yo tengo una empresa. Puedo hacerla funcionar a distancia. Puedo viajar de vez en cuando a ordenarlo todo. Puedo montar otra. Puedo hacer lo que quiera, cariño. En cambio contigo solo puedo estar aquí.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—Pero... Tu madre y Carrie...

Le brillan los ojos ante la mención de dos de las personas más importantes de su vida.

—Ellas no se van a mover de Chicago. La vida es muy larga, Emi. Estudia. Sácate la plaza. Dame la mano. Deja que el tiempo pase. Seamos felices. Y siempre podremos volver a plantear el futuro.

Asiento una sola vez. Él vuelve a abrazarme. Aunque sé que odia verme llorar, empiezo de nuevo. Julien sonrío contra mi pelo. Lo besa. Me susurra lo mucho que me quiere y que me querrá siempre.

—Tú eres lo único que necesito tener —me dice—. Lo único que sé que necesitaré para siempre.

—¿No estamos siendo inconscientes? Solo fuimos pareja durante un año y no salió bien.

—¿Es miedo escénico lo que noto en tu voz? —pregunta con una sonrisa torcida.

—Es que no quiero que nos precipitemos. Podemos hacerlo funcionar un tiempo a distancia y ver...

—Se acabó la distancia, Emi —dice tajante—. Ocho años han sido más que suficientes. No te he olvidado. Ni un solo minuto. Se ha terminado lo de estar separados. Obviamente volveré a Chicago porque tengo que coger muchas más cosas y dar explicaciones a algunas personas, pero no quiero perder más tiempo sin ti. Empezarás a darle vueltas a las cosas. O, peor, empezaré a darles yo vueltas a las cosas y acabaré llegando a la conclusión de que sin mí estás mejor. Y eso no puedo permitírmelo.

Me echo a reír. Y él me limpia unas cuantas lágrimas de las mejillas.

Después parpadea y un destello de inseguridad cruza su mirada.

—Solo dime una cosa, Emi, ¿lo tienes claro?

Yo vuelvo a sonreír. Pocas certezas he sentido tan fuertes como este tirón en el estómago que anuncia que este es el momento más importante de mi vida. No el día que nos prometimos. No el día de nuestra boda. Sino esta noche de diciembre en la que Julien ha dejado atrás sus demonios y su país a pesar de tantos miedos, tantos errores y tantas dudas. A pesar del daño, el dolor y la separación. A pesar de sus complejos, sus sombras, sus capacidades superiores a la media que le han traído más penas que alegrías. A pesar de que se sintiera abandonado una vez y desde entonces le aterrara volver a experimentar algo parecido.

A pesar de todo lo que nos separa, porque hemos encontrado la manera de desafiar la distancia y volver a juntarnos.

—Lo tengo claro desde hace años, Jules. Tanto que lo grabé en mi piel. Serás tú para siempre.

Entonces mi exmarido, al que nunca he dejado de sentirme unida, me besa.

Nos besamos ante la luna de Tenerife, España, mi otro hogar.

Despacio, queriéndonos con los sentidos, con los ojos cerrados para no adormecer el resto de sensaciones. Rememorando en un solo beso todos los que nos hemos dado. El primero, lleno de expectación. El segundo, sin ninguna duda. Los que los siguieron, que fueron poco a poco dibujando la realidad de que aquel amor pasajero estaba destinado a ser más. El de nuestra noche de bodas. Los de la rutina, las reconciliaciones, los que nos ayudaban a luchar. El que no sabíamos que sería el último.

Todos escondidos en este, que es un homenaje a todos ellos.

Y me imagino viéndolo desde fuera, como un beso de película. Cuando la chica conquista al chico. Cuando el chico se rinde en brazos de la chica. En plena Navidad, con luces alumbrándonos como la noche que tomamos la decisión de casarnos. Pero en vez de una pista de hielo hay un trozo del océano que durante años nos ha separado. En vez de ilusión adolescente hay certezas adultas. En vez de robar tiempo nos lo estamos regalando.

Y así seguimos: besándonos. Lo hacemos de camino a casa, parándonos por los rincones.

Lo hacemos después, en la cena de Nochebuena, tras explicarles a mis padres que ha venido para quedarse y que jamás dejó de ser mi marido. También en la comida de Navidad, delante de un montón de familiares que alucinan con el supuesto parecido que siempre guardé con mi madre y su sentido de la aventura.

Lo hacemos después de celebrar el aniversario de nuestra boda los dos solos en una habitación llena de velas.

Lo hacemos días más tarde en el aeropuerto, antes de que él vuele a Chicago para poner en orden su antigua vida.

Lo hacemos a su vuelta, con el motor de mi coche en marcha y las maletas amontonándose en los asientos de atrás.

Lo hacemos cada noche antes de dormir, al despertar y durante toda una vida.

Porque quizá lo que nos unió fue un diciembre. Pero fue pasar el resto de estaciones juntos lo que nos hizo apostar por esa realidad que nos convirtió en eternos.

Epílogo

Una Navidad tres años después...

La habitación está llena de cajas. Toda la casa está llena de cajas, en realidad. Le dije a Julien que deberíamos haber contratado a alguien que se encargara de esto, pero él insistió en que era mucho más significativo si éramos nosotros los que nos ocupábamos.

Para él es fácil decirlo. Él no ha cogido un total de quince kilos en los últimos ocho meses y medio. No ha visto su cuerpo transformarse mientras cambiábamos de país, nos mudábamos temporalmente a casa de Carrie y Freddie, guardábamos nuestras cosas en un trastero y supervisábamos cada día la obra de la casa nueva.

Anoche fue la primera vez que dormimos aquí. Y hoy nos preparamos para recibir en la cena de Nochebuena a un total de doce adultos y una niña de tres años.

Mientras termino de arreglarme, me miro en el espejo y resoplo un poco. Hoy me siento especialmente hinchada. Quizá son los nervios, el estrés de la mudanza o la llegada de mis padres, que ya me tienen loca y solo llevan veinticuatro horas en Chicago.

—Cariño, ¿estás bien? —La voz de Julien entrando en nuestra habitación me sobresalta, y hace que nuestra hija se remueva dentro de mi vientre.

—Estoy bien —contesto, girándome hacia él—. Estamos bien.

Se acerca a mí y me da un beso en la frente. Después me acaricia la barriga.

—¿Preparada para tus primeras navidades, pequeña?

De nuevo, Emma se agita dentro de mí. Cojo la mano de Julien y la coloco para que la sienta. Una sonrisa se extiende en su rostro y me reafirmo en mi pensamiento de que va a ser un padre maravilloso.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta de nuevo—. Te noto un poco pálida.

—He estado colocando toda la ropita de Emma. Ahora solo falta la nuestra.

—Cuando pasen las fiestas lo hacemos, no te preocupes.

—Es que me agobia ver la casa tan desordenada.

—Es solo la parte de arriba. Tendrías que ver cómo han dejado la planta de abajo entre tu madre y la mía. Y tu padre y yo hemos arreglado el jardín.

—¿En serio? ¿Tanto tiempo he estado aquí?

—Estabas preparando el nido. —Me da un beso en la frente—. Te va a encantar cómo ha quedado todo.

Antes de bajar a comprobar lo que dice Julien, cojo una de mis rebecas de lana. En la casa hace calor, pero yo estoy algo destemplada.

Después me pongo la pulsera que me regaló Mary por mi último cumpleaños y echo un vistazo a las cajas que me esperan al pie de la cama.

—No te preocupes, cariño, tenemos tiempo —me dice Julien, tendiéndome la mano.

—Me alegro de que estés tan seguro.

—¿Sabes que de que sí estoy seguro? —Me atrae hacia su cuerpo y me rodea por la cintura.

—¿De qué?

—De que nunca has estado más bonita que esta noche.

Me echo a reír.

—No seas bobo, parezco un hipopótamo.

—Está usted preciosa, señora Vancamp. No me contradiga cuando suelto verdades universales.

Nos damos un beso que se deshace en una sonrisa. Dura más de lo que debería y menos de lo que nos apetece. La música ha empezado a sonar en la planta baja y esa es la señal definitiva de que debemos hacer acto de presencia en nuestro propio salón.

Julien me da la mano y salimos de la habitación. Nada más poner un pie fuera, noto que la casa está diferente. La luz parece más clara, el ambiente más fresco y los sonidos más vivos.

Bajamos por las escaleras y me fijo en que alguien se ha encargado de colgar fotos de todos nuestros recuerdos.

Me detengo en la primera, una instantánea tomada en el diminuto piso de Tenerife donde hemos vivido un total de dos años y medio. No fue una época fácil, pero sí nos ayudó a cimentar lo nuestro hasta hacerlo indestructible.

Llevar una empresa desde la distancia no fue sencillo, y menos con el cambio de hora entre Tenerife y Chicago. Julien tuvo que trabajar muy duro para mantener a sus clientes y guiar a su equipo para que el negocio siguiera funcionando. La parte de edición de videojuegos fue creciendo en detrimento de la gestión técnica de eventos, porque era la parte en la que él podía estar más presente. Eso fue durante el primer año. Hasta que decidió viajar hacia allí, pasar un mes entero en Chicago y tratar de equilibrar ambas líneas. Lo consiguió. Fue duro, pero lo consiguió. Y un año después decidió montar una pequeña sucursal en Tenerife, especializada únicamente en la gestión de eventos. A día de hoy, la sede también funciona sola y atrae clientes de toda España y algún punto de Europa.

Yo, mientras tanto, estudié hasta conseguir la plaza. Tardé unos cuantos meses en conseguirlo después de mi regreso a Tenerife, pero acabó siendo mía. Y durante todo el tiempo que nos quedamos en mi ciudad disfruté de un trabajo que me llenaba de orgullo. Dejarlo marchar no fue fácil, pero tampoco me arrepiento de la decisión. Nosotros siempre pertenecemos a Chicago.

Sigo avanzando por las escaleras. Las siguientes fotos que me encuentro son de nuestros viajes. El primero, en un camping al sur de España donde Julien y yo conseguimos desconectar de la locura del día a día y reencontrarnos con nosotros. El segundo, la ruta sesenta y seis, que conseguimos hacer en uno de nuestros muchos viajes a casa.

Las siguientes ilustran viajes de relax, de aventuras, de turismo gastronómico. Por Europa, Asia, Estados Unidos y América Latina.

Sonríe especialmente ante la imagen de nosotros dos en París, frente a la Ópera, cuando yo aún no sabía lo que me esperaba esa noche.

Recuerdo que habíamos pasado todo el día pateando el centro de la ciudad. Nunca habíamos estado ninguno de los dos y nos enamoramos de su majestuosidad, de las calles empedradas, de sus terrazas, de la Torre Eiffel, del Louvre, de los Campos Elíseos, del Sacre Coeur, arriba de esa colina que brillaba en Montmartre, del barrio latino... De toda la magia que encierran sus calles.

Aunque, para magia, la que viví en aquel restaurante cercano a Notre Dame.

Después de un día entero viviendo París, Julien sugirió que fuéramos a cenar. Entramos en un restaurante precioso. Moderno. Con la misma chispa que prendía las arterias de la ciudad.

No me extrañó que nos dieran aquella mesa con vistas a la Plaza Jean-Paul II. No me extrañó la hora que se hizo para una simple cena. No me extrañó la manera entrañable en la que nos trataron los camareros aquella noche, a pesar de ello. No me extrañó lo nervioso que parecía Julien, mientras miraba a todos lados buscando algo o alguien.

Recuerdo el reloj de pared que marcaba las doce y veinte de la noche. Lo recuerdo porque Julien no dejaba de repetir lo tarde que se había hecho.

Sinceramente, yo no esperaba nada, quizá por eso fui incapaz de ver las señales que indicaban que aquel sería uno de los momentos más importantes de mi vida.

El dueño del restaurante, el tal Jean-Pierre, al que Julien había conocido debido a un proyecto en el que colaboraron juntos, nos trajo un sorbete de mandarina. Cortesía de la casa, dijo. Yo no entendía el porqué de la mirada inquieta que intercambié con Julien. Y no fue hasta un rato después que lo hice.

Fue justo cuando las luces se apagaron y pude entrever que hacían acto de presencia una pareja, cuando la alerta se encendió en mi cerebro.

No pude verlo, pero intuí que Julien se ponía aún más nervioso de lo que se había mostrado en los últimos minutos.

—Joder, sí que nos esperaban —dijo una voz masculina—. La gente nos mira.

Me giré para ver quién había hablado, y por un momento pensé que mi imaginación me jugaba una mala pasada. Parecía... parecía él. Pero no podía ser. O eso pensé hasta que se acercó a mí y, con ese sonido que había conquistado las listas de más vendidos del mundo, habló de nuevo.

—¿Tú eres Emi? Creo que tenemos una cita.

—¿Qué? ¿Cómo? —Sí que era él. Pero no entendía por qué se dirigía a mí como si supiera exactamente quién era.

—Una cita. Ahora. A las doce y media de la noche. Yo soy un experto en citas. Luego te cuento cómo me ligué a semejante... —Señaló con la cabeza a su acompañante y sonrió de medio lado—. Que no me refiero a que ahora vaya a ligar contigo. Ni ahora, ni luego. Que tú ya estás más que ligada. Sí, ¿no? —dijo mirando a Julien. La persona que lo acompañaba carraspeó para hacerlo callar. Yo seguía mirándolo alucinada—. Bueno, un micrófono, por favor.

Una chica rubia muy sonriente se acercó a él con un micrófono en la mano. Lo cogió del brazo y lo llevó a lo que me pareció un escenario improvisado que habían preparado en uno de los extremos. Allí, de la nada, sacó una guitarra acústica que parecía conectada a un amplificador.

Miré a Julien. A pesar de la oscuridad, vi que las manos le temblaban. En ese mismo momento, unos acordes llenaron el restaurante en el que en ese momento solo había una mesa más aparte de la nuestra. Era una pareja de españoles. Los había escuchado discutir por algo de una trufa. Julieta, creo que se llamaba ella.

—¿Tú sabes de qué va esto? —le pregunté.

—Tengo una ligera idea. —Y no sé si fue su sonrisa o el modo en el que le brillaban los ojos en la penumbra. Pero supe que, de alguna manera, el gran Dylan Carbonell había venido a entregarme un mensaje.

Lo corroboré cuando nos guiñó un ojo y su voz rasgada cortó el ambiente con las primeras palabras de *Grow Old With Me*.

Había permanecido tranquila hasta ese momento, pero justo entonces sentí que los nervios me burbujaban en el estómago. Miré a Julien. Vi que él no había dejado de observarme en los últimos segundos. Parecía más emocionado que yo, lo cual a esas alturas ya era mucho decir, porque notaba los ojos húmedos. Empezaba a entenderlo. París, él y yo, aquella noche estrellada y la única voz en el mundo que me hacía estremecer casi tanto como la suya propia.

Necesité tocarlo. Extendí las manos sobre la mesa y él entrelazó sus dedos con los míos. Justo entonces noté algo que guardaba en ellos. Era pequeño. Frío pero cálido. Y quise llorar. Quise hacerlo porque en realidad no nos hacía falta. Porque ya compartíamos la vida. Porque lo teníamos todo y habíamos vencido hasta al propio pasado. Pero ahí estaba. Esa prueba de que Julien siempre iría un paso más allá. Esa necesidad suya de protegernos por encima de lo que pensábamos.

La música se desvaneció sin que apenas nos diéramos cuenta. Lo último que escuché fue la voz de Dylan. Estaba a nuestro lado. Y me pareció increíble todo: que estuviera allí, tenerlo tan cerca y que pusiera la banda sonora de esa magia que sentía en los huesos.

—Le has dicho que sí, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

—En realidad no me ha hecho ninguna pregunta —contesté mientras sorbía con la nariz con toda la delicadeza que el momento merecía.

—Macho, no me jodas —soltó Dylan.

Julien rio.

—La pregunta se la hice años atrás. Solo quiero saber si sigue estando tan loca como para reafirmarse en que lo nuestro es de por vida.

Me mordí el labio mientras examinaba el anillo, que descansaba de nuevo en la palma de Julien.

—Es precioso —dije con un hilo de voz—. ¿Me lo pones?

Y entonces Julien sonrió. Con su mirada azulada mirando hacia el fondo de mis pupilas. Con el calor de su piel acariciando mis sentidos.

—No te di un anillo de compromiso en nuestra primera boda —explicó mientras lo deslizaba por mi dedo anular—. Pero hoy te doy este con la esperanza de que lo guardemos para siempre.

En ese momento, la chica de la mesa de al lado, la tal Julieta, apareció en escena, y lo hizo para poner voz a lo que todos estábamos pensando:

—¿Vas a besarla? —preguntó. Cuando nos quisimos dar cuenta, a nuestro alrededor estaban también el dueño del restaurante y la pareja de Dylan—. Yo la besaría ahora. Es el momento perfecto. Si esto fuera una película, ahora vendría uno de esos besos que parece que no acaban nunca. De esos que tanto me gustan. —Se giró brevemente y clavó sus ojos en Dylan—. Por cierto, tú tienes pinta de besar bien. Siempre lo he pensado, porque soy tu fan. Cantas bien. Bailas bien. Tienes que besar bien por fuerza. —Miró a la persona que acompañaba a Dylan—. ¿Lo vuestro va en serio? Porque yo estoy buscando a alguien que me dé esos besos y, si quieres, tú me vendrías bien, que encima luego podrías cantarme. Y comerte la trufa de los postres.

—Oye, yo canto hasta en la ducha, aunque supongo que tampoco tiene mucho mérito porque casi todo el mundo canta en la ducha. ¿Tú cantas en la ducha? Mi *vamos totalmente en serio* no canta en la ducha, pero da unos besos que lo flipas. ¿Y quieres que te hable yo de besos que no acaban nunca? El más largo del mundo duró cincuenta y ocho minutos, ahí es nada. Pero no te vengas ahora arriba, Julien, y le plantes uno de esos a tu chica, que nosotros no hemos cenado y yo tengo hambre. ¿Aquí servís comida?

—Hombre, es un restaurante, claro que sirven comida. Deberías pedir el postre de chocolate blanco con trufas. Si no te gustan las trufas, que se las coma aquí tu acompañante, a ver si tienes suerte, porque el mío ya ha pasado esa fase de amor absoluto y ahora nos peleamos por ver quién paga la cuenta. En fin. ¿Quieres sentarte con nosotros? Lo bueno de cenar de madrugada es que puedes elegir mesa, pero soy buena compañía. —Se quedó en silencio un segundo, ignorando lo mal que la miraba la pareja de Dylan y bajó un poco la voz—. Oye, ¿y un trío? ¿O tampoco?

Todos fliparon y se rieron. Todos menos la tercera parte implicada.

—Nada de tríos —dijo.

—Nada de tríos —aclaró Dylan—. Anda, vamos a cenar.

En algún momento de la conversación, volví a reparar en el anillo que lucía desde hacía unos minutos. Julien, a su vez, me observaba a mí con una sonrisa casi secreta.

Como si nos hubiéramos leído la mente, ambos nos pusimos en pie y acudimos al encuentro del otro, donde nos abrazamos con intensidad y sellamos aquella promesa con un beso que hizo romper en aplausos a las personas con las que habíamos compartido aquella parte de nuestra historia.

Fue uno de esos momentos mágicos que nos regala la vida.

Aún me tiemblan las rodillas cuando lo recuerdo .



—¿En qué piensas que te hace tanta gracia? —me pregunta Julien cuando llegamos al final de las escaleras, justo delante de la imagen tomada en nuestra boda en Playa de Abama, en Tenerife, junto a todas las personas que nos quieren y acompañan.

—En Dylan Carbonell.

Una mueca despistada se forma en su rostro mientras me atrae de nuevo a su cuerpo.

—¿En Dylan Carbonell como concepto? ¿Como cantante? ¿Como hombre...?

—En Dylan Carbonell hablándome de tus ganas de hacerte viejo conmigo.

—Ah, ya. —Se ríe—. Yo también pienso en eso a menudo. De hecho, le mandé a Jean-Pierre una botella de vino con una tarjeta, informándolo de que pronto seremos padres.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—Pues luego te cuento, porque...

—¡Emanuelle! —La voz de mi madre hace que mi marido y yo nos separemos como dos adolescentes pillados haciendo una travesura—. ¡Dile a tu padre que no puede empezar a comer hasta que no estemos todos en la mesa!

—Papá, por favor...

—El padre de Freddie le ha dado un trozo de queso a la niña.

—¡Sara tiene tres años!

—Eso, Gus —vuelve a intervenir mi madre—. ¡Compórtate como un adulto!

—¿Como un adulto? ¿Y me lo dices tú, que tienes...?

—Chss. Basta. No vais a discutir. Y menos en castellano, que ellos no os entienden. Queda fatal.

Julien, a mi lado, sonrío. Él, en los dos años y medio que ha vivido en España, ha aprendido a hablar el idioma con bastante soltura. Por eso sabe perfectamente de qué va la conversación. Aunque a estas alturas conoce lo suficiente a mis padres para no mostrarse extrañado. Siguen siendo el perro y el gato. Siguen permaneciendo separados durante días, para volver a juntarse durante más noches de las que yo sospecho. Pero no me importa. Ya no me importa. Encontré la estabilidad en otro lugar: en mí misma. Y en Julien.

Cuando dejo de prestar atención a mis padres, me doy cuenta por primera vez de lo increíble que está la casa. No solo han desaparecido las cajas, se han colocado los objetos personales y se ha limpiado de arriba abajo, sino que ahora sí parece un hogar. Parece que Julien y yo llevemos años viviendo aquí, porque nuestra huella está dibujada en cada rincón. Y me gusta. Cada detalle. Desde nuestras mantas en el sofá hasta el árbol de Navidad en la esquina del fondo.

—Ha quedado precioso —digo.

Julien me besa la cabeza.

—Ahora sí, ¿verdad? Estamos en casa.

Yo lo miro y pienso en la decisión de volver a Chicago en cuanto me quedé embarazada. No fue fácil tomarla, sobre todo porque yo por fin tenía mi plaza, pero el cuerpo me pedía volver aquí. Y sé que a Julien también. Así que pedí una excedencia.

Además, me gustaría dedicarme por entero a criar a Emma, al menos durante los primeros años. Es algo que he hablado con Julien, algo que nunca pensé que querría para mí misma, pero algo que, al mismo tiempo, siento que no quiero perderme.

Puedo dedicar estos años a homologar mi título y a buscar otras opciones de ayudar a la gente. Pretendo volver a trabajar con el tiempo. Pero creo que, desde siempre, cuando he visualizado nuestro futuro lo he visto aquí, en la ciudad que me acogió una década atrás. Junto con esa gente que nos acompañó en lo bueno y en lo menos bueno. El corazón de Julien está aquí y el mío también, y Emma no merece menos que eso.



La cena es todo lo tranquila que puede ser cuando juntas a dos familias que hablan idiomas diferentes. Mis padres chapurrean algo de inglés y el «amigo» especial de Mary entiende el castellano, pero al final acabamos Julien y yo de intérpretes, con la colaboración del traductor de Google en momentos puntuales.

La velada se llena de anécdotas, de risas y de una tarta de chocolate que hace que mi hija se agite como loca.

Sin embargo, lo que pintaba como una noche sin sobresaltos, se convierte en toda una odisea cuando me levanto para traer el champán y una cascada sobresa de mis muslos.

—¡Emi! —grita Carrie—. ¿Acabas de...?

—Oh, *mon Dieu*, ¡has roto aguas!

Casi me mareo. Y digo casi porque lo primero que hacen mis ojos es buscar a Julien. Está pálido, pero su mirada es firme. Tarda dos segundos en plantarse a mi lado.

—Tranquila, cariño. Todo va a ir bien. —Me da un beso en la frente que hace que deje de temblar—. ¿Cómo te encuentras?

—Noto algo extraño. Pero... —En ese momento, un calambre me atraviesa entera y hace que me deje caer en la silla más cercana. Cesa de manera tan repentina como ha llegado, pero me deja hecha polvo—. Joder.

—Tienes que llevarla al hospital —dice Freddie de inmediato.

—¿Tienes la bolsa preparada? —pregunta Mary.

—Sí. —Julien va hasta el recibidor y aparece de nuevo con la bolsa en cuestión—. ¿Emi?

—S-sí. Vamos.

—Yo os llevo —resuelve Freddie.

—Yo también voy. —Esa es Carrie.

De pronto, todo el mundo se apunta y yo me agobio un poco, sobre todo cuando un nuevo calambre me azota por dentro.

Julien corre hacia mí y me sostiene contra su cuerpo con cuidado mientras organiza. Los suegros de Carrie y sus cuñados se quedan recogiendo y cuidando de la pequeña Sara. Carrie y Freddie nos llevan al hospital. Mis padres, Mary y su «amigo» nos seguirán de cerca.

Así nos montamos en los coches. Nada más ponerme el cinturón siento un nuevo calambre, que esta vez me hace gritar. Julien, que va en la parte de atrás conmigo, me besa la cabeza y murmura palabras tranquilizadoras.

—Freddie, esto tiene pinta de ir rápido —dice—. ¿Cuánto crees que tardaremos en llegar?

—No te preocupes, Jules. Que saco el pañuelo.

La carrera al hospital es surrealista. Carrie agita un pañuelo blanco por la ventanilla, Freddie pisa a fondo el acelerador y yo berreo como una histérica mientras los labios de Julien me acarician la sien.

Llegamos a Urgencias de maternidad cerca de las diez de la noche. El enfermero que nos atiende debe de detectar que la cosa está bastante avanzada, porque en poco tiempo tengo a todo un equipo a mi disposición valorando si da tiempo o no a ponerme la epidural.

Mientras discuten las diferentes opciones, empiezo a ponerme nerviosa. No lo he estado desde que descubrí que estaba embarazada. Pero justo ahora me muero de miedo.

—Cariño —susurra Julien a mi lado—. Tranquila, ¿vale? Sé que estás asustada, pero no me voy a separar de ti ni un instante.

—Jules... —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Emi, estoy aquí. Te quiero y estoy aquí.

Me da un beso dulce en los labios y vuelve a susurrarme que me quiere. Entrelazo mis dedos con los suyos y grito una vez más cuando una nueva contracción me parte por dentro.

Pasan horas, demasiadas horas para lo que yo esperaba, pero mi marido no me suelta en todo el proceso.

Ni siquiera cuando Emma llega al mundo la madrugada del veinticinco de diciembre y la ponen en nuestros brazos.

La doctora nos cuenta que ha pesado dos kilos novecientos noventa y cinco gramos, pero yo solo puedo pensar en que tiene la nariz chata como yo y el mismo pelo claro que Julien. En eso y en que su llanto es el sonido con más vida que he escuchado nunca.

—Bienvenida a casa, Emma Vancamp —dice Julien—. Te vamos a hacer muy feliz.

Le deja un beso en la cabecita y después me besa a mí. Me da las gracias entre susurros, diciéndome que me quiere, que se siente afortunado por tenernos, que nunca había sido tan feliz como ahora que tenemos en los brazos a esta personita que es una mezcla perfecta de los dos y de lo que significa querernos del modo en que lo hacemos.

Yo sonrío y me emociono mientras pienso en eso. En Julien, en mí y en querernos. Como hicimos desde el principio. Como haremos para siempre. Estemos donde estemos. Venga lo que venga.

Él, yo y nuestro diciembre eterno.

Agradecimientos

Creo que el trabajo de escritor por sí solo no tiene sentido. Creo firmemente que hasta que tus palabras no llegan a otros y ellos les dan significado, tu historia no tiene vida.

Por eso, en esta ocasión, no me quiero extender.

No voy a hablaros de Julien y Emi, de Carrie, Freddie, Sara y Mary, de que llegaron cuando yo había decidido tomarme un respiro de escribir y de que lo echaron todo por la borda poniendo una brújula en mis manos.

Hoy solo quiero darle las gracias a todas las personas que me han hecho sentir que todos ellos eran de carne y hueso. En especial, a ellas.

Mis dos «ellas», que le dan día a día sentido a este loco modo de vida: Susanna Herrero y Cherry Chic.

Su, mi garban, ya no sé qué más decirte que no te haya dicho en todos mis proyectos. Me lees (varias veces), me escuchas cuando dudo (demasiado a menudo), te ríes cuando la lío (demasiado a menudo también). Me aconsejas, me corriges, confías en mí, crees en mis palabras y, lo más importante, me lo demuestras todos los días. Te adoro. Podría decírtelo de muchas maneras, pero lo resumo en ya no podría hacer esta locura sin ti.

Lore, *my darling*, vales oro. Has querido a Julien y a Emi desde que leíste la primera página. Me ayudaste a creer en la historia cuando más dudé. Has sido uno de mis principales apoyos. Y no lo digo porque hayas puesto cara a esta novela, lo digo porque estás, para todo, cada día, sin preguntas y sin pedir nada a cambio. Gracias por haber aparecido en mi vida. Y por haberte quedado.

A las dos, deciros que romper las leyes del tiempo y el espacio para juntar a nuestros personajes ha sido todo un honor. Soy afortunada por teneros. Y privilegiada por acompañaros cada día.

Gracias a todas esas personas que también han cuidado y querido a Julien y Emi, porque me habéis ayudado a mí a quererlos todavía más.

A mamá, que lo leyó dos veces seguidas para darme *feedback*. Que me dijo que era una historia «cinematográfica». Que veía a Linus Larrabee yendo a por Sabrina. Si hay algo de la magia de Hollywood en mis historias es por ti. Gracias, de corazón.

A mi tía, por querer a mis personajes, analizarlos, vivirlos y soñar con ellos. No doy un manuscrito por finalizado hasta que no lo pongo en tus manos. Gracias por formar parte de esta faceta de mi vida.

A mi Juanchi y mi Loren. Amigos de todos los días, de toda la vida, para todo. Gracias por leerme, darme vuestra opinión sincera, por acompañarme y por hacerme reír hasta cuando nos peleamos por tonterías.

A Ana Draghia, gracias por betearme, por confiar en mí tu talento, por tus comentarios inteligentes y divertidos y por ser una de las mejores compañeras que me he encontrado en este mundillo.

A Audrey Ferrer y Abril Camino. Gracias, chicas, por formar parte de este camino. Si es tan

bonito, es sin duda por haberme encontrado amigas como vosotras.

Y, por último, gracias a René, con quien comparto cada parte de mí. Con quien formo el mejor equipo, quien me apoya siempre y quien entiende la locura que es tener dos trabajos y que tenga que robar tiempo para poder desempeñar uno de ellos.

Gracias a papá, hermano, abuelas y Marta por estar cada día.

Y gracias a todas las lectoras que me acompañan en la distancia y que cierran mis novelas con una sonrisa.

A todos, hasta la próxima.

Sobre la autora

Alejandra Beneyto nació en Alicante, en la primavera de 1990.

Es psicóloga de formación, técnico de recursos humanos de profesión y escritora por vocación.

Desde pequeña le ha fascinado la ficción en todas sus formas, por lo que no es casualidad que después de pasar toda una vida coleccionando historias se decidiera a contar las suyas propias.

Fruto de este sueño es la *Serie Pregúntame* (*Pregúntame si me importas: 1ª y 2ª parte*, *Pregúntame quiénes somos* y *Pregúntame por qué eres tú*) y *Cuando encontré tus alas* (Premio Phoebe Novela Romántica 2018).

Todas sus novelas están disponibles en Amazon.

Puedes encontrar a la autora en sus cuentas de Instagram y Twitter (@alebeney).